

JOSE CALLADO

# EL MUNDO ROJO Y EL CUARTO JINETE

*Más allá de la vida*

Lectulandia

Veinticinco años atrás, una mujer, repudiada y con el peso de la Creación sobre sus hombros dio a conocer una revelación al resto del mundo: en sus hijos se encontraba la salvación. Pero nadie la creyó. En su vientre, la vida y la muerte se volvieron una sola y con ella nacía la única esperanza para el hombre.

Hoy, un día como otro cualquiera, un atropello accidental acaba con la vida de James Peterson y destroza la vida de todos los implicados. Nadie podía imaginar las consecuencias que lo sucedido iban a traer tanto a la familia de la víctima, como a otras personas completamente ajenas a ellos como Carlos, la persona que conducía el auto que atropelló al joven y que terminó encarcelado por lo sucedido.

Cinco años después, Claire Peterson, madre del chico muerto, acude a prisión para visitar a Carlos con un claro objetivo.

Sin ellos saberlo, esta visita da comienzo a la peor de sus pesadillas. Sus destinos quedarán unidos por una fuerza que escapa a su entendimiento convirtiéndose en meros peones para cumplir los objetivos de una peligrosa secta religiosa con planes para toda la humanidad y relacionados con la revelación de aquella mujer hace veinticinco años.

**Lectulandia**

José Callado

# **El mundo rojo y el cuarto jinete**

**Más allá de la vida**

ePub r1.0

NoTanMalo 21.3.16

Título original: *El mundo rojo y el cuarto jinete*

José Callado, 2015

Diseño de cubierta: Santiago González Prieto

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis cuatro madres,  
a las que llevo dentro.

A Antonio,  
a quien admiro más que a nadie.

# PRÓLOGO

Desde que comencé a leer esta historia, no pude parar. Siempre quería saber lo que pasaría en el siguiente capítulo. Deseaba más y eso no suele conseguirse fácilmente, puesto que no todas las novelas logran atraparte.

En *El mundo rojo y el cuarto Jinete* nos encontramos una ambientación y lugares narrados de forma excepcionalmente detallada; diferentes puntos geográficos que conocer imbuyéndonos en la cultura local sin perder detalle. Finalmente, las descripciones de los personajes, junto a sus sentimientos, hicieron que me transportase directamente junto a los protagonistas. Era uno más.

He sentido esta lectura como si fuese algo real y claramente esto solo ha podido ser por dos motivos: la habilidad de saber expresar lo que se tiene en la mente para que podamos ser partícipes de ello y el poder hacer que sintamos cada línea que escribe el autor como si estuviese hablando de tu vida propia.

Y es que cada libro es un pedacito de ti... de tu existencia... de tus experiencias, intereses e inquietudes. Con *El mundo rojo y el cuarto Jinete* podemos adivinar experiencias personales del autor disfrazadas de ficción.

Esta historia trata en su máxima esencia sobre la eterna lucha del bien contra el mal, sobre las heridas del corazón y sobre la unión de personas desconocidas con un mismo objetivo en la vida; salvar el mundo que conocemos mientras se forja una amistad indestructible.

José Callado habla de cómo el amor entre hermanos es capaz de sobrepasar la vida y la muerte. El autor nos cuenta cómo de una situación de destrucción puede nacer una nueva realidad cargada de la esencia del ayer. Pero sin lugar a dudas, lo que más me llamó la atención y de lo que realmente trata esta novela, es sobre lo que es capaz de hacer una madre para poder reunirse con su hijo; del camino que está dispuesto a recorrer alguien que quiere reunirse con un ser querido, aunque eso signifique pasar por encima de la propia muerte. El personaje que en el libro vive esta situación me desestabilizó desde el primer momento y por ello quiero señalar la enorme capacidad del autor por ser capaz de conseguir que para mí, Claire Peterson pasara de ser alguien ficticio a una persona real hacia la cual he llegado a desarrollar sentimientos de cariño y compasión.

El lector descubrirá una trama oscura y enfermiza sobre la vida y la muerte, sobre el amor y la desesperación, sobre el delicado equilibrio que mantiene este mundo en pie, pero sobre todo, podrá descubrir la existencia de un lugar temido por toda la humanidad y que hará que todas las creencias religiosas penden de un hilo: el aterrador «Mundo Rojo».

Una novela que no decepcionará a nadie.

*Antonio Jesús Rubio Muñoz.*



Soplaba fuerte el viento, frío pero agradable; un viento con el que apetecía salir a dar un paseo con tu pareja, tu perro, tus hijos o, por qué no, completamente a solas. Sarah decidió hacer precisamente eso. Pensó que salir un rato al parque que se encontraba justamente delante de su casa sin ninguna compañía excepto la de ella misma, era el mejor plan que se le podía ocurrir.

Como siempre se levantó temprano, muy temprano. Aunque se acostara tarde la noche anterior, algo que era normal en ella, nunca se despertaba después de las nueve de la mañana. De ese modo y aprovechando que aquella mañana de sábado era parte de su día libre, se dedicó a limpiar la casa y a plantar en su jardín las semillas que había comprado una semana antes. Tenía muchas ganas de ver florecer las lobelias que encontró en la tienda Seeds & Me. El color rojo de las flores, junto al aleteo de los colibríes que vendrían a buscarla, darían el toque mágico que quería para su jardín.

Poco a poco transcurrió la mañana y cuando terminó de hacer todo lo que tenía pensado, se vistió con un chándal cómodo, se recogió su negra melena, cogió su reproductor de mp3 y salió de casa dispuesta a dar al menos diez vueltas caminando al Parmenides Park, sin prisas. Después, si le apetecía y aún le sobraba tiempo, daría un par de vueltas más haciendo *jogging*.

Sentía en su piel el roce del aire; una brisa que daba vida. Le recordaba a aquellos años en su pueblo natal, recordaba aquello que sentía cuando estaba frente al mar. El aire de esa mañana olía a eso, a mar.

Mientras disfrutaba de todo aquello, se daba cuenta de que esa mañana el parque estaba lleno de gente. Había deportistas, pandillas de niños jugando con sus amigos en las zonas de recreo y también parejas caminando juntas en una clara actitud romántica. Todo aquello hacía que se sintiese más contenta que nunca de haber tomado la decisión de independizarse de sus padres a los que adoraba pero con los que ya no soportaba convivir.

Sarah es una joven chica de tan solo veinte años que está dispuesta a hacerse un hueco en el mundo de la literatura. Adora escribir y su mayor sueño es que algún día publiquen una historia creada por ella y que todo el mundo pueda leerla. Siempre ha preferido narrar historias extrañas, bizarras y de difícil entendimiento, pero sabe a ciencia cierta que si quiere llegar a un público más amplio debería modificar el contenido de sus obras.

Sus padres se opusieron frontalmente a su decisión de abandonar el hogar para intentar dedicarse a su sueño literario. Ellos preferían que estudiara medicina y que siguiera así con la saga familiar. Pero Sarah siempre fue una chica soñadora. Volaba cada noche a mundos que ella misma creaba en un instante. Sarah sabía que su futuro

no se encontraría detrás de una mesa recetando medicamentos y por ello estaba dispuesta a darlo todo para conseguir alcanzar su meta.

Tras cumplir diecinueve años decidió marcharse de casa de sus padres. Estuvo trabajando unos meses en una hamburguesería únicamente para ahorrar algo de dinero y tras esto comenzó a buscar trabajo y vivienda en cualquier lugar que tuviera costa. No le importaba dónde vivir ni dónde trabajar mientras estuviera cerca del mar. De ese modo acabó viviendo sola y muy tranquila en un apartamento en Greek Hill, un pequeño pueblo situado en la costa este de los Estados Unidos, justo al sur de *Bay St. Louis*. Actualmente Sarah trabaja como camarera, una circunstancia que le permite pagar sus facturas de forma cómoda.

En Greek Hill se respiraba cultura, motivación, tranquilidad. Todo lo que Sarah necesitaba para escribir, lo podía encontrar en ese lugar. Su primera obra, *La Piedra MuluM*, avanzaba de forma lenta pero firme. Sarah sentía que nunca dejaría de inventar cosas para esa fantástica y maravillosa historia; que jamás podría estar más orgullosa de sí misma que en esos momentos.

Como cada mañana, saludó a sus vecinos durante su paseo matutino. En total, en su calle eran diez familias y lo más curioso era que todas parecían estar ahí para dar una imagen homogénea del lugar. Las casas adosadas tenían las fachadas del mismo color y estructura, sus habitantes eran los mismos en casi todos los casos y la mayoría tenían un perro como mascota. Mientras caminaba se percató de que precisamente un enorme perro se dirigía hacia ella de forma casi desesperada. El galope del animal le recordó al de los caballos en plena carrera. El can, de raza labrador, era sin duda el más bonito de todas las mascotas de la zona. Sarah se alegró muchísimo al comprobar que era el animal de su vecino Mark, al que tenía mucho aprecio.

Mark es padre de dos niñas preciosas. Su mujer se llama Carol y es una de las personas que con más amabilidad trata a Sarah de todo el vecindario. El matrimonio conocía más o menos su historia personal y siempre estaba dándole las ideas que se les ocurrían a sus hijas para que las plasmara en el libro que estaba escribiendo.

Mientras estaba tirada en el césped jugando con el perro, vio cómo él y las niñas, gemelas y de ocho años, se dirigían hacia ella.

—Hola chicas. ¿Cómo estáis? Vuestro perro me ha asaltado sin contemplaciones —las chicas rieron.

El padre de las gemelas veía cómo sus hijas charlaban con Sarah como si fueran personas mayores. Sintió un gran orgullo al ver que las estaba criando y educando muy bien después del esfuerzo y tiempo que supuso adoptarlas.

—Buenos días Sarah. ¿Cómo va ese libro? —la voz de Mark era bastante grave.

—Hola Mark. Pues ahí va. Algún día lo terminaré —apenas podía hablar por culpa del perro.

—Recuerda que debes guardarnos un ejemplar firmado para nosotros. Mi mujer está ansiosa por leerlo.

—¿Lo dudáis? El primero será vuestro —el perro seguía lamiéndole la cara.

Después de estar jugando un rato con el animal y también con las niñas, Sarah decidió que era hora de marcharse a casa. Se despidió de las pequeñas y de Mark.

—Bueno vecino, me marchó a casa. Quería hacer deporte pero se me ha pasado casi todo el rato aquí con las pequeñas. Dale saludos a Carol de mi parte.

—No te preocupes. Nos vemos. Cuídate.

Durante el camino de vuelta a casa, que tan solo eran unos metros, le dio tiempo a preguntarse si ella algún día tendría hijos. No tenía la más mínima intención de dejar de lado su meta de escribir y publicar, pero a veces no podía evitar pensar en la posibilidad de formar una familia propia en un futuro cercano o lejano. Si era sincera consigo misma, imaginaba su día a día junto a alguien; una persona que fuera una extensión de su persona y que compartiera sus mismos sueños y sus metas. Sería genial, pensaba, encontrar a un hombre que sintiera, como le ocurría a ella, pasión por las letras y el mundo literario. Después vendrían quizás los hijos y su vida se iría completando poco a poco. Pero sabía que ese momento, en Greek Hill, no era el adecuado para preocuparse por realizar ninguno de esos sueños.

El tráfico a esas horas del día era muy tranquilo y apenas circulaba ningún vehículo. Sin embargo, justo cuando iba a cruzar la calle para llegar a su casa, vio cómo un coche, que no parecía muy caro, pasó a una elevada velocidad frente a ella con la música alta. A Sarah le dio tiempo de observar que dentro del coche iban dos personas, un chico y una chica, y ambos estaban riendo a carcajadas.

Tan solo tres segundos después, y cuando ya Sarah estaba frente a la puerta de su casa, oyó un gran frenazo acompañado de un golpe seco. Acto seguido, el ambiente quedó inundado por los gritos desesperados de una voz familiar para ella: la voz de una de sus vecinas.

Sarah, horrorizada, volvió el rostro para ver lo que había pasado y observó que el coche había derrapado, quedando atravesado en la carretera. En el suelo yacía el cuerpo de un muchacho de unos veinte años. De su nariz y orejas brotaba sangre. Una densa y roja mancha se había formado bajo él.

La madre del chico, a quien Sarah ya había identificado como Claire Peterson, gritaba desconsoladamente mientras corría hacia el que seguramente ya era el cadáver de su hijo. Sarah dedujo entonces que quien había recibido el golpe era James Peterson. Recordó que justamente el día anterior había estado hablando con él de camino a casa. Era un chico amable, simpático y que quería a su madre más que a cualquier otra cosa en el mundo. Sarah se estremeció al verle bañado en su propia sangre.

Los ocupantes del turismo bajaron del coche con las caras desencajadas e ignorantes ante qué era exactamente lo que había pasado. Nada más descender del auto e impactados por lo ocurrido, contemplaron la desoladora escena. Sin saber si gritar, consolar a la madre o llamar a los servicios de emergencias, comenzaron a llorar de forma desesperada, más incluso que la propia madre del pequeño.

Aunque Sarah estaba completamente impactada y bloqueada, optó por ir al lugar

del accidente para ayudar en lo que pudiera. Se abrió paso entre la multitud y se dirigió al cuerpo del joven atropellado. Le buscó el pulso y a pesar de hacerlo con empeño, no conseguía encontrarlo. Lo intentó varias veces y tras esto, comenzó a hacerle la respiración asistida. Agradeció muchísimo en ese momento tener conocimientos de primeros auxilios y proceder de una familia de médicos.

Todo lo que había aprendido de sus padres estaba siendo crucial en ese instante. En cuestión de segundos, la calle se llenó de gente. Vecinos preocupados por lo sucedido, curiosos que pasaban por allí y mucha gente llamando a emergencias. Los gritos desgarrados de la madre hacían que cada segundo que pasaba fuera una agonía para todos. Unos vecinos lograban a duras penas mantener inmobilizada a la madre para que no entorpeciese la labor de Sarah.

Unos minutos después y cuando ya casi desistió en sus intentos, llegaron los servicios de emergencias con el equipamiento necesario para intentar, como estaba haciendo Sarah, salvar la vida al chico. Tras retroceder unos pasos para dejar trabajar a los técnicos sanitarios, la joven escritora se volvió para interesarse por el estado de los chicos del coche, aunque a primera vista no presentaban heridas ni contusiones.

—¿Estáis bien? ¿Os habéis hecho daño? —les hablaba mientras tomaba sus caras con las manos.

—Sí... Estamos bien. Dios... ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está el chico? —el conductor hablaba a duras penas.

Tras decir esto, el muchacho solo acertaba a lamentarse en un idioma ininteligible.

—No puedo decirte nada seguro, pero todo apunta a que está muerto. Tranquilízate. Todo irá bien.

El otro pasajero del coche, la novia del conductor, lloraba de forma que parecía que iba a darle un colapso de un momento a otro, hecho que ocurrió poco después. Cayó al suelo desmayada.

La madre del chaval atropellado increpó a la pareja, e incluso intentó agredirles físicamente. No paraba de repetir que había sufrido mucho para tener ese hijo. Era su vida, su única ilusión en el mundo y ellos se la habían quitado. Después de unos minutos, llegó otra ambulancia que la atendió a ella y también a los dos ocupantes del coche.

Un técnico sanitario confirmó que el muchacho estaba muerto. Durante un segundo, que se hizo eterno, el silencio inundó el lugar para inmediatamente ser interrumpido de nuevo por los alaridos de dolor de la madre del joven, los gritos de miedo y terror del conductor del coche y los llantos consternados de los vecinos que conocían de toda la vida tanto al fallecido como a toda su familia.

Sarah estaba viviendo los momentos más terroríficos que jamás imaginó que iba a vivir. Esta experiencia, que había llegado de repente, no hacía más que confirmar que había tomado la decisión correcta al no dedicarse a la medicina.

Sintió que todo eso le superaba y que jamás habría podido hacer de ese mundo su

modo de vida. Sintió también admiración por las personas que se dedicaban a ello; personas capaces de salvar vidas.

Ver morir a un muchacho de esa forma fue demasiado para Sarah. Pero lo era aún más ver a esa madre totalmente destrozada y a esos chicos del coche desolados. Estaba segura de que en realidad los chicos eran tan víctimas como el propio hijo de Claire. Cuando se unen juventud e inmadurez, se forma un cóctel peligroso que puede dar resultados totalmente inesperados...

Carlos despertó y, como cada día, deseó estar muerto. Las ganas de vivir le habían abandonado hacía ya bastante tiempo. Su vida, su rutina y sus planes ya no existían. Se habían desvanecido por completo dejando atrás una estela de intenciones e ilusiones que hoy no eran más que simples espejismos.

Un desafortunado accidente hacía ya cinco años, una fatal coincidencia, fue la culpable de que actualmente su existencia careciera de importancia para este chico que un día fue alegre, vital y responsable entre tantas otras buenas cualidades que tenía.

Hace un lustro, Carlos Guerrero mató accidentalmente a un muchacho con veinte años de edad mientras este hacía deporte en un parque y se disponía a volver a casa.

Carlos se encontraba de vacaciones en los Estados Unidos junto a su novia. Ambos alquilaron un coche para poder moverse libremente durante los diez días que tenían planeado disfrutar en Greek Hill. Lo único que pretendían era pasarlo lo mejor posible y ser las personas más felices del planeta durante sus vacaciones. En el transcurso de la segunda tarde que pasaban en el acogedor pueblo, fueron directamente desde el restaurante donde almorzaron hacia el cine para ver la última película de Jack Nicholson. Aunque no eran americanos, sino españoles, a ambos les encantaba el cine en versión original.

En el camino, mientras iban contemplando la belleza del pueblo donde estaban alojándose, la novia de Carlos le hablaba y le hacía comentarios pícaros que provocaron en ambos abundantes carcajadas. Sabían que probablemente prestarían poca atención a la película y que terminarían sentados en la última fila, montándose como siempre hacían.

Se sentían felices y contentos de estar juntos. Ambos comentaban la belleza del paisaje de Greek Hill; los colores claros de sus casas y el verde intenso de cada uno de sus parques.

Mientras reían, de repente y sin que ninguno de los dos lo esperara, alguien cruzó la calle en cuestión de una milésima de segundo; alguien que volvía de hacer *footing* en el parque y se dirigía a casa, donde su madre le esperaba en la puerta, sonriente y con un teléfono móvil en la oreja. En cuestión de un instante, se cruzó en la trayectoria del auto. Carlos reaccionó de forma rápida y correcta, pero no pudo evitar embestir al joven y pasar por encima de él.

La primera persona que atendió al muchacho atropellado fue una chica que afortunadamente se encontraba en el lugar y que tenía conocimientos de primeros auxilios. Posteriormente fueron los servicios sanitarios los que lucharon por salvarle la vida. Ni Carlos ni su novia fueron capaces de ayudar en la atención del muchacho y de su madre. Sin embargo, su máximo error fue darse a la fuga tras recibir los cuidados básicos por parte de aquella joven, llamada Sarah. Carlos se sintió inundado

por el terror y el pánico, y su única reacción fue volver a montarse en el coche de alquiler y salir a toda velocidad, dejando atrás una nube de humo, y a una madre desolada con su hijo muerto. Obviamente tanto su matrícula como sus datos ya habían sido tomados, pero aun así no pudo evitar actuar de esa forma tan incoherente e irresponsable.

La pena de muerte fue su condena, pero lo más doloroso era que sentía que lo merecía, e incluso se le antojaba poco castigo para lo que había provocado.

Durante el proceso judicial fueron muchas las voces, expertas y no tanto, que opinaron que la ejecución era un castigo excesivo. Lo más normal era que la condena no excediese de los diez años, pero por algún motivo, ese caso había logrado una repercusión mediática bastante notable y el tráfico de influencias jugó un papel importante a la hora de sentenciar a Carlos. La familia del muchacho fallecido pertenecía a una élite social bastante distinguida y poseía contactos incluso en el ámbito legal. Así, lograron que Carlos fuera sentenciado por lo que hizo de una forma desmesurada.

Algunas asociaciones de familiares de presos solicitaron conmutar la condena impuesta por la cadena perpetua. Finalmente no pudieron lograrlo y Carlos debía de pagar con su vida el crimen cometido. Su novia, que también iba en el coche, no fue castigada con ningún tipo de pena.

Debido a que todo sucedió en los Estados Unidos, fue juzgado, sentenciado y obligado a cumplir condena en aquel país.

Hoy, cinco años después, como cada mañana, deseaba morir. Lo que más temía cada amanecer era tener que soportar cómo las horas, los minutos y los segundos que quedaban por delante hasta volver a dormir le recordaban lo sucedido.

Cada vez que respiraba sentía que no lo merecía, que no era digno de ver el sol cada mañana por la ventana de su celda. Así eran los despertares de este chico que vio cómo su vida se tornaba de ejemplar a infernal en cuestión de tan solo unos segundos.

Hacía más de seis meses que ningún amigo ni familiar iba a la cárcel a verle. Entendía que la prisión estaba muy lejos de Cádiz, donde residía toda su familia. Extrañaba ver a alguien conocido que no fueran presos o vigilantes. Su novia le abandonó poco después de ser encarcelado y nunca más supo de ella. La muy zorra, según los pensamientos de Carlos, jamás le visitó en la prisión y se limitó a dejarle por carta, sin siquiera darle una explicación.

El mes de abril era el que más atormentaba a Carlos. Fue en ese mes cuando mató a James Peterson, cuyo nombre quedaría grabado en su alma para siempre. Cada vez que llegaba el día 20 de abril, la pena y la rabia le consumían por dentro hasta el punto de no ser capaz de abrir los ojos durante todo el día. Todavía, cinco años después de la tragedia, sentía que la conciencia continuaba abrasándole por dentro.

Había cambiado, lo notaba. Sabía que no era la misma persona que era cuando entró. Entonces tenía veintiuno, la vida era una fiesta y la diversión no entendía de

frenos ni límites. Hoy, su jovialidad y descaro se habían transformado en oscuridad, depresión y silencio, y ningún pensamiento alentador ni de consuelo lograba entrar en su mente, dañada por la realidad.

Carlos entendía que nunca más volvería a dar un paseo por la playa. Diariamente pensaba en cada cosa que no tendría la opción de hacer, cada cuadro que no volvería a ver, cada árbol que no volvería a tocar o cada sentimiento que no volvería a experimentar. Hasta que el día señalado llegase, tenía que vivir con todo eso. También formaba parte de lo que debía pagar por su error. Lo justo por matar a James.

El día 15 de abril, cinco días antes del quinto aniversario de la muerte de James, a las nueve de la noche, el guardia de seguridad destinado en el módulo de Carlos fue a la celda de este, la 815 y le despertó con la porra metálica golpeando fuerte en los barrotes.

—Tú. Asesino. Levanta. Tienes una llamada y debes atenderla.

—¿Una llamada? ¿Ahora? —preguntó algo aturdido.

—Sí, acompáñame.

Acto seguido, le esposó las manos a través del hueco en la puerta destinado a ello, y lo sacó de la celda tras gritar el número de esta para que la abrieran. Salió de su habitáculo y tomó el largo pasillo con celdas a cada lado hasta llegar a la puerta metálica de color verde que tan harto estaba de ver. Para Carlos, esa puerta era un símbolo de lo que se cerraba tras de él en su propia vida. Esa puerta era la única que podía abrir para ver el cielo azul una vez al día, o estrellado una vez al mes.

Ante el hecho de estar condenado a muerte, a veces no podía evitar sonreír al acordarse de John Coffey. Incluso algún ratón había pasado por delante de su celda, haciendo que el recuerdo del gigante fortachón se instalara bastante a menudo en su mente.

El guardia le llevó a una pequeña sala con un teléfono. Una vez allí, se sentó frente a él para esperar a que terminara la conversación y poder así llevarle de nuevo a su celda. Con curiosidad y desconcierto a partes iguales, Carlos tomó el aparato y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Imagino que eres Carlos —una voz femenina susurró al otro lado.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—No sabes el trabajo que me ha costado hacer esta llamada. Han tenido que pasar cinco años para poder enfrentarme de nuevo a tu voz.

A Carlos se le heló la sangre. Esa frialdad y esa ausencia de vida en el volumen de la voz ya las había oído antes.

—Soy Claire Peterson, madre de James. Aunque imagino que de eso ya te habrás dado cuenta —la voz de la mujer era trémula y temblorosa.

Carlos no supo qué decir. No entendía por qué le había llamado a esa hora y, menos aún, tras tanto tiempo de haber sido condenado y encarcelado por quitarle la

vida a su hijo. No comprendía nada de todo aquello.

Intentó que su perplejidad no se notara en su tono al hablar e hizo un esfuerzo sobrehumano por sobreponerse a la situación.

—Hola señora. ¿Qué quiere de mí?

—Quería que supieras que voy a solicitar una cita para poder sentarme frente a ti en la cárcel. Quiero hablar contigo.

Carlos no supo reaccionar ante la lapidaria frase. Ni en sus más recónditos pensamientos pudo imaginar tener que enfrentarse cara a cara con la madre del muchacho que mató. Sabía que ella estaría frente a él en el momento de su ejecución, pero verla antes de ese día no entraba en sus planes.

Las palabras comenzaron a salir solas de su boca. De repente supo exactamente lo que debía decirle a la mujer.

—No me quedan formas de pedir perdón. No sé cómo castigarme a mí mismo por lo que hice. Si desea verme no estoy en disposición de impedirselo pero soy consciente del daño que causé y de que fue el error más grande de mi vida.

—Mi única intención es verte, sentarme frente a ti y contarte algo que debo decirte.

Carlos no lograba entender a aquella mujer. A pesar de la debilidad que marcaba su voz, le hablaba de una forma muy pausada y sosegada. Lo más apropiado, pensaba, era que se dirigiera a él con rabia, con ira, con odio. Pero no era así. La mujer continuó hablando.

—La semana que viene sabrás cuándo nos veremos. Espero que no te niegues a verme.

La mujer colgó el teléfono tras acabar la frase sin dejar que Carlos le respondiese. El muchacho se quedó sin reaccionar y con el auricular en la mano, sin lograr asumir la situación. Aquello era lo último que esperaba que ocurriese ese día. Esa llamada había destruido la poca cordura que quedaba en su cabeza y sentía que perdía el control de sus emociones. Carlos indicó al guardia que había terminado, para que lo llevara de vuelta a su celda. Lo único que le apetecía hacer en ese momento era acostarse y dormir. Su cama, si podía llamarla así, era el único lugar donde ahora podía sentirse en paz. No podía pensar, no entendía absolutamente nada y tampoco podía negarse a recibir esa visita, ya que algo en su interior le decía que debía ver a esa mujer. Se lo debía. Quizá eso le sirviera de terapia. Quizá con aquel encuentro llegara por fin el perdón definitivo que tanto ansiaba el alma de Carlos; esa redención que esperaba desde hacía tanto tiempo. Por ahora le quedaba esperar, no sabía por cuanto tiempo, pero solo podía hacer eso, esperar. Mientras veía los días pasar aguardando para tener la cita con Claire, las jornadas resultaban mucho más densas y tediosas de lo que cabía esperar. Se encontraba ansioso de tener nuevas noticias de aquella mujer. Deseaba saber cuándo podría verla para así conocer finalmente el motivo, tanto de la llamada como de la visita. La mente de Carlos no podía descansar.

Una mañana cualquiera, como siempre, Carlos se disponía a salir al patio tras oír

el timbre que indicaba que la puerta de la celda estaba a punto de abrirse automáticamente. Esa sirena le taladraba la mente cada vez que sonaba, pero desde que recibió la llamada de Claire, únicamente significaba que quedaba menos tiempo para poder tenerla frente a frente. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que iba a ser una conversación que aliviaría su alma. Una charla que le daría paz a su existencia.

Era extraño, pero por primera vez desde hacía muchos meses notaba que los rayos del sol penetraban en los poros de su piel y le daban vida. Lo agradecía infinitamente, porque pensaba que jamás volvería a tener la sensación de estar vivo, ya que su existencia tenía fecha de caducidad y sabía que pronto, esa sensación, se esfumaría para siempre. Mientras paseaba por el patio, uno de los reclusos más respetados, que no temidos, por todos en la cárcel, se acercó a Carlos de una forma un tanto amenazante. Carlos nunca se había metido en problemas de grupos ni pandillas dentro de esas cuatro paredes. Consideraba que no tenía ningún enemigo, aunque tampoco tuviera ningún amigo.

«Brooh», como era apodado, se puso justo a su lado y adoptó el ritmo de Carlos para caminar junto a él. Las maneras hoscas de Brooh eran las responsables de que se le juzgara, pero aunque era alguien digno de respeto y admiración en ese lugar, debido a sus ideas y convicciones, no se trataba más que de un hombre atormentado que no soportaba las injusticias y que se preocupaba por los demás, sin cruzar cierta línea que convirtiera su relación con el resto en una amistad.

Su descomunal tamaño y su desmesurada fuerza eran los principales motivos por los que era respetado en todo el complejo; respetado por su compromiso en defender unos valores mínimos, los cuales, bajo su punto de vista, debían estar presentes aunque se encontraran en aquel lugar. Incluso el personal de seguridad sabía que jamás tendría ningún problema con Brooh si simplemente le dejaban tranquilo y no abusaban de su poder en su presencia.

—Buenos días joven —Brooh se dirigió a Carlos sin siquiera mirarle a la cara.

—Buenos... días. ¿Qué tal estás? —observó que su compañero de paseo miraba al frente fijamente. Pudo contemplar un perfil lleno de cicatrices y marcas; facciones muy definidas en una piel oscura que cubría esa expresión de conocimiento y sabiduría que da la vida por sí misma, más aún si vives en la cárcel.

—Suelo fijarme en el comportamiento de todas y cada una de las personas de aquí dentro. Me aburro demasiado y he podido ver que, tanto en tu forma de mirar al cielo como en tu forma de caminar, has cambiado. Se te nota más... relajado. ¿Buenas noticias? —casi se adivinaba una pizca de ilusión en el tono de voz de Brooh.

—No sé si las noticias son buenas o malas pero al menos inesperadas sí que son. Me has descubierto. No se te escapa nada.

—Llevo esperando a la «Señora de la Guadaña» muchos años. Creo que si hubiera estado en libertad ya me habrían dado pasaporte directo al otro mundo. Es

muy irónico, pero cuando llevas aquí tanto tiempo, logras catalogar a las personas simplemente con ver algún gesto, movimiento o actitud que delate cómo son realmente y contigo me ha pasado exactamente eso —en ese momento se giró y miró a Carlos directamente a la cara—. Suelen ser alguien retirado e introvertido. No tienes ganas de estar en este mundo pero tampoco tienes el valor suficiente como para acabar con todo esto antes de que lo hagan otros. Sin embargo, ahora es diferente. Es como si algo que desconozco hubiera reavivado una pequeña llama en ti. No sé lo que es ni me importa, pero me alegra ver que al menos alguien de aquí vuelve a tener interés por algo.

Acto seguido, el siempre sorprendente recluso posó su enorme mano sobre el hombro de Carlos y apretó levemente sus dedos en torno a él. Sin explicación aparente, Carlos sintió ganas de llorar pues era la primera muestra de afecto que recibía de alguien en todos esos años que llevaba encerrado en la Mississippi State Penitentiary, y realmente justo en ese momento, era lo que necesitaba.

Tras ese instante que podría catalogarse cuanto menos de inusual, los reclusos volvieron a sus respectivas celdas para dar paso al siguiente turno de patio.

Tuvieron que pasar dos días más para que Carlos recibiera nuevas noticias de Claire. El alcaide de la prisión, Norman Wilfred, le citó en su oficina para comentarle que en dos días recibiría la visita de la madre del chico. La hora elegida eran las 12:00 a.m.

—La señora Peterson se personará aquí para hablar contigo. Desea darte un mensaje —dijo el hombre mirando a los ojos a Carlos.

—Para mí será un alivio. Pronto todo se acabará y deseo con toda mi alma pedirle perdón por mi comportamiento directamente a ella.

—Carlos. Has sido un preso ejemplar. Como todos, te has ganado alguna que otra reprimenda, pero en general has sido un caso muy especial en cuanto a rutina se refiere. Ojalá todos los presos aquí fuesen como tú —el señor Wilfred tomó la mano de Carlos mientras hablaba.

—Muchas gracias señor. Solo quiero redimirme y que llegue pronto el día de que se apaguen las luces de mi conciencia...

Durante el tiempo que Carlos estuvo en la oficina del alcaide, pudo darse cuenta de que la expresión de este era totalmente desconocida para él. Su siempre presente arrogancia y su chulería innata habían desaparecido de un plumazo. Se estaba dirigiendo a él como si fuera un niño pequeño frente a un padre que le está regañando. Carlos no entendía nada. Norman siempre fue temido por su dureza en el trato para con los reclusos pero en esta ocasión era totalmente al contrario. Estaba tratando a Carlos con una suavidad y delicadeza desconcertantes. Daba la sensación de que alguien le hubiese pedido que lo atendiera con miramiento. El recluso optó por no dar más importancia a la nueva actitud del alcaide.

Al fin sabía cuándo ocurriría el ansiado encuentro. Por fin tenía claro que en unas horas podría mirar a los ojos, seguramente vacíos de vida, a la madre del joven al que

había sesgado la vida a tan temprana edad.

Las horas venideras fueron interminables para todos los habitantes de la prisión ya que además de Carlos, el resto de presos y el personal de vigilancia ya se habían enterado de lo ocurrido. Las noticias corrían como la pólvora en la prisión y el sentimiento más generalizado era de compasión y, por qué no decirlo, de alegría. Pensaban que la madre del chico muerto a manos de Carlos iba a darle el perdón antes de que este fuese ejecutado. Todos podían ver cómo la existencia del preso número 4815 era aún más desesperada y hastiada de lo que cabría esperar en una prisión como aquella. El corredor de la muerte nunca fue un lugar donde la vitalidad asomara por las esquinas. El propio Carlos llegó a pensar que quizá ya estaba decidida la fecha de su ejecución y que Claire deseaba que se fuera en paz tras visitarle y decirle que le perdonaba. Si esa era la causa de la citación, sería el hombre más feliz del mundo. Carlos no merecía vivir, o al menos eso pensaba él, y si iba a morir pronto, hacerlo con el perdón de esa mujer sería su mayor regalo.

Pasaron los minutos, las horas y al fin llegó el gran día. Carlos estaba vestido, peinado y aseado, listo para que el guardia fuera a buscarle para así llevarle a la sala de visitas.

Meta alcanzada. Esa era la sensación que recorría cada rincón de su mente cada vez que pensaba en lo que había conseguido. Toda una vida soñando con que todo el mundo tuviera la oportunidad de leer sus historias, de conocer sus mundos, y al fin lo había conseguido. Sarah tenía su primer libro en el mercado.

Nunca imaginó que al comenzar a escribir *La Piedra MuluM* iba a llegar a ser número uno en ventas en tan solo dos semanas. Era algo maravilloso. Algo que no esperaba absolutamente para nada. Una historia que nació como un escape de la realidad del mundo, un alivio ante las situaciones que la vida misma nos pone por delante. *La Piedra MuluM* trataba sobre un mundo de aventuras, un mundo de tragedias superadas, pero ante todo, un mundo de fantasía donde todo era posible.

Otra de las grandes satisfacciones de las que Sarah estaba disfrutando era la de poder demostrar a sus padres que su ilusión no era una locura, que luchando por aquello en lo que crees, se puede conseguir cualquier cosa.

Hoy era un día muy especial para ella. Era el día en que tendría su primera firma de libros. El lugar elegido era el centro comercial de la ciudad donde vivió unos años atrás, Greek Hill. Ahora residía en un ático en Manhattan ya que por un giro del destino, a su padre le había tocado la lotería hacía dos años y como regalo, le compró un lujoso ático en la *Gran Manzana*.

No podía negar que la suerte le había ayudado a cumplir su sueño. Desde que vivía en un lugar como Manhattan, pudo conocer gente del mundo de la cultura y, poco a poco, logró hacerse un hueco en toda aquella jungla de contactos y agendas. Sarah siempre fue una persona muy espabilada, lo que le permitió en poco tiempo entablar las amistades apropiadas que le permitirían publicar su libro y darle a la obra una difusión que de otra forma no habría podido tener. Aun así, *La Piedra MuluM* era una gran obra, con potencial suficiente para triunfar sin necesidad de esos contactos que Sarah había hecho.

Eligió Greek Hill como lugar de la primera firma de libros porque fue allí donde nació la novela. Tenía especial cariño tanto al pueblo como a la urbanización donde vivía. Pasó grandes momentos y largas tardes frente al mar mientras anotaba ideas fugaces que cruzaban rápido por su cabeza. Por el contrario, allí fue donde un trágico día vio morir ante sus ojos a su vecino James, de tan solo veinte años. Fue testigo del peor momento que una madre pueda vivir en toda su existencia y también de cómo una pareja de jóvenes arruinaba su vida por completo.

A raíz de ese incidente, Sarah decidió que su vida no se truncaría de aquella manera bajo ningún concepto, lo cual la empujó a dedicar el cien por cien de su tiempo a crear el universo de *La Piedra MuluM* y comprobar así qué podía salir de aquella aventura.

La gente comenzaba a llegar al lugar de la firma con su libro bajo el brazo. Sarah

podía reconocer e identificar a la mayoría de las personas que entraban en el recinto. Le daba muchísima alegría ver que sus vecinos y la gente que la conocía del pueblo habían comprado el libro y estaban en el evento para que les firmara su ejemplar.

Cada vez se encontraba más nerviosa pero aun así estaba disfrutando ese momento como ningún otro. Ese era su momento.

Se le hizo extraño el instante en que firmó el primer libro; lo había soñado toda su vida y al fin había llegado. Era el libro de Josh Parker, dueño de un restaurante al que iba a comer de vez en cuando con alguna amiga. A partir de la rúbrica de ese primer ejemplar, todo lo demás transcurrió de forma muy cómoda y fluida.

Las personas le pedían que les escribiera en su libro dedicatorias muy variopintas, otras le preguntaban por su vida actual o le contaban cómo iba todo por el pueblo. Así fue transcurriendo la tarde; entre chismes, cotilleos, y halagos. Unas dos horas que pasaron muy rápido para la novel escritora.

Cuando ya todo el mundo se hubo marchado del lugar, apareció un último visitante con su libro listo para que Sarah lo firmara. Ella se encontraba recogiendo sus pertenencias, rebotante de satisfacción ante la gran acogida de su primera novela. Los de seguridad no dejaron pasar al individuo porque ya había terminado el acto pero fue la propia Sarah la que les pidió que le permitieran el paso para que no se quedara sin su ejemplar firmado.

Actuó como llevaba haciendo toda la tarde. Tomó el libro del caballero, lo abrió y se dispuso a plasmar su rúbrica. Cuando lo tuvo abierto frente a ella pudo observar que ya estaba escrito y sintió cómo la sangre desaparecía de su rostro dejándolo totalmente pálido. No sabía si se trataba de una broma o de algún tipo de error. En la primera página del libro, donde debía ir su dedicatoria y firma. Podía leerse:

*«Soy el padre del chico que viste morir hace cinco años. Fuiste testigo de su muerte. Te necesito. Esta noche a las 21:00 horas nos vemos en la puerta de la casa donde vivías».*

Quedó petrificada al leer el texto. No esperaba que fuese a suceder algo parecido y menos aún en un día tan especial para ella. Cuando alzó la vista para verle la cara al hombre, ya no había nadie. Había desaparecido. Le costó unos segundos articular el más mínimo sonido pero al fin pudo hablar y le preguntó a los encargados de seguridad si habían visto salir al caballero que anteriormente dejaron pasar. Obviamente los guardas le respondieron afirmativamente. Le habían visto salir con algo de prisa poco después de entrar.

Durante un breve instante, Sarah sintió miedo. Auténtico pánico. Sin embargo, y tras pensar en todo aquello durante algunos segundos, logró relajarse y se dio cuenta de que en realidad aquel hombre solo estaba pidiéndole ayuda. Aunque también podría tratarse de una macabra broma. No entendía absolutamente nada de todo lo que estaba sucediendo pero a la única conclusión que llegó fue que en ese momento

en que su carrera estaba comenzando a despegar, no le convenía mezclarse en asuntos turbios que pudieran perjudicarla.

El resto de aquel día lo pasó bastante mal ya que quedó muy afectada por lo ocurrido. No quería volver a revivir esos momentos de nuevo. No tenía la más mínima intención de rememorar aquella mañana de hacía cinco años. Aunque ese hombre necesitara su ayuda, eso ya no era asunto suyo. No iba a acudir a la cita.

Mientras se dirigía al hotel donde se alojaba aquella noche, un sentimiento de rabia dominó por completo a Sarah. Rabia por saber que el día que siempre soñó vivir no había sido tan perfecto como ella había planeado. Al final de la jornada todo se torció. Pensaba terminar el día con un dulce sabor en los labios, pero aunque intentara quitarle importancia, lo sucedido con ese hombre y su misterioso mensaje, terminaron por enturbiar su día soñado.

Ella no fue la única testigo del accidente que mató a James. No entendía el motivo por el que debía ser ella la persona que ayudara al padre del joven y no algún otro vecino que también estuviera por allí.

Cansada, contenta y a la vez enfadada, se tumbó en la cama tras un baño caliente y espumoso dispuesta a abrazar a Morfeo con todas sus fuerzas. Pretendía dormir temprano ya que las horas de viaje y el ajetreo de la firma de libros la dejaron completamente exhausta. Sin embargo, las palabras que leyó en el libro de aquel hombre no desaparecían de su cabeza.

Cuando estaba dejando el mundo de la realidad para adentrarse en las profundidades de su conciencia sintió cómo un impulso eléctrico la obligaba a despertarse con el corazón latiendo de una forma como nunca antes lo había hecho. Quizá fue su conciencia o alguna otra fuerza superior a ella, pero repentinamente sintió que debía acudir a la cita. No encontró motivo alguno para explicar por qué había decidido atender a la llamada de socorro, pero en lo más profundo de su ser, sabía que si no se presentaba en su antigua vivienda iba a arrepentirse para siempre. Se volvió a vestir precipitadamente y salió de su habitación en dirección al lugar que le habían indicado en la nota.

Dentro de la fría sala, las paredes blancas y el gran espejo junto a la puerta daban al lugar el aspecto de incomodidad que se buscaba transmitir para este tipo de estancias penitenciarias.

Sentado en su silla azul, esperaba a que la puerta blindada que tenía frente a él se abriera y mostrara la silueta de esa mujer por la que tantas noches en vela había pasado y a la que tantas veces, en la intimidad de la madrugada, pidió perdón por sus actos. Finalmente, y cuando menos lo esperaba, la puerta se abrió y efectivamente, junto a un empleado de seguridad, Claire Peterson entró en la habitación.

Apenas había cambiado en estos cinco años. Su apariencia y forma de vestir eran exactamente como Carlos había imaginado, es decir, la misma que la última vez que la vio. Ropa no muy moderna, falda hasta las rodillas, jersey de lana color beige con una chaqueta de cuero marrón cubriéndole los hombros y zapatos clásicos sin tacón que hacían juego con unas medias de color negro que recorrían sus piernas. Su alto poder adquisitivo no se reflejaba tanto en su vestimenta como en sus joyas y accesorios, así como en su porte y elegancia.

Cuando aún no había terminado de sentarse, la mujer comenzó a hablar.

—Buenos días Carlos —la tensión del momento impedía a Carlos pensar con claridad lo que quería decir—. Solo hay un motivo por el cual he concertado esta visita. Seré concisa, breve y directa. Tras hablar no quiero ningún tipo de pregunta, réplica o intento de razonamiento.

Carlos sentía que su nerviosismo crecía por segundos y deseaba saber a qué se estaba refiriendo Claire. El pulso se le aceleró hasta el punto de pensar que iba a darle una taquicardia. Podía notar cómo la sangre fluía por su cabeza.

—De acuerdo. Como quieras.

—Estás libre. Desde hoy mismo estás en completa libertad. Tras la puesta de sol, saldrás de aquí. Cuando sea el momento, me volveré a poner en contacto contigo.

La mirada de Carlos se perdió en el vacío y no encontró la forma de digerir las palabras que acababa de oír. Tras un segundo que le pareció eterno, pudo hablar.

—¿Libre? ¿Cómo que libre? —su voz se quebró levemente.

—Te he dicho que no quiero réplicas ni preguntas Carlos —la mujer alzó su mano indicándole que dejara de hablar.

—¿No quiere preguntas? Señora... maté a su hijo hace cinco años. No espero nada de esta vida más que morir. ¿Realmente pretende que no me cuestione nada después de decirme que voy a salir en libertad? ¿Cómo es eso posible?

La mirada del preso era una mezcla de desconcierto, súplica e incluso podría decirse que contenía algo de decepción. Claire no pudo evitar desobedecerse a sí misma respondiendo a Carlos.

—Pertenezco a un círculo social poderoso. Con contactos en todos los estratos del

poder, y al igual que pude condenarte a muerte, podría sacarte de aquí sin pestañear —dijo lentamente.

—Si... pero ¿por qué?

La mujer miró a los ojos de Carlos y sin pestañear le habló.

—Pronto me pondré en contacto contigo. No puedo decirte más. Cuídate Carlos.

Acto seguido, se levantó de la silla que ocupaba, se dirigió hacia la puerta acompañada del empleado de seguridad y se marchó sin mirar atrás.

Carlos no podía asimilar lo que acababa de ocurrir. De algún modo, la madre del chico que mató cinco años atrás lo había arreglado todo para que saliera de la cárcel, para dejar atrás la espera de la muerte. Se suponía que era totalmente imposible que eso ocurriera pero estaba sucediendo. Su razón no llegaba a entender el porqué de todo aquello. La cabeza le daba vueltas y sentía que los cimientos de su persona se tambaleaban en lo más profundo de su ser.

¿Por qué habría hecho eso aquella mujer? ¿Era un indulto? ¿Una broma de mal gusto? De cualquier modo y según sus palabras, Carlos iba a salir en libertad. Los interrogantes se acumulaban en la cabeza del preso, sabiendo que no obtendría respuesta alguna hasta que ella no volviese a ponerse en contacto con él.

Cuando el guardia regresó, Carlos seguía con la mirada perdida y ausente. En el camino a su celda no hacía otra cosa que mirar al suelo y pensar. No podía oír nada de lo que sucedía a su alrededor, ningún ruido, ningún comentario. Ni siquiera prestó atención al guardia que le llevaba cogido por el brazo.

—No sé cómo lo has hecho, pero qué suerte tienes... maldito asesino. Ojalá te llegue tu castigo de alguna otra forma.

El joven preso sintió calidez sobre su rostro. Las lágrimas brotaban sin avisar y paseaban por su piel de forma desordenada.

Libertad. Libre. Aquello no podía ser cierto. Carlos sentía que nada de lo que pasaba era lo correcto. Un error, debía de tratarse de algún tipo de error que sería solucionado tarde o temprano. Había matado a un muchacho inocente. No merecía ese regalo.

Cuando llegó a su celda, se tumbó en el camastro y miró al techo en un intento de ordenar sus ideas. De repente, Claire Peterson, la persona a la que más había hecho sufrir al matar a su hijo, fue a visitarle a la cárcel para comunicarle que próximamente iba a ser totalmente libre. Sin ningún tipo de preámbulo le informó de que al caer el sol debía estar de camino a casa o al menos saliendo de ese lugar. ¿Por qué? ¿Qué coño había hecho ella para poder sacarle de ahí? Muy pocas veces una persona había logrado esquivar la condena de muerte y Carlos tenía ese pensamiento muy presente. ¿Era aquello real o se estaba volviendo loco?

La casa donde había comenzado a luchar por el sueño, que cinco años después estaba cumpliendo, se encontraba exactamente igual que en sus recuerdos. Después de un rato recordando vivencias en aquel lugar, abandonó el mundo de los ecos pasados y miró su reloj. Se puso algo nerviosa al ver que pasaban cinco minutos de la hora marcada según aquel mensaje que recibió. Hasta ese momento, se había pasado todo el día saboreando las mieles de su rotundo éxito en su primera firma de libros como escritora profesional. No esperaba tanta afluencia y mucho menos tanto cariño como el que demostró la gente con ella. Pudo ver que caía bien, que la gente guardaba buenos recuerdos de ella, y que su libro había gustado mucho. Sabía que no debía dejarse llevar por lo abrumador de aquel éxito y que a partir de entonces debía prepararse para lo que verdaderamente la intimidaba, que era la firma de libros en grandes ciudades como Nueva York en sus diferentes centros culturales ya concertados.

Pasaron diez minutos más y nadie llegaba. De nuevo se centró en las macetas verdes que decoraban las ventanas del patio delantero de su antigua vivienda. Se veían luces encendidas en el interior. Tras las cortinas se adivinaban las figuras de dos adultos y también de un niño de unos ocho años a juzgar por su tamaño. Se alegró muchísimo al pensar que otras personas estaban siendo felices en esa casa. Tan feliz como pudo ser ella en otra época.

—Buenas noches.

Una voz profunda y aparentemente juvenil a la espalda de Sarah destrozó el silencio que tan lejos en el tiempo la había transportado. Al volver la vista atrás, vio a un hombre de su misma estatura y de complexión delgada. Estaba completamente cubierto por una gabardina oscura y calzaba unas botas de militar bastante bastas. Las gafas de sol ya no eran apropiadas a esas horas pero aun así, el hombre las llevaba puestas. A Sarah le vino directamente a la cabeza la imagen de una mezcla entre el inspector Colombo y Neo, el elegido de *Matrix*. Demasiado extraño.

—Vaya. Buenas noches —contestó ella observándole de pies a cabeza y con mirada incrédula.

—Mi nombre es Peter Peterson. Hace unas horas le entregué un mensaje a través de uno de sus libros —dijo con una voz extraña. Parecía poco natural.

Sarah intentaba analizar la forma de hablar y moverse del individuo. Había algo en él que no le cuadraba.

—Sí. Fue una elección de muy mal gusto usar la presentación de mi libro para hacerme llegar el mensaje. Por cierto, es usted un mentiroso ya que no es el padre de James —aún con las gafas de sol puestas, Sarah pudo ver que el falso Peter arqueó un poco las cejas. La joven continuó con su alegato de bienvenida—. Durante bastante tiempo viví en este lugar, cosa que por lo visto usted ya sabe. Conocía a todos mis

vecinos y a sus hijos y permítame que le diga que usted no vivía por aquí y muchísimo menos es quien dice ser.

Entre los dos se hizo un breve silencio que no hizo más que afirmar que Sarah llevaba razón en cada una de sus palabras.

—Vaya señorita. Veo que además de escritora que pretende hacerse un nombre, es usted una persona inteligente y de una notable agilidad mental.

Efectivamente, Sarah se percató rápidamente de que ese individuo no era el padre del chico muerto ni nada parecido. En ese momento todos sus miedos se esfumaron. Sabía que tenía dominada la situación y que era ella quien iba a marcar el ritmo de la conversación. Sentía mucha curiosidad por saber quién era ese misterioso personaje que se escondía tras las gafas de sol baratas, además de averiguar para qué la había citado.

—Tampoco hay que ser muy listo. No creo que mi agilidad mental sea la causa por la que he descubierto que usted no es Peter. Simplemente es que no sé cómo es tan simple como para citarme aquí diciéndome que es el padre de James y aun así pretender seguir con el juego estando cara a cara conmigo. La familia Peterson era una de las más amables del barrio y el trato con los demás vecinos era exquisito. ¿Cómo pretende que me crea que usted es Peter Peterson?

—Obviamente la mentira no me ha durado mucho pero al menos he conseguido lo que quería, que era llamar su atención. Quizá si hubiera intentado conseguir un encuentro con usted de un modo más usual, no habría obtenido respuesta. Por lo visto mi *simpleza* —hizo un gesto de comillas con los dedos— ha sido efectiva.

Sarah se dio cuenta de que aunque estuviera en posesión de la razón, había sido algo desagradable con aquel tipo. El misterioso hombre continuó hablando, siempre con un tono de voz suave y agradable.

—Visto lo visto, no me queda otra que saltarme el prólogo que tenía preparado. Le contaré quién soy realmente y el motivo de esta reunión.

Acto seguido y con un sutil estilo propio de un superhéroe, se desprendió de la gabardina y de sus gafas de sol. Ante Sarah se descubrió un hombre de una edad comprendida entre los veinticuatro y veintiséis años. Llamaba mucho la atención su pelo, rubio oscuro casi castaño y ondulado. Su corte era tipo cresta como el que lucen los jóvenes en plena pubertad. A él poco parecía importarle que no fuera apropiado para su edad pues le quedaba bastante bien. Sus ojos azules eran de tal profundidad que Sarah no pudo evitar sentirse hipnotizada frente a ellos.

El hombre permaneció mirándola mientras ella seguía hechizada por ese azul cristalino hasta que se dio cuenta de que había quedado absorta y pudo recuperar la compostura algo ruborizada.

—Pues bien. Dígame quién es usted y para qué me ha citado —Sarah volvió a tomar las riendas de la conversación.

—Bueno, pues mi verdadero nombre es Nate. Nate Stinson, y soy escritor —guiñó un ojo a la chica.

La sorpresa de Sarah fue mayúscula. No por el hecho de que el tipo fuese escritor, sino porque en cuestión de un solo segundo ya supo todo lo demás sin necesidad de preguntarle. Supo para qué la había citado y qué era lo que buscaba con aquella suerte de entrevista que comenzaban a tener. Sin pensarlo lo más mínimo decidió poner las cosas claras con el tal Nate antes de que este continuara.

—Mire Nate. Por su nota, veo que maneja datos e información sobre el atropello de James Peterson hace cinco años. Sospecho que debido a lo que supuso mediáticamente y el impacto que causó en toda la costa este de los Estados Unidos, pretende escribir algo sobre el asunto, y para ello, pretende que yo sea su fuente para recabar más información —el gesto de Sarah era serio.

—En primer lugar debo aclararle que puede tutearme —dijo mientras se acercó un poco más a Sarah—. En segundo lugar, señorita Wallace, no es referente al atropello sobre lo que quiero escribir. Efectivamente, ese es el detonante de algo mucho más grande que deseo tratar. Tras lo acontecido en ese accidente hay mucho más material que yo mismo me he encargado de recopilar durante algún tiempo. Existen aspectos oscuros y cosas sin aclarar que quiero averiguar.

—No sé a qué te refieres —Sarah comenzó a sentirse mal—. Mira, eso fue algo muy doloroso para todos los que conocíamos a James y al resto de la familia Peterson. Fue un desgraciado accidente y nada más. No tiene más explicación que esa.

—Te pido únicamente que me dejes explicarte de qué estoy hablando exactamente y ya luego decides si me ayudas o no. Pero antes, déjame contarte todo lo que sé y también el motivo por el que he recurrido a ti. Cuando termine de hablar, decidirás si quieres continuar o no.

Sarah no tuvo más remedio que aceptar. No quería resucitar viejos fantasmas. No le apetecía en absoluto volver a recordar el dolor de Claire, la madre de James. No deseaba recordar la cara de horror del conductor del coche ni deseaba enfadarse de nuevo al revivir la impotencia que sintió cuando el chico se dio a la fuga.

Aun así, su instinto, unido a la curiosidad innata en cualquier escritor, hizo que aceptara lo que ese hombre, Nate, le decía. Sarah quería saber más, así que ambos se dirigieron a algún lugar cercano donde tomar algo para que el joven comenzara con todo lo que tuviera que decirle.

A Sarah le apetecía un café, pero a esas horas de la noche ya pocos sitios había abiertos. De ese modo y a pesar de que recordaba algunos lugares buenos para ir a tomar algo, siguió el consejo de su nuevo acompañante y se dirigieron a un lugar llamado «Blue». No conocía aquel *pub*, debió abrirse después de que ella dejara Greek Hill. La decoración del sitio no era nada revolucionaria pero al menos creaba el ambiente perfecto para la que parecía que iba a ser una conversación larga y con bastante contenido.

Había unos sofás al fondo que invitaban a ser ocupados, pero finalmente optaron por quedarse en la barra. Sarah pidió lo que más le gustaba ante las pocas

posibilidades que tenía de tomarse un café; una cerveza alemana, daba igual la marca, pero que fuese cerveza negra. Una cerveza de las de verdad. Nate optó por una tónica. No bebía alcohol y siempre procuraba tomar algo con gas.

Cuando Austin, el camarero, les trajo sus bebidas, ambos se acomodaron en sus respectivas sillas altas frente a la barra y quedaron en silencio. The Doors sonaban de fondo a un volumen bastante aceptable como para poder conversar sin problemas de entendimiento. Nate pensó en tomar la iniciativa, pero Sarah se le adelantó.

—Bien Nate. Veo que te has tomado muchas molestias para poder tener este encuentro conmigo. Has llegado a inventarte incluso una identidad, mintiéndome y haciéndome creer que eras otra persona. ¿Por qué tanta parafernalia para verme? —la mirada de Sarah hacia su interlocutor era de una profundidad que intimidó al escritor.

—Pues antes que nada y para comenzar, déjame decirte que mi intención era ver hasta qué punto quedaste implicada emocionalmente con aquel suceso. Para eso me inventé lo del padre de James, ya que si aquello que pasó no hubiera dejado ninguna huella emocional en ti, habrías ignorado el mensaje. Sin embargo, no has dudado en venir.

—No te equivoques Nate. Sí que dudé. He venido por muy poco. Me has jodido el día que se suponía que iba a ser perfecto para mí y por culpa de tus intrigas has hecho que abandone la cama para encontrarme aquí contigo.

—Como quieras, pero aquí estás —la sonrisa de Nate dejó ver que estar sentado frente a ella era sin lugar a dudas, un auténtico triunfo para él.

Sarah se dio cuenta de algo particular en Nate. Reconocía algo que le era familiar y extraño a la vez. Podía ver que en la mirada de su acompañante se encendía una chispa. Existía ilusión en algo que contar. Le recordaba a ella misma cuando vivía aún en casa de sus padres y comenzaba a escribir historias a espaldas de sus progenitores. Pero era un poco diferente de todo eso. La mirada que hipnotizaba a Sarah estaba además cargada de determinación por conseguir algo, y ello creaba en la joven escritora la sensación de querer saber qué era exactamente.

—Cuando quieras puedes comenzar a decirme por qué has venido aquí y el motivo por el cual me has buscado para hablar sobre el atropello de James —Sarah se empeñaba en seguir aparentando una cierta distancia al tratar el tema.

—Comenzaré desde el principio —dijo antes de dar un sorbo a su vaso.

Sarah se dispuso a oír la historia de Nate, no sin antes fijarse en lo delgado y estilizado de su cuello, el cual tenía su raíz en lo que parecían ser el comienzo de unos marcados pectorales.

—Como bien sabes —comenzó a decir Nate— el accidente que provocó la muerte de James fue muy sonado en los medios de comunicación locales e incluso algún periódico nacional se hizo eco de lo acontecido. Ya no solo por el atropello en sí, cosa que ocurre a diario, sino por la fuga del conductor, la posterior persecución, la pena impuesta al culpable y también por las ulteriores declaraciones de la madre de James contando todo el esfuerzo que le supuso adoptar a su hijo para que luego se lo

arrebataran de aquella forma.

—Sí, es cierto. Un atropello no debería haber tenido tanta repercusión, pero las circunstancias que rodearon todo lo acontecido, el bien posicionado apellido Peterson en las altas esferas, y el clamor popular, hicieron que el interés fuese mayor de lo normal.

—Bien. ¿No te parece extraño que la condena fuese tan exagerada? Fue un accidente después de todo... incluso varias asociaciones de familiares de presos declararon que la pena de muerte era algo desmesurado para ese crimen.

—No entiendo de leyes, pero la verdad es que muchísima gente consideró que la pena capital era una condena descomunal para lo que ocurrió. Aunque nunca me senté a pensar el porqué ocurrió así. De todos modos, ¿por qué preguntas eso?

—Desde hace bastante tiempo, pretendía escribir sobre esto. No exactamente sobre James, sino sobre algo similar, y me pareció que hablar con el conductor que atropelló al chico, sería una buena forma de obtener información de primerísima mano. Se me ocurrió que escribir sobre la odisea de un preso condenado a muerte sería algo poco usual. El otro punto de vista. El prisma del que espera en el corredor. Así que me puse a indagar.

Durante la conversación, Sarah no podía dejar de observar la forma de moverse de Nate. Era impulsivo, enérgico. Se notaba que decía las cosas con pasión y las sentía de verdad. Comenzaba a caerle bien. Nate siguió hablando y Sarah no se atrevía a interrumpirle.

—Me puse a investigar más a fondo y me dirigí a Greek Hill para hablar con algunos vecinos. ¿Qué mejor forma de comenzar todo esto que desplazándome al lugar donde todo ocurrió? Sabes de sobra que la documentación es una parte muy importante en la labor de un escritor.

—Sí, pero ¿No te da ningún tipo de reparo aprovecharte de la desgracia ajena para escribir algo con lo que vas a lucrarte?

—¿Te has leído la Biblia? Concretamente la vida, pasión y muerte de Jesús... No soy el primero en hacerlo Sarah. Esto es así.

La joven no esperaba esa respuesta. Hacía mucho tiempo que nadie conseguía dejarla sin palabras. Siguió escuchando a Nate pero no podía quitarse de encima la sensación de que no estaba siendo completamente sincero con ella. Decidió esperar antes de concluir nada.

—Llevo aquí ya una semana recopilando información de diferentes personas y tengo bastante material para enriquecer lo que quiero escribir.

—Me pregunto si algún día vas a decirme cuándo entro yo en escena... —las palabras de Sarah pretendían aparentar apatía, todo lo contrario a lo que realmente sentía.

—Para ser escritora tienes bastante poca paciencia señorita Wallace. Entrás en escena en el momento en que la esposa de tu vecino Mark y madre de dos gemelas preciosas, con la que también me entrevisté, me cuenta que fuiste tú quien atendió en

primera instancia a los implicados en el accidente. En ese instante supe que si había alguien que pudiera darme información valiosa, eras tú. Nadie mejor que tú podría ilustrarme sobre qué se vivió en ese momento.

Sin esperarlo y sin miramientos, todo regresó a la mente de Sarah. Recordó de golpe aquella mañana cuando jugaba con el perro de Mark junto a sus hijas y le envió recuerdos a Carol. La esposa de Mark tenía razón en lo que le contó a Nate. Ella fue testigo de cómo esas personas estaban pasando por el peor momento de sus vidas. Solo ella podía darle esa información al escritor.

—Cierto es —dijo con semblante serio—. Estaba con ellos y no es algo que me guste recordar. Me encanta que cuentes conmigo para documentarte para tu libro pero tampoco puedo decirte mucho. Es más, has tenido suerte de pillarme en Greek Hill.

—Exacto. Imagina mi sorpresa ayer mientras desayunaba, cuando leo en el periódico local que la novel escritora Sarah Wallace viene al pueblo para presentar su primer libro *La Piedra MuluM*. La suerte estaba conmigo. Justo cuando te necesito, haces acto de presencia en el lugar.

Tras darle a Nate un silencio como respuesta a su entusiasta frase, finalmente Sarah respondió con sequedad y voz algo apagada.

—Muy bien. Responderé a tus preguntas pero te ruego que trates el tema con el máximo respeto posible, por favor.

—Por supuesto Sarah. Te agradezco muchísimo la ayuda.

—Por cierto. Si, como has dicho antes, pretendes entrevistarte con Carlos, sabrás que es bastante complicado que accedas a un preso que está en el corredor de la muerte.

—Lo sé, no te preocupes. Tengo mis formas de acceder a eso. Es más, si me ayudas, pronto podré hacerlo —guiñó un ojo a Sarah acompañado de una sonrisa cargada de sensualidad.

No podía dormir. No era su colchón. No era el techo que veía cada noche. No era la luz que entraba siempre por la pequeña ventana. Nada de lo que estaba viviendo era como había sido hasta entonces. Carlos se encontraba en la habitación de un pequeño motel de carretera al que le habían trasladado tras sacarle de la Mississippi State Penitentiary.

Obviamente, nadie sabía de este traslado, tanto por la seguridad del exrecluso como por la necesidad de que el asunto no saltara a la opinión pública. Al menos no en ese momento.

Nadie sabía nada a excepción del alcaide Norman Wilfred y el personal del hotel donde se iba a quedar Carlos, los cuales tuvieron que firmar un compromiso de confidencialidad para que nadie supiera de lo acontecido con Carlos Guerrero. La única persona que conocía todo aquello era la propia Claire Peterson, que fue la mente que ideó la puesta en libertad del preso.

Ese hotel, el Sunrise Hotel, era el típico alojamiento americano de los años sesenta. Una hilera de pequeños apartamentos, unos detrás de otros hasta conformar un total de dieciocho alojamientos, que contaban cada uno con una única estancia, una cama de matrimonio o dos camas individuales, un pequeño baño y un diminuto vestidor.

La cocina estaba en la estancia central del complejo y aunque su aspecto era aparentemente antiguo, se podía gozar de unos materiales y comodidades dignas del siglo XXI. Daba la impresión de que por cualquier sitio iba a aparecer Norman Bates disfrazado de su madre, cuchillo en mano. El parecido con el Motel Bates era más que evidente.

La salida del complejo penitenciario fue sencilla y rápida. Solo le dieron el tiempo necesario para recoger sus pocas pertenencias y no pudo siquiera despedirse de nadie. Tampoco tenía mucha gente a la cual decir adiós pero sí que le hubiera gustado tener unas últimas palabras con Brooh. Se resignó a pensar que ya no le vería jamás.

De todos modos, todo ocurrió muy rápido. Carlos permaneció en su propia nube desde que tuvo la desconcertante reunión con Claire y no era consciente de lo que estaba pasando hasta ese preciso instante. Ese momento en que se dio cuenta de que el techo que miraba era diferente al que había visto durante cinco años. La luz de la ventana pertenecía al neón del hotel. El colchón era cómodo. No notaba las maderas del somier y no crujían cuando se movía.

De repente todo era tan extraño que le costó asimilar que esa mañana, al despertar, su única ilusión era hablar con Claire deseando que le diera su perdón para poder morir en paz.

Su familia le esperaba ansiosa en Cádiz pues ya habían recibido la noticia por parte del propio Norman, que fue el encargado de llamarles personalmente. Ellos no se pararon a preguntarse por qué su hijo había salido en libertad. Simplemente daban gracias a Dios porque hubiera sucedido y nada más. Sin embargo la mente de Carlos no asimilaba ese golpe de suerte.

—¿Por qué?... ¿Por qué una madre tramitaría la puesta en libertad de la persona que mató a su propio hijo? —susurró al vacío con la luz del neón sobre su rostro.

No tenía un guion hecho. No tenía planeada su vida pues no contaba con ella. Sin previo aviso, un infinito abanico de posibilidades se abría ante él. Podría volver a sentir y a hacer cosas que pensaba que jamás sentiría y haría de nuevo. Así, comenzó a notar que su mente estallaba en estímulos y comprendió que no estaba listo para eso.

Decidió entonces cerrar los ojos y pensar en esa luz de la luna que se filtraba por los barrotes de su diminuta ventana, en el somier que crujía bajo su cuerpo, en la postura que debía tomar para poder dormir, en los ronquidos de los otros reclusos... Y así, poco a poco y sin darse cuenta, volvió a sentirse en casa y cayó en un sueño del que no sabía si deseaba despertar.

Segundos después de quedarse dormido, el teléfono de la habitación despertó al expresidiario. Asustado ante el alto volumen que tenía el aparato, cogió el auricular una vez que hubo asimilado dónde se encontraba y contestó a la llamada.

—¿Si? Dígame... —la voz apenas salía de su garganta.

—¿Carlos? ¿Eres tú? —una voz tímida sonó.

—Si... soy yo... ¿Mamá?

Los sollozos al otro lado del teléfono eran lo único que Carlos podía oír y su corazón recibió una descarga que casi le hace desmayarse. Supuso que los de la cárcel le habían dado a su familia el teléfono del hotel y también el número de habitación donde le habían alojado. Su familia estaba demasiado lejos como para ir a recibirle y más aún viendo la forma tan precipitada en que ocurrieron las cosas tras la visita de Claire. Debido a la diferencia horaria, allí en España aún debía ser de día.

—Hijo mío. No sabes las veces que he rezado para que ocurriera este milagro —Carlos apenas podía entender las palabras de la mujer.

—Mamá esto no es un milagro. No te convenzas de que tiene que ver con Dios porque no es así.

—Ya hablaremos de eso. ¿Cómo estás? ¿Cuándo te mandan para casa? —el entusiasmo casi no dejaba respirar a la mujer.

—Pues, según me dijeron, tienen que preparar todo lo necesario para el viaje de vuelta y no sé qué más papeleo pero en cuestión de una semana como máximo seguramente esté en el avión yendo para Cádiz.

La alegría de la madre de Carlos tornó sus iniciales sollozos y llantos en vítores de alegría. Gritos de júbilo tanto de ella como del resto de familiares que en ese momento se encontraban en la casa, esa casa que él tanto había añorado durante años,

esa casa frente a la playa de la Victoria. Su amada playa de la Victoria.

—¡Pues ya mismo estás en casa entonces! Tenemos que preparar una fiesta de bienvenida —la voz de su madre desprendía una vitalidad que tras aquellos años de sufrimiento, ya había perdido—. Aún no nos creemos esto que está pasando hijo. Ten mucho cuidado. Te quiero mucho Carlitos, mi niño.

—Te quiero mamá... más que a nadie...

Una agradable sensación de calidez inundó el pecho de Carlos. Podía sentir cómo poco a poco iba dejando atrás el estrés acumulado durante el día. Notó también las lágrimas bajando por sus mejillas; un camino que conocían de memoria pero que esta vez recorrían con diferente semblante.

Aún debía estar algunos días más recluido en ese hotel a la espera de poder salir, pero esta vez no le importaba estar encerrado. Era diferente.

Le fue imposible retomar el sueño que había sido interrumpido por la llamada de su madre, así que decidió encender la televisión para ver algo.

La estancia en la cárcel le había dado la oportunidad de aprender inglés. No un inglés muy refinado, debido a la jerga de la prisión, pero sí un nivel que le permitía comunicarse perfectamente y comprender lo que emitían en televisión. Tras ver una película y un noticiero, sintió que iba quedándose dormido de nuevo. Sin embargo volvió a despertarse cuando el teléfono sonó por segunda vez. En esa ocasión también se asustó, y cuando descolgó, esperó con toda su alma volver a oír la voz de su madre para confirmarle que no había sido un sueño, cosa que no ocurrió.

—¿Mamá?

—Hola Carlos —de nuevo, esa voz fría.

Quedó mudo ante la decepción de no oír a su madre. Supo al instante quién se encontraba al otro lado de la línea.

—¿Claire? ¿Claire Peterson?

—Te dije que me pondría de nuevo en contacto contigo y eso hago.

Carlos no salía de su asombro ante la voz de esa mujer. No existía nada más vacío de vida que esa forma de hablar. Carlos contestó.

—Lo único que se me ocurre en este instante es darte las gracias, pero hay tantas cosas que no logro comprender que no sé por dónde empezar.

—No hace falta que digas nada. Ya hablo yo por ti.

Tuvo que sentarse en la cama de su habitación. Le temblaban las piernas cada vez que esa mujer abría la boca.

—Por favor, dime qué está pasando aquí. ¿De verdad estoy libre? —dijo con los ojos muy abiertos.

—Como te ha informado el alcaide Norman Wilfred, en unos días estarás yendo para tu casa. La única diferencia es que tu casa no será la que tienes en España. Vas a otro lugar —de nuevo todo lo que Carlos tenía en mente se derrumbó. Más dudas. Más preguntas sin respuesta. Volvía a quedarse sin palabras—. Irás a casa, a una casa que he preparado para ti donde nadie te encontrará; una casa donde no podrán hacerte

ningún tipo de daño, donde estarás a salvo.

—¿De qué coño me estás hablando? ¿Quién va a hacerme daño? —Carlos elevó el tono de voz.

—Has visto que te he sacado de la cárcel estando condenado a muerte. Has visto que puedo hacer cosas que la gente de a pie no puede. Te estoy diciendo que voy a llevarte a un lugar seguro para que no te pase nada. Estás en peligro Carlos.

—¿En peligro? Creo que voy a volverme loco... pensaba que podría irme a casa con mi madre, mi hermana, mis sobrinos...

—Algún día podrás hacer eso. Pero ahora no. Iré al hotel mañana a recogerte, y tendrás tus explicaciones.

—Claire, no entiendo nada. Pensaba que era un hombre libre.

—Te repito que lo serás, pero lo prioritario en este momento es que estés a salvo. Asegúrate de tener todo listo para mañana poder ir a recogerte. A las doce de la mañana debes estar en la puerta del hotel. Gracias a ti, yo podré volver a ser feliz, y tú irás a casa.

Pasaron un par de horas desde que los dos escritores llegaron al «Blue» y Sarah comenzó a relatar a Nate lo sucedido el día en que atropellaron al joven James Peterson. Básicamente era bastante parecido a lo que ya le habían contado el resto de vecinos pero con el añadido de que ella pudo ver de primera mano las sensaciones y reacciones de todos los implicados. No era un relato superficial como el resto.

Nate encontró lo que buscaba. Declaraciones llenas de detalles a los que sacarle punta. La intención de Nate con estas pesquisas no era hacer de policía. La investigación ya se había realizado y el culpable había sido juzgado y condenado.

Ambos estaban disfrutando mucho de aquella enriquecedora velada. Para Sarah todo aquello estaba resultando muy revelador ya que las personas con las que se había codeado los últimos años en Manhattan le resultaron repugnantemente superficiales. Se trataban como mera mercancía de la que poder sacar provecho en el futuro. Había olvidado lo que significaba tratar con gente fresca y espontánea y Nate era justamente ese tipo de persona, aunque, en algún rincón de la mente de Sarah, le daba la sensación de que ocultaba algo. Aun así, decidió no darle demasiada importancia.

—Y esto es todo lo que te puedo contar. No sé si esperabas más o menos de mí pero es justo lo que vi y lo que sentí en esos momentos —concluyó ella.

—¡Pero qué dices! Tu relato me ha aportado muchísima información. La imagen que se nos ofreció sobre el conductor del coche fue la de un desalmado joven que dejó sin hijo a una buena madre, y que se dio a la fuga. Sin embargo, tus palabras me dan una versión más humana de ese supuesto *monstruo*.

—No. No era un monstruo. Simplemente era un chico que tuvo muy mala suerte y que actuó de forma irresponsable. La desgracia también se cruzó en su vida además de en la de la familia Peterson.

El tiempo pasaba y la conversación se fue animando poco a poco. Sarah se había bebido ya tres cervezas y decidió dejarlo porque si seguía podría empezar a contarle su vida a Nate y eso ya no era de interés público. Ella sabía que cuando bebía algo más de la cuenta le daba por hablar a todo el mundo sobre su vida y miseria como si fuese la estrella protagonista de un telefilm de sobremesa. Afortunadamente aún era consciente de todo y optó por dejar la *alemana* y pedirse una tónica, imitando así a su compañero.

—¿Habrán ejecutado ya al asesino? —Nate mostró repentinamente una voz sombría.

—Veo que realmente tienes mucho interés en ese chico. Sinceramente creo que es interesante que quieras escribir algo desde el punto de vista del, digamos, ajusticiado.

Desde que Sarah se marchó de Greek Hill decidió no pensar más en lo sucedido y la verdad es que no tenía ni idea de qué fue de la vida de Carlos. Solo supo que fue

detenido poco después de huir del lugar de los hechos, además de la sentencia y el proceso judicial, que fue emitido por televisión.

—Yo, personalmente —dijo ella— no le llamaría asesino. Su verdadero crimen fue darse a la fuga tras atropellar a un chaval que por desgracia acabó muriendo —no podía evitar sentir cierta lástima hacia Carlos.

—Sarah... Mató a una persona y se fugó.

—Sí, pero yo vi su cara y era de auténtico pavor. Un asesino es quien mata por voluntad propia, quien planea la muerte de otra persona o quien ejecuta a alguien de cualquier forma.

—Pero el chico murió... —insistió él.

Los dos quedaron mudos. Ambos razonaban las palabras del otro. Ambos tenían razón. Sarah se percató de que, aunque Nate hablaba del preso con un interés propio de un escritor, también lo hacía con una intención oculta que aún ella no había logrado averiguar. Decidió esperar más para saberlo y continuó hablando.

—Pues no sé qué ocurrió con él. No sé si lo ejecutaron o no. Espero que sí porque la vida en el corredor de la muerte debe ser de todo menos vida.

Siguió el silencio unos segundos más hasta que Nate volvió a retomar la charla pero esta vez para despedirse repentinamente.

—Bueno Sarah, me ha encantado poder conocerte y también haber tenido la oportunidad de tener esta conversación contigo. Ha sido un verdadero placer también oír tu relato de lo sucedido y conocer tu opinión sobre el responsable del atropello, Carlos Guerrero.

—El placer ha sido mío. Has logrado romper la primera y muy mala impresión que me has causado con la historia de hacerte pasar por Peter Peterson.

—Te pido disculpas. Fue un error. Pensaba que eras una de esas estiradas que para acceder a ellas era más complicado que merendar con Obama.

—Pues ya ves que no. Con la verdad se llega a cualquier sitio —le contestó con una media sonrisa.

—Si... Ahora que me has dado tu teléfono, ¿puedo llamarte si me surgen dudas o alguna otra pregunta?

Sus palabras fueron acompañadas de una sonrisa y un leve guiño. Sarah se quedó extrañada ante la frase del escritor.

—Que yo sepa no te he dado mi número de teléfono...

—¿No?... me he confundido. ¿Cuál dices que era entonces? —guiñó a la joven.

Sarah no pudo evitar soltar una carcajada y cogió un papel para anotar el número.

—Por supuesto que puedes llamarme —le dijo mientras le entregaba el papel—. Cuenta conmigo Nate. Un colega escritor es siempre una garantía de una buena charla. Dime tu número para anotarlo también —Sarah se ruborizó por el guiño de Nate.

Tras las palabras de despedida, ambos salieron del *pub* tomando cada uno su respectivo camino a casa. Sarah se marchó al hotel. Nate, al cutre, destartado y

mediocre hostel que había encontrado a las afueras de Greek Hill. Aunque viniera de familia acomodada, el joven no quería depender del dinero de sus padres, así que optó por lo barato.

Las calles estaban oscuras y silenciosas. Las ventanas de los edificios se encontraban todas cerradas y con las luces apagadas. Parecía que todos los vecinos del lugar se hubieran puesto de acuerdo para ir a dormir a la misma hora.

Sin ella darse cuenta, había pasado varias horas frente a su nuevo colega de profesión más a gusto de lo que esperó en un primer momento. Temía que recordar lo sucedido aquel día pudiera serle doloroso, pero tuvo que reconocer que el tal Nate tenía buenas palabras para enfocar las preguntas, así que tampoco tuvo que revivirlo todo de una forma vívida.

El eco de sus tacones ponía la banda sonora a las calles por las que pasaba. Las grotescas sombras que nacían de la luz tenue de las farolas, cambiaban de forma y tamaño a medida que Sarah avanzaba hacia su destino. Por un instante pensó que alguien la estaba siguiendo, e instintivamente volvió la vista atrás. Nadie. Se extrañó al ver que estaba completamente sola, ya que siempre había tenido la habilidad de sentir un leve zumbido en el oído izquierdo cada vez que alguien la miraba o seguía. Sin embargo, parecía que en esa ocasión se había equivocado. Sonrió al darse cuenta de lo que acababa de hacer. Se recordó a la típica protagonista de una película de terror. Tras ese momento *psycho-teen*, reanudó su marcha.

Cuando por fin llegó al hotel, se tumbó en su cama lo más cómoda posible tras ducharse y cambiarse. Ese tal Nate había sido un gran descubrimiento. Sonrió y se adentró en territorio de Morfeo...

En aquel lugar se respiraba paz. El silencio sonaba rompiéndose a sí mismo. Las luces apagadas y la ausencia de sombras hacían que su respiración fuese tan relajada que apenas podía oírla. Oyó un estruendo muy parecido al de un gran foco encendiéndose, que fue realmente lo que ocurrió. Sintió malestar por la aparición de aquella fuerte luz. Siempre pensó que la oscuridad era algo que respeta a la persona tal y como es, que le oculta ante todo para no ser juzgado, que le protege. Al contrario que la luz, que exhibe, avergüenza y evidencia.

La oscuridad que en ese momento le cobijaba y de la cual disfrutaba, había desaparecido. Ante él se encendió un gran cañón de luz y una caja de madera fue iluminada: madera de roble, oscura, barnizada y bien acabada.

Rápidamente supo qué era lo que tenía delante. Era un ataúd y estaba sin cerrar del todo. Encima de la tapa no había una cruz como cabría esperar ni nada parecido. Solamente lo adornaba un pequeño grabado en la madera. Las manos de Carlos temblaban y las piernas apenas le respondían. Desde el interior de la caja podía oírse un ruido, un leve sonido parecido al lamento de una persona.

Cuando logró reunir el valor suficiente, comenzó a acercarse a la caja y pudo ver de forma más detallada el grabado de la tapa. Se trataba de unos dígitos. Un segundo después reconoció aquellos números sin dejar lugar a la duda. Era una fecha. El día en que atropelló a James.

El sudor comenzó a desfilarse por la piel del expresidiario y pudo sentir los latidos de su propio corazón en la nuca. Pequeños espasmos nacían de su pecho, cada vez le costaba más poder respirar. La tranquilidad de la que había estado gozando se había esfumado por completo dando paso a una tensa e incontrolable situación. Pensaba que iba a desmayarse de un momento a otro, sin embargo no podía dejar de mirar esos números. Permaneció así durante unos segundos mientras esperaba el momento en que colapsaría ante lo que estaba ocurriendo.

De repente, una fuerza invisible empujó el ataúd, que cayó al suelo sin explicación alguna, abriéndose a causa del golpe.

Un cuerpo salió rodando a medio metro de distancia y quedó boca abajo con las extremidades formando ángulos que rozaban lo grotesco. Carlos ya sabía de quién era ese cuerpo. No se atrevía a acercarse, pero finalmente se obligó a hacerlo.

Los lamentos seguían llenando aquel espacio que antes era la habitación de su hotel, y que ahora ni siquiera tenía paredes a las que mirar. Todo era oscuridad.

Posó la mano sobre el hombro del cuerpo y tiró hacia él para darle la vuelta y poder así verle el rostro. Comprobó que efectivamente era el cadáver de James. Se quedó muy quieto mientras lo miraba. El silencio había vuelto a reinar en el lugar. Los quejidos callaron. Ahora solo sonaba el corazón desquiciado de Carlos y los gritos de Claire Peterson tal cual sonaron el día del atropello.

Cuando decidió levantarse, y antes de girarse sobre sí mismo, observó horrorizado cómo el joven muerto abrió los ojos mirándole fijamente y sin pestañear. Un velo blanco cubría su iris y unas venas rojas serpenteaban por todo el globo ocular, dándole un aspecto aterrador. Carlos se llevó las manos a la boca luchando por gritar pero no conseguía articular palabra. Estaba paralizado por el miedo y la voz no lograba salir de su garganta. El cadáver habló.

—¡Me mataste! ¡Me quitaste todo! ¡Tú debías morir! ¡Merecías morir y ahora estás libre!

De repente, Carlos comenzó a experimentar una intensa sensación de calor que nacía en su estómago. Pudo sentir cómo la intensidad aumentaba y ardía poco a poco. Casi en estado de pánico, se levantó la camiseta y se observó el vientre. Estaba abrasándole por dentro y comenzó a frotarse la piel buscando alivio sin ningún éxito. Un segundo después y comenzando desde su ombligo, las llamas se hicieron visibles y comenzaron a consumirle. Mientras ardía, James continuó hablando.

—¡¡Arde!!¡¡Arde en el infierno!!¡¡Tarde o temprano eso es lo que te espera!!

Carlos gritaba sin gritar y sufría espasmos incontrolables a causa del dolor del fuego. Las llamas llegaron a sus ojos mientras oía la risa de James que se marchaba engullido por la oscuridad. El fuego le abrasaba, le dolía. Deseaba morir cuanto antes y sus labios así lo suplicaban. Podía sentir cómo sus entrañas se deshacían, cómo su piel se derretía y podía oler su propia carne quemándose...

De repente, despertó...

Sentado sobre el cómodo colchón, Carlos respiraba de forma agitada. No sabía dónde estaba y movía la cabeza de un lado a otro esperando ver a James frente a él. Buscaba las llamas por su cuerpo tocándose rápidamente, hasta que se dio cuenta de que nada de lo que había ocurrido fue real. Miró el reloj. Las once y media de la mañana.

Soltó un suspiro de alivio que vino acompañado de un silencio y una prolongada mirada al vacío. Ver el rostro de James le hizo sentir exactamente lo mismo que el día del accidente. Jamás, en ningún momento desde que ingresó en prisión, tuvo un sueño tan real como ese. Su cuerpo temblaba y un nudo se le formó en el pecho, que desembocó pocos segundos después en un llanto incontrolable.

Cuando por fin se recompuso, recordó que pronto llegaría Claire a recogerle al hotel. Todo un mar de dudas invadió de nuevo su cabeza. No tendría nada claro hasta que no volviera a reunirse con la madre de James. Se estaba cansando de todo ese asunto y de tantas dudas.

Decidió bajar a la cafetería Carrel, situada frente al hotel en el que se alojaba para ordenar sus ideas e intentar buscarle una lógica a la pesadilla que tuvo la noche anterior.

Le sirvieron su café negro, muy caliente, y con dos sobres de azúcar, mientras se concentraba en ver a la gente pasar tras la cristalera del establecimiento. Lo único que era capaz de hacer era pensar en cómo el planeta no se había parado a esperarle desde

que ingresó en prisión. No esperaba siquiera formar parte de ese nuevo mundo, pero ahora que podía pensar en una vida por delante, pudo observar, en aquellas horas que llevaba en libertad, lo mucho que había cambiado todo. Nuevas redes sociales, modas que volvían de los ochenta, nuevos gobiernos, Bin Laden muerto, Plutón había dejado de ser un planeta... Parecía mentira que en tan solo cinco años el mundo hubiera cambiado tanto.

El tiempo pasó y sin darse cuenta, la camarera volvió a su asiento para preguntarle si deseaba tomar algo más. Carlos amablemente declinó su oferta y se dispuso a pagarle para marcharse de vuelta al hotel.

Una vez en la habitación, solo le quedaba esperar a que vinieran a por él. La paciencia siempre fue una virtud en Carlos, pero en ese momento, brillaba por su ausencia. No podía esperar y los minutos que faltaban hasta las doce se le antojaron eternos.

Por fin y cuando faltaban únicamente cinco minutos para la hora, decidió salir de su habitación y se dirigió hacia la entrada de la recepción del hotel para esperar a Claire. Supuso que llegaría en un lujoso coche, demostrando su alto poder adquisitivo, pero no fue así. Cuando ya marcó el reloj la hora, un antiguo Seat 600 se detuvo frente a él dejando a su paso una enorme nube de humo que salía por el tubo de escape viejo y ruidoso. Un hombre vestido con un traje negro y corbata naranja se dirigió a él. Las oscuras gafas de sol impedían a Carlos ver sus ojos.

—Eres Carlos ¿no? —dijo secamente colocándose frente al expresidiario.

—Sí. ¿Quién eres tú? —la confusión al no ver a Claire se apoderó de Carlos.

—Vengo de parte de Claire. Sube.

Extrañado y desconfiado, vaciló unos segundos antes de aceptar la invitación de aquel extraño hombre. Pocos minutos después, ya habían abandonado la zona donde se encontraba el hotel y kilómetros de carretera solitaria quedaban frente a los dos. Durante el trayecto apenas cruzaron palabra. La mayoría de las veces era Carlos el que siempre comenzaba un intento de conversación, pero su acompañante apenas respondía con un sí o un no.

—¿Por qué no ha venido Claire a recogerme como dijo que haría? —observó cómo dejaban atrás la ciudad y cada vez más árboles pasaban veloces junto al coche. El hombre no contestó— ¿Tienes idea de qué va todo esto? Claire mencionó que alguien quería hacerme daño y por eso quería venir a recogerme. No me explicó nada y estoy muy confundido.

El hombre no le contestó.

Incómodo al sentirse ignorado por completo, decidió dejar de hacerle preguntas al desagradable conductor y se limitó a pensar. Su cuerpo se estremeció al darse cuenta de que, en lo más profundo de su ser, extrañaba la prisión. La rutina del lugar, la apatía que otorgaba el saberse muerto, el haber asumido que jamás se volvería a preocupar por nada más que de la fecha de su ejecución. Seguía sin asimilar bien toda esa situación, algo que le generaba una fuerte sensación de ansiedad y que se unía a la

confusión provocada por todo el misterio en torno a Claire y sus últimas palabras.

Poco a poco transcurrieron los minutos hasta que finalmente Carlos pudo ver a lo lejos una casa en una pequeña colina, y supuso que era el lugar donde se encontraba Claire y supuestamente donde iba a estar protegido de no sabía qué o quién. Dirigió su mirada al conductor intentando ver si sus pensamientos eran ciertos, pero el hombre seguía impertérrito. Le pareció que ni siquiera le había visto mover las manos para cambiar de marcha. Ese tipo más parecía un robot que alguien de carne y hueso.

Tal y como esperó, el auto tomó el primer desvío y se adentraron en una vereda que daba directamente al caserón que antes había divisado a lo lejos. Pocos metros después de tomar el carril, Carlos pudo ver un letrero que decía «Villa del Sol». Le pareció un nombre muy apropiado puesto que en esa zona, en el estado de Mississippi, los atardeceres eran especialmente bellos.

Tuvo una sensación extraña al ver aquel lugar. Le resultó extrañamente familiar, aunque no podía concretar el motivo. En cuestión de un segundo, por su mente pasaron las imágenes de los días de campo que pasó con su familia en el Parque Natural de la Breña, en un pueblo llamado Barbate, en Cádiz. Pensó también en si alguna vez fue con sus amigos a alguna casa rural, todo para entender por qué ese sitio le resultaba tan familiar, hasta que cayó en la cuenta de que era totalmente imposible que reconociera esa casa porque él jamás había estado en los Estados Unidos, así que decidió no darle más importancia. Era pura casualidad.

Una vez se detuvo el coche, ambos ocupantes se apearon y se dirigieron al porche de la casa donde les esperaba una mujer. Sorprendido, Carlos observó que no se trataba de Claire, sino de alguien que aparentemente era más joven que esta, quizá de unos treinta años. Súbitamente comenzó a tener miedo. Cada vez tenía más claro que no debía estar en ese lugar. Todo aquello era un error. Debió haberse marchado a España en cuanto pudo.

El extraño hombre, que según sus sospechas no fue a recogerle al hotel por petición de Claire, le había llevado por algún motivo oculto a ese lugar que no dejaba de resultarle familiar.

Cuando ambos llegaron a donde se encontraba la mujer, el hombre de hielo, como mentalmente le había bautizado Carlos durante el trayecto, la saludó con un gesto de asentimiento. La chica simplemente se limitó a sonreírle dejando ver unos dientes blancos como la nieve y perfectamente alineados tras unos labios carnosos que sutilmente invitaban a ser besados. Los ojos de esa mujer, claros como un cielo despejado, se posaron sobre Carlos y permanecieron observándole durante unos segundos, tiempo que a Carlos le sirvió para analizarla por completo.

Tenía la piel blanca, rozando un aspecto enfermizo. Vestía un pantalón negro de pinza y una camisa de color naranja. Sobre sus hombros llevaba una chaqueta de ejecutiva en cuya solapa tenía bordado un símbolo bastante simple pero que lograba llamar la atención. Consistía en un símbolo del infinito abierto en su curva derecha, cruzado por una especie de cruz cristiana.



—Así que tú eres Carlos. ¿Qué tal ha ido el viaje hasta aquí? —su gesto era apacible y amigable.

—Todo muy bien, pero dígame, ¿quién es usted y dónde está Claire?

—Muchacho... no tienes por qué preocuparte. Estás en el lugar correcto. Claire está descansando. Ha pasado mala noche y aún duerme.

Una enorme sensación de alivio inundó el pecho de Carlos. Esa mujer emitía un halo extraño. Oírla hablar era como oír a una abuela. Sus palabras denotaban sabiduría, calma e incluso algo de ternura. Claramente todo eso desentonaba mucho con ese aspecto de ejecutiva tan marcado.

—Mi nombre es Nerea. Soy amiga de Claire y dueña de este lugar. Siéntete como en tu propia casa.

Al decir esto, sus ojos emitieron un brillo muy particular que para Carlos no pasó desapercibido. Mentía.

—¿Podría decirme qué hago yo aquí? Ayer Claire me llamó al hotel donde me hospedaba y me dijo que alguien quiere hacerme daño y por eso debía venir aquí —se acercó a la mujer—. Mire señorita, lo único que quiero es que me expliquen qué está pasando para poder irme a mi casa cuanto antes.

—No te preocupes. Pronto despertará y podrás preguntarle a ella misma todas tus dudas. Ahora, acompáñame al interior de la casa, voy a preparar un té.

No le quedó más remedio que seguirla.

La casa estaba decorada con estilo rústico. Mucho ladrillo al aire, casi todos los muebles eran de madera y el color marrón predominaba en toda la estancia. Constaba de tres habitaciones y una amplia cocina que comunicaba con un salón más grande todavía. El techo de todas las habitaciones era muy alto, lo que hacía de la casa un lugar muy frío. La sensación de conocer todo aquello no abandonaba a Carlos, que incluso se llegó a plantear si el ajetreo de los últimos días había acabado por trastornarle más de lo que ya estaba antes incluso de salir de la cárcel. Nerea retomó la palabra.

—Siéntate y ponte cómodo. Voy a llamar a Claire mientras se calienta el agua para el té —le indicó dónde debía sentarse y se dirigió a una de las habitaciones. Dos minutos después salió y tras coger los vasos con el té, se sentó junto a Carlos—. No tardará en venir. Se está vistiendo.

Carlos no podía dejar de observar todo el entorno. Realmente era un sitio precioso. Desde las ventanas podía apreciarse una vegetación muy frondosa y un silencio casi sepulcral. No parecía que hubiera nadie más allí con ellos ni en los alrededores. Ni siquiera sabía dónde se había metido el hombre de hielo.

Efectivamente, pasados unos minutos, la puerta de la habitación se abrió de nuevo

y apareció ella: Claire, apenas reconocible debido a unas ojeras muy marcadas y a una vestimenta que poco tenía que ver con el aspecto de mujer poderosa que había mostrado días antes cuando visitó a Carlos en la prisión. Sin joyas que lucir ni perfume que marcara su estilo, Claire se sentó junto a él.

—Buenos días Carlos. Me alegro de que hayas llegado bien. Imagino que tienes mil cosas que preguntarme. Hazme las cuestiones que quieras que te las responderé todas en la medida de lo posible —dijo con cierta desgana en su tono.

—Tienes razón. No entiendo absolutamente nada de lo que pasa aquí.

—Todo tiene su porqué, y espero que todo salga como se ha planeado.

—En primer lugar, quiero saber por qué me has sacado de prisión —posó su mirada sobre Claire.

—Te he sacado de prisión porque eres inocente.

Habían pasado tan solo unas horas desde que tuvo la cita con Nate y en todo ese tiempo no había podido quitárselo de la cabeza. Seguía pensando en él.

El hecho de no saber qué había sido de Carlos hasta la fecha, le hizo darse cuenta de que realmente había conseguido lo que se propuso en su momento; olvidar todo lo que ocurrió y superar el impacto que le causó. Aun así, volvió a invadirle la curiosidad y se planteó investigar para averiguar si efectivamente ya había sido ejecutado o no. Así también podría ayudar a Nate para que lograra escribir su historia y quizá le supusiera un aprendizaje de cara a su futura novela.

El primer problema que se le presentó a Sarah fue el hecho de que en solo dos semanas debía estar en Nueva York para la presentación de su libro, cosa que no debía descuidar ya que era el fruto de mucho trabajo e incontables horas de escritura. De todos modos, tenía que averiguar todo lo relacionado con ese asunto antes de ese tiempo. Si no, no se quedaría tranquila.

Interiormente se preguntaba si el motivo real para querer hacer todo aquello era por el simple hecho de volver a quedar con Nate. Realmente quedó sorprendida y agradada con él, y le apetecía volver a verle.

Fuese por el motivo que fuese, iba a hacerlo. Averiguaría cualquier cosa sobre Carlos que pudiese ayudar a su nuevo amigo. Buscó en internet información sobre el centro penitenciario donde había sido ingresado Carlos Guerrero para que cumpliera condena. No tardó mucho en averiguar que era la Mississippi State Penitentiary. Buscó algún teléfono de contacto y rápidamente así lo hizo. Nunca antes había llamado a una prisión y se dio cuenta de que no sabía cómo empezar la conversación para conseguir la información que deseaba.

—Mississippi State Penitentiary, dígame —una voz femenina sonó al otro lado del auricular.

—Buenas tardes. Mi nombre es Sarah Wallace y llamaba para ver si era posible que me informara sobre si una persona en concreto se encuentra en esa prisión cumpliendo condena.

—Siento mucho comunicarle que no nos está permitido facilitar esa información a nadie por respeto a la privacidad de los reclusos. Si quiere usted saber algo en concreto sobre algún preso en particular, deberá personarse aquí en la prisión y solicitar cita para visita o comunicarse con el alcaide Norman Wilfred.

Aunque Sarah ya se esperaba una respuesta negativa, intentó convencerla de que fuera permisiva con ella.

—Mire... únicamente quiero saber si Carlos Guerrero se encuentra aún cumpliendo condena... o no. No quiero saber nada más que eso —Sarah, casi suplicando, intentó engatusar a la chica para que le dijera lo que quería saber.

—Lo siento mucho señorita. Me está totalmente prohibido facilitar esa

información. Siento no haberle ayudado en su consulta.

—Bueno, no se preocupe. Muchas gracias de todos modos —dijo dándose por vencida.

—De nada. Buenas tardes.

Decepcionada, dejó caer sobre la cama la libreta y el bolígrafo que tenía preparados para tomar nota y se sentó en la silla frente al escritorio de la habitación del hotel. No tuvo éxito en la llamada y pensó en algo que pudiera hacer para averiguar únicamente si aún seguía vivo o no.

Siguió dándole vueltas al asunto hasta que recordó que podría llamar directamente a Claire o a Peter Peterson para preguntarles. Pensó que en el momento de la ejecución, si ya se había realizado, habrían estado presentes. Si por el contrario, aún no se había llevado a cabo, también podrían decírselo. De ese modo decidió ir a su antiguo barrio y hablar con los padres de James. Se le había ocurrido que podría decirles que ya que estaba en el pueblo por la presentación de su libro, le pareció buena idea ir a visitarles y ver cómo estaban. Luego, poco a poco, intentaría conseguir la información que deseaba.

Conforme le daba vueltas al asunto, Sarah se iba poniendo algo nerviosa. No podía esperar a ver la reacción de Nate cuando le facilitase los datos que esperaba recabar. Al fin y al cabo, un colega de profesión es sagrado, o al menos, eso se decía ella misma para obviar el hecho de que el escritor había calado hondo en su persona.

De cualquier manera, a Sarah le extrañó que esa carta, visitar a los padres de James, no la hubiera jugado Nate con anterioridad en su búsqueda de información sobre Carlos. De nuevo, la sensación de que algo ocultaba el joven sobrevoló la cabeza de la escritora.

Mientras se dirigía a casa de los Peterson se le ocurrió que ya que estaba allí podría pasar también por casa de Mark para ver al matrimonio así como a sus hijas que ya estarían bastante crecidas. Sería una mañana provechosa que esperaba que diera frutos.

A falta de pocos minutos para llegar al parque en el que solía hacer *footing*, la vibración de su móvil la sacó de sus pensamientos. Era Nate quien llamaba. Al leer su nombre, su corazón dio un vuelco y tardó unos segundos en descolgar.

—Hola Nate, buenos días —dijo atusándose el pelo como si estuviera delante de él.

—Buenos días Sarah. Necesito que nos veamos.

—Mmm... claro que sí. Podemos vernos esta tarde... ¿Ocurre algo?

—Verás. Tengo noticias sobre Carlos y todo lo que hablamos ayer, y me gustaría compartirlas contigo.

Sarah meditó durante unos segundos si contarle sus planes y decirle que se dirigía a casa de los padres de James para ver si sabían algo sobre la ejecución, pero finalmente decidió omitirlo para poder darle una sorpresa y así apuntarse un tanto con

él.

—Muy bien. Entonces nos vemos después en el «Blue» igual que el otro día. Quedamos allí a las cinco de la tarde.

—Ok. Un saludo Sarah.

Inevitablemente, Sarah se percató de que la voz de Nate no sonaba como en la noche anterior. Parecía triste y desganado. Se preguntó si le habría ocurrido algo o si las averiguaciones que había hecho no dieron los frutos que él esperaba. De todos modos guardaba la esperanza de poder darle una alegría si todo le iba bien durante la mañana.

El acceso a la casa de los Peterson estaba tal cual ella lo recordaba: cada maceta en el mismo lugar, el tono azulado del color del marco de la puerta, el timbre de estilo antiguo que sonaba como una campanita. Le resultaba extraño estar allí después de tanto tiempo, pero ver que todo seguía como antes le ayudaba a pensar que la familia la recibiría también con los brazos abiertos. Llamó con los nudillos obviando el timbre y esperó durante unos segundos, pero nadie abrió la puerta. Volvió a llamar y acercó la vista a la ventana junto a la puerta por si veía algún movimiento dentro de la casa, pero parecía que no había nadie.

Desanimada decidió volver sobre sus pasos asumiendo que podría intentarlo en otro momento. El tanto que esperaba marcarse frente a Nate no iba a ser posible, al menos de momento. La puerta se abrió a su espalda.

—Buenas días. ¿Qué quería?

Una voz femenina indicaba que finalmente parecía que sí había alguien dentro de la casa pero que por algún motivo tardó en abrir. El sonido de la voz hizo que Sarah se girara sobre sí misma.

—Buenos... días... Estaba buscando al matrimonio Peterson. Mi nombre es Sarah Wallace.

La mujer que Sarah tenía delante bien poco tenía que ver con la Claire que ella recordaba. La señora, de unos sesenta y cinco años y con semblante amable y sosegado, vestía un largo traje típico de mujer mayor con un florido estampado y sin mangas. Su pelo era de un blanco casi artificial y su cara tenía las arrugas que deja el paso del tiempo pero que aún así le quedaban de maravilla.

Le sonrió al ver la cara que Sarah puso cuando habló.

—Siento mucho decirle, jovencita, que los Peterson ya no viven aquí.

—Sí, ya veo... disculpe las molestias pero ¿desde cuándo esta ya no es su vivienda?

—Pues... no sé si lo sabrá pero su hijo murió en un accidente de tráfico hace unos cinco años —Sarah asintió con la cabeza—. Unos meses después de aquella tragedia se marcharon de este lugar y pusieron la casa en venta. Afortunadamente la compré yo.

La anciana rio dejando ver unas arrugas junto a sus ojos que no hacían más que potenciar la imagen entrañable que proyectaba.

—Por lo que veo —dijo Sarah— ha dejado la decoración de la entrada igual que la tenían los anteriores propietarios. Realmente pensaba que seguían aquí.

—Sí. Me gustó mucho el porche cuando lo vi por primera vez y decidí mantenerlo tal cual. No creo que los cambios que le hubiera hecho lo dejarían mejor de lo que ya estaba. ¿Le apetece tomar algo señorita? Acabo de hacer zumo de naranja, por eso he tardado un poco más en abrir la puerta.

—Vaya. Es usted muy amable. Realmente sí que me apetece, así que aceptaré su oferta —dijo sonriendo mientras se acercaba a la mujer.

—Pues pasa, pasa. Disculpa el desorden, pero viviendo sola y recibiendo tan pocas visitas, no me doy mucha prisa en ordenar la casa.

Ante la abrumadora amabilidad de la señora, Sarah no tuvo más remedio que aceptar la invitación que le hizo. Después del fiasco inicial al ver que los Peterson ya no vivían allí, decidió tomarse un rato libre y disfrutar de la compañía de aquella mujer que no dudó en hacer notar que también necesitaba algo de compañía.

No estaba todo tan desordenado como decía la anciana. Es más, seguro que estaba todo mucho más organizado que en cualquier casa de alrededor o en la suya propia.

Se sentaron frente a la barra americana de la cocina y con el vaso de zumo delante, Sarah miró a la mujer.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó sonriendo.

—Lo siento, qué maleducada soy, ni siquiera me he presentado —volvió a reír tiernamente—. Me llamo Marie Chassier y aunque vivo aquí en los Estados Unidos, nací y me crié en Francia, en la ciudad de Arles, al sur del país. Cuando tenía diez años, mis padres decidieron aventurarse a venir a la *tierra de las oportunidades*. Y aquí me ves.

—Por lo que veo, tuvieron suerte sus padres.

—Sí. Mucha gente vino a los Estados Unidos en aquellos años. A unos les fue bien y a otros no tanto. Afortunadamente conseguimos quedarnos. Hoy en día, parece que los tiempos vuelven y de nuevo, muchas personas están llegando en busca de alguna oportunidad para trabajar y ser felices —dijo la mujer ante la nueva oleada de inmigración que se estaba viviendo en el país desde hacía una década.

Pasaron los minutos y ambas entablaron una conversación que hizo a Sarah conocer toda la vida de la anciana Marie, y viceversa. Incluso le prometió a la mujer que le regalaría un ejemplar de *La Piedra MuluM* cuando pudiera escaparse y volver al vecindario.

—Si no te hubieras marchado, habríamos sido vecinas. ¡Qué lástima! —dijo la señora que se encontraba realmente a gusto con la compañía de Sarah.

—Ahora que lo dice, me gustaría volver atrás y ver cómo hubiera sido todo.

—No digas eso. Has conseguido tu sueño de escribir y publicar y aun así nos hemos conocido. Estábamos destinadas a tomarnos un zumo juntas. No podemos quejarnos cariño —Marie pellizcó levemente la mejilla de Sarah.

El tiempo transcurrió entre risas y anécdotas hasta que Sarah decidió que era hora

de irse.

—Bueno señora Chassier, le agradezco muchísimo este rato que hemos pasado juntas pero tengo que marcharme ya. Esta tarde tengo un compromiso con alguien y aún tengo que volver a mi hotel para darme una ducha.

—No te preocupes. Ha sido un placer conocerte. Una persona como yo, que vive sola, también necesita de compañía de vez en cuando y tú me la has dado. ¡Se nos ha ido casi toda la mañana charlando!

—Espero que todo le vaya bien. Intentaré pasarme en unos días para darle el libro y volver a tomar un zumo de naranja o un té.

—Esta es tu casa. Cuídate mucho jovencita.

—Igualmente Marie.

Sin pensarlo, Sarah se acercó a la mujer y la abrazó muy delicadamente. Por lo general, nadie deja entrar a su casa a un extraño, y eso precisamente era lo que a Sarah le llamó la atención de la señora Chassier. Incluso al despedirse, seguía manteniendo esa sonrisa que hacía que sus ojos se cerraran un poco. Realmente aún seguía habiendo gente buena y pura en el mundo, y ella era buena muestra de ello.

Mientras regresaba al hotel, volvió a sentirse observada. Ya había tenido esa sensación tras despedirse de Nate la noche anterior. Se giró pero lo único que vio fueron tres coches aparcados, niños jugando en el parque y un perro suelto que corría tras una pelota roja. Escrutó con detenimiento a cada coche y persona pero no observó nada sospechoso. Pensó que lo mejor sería dejarlo pasar.

No había conseguido hablar con la familia de James pero según la llamada de Nate, él sí que tenía algo y quería compartirlo con ella. Realmente le daba mucha alegría que quisiera volver a verla para contarle las novedades. Esperaba que se repitiera el buen rato que pasaron en la anterior ocasión. De repente le dio mucha pena marcharse del lugar, le apetecía seguir allí unos días más. Volvía a sentirse en casa. A Sarah aún le faltaban unos días para regresar a Nueva York, así que decidió aprovecharlos al máximo.

Una vez llegó a la puerta del hotel, volvió a vibrarle el móvil pero esta vez no era Nate. Número desconocido. Descolgó esperando a la típica teleoperadora de su compañía de teléfono para que cambiara de tarifa.

—Sí, buenas tardes dígame.

—... —silencio como respuesta. Típico en este tipo de llamadas.

—Buenas tardes... ¿Hola? —empezaba a arrepentirse de haber descolgado.

—Olvídate de él. No te atrevas a hacerle daño —una voz masculina sonó tras el auricular.

—Perdone... ¿Quién es? Creo que se ha confundido de número.

—No vas a entorpecer mis planes y no consentiré que nadie haga daño al chico. No dudaré en actuar si haces algún movimiento que pueda ponerle en peligro. Si se te ocurre ponerle en peligro, te arrepentirás. Nadie se interpondrá en mi venganza.

La sangre se le heló al oír las palabras que salían desde el auricular. ¿Quién la

llamaba para decirle eso? Sonaba a advertencia. Sarah no era capaz de saber a quién se refería esa voz. ¿Quizá a Nate?

—No entiendo lo que quiere usted decirme. ¿Me dice su nombre por favor? Se hizo el silencio. La llamada se cortó.

Volvió a sentir puro terror, exactamente el mismo terror que cuando era pequeña y tenía que decirle a su padre que un monstruo la observaba desde el interior del armario. Ese terror que hacía que no pudiera dormir si no estaba en el regazo de su madre. Ahora estaba sola y su madre a miles de kilómetros. Alguien la estaba observando, no muy lejos de allí, y conocía cada uno de los movimientos que estaba haciendo. Quizá lo más prudente sería, efectivamente, apartarse del camino y no meterse en problemas.

¿Pero en qué demonios estaba pensando? Debería estar centrándose en su carrera y en su libro. Ya era suficiente por ese día de fantasmas del pasado. Hablaría con Nate y le diría que lamentándolo mucho, no podría ayudarlo. Solo esperaba que no se molestara por ello. Esa llamada realmente la había asustado. No estaba dispuesta a correr ningún peligro por un asunto que en realidad tampoco le incumbía del todo.

En la puerta del hotel estaba Nate esperándola. Por algún motivo no esperó a la hora que se citaron y fue a buscarla al alojamiento. Ella intentó cambiar el semblante de su cara para que no se notara la tensión por lo que acababa de ocurrir y así oír lo que Nate tenía que contarle.

—No has podido esperar a verme ¿no? —Sarah esbozó una sonrisa pícaro que poco efecto tuvo en Nate.

—Sarah, tengo información de Carlos. No lo vas a creer.

En medio de aquel salón, en aquel lugar extraño y a la vez familiar, de nuevo las palabras de esa mujer hicieron que Carlos necesitara más aire de lo normal para poder respirar.

Claire Peterson acababa de decirle que le había sacado de la cárcel porque era inocente. Eso era totalmente falso. Carlos sabía que había matado a su hijo. Más que nunca necesitaba una explicación para no terminar volviéndose loco. Sintió que la ira que había tenido guardada durante tanto tiempo comenzaba a brotarle por cada poro de su piel, ira que no tardó en descargar contra la mesa que había entre él y la mujer.

—¡Ya basta! ¡¿Qué coño quieres decirme con que soy inocente?! Claire, ¿es esta tu manera de vengarte de mí? ¿Jugando conmigo? —sus gritos retumbaron en toda la estancia.

—Obviamente no. Repito que si te he sacado de la cárcel es porque eres inocente —la mirada de Claire seguía tan vacía como siempre.

—Señora... maté a su hijo, me di a la fuga y hasta que usted llegó, me encontraba cumpliendo mi condena esperando al día en que me ejecutaran. Su hijo murió por mi culpa. Vi su cadáver y fui yo quien lo atropelló... ¡Yo!

—Lo sé. Atropellaste a mi hijo, lo mataste y te fugaste, pero aun así eres inocente y...

Carlos miraba a ambos lados moviendo la cabeza. Buscaba desesperadamente a alguien que le dijera que todo era una broma, pero nadie de los presentes rebatía las palabras de Claire. Esperaba también ver alguna cámara oculta o algo que le indicase que aquello no era real. Rozaba lo enfermizo.

Sus ojos rebosaban rabia expresada en unas lágrimas que no pudo evitar que brotaran. Claire se acercó a él mientras Nerea permanecía en un segundo plano aunque muy atenta a la conversación.

—No entiendo nada de lo que pasa —continuó él—. Desde que salí de prisión todo son interrogantes. Pensé que podría irme a casa con mi familia. ¿Qué está ocurriendo?

—Te lo explicaré todo, pero debes estar preparado para todo lo que voy a contarte pues no será fácil de asimilar.

El nudo que Carlos tenía en el estómago crecía por segundos. No imaginaba qué era eso que Claire tenía que contarle que fuese tan difícil de creer. El silencio en la sala no hacía más que potenciar esa sensación de angustia, y la mirada fija de Nerea, como esperando a que comenzara el espectáculo, no ayudaba a que Carlos se relajara.

—Mi hijo James sigue vivo —espetó sin miramiento.

Los ojos de Nerea se abrieron un poco esperando la reacción de Carlos. Comenzaban los fuegos artificiales.

Ni en sus más remotos pensamientos hubiera podido imaginar que esas palabras

podrían salir de boca de nadie tras todo lo ocurrido. Sin pestañear, había recibido la noticia más descabellada, increíble y a la vez espeluznante que hubiera podido soñar. Las piernas comenzaron a temblarle, la vida se le escapaba por la boca y el corazón se aceleró hasta casi hacerle perder el conocimiento. Se apoyó en el respaldo del sillón de piel, y, sin dejar de mirar aterrorizado a Claire, finalmente pudo articular palabra.

—No puede ser... su hijo murió. Yo lo vi. Yo le maté... —se levantó de la silla bastante nervioso.

—Tranquilízate por favor. Te avisé de que no iba a ser fácil lo que tenía que decirte.

—¿Que me tranquilice? ¿Cómo demonios quieres que me tranquilice Claire? ¿Cómo pretendes que me tranquilice después de decirme que tu hijo James está vivo? —el trato de usted desapareció tras la revelación de Claire.

—Te ruego que me dejes seguir contándote todo —la mujer tomó suavemente la mano de Carlos.

—No creo que ninguna explicación pueda darle lógica a todo esto. No vas a lograr que nada de esto suene normal. Esto es una locura. ¡Estás loca!

Sin prestarle atención a la actitud de Carlos, ya que entendía que se exaltara de esa forma, la mujer continuó hablando.

—Hace unos meses recibí la llamada de una persona que no conocía absolutamente de nada. Esa persona quería citarse conmigo porque tenía que contarme algo sobre mi hijo James. Cuando acudí al lugar acordado, una galería de arte, un hombre de unos cincuenta años estaba esperándome mientras miraba una obra de un autor local, obra que por otro lado dejaba bastante que desear —Carlos intentó decirle con la mirada que no le importaba lo más mínimo la calidad artística del dichoso cuadro—. Aquel hombre se identificó como Patrick, líder de la llamada «Orden del Advenimiento de Luz».

—¿Orden del Advenimiento de Luz? Jamás había oído hablar de eso —dijo Carlos ya sentado junto a Claire en el sofá de piel una vez se hubo calmado.

—Yo tampoco, hasta ese momento.

—¿Qué quería ese tipo? —poco a poco se fue tranquilizando—. Básicamente me dijo que tenía a mi hijo James en su poder y que si quería volver a verle tendría que hacer lo que él me dijese —dijo mirando al suelo—. Eso es imposible, incineraste a tu hijo. Este hombre está mintiéndote. No puede ser que esté en posesión de nadie que tenga que ver con James. ¿Cómo puedes creerte esas cosas Claire?

—Eso fue exactamente lo que pensé en el momento en que me dijo eso, así que decidí ignorarle y me marché bastante dolida e indignada de la galería de arte, dejándolo allí solo. Pasados unos días, recibí en casa un diminuto paquete que contenía un lápiz de memoria con un archivo de video dentro. Cuando ejecuté el archivo, comprobé estupefacta que mostraba a un chico atado a una silla. El muchacho se identificó como James Peterson, y mientras miraba fijamente a la

cámara, comenzó a contar experiencias que viví junto a mi hijo. Vivencias de su infancia, recuerdos que puede ser que sepan algunas personas, pero también habló de recuerdos que únicamente él y yo conocíamos.

—Ese chico... ¿era James? —preguntó Carlos sin terminar de creerse esas palabras.

—No. No lo era, al menos físicamente. Jamás había visto a ese muchacho, pero las cosas que decía en el vídeo me confirmaban que por alguna razón sabía cosas que nadie más debería saber.

—¿Decía algo más además de relatar recuerdos tuyos y de tu hijo?

—No. Solo hablaba de cosas pasadas hasta que fue interrumpido por Patrick, que apareció en pantalla y dirigiéndose a la cámara dijo que aunque yo no lo creyese, ese era mi hijo. Me dijo también que si quería volver a verle, tendría que hacer exactamente lo que me dijera y que esperaba que no le diera una negativa como hice anteriormente en la galería de arte. Me advirtió también sobre la posibilidad de que hablara con la policía para pedir ayuda. Dijo que me tenía vigilada y que no dudaría en hacer lo que fuera necesario para hacerme cooperar, incluso si eso significaba hacer daño a personas que quiero.

A medida que hablaba y recordaba lo sucedido, Claire fue abandonando cada vez más la imagen de mujer dura e insensible que siempre proyectaba. Ya no aparentaba nada de eso. Únicamente era una madre a la que estaban condenando a resucitar al fantasma de su hijo.

—Vamos a ver —Carlos se recompuso y habló—. Claramente ese chaval no es tu hijo, al menos físicamente como acabas de decir, y aun así, aunque cuente experiencias muy personales de vosotros dos, es imposible que lo sea de cualquier manera. La duda que me asalta es ¿qué quiere de ti exactamente ese tío?

—Me dijo que si quería ver al chico y comprobar que efectivamente es mi hijo James, únicamente tenía que hacer una cosa por él. Solo una cosa y podría comprobar que dice la verdad.

—¿Qué cosa Claire? ¿Qué te ha pedido que hagas? —Carlos se temía lo peor.

Las manos de la mujer temblaban ligeramente y detrás de ella Nerea sabía que estaba a punto de salir el gordo. Claire elevó la mirada y únicamente dijo.

—Liberarte y entregarte a él —miró de soslayo a Carlos esperando su reacción.

Claire pronunció las palabras que Carlos no quería oír.

—¿A mí? ¿Qué tengo yo que ver con ese tipo?

—Me pidió que te sacara de prisión y que te entregara a él para así poder ver al muchacho del vídeo que recibí. No sé exactamente qué quiere de ti, pero eso fue lo que me dijo. Yo fui quien te metió en prisión y Patrick, de algún modo, sabía que lo hice gracias a mis influencias, así que llegó a la conclusión de que gracias a ellas podría sacarte de allí.

—Pero ¿te has vuelto loca o qué? Tu hijo no puede estar vivo. ¡Lo incineraste Claire! Me has sacado de prisión por un fantasma para intercambiarme con una

persona que ni siquiera sabes quién es. Además, yo tampoco conozco de nada a ese tipo. No puedo imaginar por qué quiere que me entregues a él. Soy español y antes del accidente jamás había estado en este puto país.

Claire le miraba asombrada al ver la forma en que Carlos le rebatía cada argumento que ella le daba. Realmente tenía una paciencia y capacidad de manejar la situación asombrosa, y era consciente de que el chico llevaba toda la razón en lo que decía.

—Me dijo que... si no lo hacía, él mismo se encargaría de obligarme, así que decidí adelantarme y sacarte de prisión sin que nadie más lo supiera. Contraté a dos guardaespaldas que ya conoces. Nerea y Matt —al fin se revelaba el nombre del gigante—. Ellos nos van a proteger hasta que decidamos qué hacer a continuación, cosa que no tengo ni idea de lo que será. Les dije a ambos que necesitaba protección y que necesitaba un lugar apartado para esconderme. Tanto Nerea como Matt coincidieron en que este caserón era el lugar perfecto para lo que necesitamos. La agencia de guardaespaldas para la que trabajan la tienen como uno más de entre sus numerosos refugios para casos de testigos protegidos, chivatazos de cualquier tipo y más cosas relacionadas. Así que hasta que sepamos qué hacer he pensado que lo mejor sería tenerte aquí y que ambos estemos a salvo.

En ese mismo instante, justamente cuando Carlos y Claire guardaban silencio tras sus palabras, Matt recibió una llamada de teléfono. Sin motivo aparente, el ambiente se cargó y la tensión casi se podía cortar con cuchilla.

—Sí. Los dos están aquí —dijo Matt al auricular mientras miraba a Carlos y a Claire.

Claire volvió la mirada y abrió los ojos. Claramente estaba hablando de ellos dos.

—Sí. Ya se lo ha contado todo, así que... —dijo mientras lentamente se acercó al sofá de piel.

Claire volvió su mirada hacia Carlos con terror. Negó levemente con la cabeza mientras intentaba advertirle de lo que estaba ocurriendo. Nerea se percató de ello y se acercó a los dos disimuladamente. Matt seguía hablando.

—Muy bien. Como usted diga. Le esperamos.

Cuando colgó el teléfono, tanto Carlos como Claire se quedaron mirando al fornido guardaespaldas con dudas en sus rostros, y Nerea supo que se habían dado cuenta.

—Efectivamente, Patrick viene de camino. Más os vale no hacer ninguna tontería. —Dijo Nerea.

—Pero... ustedes... —Claire no podía articular palabra.

—¿Pensabas que Patrick dejaría tanta libertad de movimiento a la única mujer que podía entregarle a Carlos Guerrero? —dijo Matt sonriendo mientras le hablaba. Todo comenzó a tomar forma en la cabeza de Claire. Ni la agencia de protección ni ninguno de los movimientos que había hecho recientemente fueron frutos del azar ni de su ingenio a la hora de planearlo. Todo ese tiempo fue manipulada y conducida

por un camino como un ratón de laboratorio en su laberinto. Ahora se encontraba justo donde Patrick quería e iba a darle a Carlos en bandeja. El único consuelo que Claire encontró fue que podría al menos comprobar quién era el muchacho que aparecía en el video y salir de dudas de una vez por todas.

Ante esta situación, Carlos no dudó un instante en levantarse para hablar con Matt.

—¿Ese tal Patrick viene hacia aquí?

—Efectivamente —respondió el hombre de hielo.

—Muy bien. Pues siento decir que este que está aquí se va a marchar y que le jodan a tu jefe. Estoy hasta la polla de no saber qué pinto yo en toda esta historia. Aquí todos quieren que vaya a un lado o a otro y yo solo quiero irme a mi casa o de vuelta a la prisión.

Matt se acercó a Carlos y le puso la mano sobre el hombro.

—Siéntate o te siento —su voz parecía de ultratumba.

La mirada de Carlos se encendió y ya no pudo más. Levantó el brazo derecho y propinó un fuerte puñetazo en la nariz al guardaespaldas. Esa reacción del pacífico y acobardado expresidiario pilló desprevenido a Matt. Totalmente aturdido, se echó las manos a la cara para detener la hemorragia. Mientras lo hacía, Nerea desenfundó su arma y apuntó a Carlos.

Claire no hacía más que gritar detrás de todos, aterrorizada ante la situación. No podía reaccionar y únicamente miraba a Carlos. En su interior, lo que más deseaba era que le diera otro puñetazo a la mujer y los dos se fueran de allí corriendo. Pero lo que ocurrió a continuación no fue menos esperanzador para ella.

Matt recuperó un poco la compostura y cuando fue a desenfundar su pistola se encontró con que no estaba. Carlos, en una maniobra rápida y certera, se la había quitado al darle el puñetazo y ahora le apuntaba a la cabeza mientras le obligaba a permanecer con la cara en el suelo.

—¡Quieto ahí! No muevas un puto pelo, desgraciado.

—¡Deja de apuntarle o te mato! —Nerea se mostraba realmente nerviosa.

—No... no vas a hacerlo —le contestó Carlos con media sonrisa—. Según parece, soy muy valioso para tu jefe así que no vas a matarme. Ese Patrick no sabe con quién se la juega. Si algo he aprendido al estar en prisión es defenderme por mí mismo. No imaginas lo que se consigue observando a otros peleando. Ahora baja el arma o le vuelo la cabeza a tu novio —Nerea enarcó las cejas—. ¿Creías que no me había fijado en cómo os mirabais? Suelta el arma... ¡AHORA! Y tú —dijo dirigiéndose a Matt— dame las llaves del coche. Dámelas o te quedas sin manos para tocar a tu novia.

Obedientemente, el hombre sacó las llaves del bolsillo sin atreverse siquiera a levantar la cabeza. Claire se quedó sorprendida ante el giro que había tomado la situación. No lograba reaccionar. El guardaespaldas hizo caso a Carlos y lentamente colocó las llaves en el suelo.

—Estás haciendo una tontería. Patrick va a encontrarte igualmente y será mucho peor cuando eso ocurra —dijo Nerea.

—¡Tú te callas la boca! Ahora vas a hacer lo que yo te diga —le dijo a la chica guardaespaldas mientras le miraba a los ojos—. Tumbate en el suelo y dale el arma a Claire.

Claire se sobresaltó al oír su nombre pero tras dos segundos logró reunir el valor suficiente para acercarse a la chica, que, empujando el arma con la mano, se la acercó a sus pies. Claire se agachó y se hizo con ella así como con las llaves del coche.

—Ven aquí Claire. Vamos a irnos de este lugar —le dijo Carlos.

Sin rechistar, se acercó a él y juntos fueron retrocediendo lentamente hasta la puerta de la casa. Una vez fuera, encontró un tablón de madera que usó para atrancar la puerta de la casa y, tras asegurarse de que no podían salir de allí fácilmente, se giraron y salieron corriendo en dirección al coche.

Carlos no podía creerse cómo ni de dónde había sacado el valor para hacer lo que acababa de hacer. Ambos se metieron en el automóvil y sin abandonar la sensación de conocer aquel lugar, arrancaron el motor y salieron de allí sin mirar atrás.

Los dos escritores se encontraban sentados en una de las mesas de la cafetería del hotel donde Sarah se alojaba. Ambos se colocaron uno frente al otro, tomando cada uno un té helado, mientras el gentío de fondo hacía que la conversación entre ambos resultara a veces demasiado dificultosa de mantener.

—¿No se encuentra en la prisión?! —Sarah no salía de su asombro.

—No. Llamé al centro penitenciario para preguntar por Carlos Guerrero pero me dijeron que no podían satisfacer mi petición —Sarah recordó que le ocurrió exactamente igual a ella—. Después de pasar un rato pensando en qué hacer, recordé que tengo un amigo, Thomas, que es *hacker* informático y que me debía un favor. Le llamé y le pedí por favor que me ayudara a conseguir información sobre Carlos usando sus habilidades y con medios, digamos, poco ortodoxos, y así lo ha hecho. Pirateó los equipos informáticos de la prisión y una vez accedió a los informes y bases de datos, logró descubrir que ya no se encuentra preso allí. No aparece como ejecutado, sino como puesto en libertad. Se supone que esa información es clasificada y confidencial pero ha podido aun así acceder a ella. Imagino que el proceso de puesta en libertad de Carlos ha sido ejecutado bajo protocolos muy diferentes a los establecidos como *legales*.

—¿Me estás diciendo que le han dado la libertad de forma clandestina? —exclamó Sarah.

—Según lo que ha podido averiguar Thomas, sí. Está en la calle y libre de su condena desde hace solo dos días, pero apenas quedan rastros de él en los archivos de la prisión. Burocráticamente ha desaparecido del sistema, como si nunca hubiera existido. Ahora será mucho más complicado encontrarle... —el semblante de Nate se tornó triste.

—Lo que no alcanzo a comprender —respondió Sarah— es el motivo por el cual le han sacado de prisión. Me produce impotencia pensar en cuántas influencias hay por ahí, cuánto tráfico de poder, en cada estamento u organismo, que no alcanzamos a imaginar... Nate no te preocupes, no pasa nada, hay mil formas de encontrar a una persona. ¿Por qué te afecta tanto no dar con él? Me da la impresión de que no es un interés única y exclusivamente literario el que tienes por esta persona.

Sarah estaba segura de que Nate escondía algo. Era una sensación que tuvo desde el primer momento en que conversó con él sobre Carlos. No pensaba que fuese algo maligno u oscuro ya que no era esa la sensación que le transmitía, pero sí podía percibir que había algún asunto que no le había contado por la razón que fuera aunque esperaba que se lo confesara de algún modo y en algún momento.

—Me interesa mucho hablar con esta persona... Solo es eso —contestó intentando en vano esbozar una falsa sonrisa.

—¿Seguro que no tienes otro interés además del de conseguir información para tu

libro? —ahora le tocaba a ella desplegar sus dotes de investigadora, propias de una escritora.

Durante unos segundos Nate únicamente observaba su té y jugueteaba con los dos cubos de hielo. Ni siquiera se atrevía a mirar a Sarah. Parecía que dudaba a la hora de decidirse a confesar algo. Pasaron unos segundos más hasta que se animó a hablar.

Sarah supo que lo había conseguido cuando observó a Nate soltar la cucharilla del té, suspirar y levantar la mirada hacia ella. En sus ojos podía apreciarse un matiz diferente que antes no estuvo presente. Sarah vio sinceridad, en su máxima expresión, y se convenció entonces de que fuera lo que fuera lo que iba a contarle, era la única verdad.

—De pequeño tenía un hermano. Éramos gemelos. Su nombre era Stefan —Sarah se sorprendió al no esperar ese cambio radical en el tema de conversación—. ¿Has leído acerca del vínculo especial que a veces se desarrolla entre hermanos gemelos?

Sarah quedó pensativa durante algunos segundos.

—Sí. He leído algo aunque también estoy segura de que hay mucha leyenda al respecto. Creo que es algo relacionado con una especie de idioma que se inventan los bebés que son gemelos y que usan para comunicarse entre ellos sin que nadie más pueda compartirlo a excepción de ellos.

—Más o menos has sabido describirlo. Es verdad eso que has dicho sobre que existe mucha leyenda urbana en torno a ese asunto, pero muchas otras cosas que se dicen y pueden leerse en internet son totalmente ciertas. Mi hermano Stefan y yo éramos la misma persona. Él era yo y viceversa. No dábamos un paso el uno sin el otro, e incluso se dieron ocasiones en las que si alguno de los dos enfermaba, el otro, automáticamente comenzaba a encontrarse mal, imitando los síntomas de la enfermedad aunque estuviera completamente sano —la mirada de Nate reflejaba una profunda pena.

Sarah se percató de que recordar aspectos de su pasado causaba a Nate cierto dolor.

—Imagino que alcanzar ese grado de unión debe condicionar tu vida en un alto grado.

—Cierto. ¿Sabes lo que es la *idioglosia* o *criptofasia*?

—Ni idea. Jamás había oído esas palabras —dijo Sarah intrigada.

Nate se movió en su silla y dio un sorbo a su té. Los hielos de su vaso casi habían desaparecido y cada vez había más gente en la cafetería. Comenzó a sentirse algo incómodo allí.

—¿Te importa si vamos a otro sitio para continuar? Aquí hay mucha gente.

—Por supuesto. Subamos a mi habitación. Allí estaremos más tranquilos. Tras pagar la consumición, tomaron el ascensor y se dirigieron a la habitación de Sarah. Mientras llegaban, ambos notaron que el ambiente se había cargado un poco. Todo había adoptado un carácter gris y deprimente tras las últimas palabras de Nate. Sarah intentó solucionarlo mientras caminaban por el pasillo apenas iluminado por

lámparas de baja intensidad.

—Por lo visto, toda esta conversación que hemos tenido era para encontrar una excusa y poder subir a mi habitación... ¿no? —le miró y le sonrió.

Nate la miró sorprendido y después le devolvió la sonrisa.

—No seas mal pensada. Simplemente no me sentía lo suficientemente cómodo allí abajo como para hablar sobre algo que es íntimo e importante para mí. Prefiero un sitio menos ruidoso y transitado.

—Claro que sí. Solo bromeaba.

Una vez dentro de la habitación, Sarah optó por sentarse en la cama, no sin antes ofrecerle a Nate una de las sillas de madera negra que rodeaban la mesa central de la estancia.

—Pues bien —comenzó Sarah— cuéntame eso tan importante e íntimo para ti, si es lo que realmente te apetece.

—Cuando Stefan y yo cumplimos quince años, nuestros padres celebraron una gran fiesta para todos nuestros familiares y amigos en una casa que solíamos alquilar en un lugar precioso al norte de este estado. Hasta allí nos trasladamos todos en el que prometía ser un fin de semana inolvidable. Y desde luego que lo fue... No faltó nadie, disfrutamos de mucha música, globos, comida para hartarnos, piscina, videos con fotografías de Stefan y más que hicieron nuestros padres, y mil cosas más que prepararon durante semanas. Fue perfecto.

—Imagino que tuvisteis una infancia bonita. Según cuentas, no os faltó ningún capricho. —Sarah escuchaba el relato de Nate anonadada mientras miraba sus preciosos ojos y sus dientes blancos perfectamente alineados.

—No te equivocas. Éramos las personas más felices sobre la Tierra... —de repente Nate calló y las palabras se le comenzaron a atragantar en la garganta.

—Oye, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? —le dijo Sarah preocupada.

—No te preocupes... Ese día, mientras todos disfrutábamos de la fiesta, nuestro amigo de la infancia Paul nos animó a que nos bañásemos en la piscina, y eso hicimos. Los juegos continuaron en el agua hasta que en cierto momento que aún no puedo recordar con claridad y creo que jamás lo haré, perdimos de vista a Stefan. No estaba por ninguna parte y todos pensamos que había entrado a la casa para ir al baño.

Mientras hablaba, a Nate le pareció que estaba viviendo de nuevo aquellos instantes. Su mente quedó perdida en su memoria durante un breve instante.

—Imagino que os dio un susto de muerte.

—Nos dimos cuenta de que no estaba en la casa ya que mis padres no le encontraron dentro y fue precisamente Paul el que advirtió que en la parte donde más profundidad había en toda la piscina, se encontraba Stefan, ahogado boca abajo y flotando a media profundidad.

Sarah se llevó las manos a la boca sorprendida, y se emocionó al oír las palabras de Nate. Su instinto hizo que se acercara a él para ponerle una mano sobre la rodilla. No pudo hablar, y solo fue capaz de mirarle. Nate continuó.

—Todo fue un caos. Fui incapaz de apartar la mirada de donde estaba mi hermano. No podía dejar de mirar al fondo de la piscina. Mientras contemplaba la escena, sentí que también me ahogaba, hasta que unos amigos de mi padre vinieron y me tomaron de los brazos para llevarme al interior de la casa a toda prisa mientras el resto de invitados sacaban a Stefan del agua y atendían a mis padres y al resto de mi familia, todos presos de ataques de pánico. Hubo desmayos, vómitos y gritos por parte de alguno de los presentes. A partir de ahí, cualquier recuerdo fue borrado de mi mente. Lo siguiente de lo que tengo consciencia es verme acostado en una cama, mi madre sentada en el borde del colchón con la mirada perdida y con lágrimas brotando sin control, y mi padre hablando sobre lo sucedido con la policía que había venido al lugar a tomar declaración.

Sarah quedó sin palabras. No sabía qué decir que pudiera animar a su compañero.

—Lo siento muchísimo Nate... no esperaba que me contaras esto.

—Cuando mi hermano murió me quedé solo, completamente solo. Mi madre quedó trastornada y jamás fue la misma a partir de entonces y mi padre tuvo que ser jubilado con antelación porque entró en depresión de tal manera que atentó contra su propia vida en dos ocasiones. Hace diez años de todo eso y aún me parece ver a mi hermano cada vez que despierto. Sus ojos azules eran lo primero que vislumbraba cada amanecer. No soportábamos dormir separados aunque estuviéramos en edad de hacerlo —su mirada reflejaba que todavía era incapaz de creer que aquello hubiera sucedido realmente.

—Afortunadamente, hoy eres una persona autosuficiente y que aparentemente ha superado esa difícil prueba que la vida te puso, o al menos sigues intentándolo. Eres escritor y eso debe de ser motivo de orgullo. Cuentas historias y eres inspiración para todo aquel que te lee. Te has desarrollado perfectamente como persona, Nate. — Sarah no sabía qué más decir para animar a Nate.

Ella era hija única y nunca conoció un sentimiento parecido al de tener un hermano, pero sabía que podía conseguir animarle con sus palabras.

—Esa fue la razón por la que me puse a escribir. Cada historia que inventaba y plasmaba sobre el papel realmente era para contársela a él. Cada vez que escribo estoy hablando con Stefan.

—Estoy segura de que tu hermano es conocedor de cada historia que le has contado... eres una persona muy sensible.

Las lágrimas bañaban la cara del escritor y su respiración se tornó un poco más profunda y angustiada. Aunque se encontraba algo nervioso, se alegró de haber compartido con alguien ese sentimiento que llevaba guardando más tiempo del que a él le hubiera gustado.

Definitivamente no se arrepentía de haberle contado a Sarah todo lo sucedido. Sabía que ella quería ayudarle y eso la hacía digna de conocer su historia.

—Desde entonces —continuó Nate— he tenido la sensación de que mi hermano me habla. Que se comunica conmigo.

—Es lógico. Cuando alguien es tan importante para nosotros, se resiste a abandonar nuestra mente y a veces, la conciencia nos juega malas pasadas y recrea muy vívidamente aquello que hemos perdido.

—No. Hablo literalmente...

Sarah quedó callada mirando a Nate. Había oído hablar sobre personas que afirmaban oír a sus seres queridos después de haber fallecido. Cuando eso ocurría, se hacía mucho más complicado el duelo y la superación de esa fase. Nate debía de estar pasándolo muy mal con la pérdida de su hermano aunque hubieran transcurrido diez años desde aquello. De todos modos, recordó el origen de esa conversación. No entendía qué relación existía entre todo lo que le había contado Nate sobre su hermano Stefan, y sus ansias de encontrar a Carlos.

—¿Dices que oyes la voz de tu hermano hablándote? —dijo Sarah. —Antes te pregunté si sabías lo que era la *criptofasia* y me dijiste que jamás habías oído sobre ese concepto.

—Sí.

—Concretamente y por definición, es cuando dos personas, casi siempre gemelos, alcanzan un nivel de comunicación no verbal tan alto que pueden llegar a entenderse sin pronunciar una sola palabra, solo mentalmente. Esto, a veces, es la causa de que muchos hermanos gemelos tengan un desarrollo verbal más tardío que el resto de personas ya que al poder comunicarse entre ellos casi sin articular palabra, no necesitan tanto de un lenguaje, digamos, más común.

Sarah asintió a lo que Nate acababa de decirle como lo hace un niño en clase. De repente recordó algo.

—Hace años tuve dos amigas gemelas, pero nunca percibí que tuvieran esa forma de comunicación entre ellas. A menos que lo tuvieran oculto a todos los demás.

—No siempre se desarrolla. Pero cuando lo hace, es factor condicionante para las personas que lo practican.

Nate se levantó y se acercó al minibar de la habitación para servirse un refresco.

—¿Puedo?

—Por supuesto, sírvete. —Sarah le imitó y se sirvió otro.

—Mi hermano y yo alcanzamos un grado de *criptofasia* tan alto que incluso después de muerto he sentido que seguía hablándome. He llegado a obsesionarme con eso. Durante un tiempo intenté evadirme mientras escribía historias, a cada cual más imaginativa con tal de reprimir esa sensación que tenía de que Stefan se estaba comunicando conmigo.

—Vaya... ¿has logrado calmar esa sensación?

—No. Casi cada noche oigo a mi hermano hablándome. Y siempre me dice lo mismo. Es un grito de ayuda. Únicamente logro dejar de oírle cuando me tomo algún relajante muscular, como Diazepam o derivados. Llevo soportando esta situación varios años. No es nada que me haga pasarlo mal ni nada parecido, pero oír a mi hermano muerto dentro de mi cabeza durante tanto tiempo es difícil de sobrellevar,

más aún cuando lo que te dice es tan...

La joven escritora cada vez se sentía más intrigada con el relato que Nate le estaba contando. Era capaz de sentir su dolor, e inexplicablemente eso provocaba que quisiera implicarse más en el asunto. Saber que esas cosas ocurrían y que ella ni siquiera era consciente del dolor que puede padecer la gente a su alrededor hizo que sus problemas de repente dejaran de tener sentido.

—¿Qué es lo que te dice cada noche? —preguntó posando su mano sobre la rodilla de Nate.

—Son palabras sueltas. Mientras duermo, en sueños veo imágenes de nosotros dos siendo pequeños. Cuando esas imágenes dejan de pasear por mi mente, oigo su voz...

—Y... ¿Qué te dice?

Apretando sus propias manos contra sus rodillas, tocando a su vez la de Sarah, intentó reunir el valor para continuar hablando. Finalmente pudo hacerlo.

—Encerrado... prisión... hermano... —calló unos segundos—. Después continúa diciendo... Carlos... Greek Hill... La conexión es evidente ¿no crees?

Ambos enmudecieron. Quedaba claro el motivo por el cual Nate buscaba al prisionero español con tanto interés. Sarah, fascinada, solo acertó a preguntar llevándose una mano al pecho.

—Por eso buscas a Carlos Guerrero... Pero Nate, debes saber que probablemente sea coincidencia. Podrías haber oído el nombre de Carlos tantas veces en la televisión cuando ocurrió lo del accidente, que quizá tu subconsciente hizo el resto.

—No se trata de eso. Antes incluso de lo ocurrido con James ya podía oír a Stefan diciéndome eso. Me he pasado todo este tiempo intentando localizar a ese hombre pero no sabes lo difícil que es encontrar a alguien con toda la burocracia que existe y más aún si se trata de alguien preso en el corredor de la muerte. Cuando supe que un tal Carlos cometió un crimen en Greek Hill y que sería encarcelado para ser ejecutado, sentí que era la persona que tenía que encontrar y que el tiempo corría en mi contra, con lo cual debía apresurarme para dar con él y conseguir hablarle para preguntarle qué relación le unía a mi hermano —lentamente se levantó de su asiento—. Ahí tienes el motivo de mi investigación y de por qué llegué a este pueblo hace unos días. Ahora, desafortunadamente, cuando estoy más cerca que nunca de alcanzar mi objetivo, averiguo que esa persona ya no está en prisión. A saber dónde se encuentra en este momento...

—Todo tiene solución Nate. No me esperaba para nada todo esto que me has contado. Es fascinante. ¿Crees realmente que tu hermano se comunica contigo para decirte algo sobre Carlos Guerrero? ¿Por qué él? ¿Sabes cómo suena eso Nate?

—Soy muy consciente de que es de locos. Quiero saber el motivo de que en mi cabeza suene la voz de mi hermano diciéndome el nombre de Carlos Guerrero —giró la cabeza y miró fijamente a Sarah—. Te pido que me perdones pues te he mentado. No busco a ese hombre para escribir un libro sobre él. El motivo es el que acabo de

contarte. Quiero encontrarle y hablar con él para saber qué relación tiene con mi hermano Stefan. —Nate, avergonzado, volvió a bajar la mirada—. Vine aquí para saber más sobre él y supe que tú le ayudaste cuando tuvo el accidente, así que decidí acercarme a ti aprovechando que presentabas tu libro. La forma que tuve de actuar fue la más ridícula que puede imaginarse.

—No digas tonterías Nate. No tengo nada que perdonarte. Olvídalo.

—Ahora me he quedado sin ningún camino que tomar.

Sarah quedó pensativa y se levantó de la cama. Dio varias vueltas a la habitación a paso lento con sus manos apoyadas detrás de la cabeza, hasta que tuvo una idea. Chasqueó los dedos y la expuso.

—Claire Peterson... ¿Por qué no le pides a tu amigo el *hacker* que averigüe dónde vive actualmente la madre de James? Seguro que ella sabrá algo sobre este asunto. No te lo he dicho, pero esta mañana estuve investigando un poco y volví al barrio donde vivía y donde ocurrió el accidente. Actualmente, los Peterson ya no viven allí, pero la encantadora señora que ahora es propietaria de esta casa me atendió de forma muy amable y me contó que Claire se divorció de Peter y se marcharon de Greek Hill. Si conseguimos averiguar dónde vive actualmente Claire, podremos contactar con ella y quizá así consigamos otra vía de investigación para dar con Carlos. Dudo mucho de que si el responsable de la muerte de su hijo ha sido puesto en libertad ella no haya sido informada.

—Es una buena idea pero no es garantía de que sepa dónde está ahora Carlos Guerrero. Quizá haya sido informada de que efectivamente ha sido puesto en libertad, pero ello no nos da ninguna garantía de que pueda decirnos dónde está.

—Vamos a intentarlo. No pierdes nada con ello. Llevas años buscando para poder encontrarte con ese hombre. Debes seguir luchando. No soy alguien que crea en el destino, pero intenta darte cuenta de lo mágico de esta situación. Yo atendí personalmente a Carlos cuando tuvo el accidente. Posteriormente me mudé a Manhattan, y tras cinco años, y después de escribir mi libro, decidí volver al pueblo, justamente cuando tú te encontrabas aquí y necesitabas información para poder encontrar a Carlos debido a todo lo que me has contado. Las cosas pasan por algo, Nate, y si hemos coincidido justo aquí y justo ahora es una señal de que es el camino a seguir.

Sarah se agachó buscando la mirada de Nate. Cuando la encontró, se miraron y sonrieron. El ambiente se descargó un poco y decidieron que era hora de almorzar, así que optaron por aparcar las preocupaciones y comerse una buena hamburguesa con muchas patatas fritas. Era la hora de un paréntesis.

Durante el resto de la mañana y hasta que terminaron de almorzar, trataron temas menos trascendentales. Sarah le contó toda su experiencia a la hora de escribir su libro y publicarlo, y Nate hizo lo propio con las historias que escribió para su hermano gemelo.

Ese lapso de tiempo que ambos se tomaron para hablar de cosas más triviales era

justamente lo que necesitaban. Un rato, que, sin darse cuenta ninguno de los dos, no hizo otra cosa más que unirles como personas.

El motor rugía casi gutural, mientras las manos sudadas permanecían asidas alrededor del volante. La respiración de ambos era acelerada y lo único que acertaba a hacer el conductor era mirar por el espejo retrovisor con cuidado de no salirse del carril debido a la velocidad a la que conducía.

—¿Qué demonios ha ocurrido en esa casa Claire? —dijo mientras intentaba tranquilizarse.

Claire no sabía qué decir. Lo repentino de la situación no le permitió pensar en la causa de que todo eso había pasado.

—Me han engañado. Creo que desde el principio me tenían vigilada. Lo más seguro es que consiguieran acceder a mí cuando busqué un servicio de guardaespaldas para poder protegerte y pensar en qué hacer con la petición del sinvergüenza de Patrick. Esos dos que estaban en la casa, Nerea y Matt, se hicieron pasar por los dos guardaespaldas enviados por la agencia. Ellos fueron los que me informaron de que esa casa de campo era un refugio de la empresa de seguridad... Lo único que hicieron fue meter al ratón dentro de la caja.

Carlos analizaba cada cosa que Claire le contaba, pero no conseguía aún entender nada de todo aquello. Se marcharon de la casa sin respuestas y así continuaban. ¿Tantas molestias para llevarle ante Patrick? No podía dejar que le secuestrara un tipo que ni siquiera sabía el motivo por el que quería hacerlo.

—¿Tienes idea de por qué ese hombre quiere encontrarme? —preguntó finalmente.

—Realmente no lo sé, pero por alguna razón te quiere e inventó toda esa historia de mi hijo James para conseguirlo.

—Veo que ya estás más convencida de que todo ese asunto de que tu hijo está vivo es una completa mentira. Esos datos que dices que tenían de ti y de James, esos recuerdos que te relató el chico, pueden haberlo averiguado de mil formas diferentes. Este tipo de personas tienen tentáculos en cada esquina.

El sonido del motor continuó casi ensordeciendo a los dos pasajeros. El calor comenzó a sentirse conforme avanzaron en el trayecto. Aquel automóvil no disponía de aire acondicionado ni nada parecido, lo que provocó que tuvieran que bajar los cristales de las ventanas para intentar refrescarse un poco. Claire retomó la palabra.

—No sé qué pensar... dentro de mí siento que en realidad no me mienten, y que ese chico...

—¡Ese chico no es James! Céntrate ahora en qué demonios vamos a hacer para solucionar todo esto. No me extrañaría nada que ese tal Patrick diera con nosotros fácilmente. ¿Dónde podemos ir? Se supone que tú eres una mujer poderosa y con influencias. ¡Úsalas!

Carlos ya no veía en Claire a la mujer fuerte, arrolladora e intimidatoria que

siempre había tenido en su cabeza y con la que tantas veces se disculpó cada día que amanecía en la prisión.

Ambos quedaron en completo silencio mientras se dirigían hacia el sur, a la zona central del Estado y pensaban en qué podían hacer ante la situación en la que se encontraban. La carretera les fue conduciendo metro a metro hasta la ciudad de Meridian, junto al bello paraje de Bonita Lakes Park. Estaba anocheciendo cuando llegaron al lugar y pensaron que lo mejor sería descansar allí, y una vez tuvieran la mente más en orden y con todo mejor analizado, decidir su siguiente paso.

Se hospedaron en el Silver Cup, un pequeño hostel con aires sureños donde la amabilidad del personal era su marca de identidad. Se registraron con nombres falsos al darse cuenta de que no le pedían documentación alguna para hacerlo. Pensaron que así se encontrarían a salvo por si acaso a las personas que dejaron atrás en el caserón se les ocurría buscarlos por allí.

Eligieron habitaciones separadas pero contiguas. Carlos no llevaba dinero encima pero Claire sí, afortunadamente pudo sacarlo de un cajero antes de ir al hostel, dejando claro que en cuanto al aspecto económico, estaba totalmente cubierta, cosa que no pilló por sorpresa a Carlos que recordó la jauría de abogados que llevaba a su espalda cuando estaban en pleno proceso judicial contra él. Al comparar aquella escena con la que ahora estaba viviendo, todo le pareció demasiado absurdo.

—Mañana pensaremos qué hacer. Ahora intentemos descansar —dijo Carlos que únicamente deseaba acostarse y dormir todas las horas que le fuera posible.

—Carlos... —dijo Claire acercándose a él— me ha sorprendido mucho tu forma de actuar antes. No esperaba esa reacción, pero gracias a ella nos hemos salvado de una situación muy peligrosa. Estoy segura de que me habrían matado si les hubiera dado tiempo. Solo he sido la herramienta que necesitaban para sacarte de prisión y entregarte al desgraciado de Patrick. Si lo hubiera hecho, habría dejado de serles útil y me habrían eliminado. Muchas gracias por salvarme —miró al hombre casi con devoción.

—No pienses más en eso Claire. Descansa. Mañana podremos analizar todo con más claridad y seguro que se acaba solucionando de alguna forma. Algo se nos ocurrirá. Lo único que quiero es volver a casa de una vez, con mi madre y el resto de mi familia.

Durante aquella noche, los fantasmas del pasado regresaron a ambas habitaciones. Carlos volvió a sentirse tan fuera de lugar como el primer día que salió de prisión, ya que podía confirmarlo. Sabía que ese deseo que sentía de estar otra vez entre rejas era real. Al menos, cuando estaba dentro, sabía que iba a morir en una silla tras una inyección que le dejaría dormido para siempre. Ahora estaba en una situación que, aunque no lo pareciera dado su comportamiento en las últimas horas, le sobrepasaba. Alguien quería encontrarse con él y para ello no había dudado en hacer atrocidades, incluso convencer a la madre del niño al que mató para que usase sus influencias y le sacara de prisión. Por muchas vueltas que le daba, no conseguía encontrar una

explicación lógica para todo aquello. ¿Por qué era tan importante para esa persona? ¿Quién era ese Patrick? ¿Orden del Advenimiento de Luz? Nada tenía sentido... Deseaba volver a prisión pero el recuerdo de su familia hacía que la fuerza fluyera por sus venas además de sus ganas de solucionar el lío en el que estaba metido.

En la otra habitación, Claire tampoco conseguía conciliar el sueño. Pensaba en el chico que aparecía en el video que recibió. Ese chico de veinticinco años, igual que James, que miraba a cámara fijamente relatando recuerdos y vivencias imposibles de conocer para nadie más que ella y su hijo. Recordaba a ese muchacho cuya mirada era tan parecida a la de su hijo que hasta le asustaba pensar en ello. Estaba completamente segura de que algo estaba por suceder. Estaba viviendo una lucha interior desgarradora. Una parte de su ser, la racional, le decía que lo olvidara todo, que era imposible que esa persona fuera su hijo. Pero otra parte, la más visceral y emocional, le pedía a gritos que intentara localizarlo. Sabía que no podía hacer eso porque hacerlo implicaría entregar a Carlos y verse las caras con Patrick, quien, no le cabían dudas, la hubiera mandado a matar si Carlos no la hubiera sacado de allí.

Cada uno en su mar de nostalgia y memorias, cayeron rendidos al sueño.

A la mañana siguiente, Carlos fue a buscar a la que de forma inesperable se había convertido en su compañera de viaje, pero esta no se encontraba en su habitación. Bajó a la pequeña cafetería del hostel y allí la vio sentada, trasteando con una tablet que parecía completamente nueva. Se acercó a ella y disimuladamente intentó ojear y averiguar qué estaba mirando tan atentamente. Comprobó que se encontraba consultando webs de simbología y ocultismo. Suavemente le tocó el hombro y le sonrió dándole los buenos días. Claire aún no había desayunado nada así que imaginó que le estaba esperando para hacerlo.

—Buenos días Claire. ¿Cómo has descansado? —le dijo mientras se sentaba frente a ella.

—Buenos días, Carlos. Sinceramente apenas he pegado ojo. Únicamente pensaba en el chico del video que te mencioné ayer y en el emblema que lucían los trajes de Nerea y Matt. También pensé un largo rato en Patrick.

Carlos caviló e intentó recordar a qué se refería la mujer.

—Recuerdo que era un símbolo del infinito cruzado con una especie de cruz.

—Sí, así es, y me estoy volviendo loca buscando su significado o interpretación en internet pero no encuentro información al respecto —mientras hablaba, se cogió una cola en el pelo que dejó a la vista un pequeño tatuaje en su cuello. Era una clave de Sol dentro de un pequeño pentagrama. Carlos intuyó que la música era una parte importante en su vida.

Se les acercó un camarero para tomar nota de su desayuno. Un hombre alto y negro como el cielo de la noche, con unos labios carnosos y mirada penetrante. Su cabeza rapada y su cicatriz sobre el ojo izquierdo daban la opuesta impresión a cómo era su verdadero carácter. Les preguntó qué querían para desayunar esbozando la más sincera de las sonrisas, dejando ver unos dientes blancos como la nieve. Su voz era

profunda, como la que usan en los trailers de las películas. Era perfecto para trabajar en la radio.

—Buenos días pareja. ¿Qué desean para desayunar? —les preguntó inclinándose levemente frente a ellos.

—Tomaré un vaso de café con leche con dos sobres de azúcar, por favor. —Claire habló al enérgico camarero sin levantar la vista de la tablet.

—Yo quisiera un zumo de naranja natural con hielo por favor. —Carlos sí que le miró mientras le decía lo que quería para desayunar.

Parecía que el camarero era de nueva contratación ya que, según observaba Carlos desde la lejanía, el pobre no daba pie con bola. Confundía los pedidos, no se aclaraba con los diferentes tipos de cafés, apenas tenía memorizada la numeración de las mesas, etc. Pudo ver incluso cómo el que parecía ser el jefe le increpaba por sus errores. Pero el camarero jamás abandonaba esa sonrisa que parecía esculpida para que quedase permanente en su rostro. A Carlos le recordó a la del tenebroso Joker de Batman, salvando las distancias.

El ruido de la cafetería no era impedimento para que Claire permaneciera inmersa en las páginas webs que visitaba, haciendo caso omiso a lo que acontecía a su alrededor. Apenas miró a Carlos, que intentaba llamar su atención tosiendo secamente o moviendo entre sus dedos una servilleta que había cogido del servilletero.

La confianza que habían ganado el día anterior parecía haberse esfumado tras las horas de la noche. Ahora, y tras el fragor de la batalla, la mujer volvía a parecerse más a la Claire que Carlos recordaba, aunque quizá algo menos distante. Apenas le hacía caso y parecía que solo existía la dichosa tablet, hasta que inesperadamente levantó la vista del aparato y le habló.

—La situación es la siguiente. Quiero averiguar si ese chico es realmente mi hijo como dice Patrick. Es una locura pero quiero saberlo. El único inconveniente es que si lo hago, tendré que entregarte a él, que es lo que verdaderamente desea ese miserable. Estoy convencida de que, en el momento en que eso ocurriera, no dudaría en matarme.

Carlos la miraba fijamente, entendiendo todo lo que ella le decía. Comprendía que quisiera saber quién diablos era ese joven del video y valoraba mucho el hecho de que no lo hiciera por salvaguardar tanto la integridad de ella como la de él mismo.

—Tengo dos opciones —continuó diciendo ella—, podemos intentar llegar a ese chico por otros medios que no sea tratar con Patrick, cosa que no será nada fácil, o podemos hacerlo de una forma menos... discreta.

—Define «menos discreta», por favor.

—Tenderle una trampa a Patrick. —Carlos enarcó las cejas—. Accedemos a sus peticiones y una vez estemos donde queremos estar, haces una maniobra como la que hiciste ayer en la casa de campo con Nerea y Matt y nos hacemos con el control de la situación.

Carlos quedó pensativo mientras la cafetera continuaba ensordeciendo a todos los

huéspedes del hotel. El plan de Claire le resultaba un tanto inmaduro e irresponsable.

—Veo que te resulta muy fácil hacer planes poniendo la vida de otros como barrera para salvar la tuya, Claire. No pienso hacer algo así. Ese tío me quiere a mí, aunque no tengo ni idea del porqué. Dice que tiene a tu hijo, pero tampoco sé cómo puede ser eso posible. Es más, de ninguna de las maneras sería posible y quisiera que asumieras eso de una vez por todas —miró al techo antes de seguir hablando—. Para mí, y aprovechando que estoy libre, la opción más sencilla sería desaparecer y quitarme de en medio... pero no puedo hacerlo. Dejarte tirada no va con mi manera de ser, así que algo tenemos que hacer, pero usarme como cebo para conseguir tu propósito, desde luego que no. Otro modo debe haber para que tengamos éxito.

Claire permaneció callada unos segundos hasta que volvió a hablar.

—Tienes razón. Lo siento mucho. Lo único que quiero es salir de dudas.

—Lo entiendo, pero no usándome de escudo. Eso no...

El camarero llegó con los desayunos. Colocó los platos frente a ellos y volvió a sonreírles cuando terminó de hacerlo. Al posar los vasos sobre la mesa, Carlos comprobó que bajo la muñeca del camarero había tatuado un símbolo que había visto antes.



Horrorizado, miró fijamente a Claire, que de nuevo estaba absorta en su tablet. Ella no le devolvió la mirada, por lo que optó por darle una pequeña patada por debajo de la mesa. Ella se quejó.

—¡Ay! ¿Estás loco o qué? —Carlos le hizo señas de que bajara el volumen.

—Claire... fíjate en la parte posterior de la muñeca del camarero. Si es lo que creo, es muy posible que nos hayan localizado.

Extrañada ante la petición y comenzando a ponerse nerviosa, hizo lo que le pidió. Observó al camarero mientras servía otras mesas y después de varios intentos, comprobó que Carlos estaba en lo cierto. Otra vez ese símbolo que no había manera de encontrar en la red.

Se miraron los dos sin saber qué hacer. La tensión repentina provocó que ambos comenzaran a moverse inquietos en sus sillas. Sin mediar palabras, y haciendo gala del alto grado de entendimiento que habían conseguido los dos, llegaron a un acuerdo con sus miradas y se levantaron a la vez. Comenzaron a caminar para salir de la cafetería tras dejar sobre la mesa el dinero de sus desayunos. De repente, alguien les habló antes de abandonar la cafetería.

—Disculpen pareja —dijo la voz profunda del camarero detrás de ellos. Los dos palidecieron y dudaron entre dar la vuelta para responderle o salir corriendo del lugar y volver a huir. Optaron por la primera opción. —Su cambio —les extendió la mano

para darle el dinero de vuelta.

Aliviado, Carlos extendió su mano para tomar las monedas. El camarero le agarró fuertemente y se acercó a su oído.

—Pronto estarás en casa con tu familia —dijo de forma casi inaudible. Tras esas palabras, Carlos sintió un pinchazo en la palma de su mano y sintió cómo algo era inyectado en sus venas. Apartó la mano y miró a los ojos al camarero que solo sonreía mostrando de nuevo sus dientes. Comenzó a marearse y sintió que las piernas le temblaban y perdían estabilidad. La mandíbula se le puso muy rígida y la lengua pareció hacerse más grande por segundos. Apenas pudo articular únicamente dos palabras.

—Claire... corre... —tras decirlo, cayó al suelo inconsciente.

Durante una milésima de segundo la mujer dudó entre hacerle caso o intentar auxiliarlo, pero el camarero permaneció al lado de Carlos, con esa sonrisa que antes parecía encantadora pero que ahora resultaba de lo más perturbador y enfermizo. Decidió salir corriendo rápidamente del establecimiento.

El resto de comensales se percató de que algo había sucedido y se acercaron al camarero y a Carlos. El sonriente trabajador aparentó preocupación por el hombre que yacía en el suelo e indicó al resto de personas que se apartaran para dejarle respirar. Logró tranquilizar a las dos parejas que más se asustaron y que también estaban desayunando en la cafetería, y después cogió su teléfono móvil e hizo una llamada.

—Tengo a Stefan. La mujer se ha ido —dijo mientras miraba a su alrededor. Una voz profunda y seria contestó al otro lado del auricular.

—No te preocupes por ella. Ya no es necesaria para nosotros. Tráelo con nosotros y descansemos. Aún queda otra pieza más para poder abrir la puerta. Ya queda menos.

—Dame unas horas y estaré allí.

Agarró al hombre por los brazos y haciendo gala de una fuerza descomunal, levantó en peso a Carlos, colocándolo sobre su hombro mientras ponía rumbo a la salida. Tras él, el que desde hacía pocas horas era su jefe, le gritaba.

—¡Oye! ¿Dónde cojones crees que vas? ¡Vuelve al trabajo!

—Lo dejo. Este trabajo me cansa —la sonrisa había desaparecido por completo.

—Pero... ¡si te he contratado hoy maldito hijo de puta! ¡Me has hecho perder mi tiempo y dinero!

—Te advierto de que perderé mi paciencia si no cierras tu puta boca. Cállate o te vuelo la cabeza —mientras hablaba sacó la Glock G19 que tenía guardada bajo el chaleco de camarero y apuntó directamente al que ya no era su jefe.

La gente huyó despavorida ante la escena. Se empujaron y hasta se pisaron en su afán por salir y ponerse a salvo. Cuando todos escaparon, el camarero giró sobre sí mismo, sonrió y comenzó a caminar. El lugar quedó vacío, quieto y con el sonido de la cafetera como único acompañante del silencio.

Claire llegó a su coche, o mejor dicho, al coche que robaron en el caserón, y entre torpes movimientos logró ponerlo en marcha. No podía creer que los hubieran seguido hasta aquel lugar y que finalmente se hubieran hecho con Carlos.

La cabeza le daba vueltas y únicamente era capaz de revivir una y otra vez las últimas palabras que el joven le dirigió, esas palabras que hicieron que huyera despavorida.

Sin darse cuenta, se encontró conduciendo rápido, muy rápido, y ni siquiera sabía a dónde se estaba dirigiendo. Pasaron los minutos y su corazón no lograba calmarse. No podía fiarse de sentirse lo suficientemente lejos como para aminorar un poco y pensar en algún plan ante lo inesperado de los acontecimientos. Logró darse cuenta de que si realmente también la quisieran a ella, le habrían hecho algo parecido a lo que le hicieron a Carlos pero no fue así. Por algún motivo ella ya no les interesaba.

¿Podría ser que estuviera a salvo? Tras horas conduciendo se percató de que estaba llegando al lugar donde todo comenzó. El cartel de «Bienvenido a Greek Hill» apareció ante sus ojos. Se sintió en casa y decidió salirse de la carretera, adentrándose en un pequeño carril de tierra a unos cincuenta metros de distancia de la entrada del pueblo. Allí pensó. Hacía años que se había marchado de ese lugar. Desde que vendió la casa y se separó de su marido Peter no había vuelto. Ahora, el miedo y la desesperación la habían llevado allí de forma inconsciente: el lugar que vio morir a su hijo y del que decidió huir para enterrar dolorosos recuerdos, y olvidar el olor del mar, que visitaba en las noches de insomnio tras lo ocurrido aquel fatídico día.

Estaba a salvo pero no podía hacer como si nada hubiera pasado. Tenía muchas cosas que resolver, como descubrir la verdadera identidad de aquel muchacho que aparecía en el video que recibió, pero la más importante, tenía que intentar salvar a Carlos... Le debía la vida.

Necesitaba descansar y trazar un plan, sin prisas. Era difícil estando sola, pero debía intentarlo.

Aquella mañana, Sarah y Nate volvieron a quedar para definir cuáles serían los siguientes movimientos para encontrar a Carlos. Habían decidido contactar con Claire Peterson y probar si les podía facilitar información al respecto.

Tras una charla que pareció no tener fin, los dos escritores decidieron salir de la cafetería donde habían desayunado con el estómago más lleno que nunca gracias a las dos grandes rebanadas de pan que cada uno se había tomado. Después de dejar el lugar entre risas y bastante más relajados que cuando entraron, optaron por pasear por el paseo marítimo del pueblo.

—Recuerdo que cuando no encontraba las ideas adecuadas para el libro, decidía caminar por la orilla del mar. De esa forma, al oír el rumor de las olas, conseguía que las musas vinieran y me hablaran al oído. Gracias a esa costumbre, conseguí desarrollar muchas de las tramas que finalmente quedaron plasmadas en mi libro. — Sarah hablaba mientras sus pies desnudos eran bañados por el agua salada del Golfo de México.

Mientras paseaban, con cada vaivén, el murmullo de las olas traía recuerdos lejanos a cada uno de los paseantes. Nate se dio cuenta de que había encontrado en Sarah a alguien con quien hablar de forma relajada y tranquila. Le gustaba oírla cuando relataba alguna vivencia o expresaba su opinión sobre algún asunto, mientras veía cómo el viento ondeaba su agraciado cabello.

Tras unos segundos de silencio, Nate tomó la palabra.

—Es un lugar precioso en el que refugiarse. Yo siempre viví en el interior del estado. Como te dije, durante el verano o en alguna fecha en particular, alquilábamos una casita en el campo, pero nuestra residencia fija estaba en la capital, Jackson. Allí no tenemos mares ni océanos, solo bosques y montañas pero, sin embargo, sí que tenía un lugar especial en el que refugiarme como tú. En mi propia casa, junto a la chimenea, teníamos una pequeña puerta que mi padre construyó cuando éramos pequeños y que daba a una habitación secreta muy pequeña donde mi hermano y yo nos escondíamos para planear nuestras travesuras. Ese pequeño hueco no era más que una antigua despensa donde los anteriores dueños guardaban la leña para la chimenea. Mi padre nos contó una versión totalmente diferente y nos dijo que era una habitación mágica donde las ideas se convertían en realidad. Creyéndose él mismo lo que nos contaba, nos confesó que ahí dentro, las cosas que pensáramos, siempre se cumplirían. Nos contó que fue ahí dentro donde deseó tener dos hijos y poco después llegamos nosotros —al recordar su propia historia, Nate esbozó una nostálgica sonrisa—. Conforme mi hermano y yo fuimos creciendo, nos dimos cuenta de que obviamente aquello no era verdad, pero a pesar de ello seguíamos acudiendo a esa habitación si necesitábamos estar a solas. Ahí dentro escribí muchas historias tras morir Stefan.

—Cada uno hemos tenido nuestra forma de escapar y crear nuestros propios mundos —contestó Sarah acercándose un poco más a su compañero.

El paseo de ambos continuó por un rato más. Sus manos a veces se rozaban con el ritmo de sus pasos sobre la arena mojada. La electricidad entre ambos era algo que casi se podía oír, y los dos eran muy conscientes de ello.

Durante unos minutos nada más que el viento sonó entre ellos, interrumpido únicamente por las olas al llegar a la orilla para bañar sus pies. De repente Carlos, Stefan, Claire, James y el libro de Sarah dejaron de existir. Solo estaban ellos dos y ninguno se atrevía a hablar si eso significaba romper esa sensación que tenían de que nada podía salir mal. Sabían que si alguno decía algo se interrumpiría ese nivel de paz que habían alcanzado con solo caminar y rozar esporádicamente sus manos.

Pasados unos minutos más, Nate frenó en seco su marcha. Extrañada, Sarah se volvió tras adelantarle algunos pasos.

—¿Por qué te detienes Nate?

—Querías ir a buscar a Claire para que nos ayudara en la investigación. ¿No? — el joven escritor no apartaba la vista de algún lugar en el horizonte.

—Sí, bueno, es una idea que se me ocurrió, pero que no tenemos por qué hacerlo si no quieres.

—¿Crees que realmente podría sernos de ayuda si damos con ella? —dijo mientras no apartaba la vista de algún punto indeterminado del paseo marítimo.

—Como te dije, quizá tenga alguna noticia sobre Carlos y el porqué de su puesta en libertad. Al fin y al cabo, fue ella la que más luchó por encerrarle.

—Pues... creo que no va a ser necesario que llamemos a Thomas para localizarla. Si no me equivoco, se encuentra a cincuenta metros de distancia de nosotros.

Señaló a las cafeterías que había en el paseo marítimo frente al mar y en la terraza de la más vacía de todas ellas, estaba sentada una mujer muy parecida a Claire Peterson toqueteando lo que parecía ser una tablet mientras bebía algo que no podía distinguirse desde la distancia. Parecía imposible que fuera ella. Sarah apenas supo cómo reaccionar.

—¿Cómo es posible? —dijo mirando asombrada a Nate.

—No tengo ni idea Sarah, pero si lo que decías sobre las coincidencias es cierto, esto es la prueba de que las cosas ocurren porque deben ocurrir. Tenemos que hablar con ella.

—Espera Nate. No sabemos siquiera si se trata de la misma mujer o alguien que se le parece. Deberíamos acercarnos un poco más de forma disimulada y comprobar que efectivamente es la señora Peterson.

Retomaron la marcha, ya sin la magia que reinaba unos minutos antes entre ellos. Los dos intentaban aguzar la vista para asegurarse de que esa mujer era quien ellos pensaban. Nate únicamente la había visto por televisión cuando todo el revuelo mediático, así que su criterio podría llevarle a confundirla con otra persona, pero Sarah convivió con ella en el mismo vecindario durante mucho tiempo, así que

cuanto más se acercaba, más segura estaba de que se trataba de ella. Cuando apenas faltaban diez metros para llegar a la cafetería en cuestión, Sarah cogió del brazo a su compañero y se detuvieron.

—Espera... ¿qué vamos a decirle? —dijo mirando a la arena de la playa—. No podemos asaltarla así de repente y preguntarle por el paradero de Carlos.

—Tú ya la conoces de antes, así que podrías comenzar una conversación típica de dos personas que se ven después de mucho tiempo. Me presentas como tu novio, hermano o amigo, eso es tu elección. —Sarah se sonrojó ligeramente— e intentas entrar en el tema de Carlos poco a poco.

—Madre mía en qué líos me meto...

—Te agradezco mucho lo que estás haciendo por mí. De verdad. Entonces desaparecieron las dudas en Sarah. Aquellas palabras de gratitud provocaron un leve hormigueo dentro de ella. No debía tener miedo ni dudas si de ayudar a ese joven se trataba. Así, retomó la marcha más convencida que nunca en conseguir la información que necesitaba Nate para encontrar a Carlos Guerrero.

Finalmente llegaron al lugar donde estaba sentada la mujer. Se podía ver sin ningún tipo de dudas que estaba ausente del mundo exterior y completamente inmersa en lo que fuera que su tablet le estaba contando. Apenas se percató de que dos personas se habían colocado junto a su mesa.

—Hola... ¿Claire? —dijo inclinándose levemente frente a ella.

Lentamente, la mujer giró la cabeza y con una mirada asustada y tímida miró a los ojos a Sarah. Aún tras reconocerla, apenas logró articular palabra. Daba la impresión de que se escondía de algo o alguien.

—Claire soy yo, Sarah Wallace. ¿Me recuerdas? —repitió.

La mujer parecía perdida. Tras unos segundos, finalmente reaccionó ante la imagen de Sarah.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás Sarah? Siéntate por favor. —Claire recompuso su semblante como por arte de magia. Vio en su antigua vecina la oportunidad perfecta para evadirse de todo lo que le había ocurrido recientemente, aunque por otra parte también le recordara lo sucedido el día en que murió su hijo.

—Qué alegría verte Claire. Este es mi novio Nate. Nate Stinson —señaló a su compañero que no sabía dónde mirar—. Acabamos de llegar hace unos días a Greek Hill para presentar mi libro y estábamos dando un paseo por la playa.

—Wow, me da mucha alegría saber que seguiste trabajando en el libro hasta terminarlo. Siempre supe que lo conseguirías y finalmente lo has hecho. Has publicado —la sonrisa de Claire era sincera y de alivio—. Y ¿cómo van las cosas?

—Perfectamente —Sarah se impacientaba ya que no servía para andarse por las ramas y decidió ir al grano directamente—. Oye Claire, ¿sabes que han puesto en libertad a Carlos Guerrero? Me ha llegado esa información...

Nate palideció y apretó con su mano izquierda la rodilla de Sarah bajo la mesa. La mirada de su *novia* hacia la señora Peterson era penetrante casi rozando lo

intimidatorio.

Claire quedó petrificada y no realizó ningún movimiento durante algunos segundos. Sabía de sobra que Carlos estaba en libertad. Había pasado por todo un infierno desde que fue a visitarle a la prisión. Durante un segundo pensó en tener un pequeño espacio de tiempo mientras charlaba con su antigua vecina, pero no iba a ser así. Se dio cuenta entonces de que nada de ese encuentro había sido casual. Devolvió a Sarah una mirada desafiante; había perdido toda la amabilidad que tenía hacía tan solo unos segundos.

—¿Quién te ha dicho eso? —el tono de Claire cambió de registro y ahora era seco y agresivo.

—Pues... gente. He estado preguntando por ti y por cómo transcurrió todo después de mi marcha y he sabido lo que acabo de decirte.

—Mientes —ni siquiera pestañeaba al hablar— ¿Te manda Patrick? ¿Cómo sabes tú eso? Absolutamente nadie sabe que ese hombre está en libertad. Ni siquiera los medios —cada vez estaba más nerviosa.

—¿Patrick? No sé quién es. Creo que te estás equivocando Claire. Simplemente lo he sabido, nada más. Está claro que tú ya conocías esa información. Discúlpame por tratar el tema así de repente. He sido una grosera.

—Sí. Lo has sido. Y por supuesto que conocía esa información, porque fui yo quien le sacó de prisión hace unos días.

La frase cayó como un jarro de agua fría sobre los dos acompañantes de Claire. Nate, que había permanecido al margen de la conversación hasta entonces, se inclinó un poco hacia delante y dirigió su mirada a ambas mujeres como el que ve un partido de tenis. Sarah quedó también bastante afectada por las palabras de Claire. Se recompuso y continuó hablando.

—Veo que he metido la pata. Déjame explicarte el porqué de todo esto, por favor.

—Solo explícame por qué sabes que Carlos está fuera de prisión y qué interés tienes en él.

Claire se aseguró de mantener las distancias con los dos. Se sentía amenazada, y tras lo ocurrido con el camarero del hotel, prefería no tener contacto físico con nadie más hasta que pudiera asegurarse de que no corría peligro alguno.

—Necesito encontrar a Carlos. Es un asunto personal —Nate intervino por primera vez dejando a Sarah con la palabra en la boca—. Llevo mucho tiempo intentando hablar con Carlos por un asunto personal, y cuando casi lo consigo, pude averiguar que había salido de prisión. ¿Realmente lo sacaste tú? ¿Dónde está ahora?

Ninguna de las dos esperaba que Nate hablara. Hasta entonces para Claire fue solo un figurante en aquella conversación.

—No sé dónde está en este momento... —dijo desviando la mirada hacia el mar.

—¿Cómo es eso posible? —respondió Nate incrédulo.

Nada tenía sentido, y Sarah decidió contarle a Claire todo lo acontecido desde su llegada a Greek Hill. Nate, a su vez, le relató la historia de su hermano y Carlos, y

también cómo se habían conocido Sarah y él.

Claire escuchó con atención, tomando nota de cada palabra que oía. Cuando terminaron, ella determinó que no la estaban engañando y, llevada por la necesidad de no verse sola en aquella situación, se animó a contarles a ellos lo que les había ocurrido a Carlos y a ella desde su visita a la prisión antes de sacarle de allí hasta lo acontecido en el hotel con el camarero sonriente, pasando por su experiencia en la casa de campo. Les contó todo con la mayor cantidad de detalles posibles, como la localización de cada lugar e incluso la hora a la que transcurrieron los hechos.

—¿Tenía algún nombre la finca donde estaba aquella casa en la que estuviste con Carlos? —preguntó Nate intrigado.

—Sí. Se llamaba «Villa del Sol». Se encontraba al norte del estado. Concretamente al noreste. Era un caserón con acceso directo desde la carretera y rodeado de una espesa vegetación.

Claire continuó hablando y cuando terminó su relato, tanto ella como Sarah se percataron de que Nate estaba apoyado sobre el respaldo de su silla, con la frente húmeda del sudor y muy mal aspecto. Ambas mujeres se asustaron bastante y se apresuraron a darle algo de beber y un poco de aire mientras le preguntaban qué le ocurría.

—Esa casa que mencionas, en la que estuviste con Carlos hasta que escapaste con él, era el lugar donde murió mi hermano Stefan. Esa era la casa que alquilaban mis padres y donde pasábamos las vacaciones y ocasiones especiales con la familia y los amigos. En aquella piscina... —Nate dejó su frase a medias durante unos segundos— ¿Por qué iban a llevarte a ti y a Carlos precisamente a ese lugar? No entiendo la relación...

Nadie supo responder a Nate.

Claire se paró a pensar y se dio cuenta de que aquello no podía ser casualidad. Todo debía ser parte de un plan mucho mayor y ellos solo eran las piezas de ese puzle. Aquellos que tenían secuestrado a Carlos, los mismos que tenían a ese chico que aseguraban que era su hijo James, sin duda sabían también que en aquella casa de campo disfrutó Nate muchos momentos con su familia. Todo debía tener un motivo y relación que nadie conocía aún. Lo que estaba claro era que ella buscaba a Carlos, Nate buscaba a Carlos y Sarah a su vez estaba dispuesta a ayudarles a hacerlo.

Le había costado mucho creerles pero finalmente lo hizo. Sarah fue su vecina durante mucho tiempo. Era cariñosa y servicial con ella e incluso intentó de todas las formas posibles salvar la vida de su querido hijo. Realmente no había motivos para dudar de ella, pero los últimos acontecimientos habían mellado su capacidad para confiar en los demás.

—Está bien. Tú buscas a Carlos —dijo Claire señalando a Nate— porque supuestamente tu hermano te habla en sueños diciéndote que lo encuentres, cosa que me llama bastante la atención y que me cuesta creer, pero no seré yo quien te cuestione. Sarah —volvió su mirada a la joven— tú buscas a Carlos para ayudar a tu

novio.

—Realmente no es mi novio, es un amigo.

—No sé por qué, pero lo imaginaba. De cualquier modo, estás ayudándole. Por último, yo quiero localizar a Carlos porque se lo debo. Él salvó mi vida y me ayudó a huir de aquella casa donde estábamos y donde seguro me hubieran matado si no hubiésemos escapado. Él se preocupó por mí.

—Por lo que dices, fue muy valiente al enfrentarse a aquella situación —dijo Sarah mientras recuperaba de su memoria el recuerdo de un Carlos aterrado tras el accidente.

—Sí. Pudo haberse ido solo pero prefirió salir conmigo y no recordar viejos tiempos en los que luché por encerrarle. Es buena persona y no merece esta persecución que está sufriendo. Además de haberme salvado la vida, soy responsable directa de su situación actual, ya que yo le saqué de prisión y en cierto modo, le entregué a esos desgraciados. Tenemos que averiguar quién es ese miserable de Patrick y una vez lo sepamos, quizá podamos conocer el motivo por el que quiere a Carlos y qué relación tiene contigo y tu residencia de la infancia.

—No conozco a nadie con ese nombre —Nate puso su mano derecha sobre su frente en un vano intento por recordar a alguien llamado Patrick.

—Pongámonos manos a la obra —tras permanecer un rato en silencio, Sarah habló.

—Nate, llévanos a esa casa. Quizá hayan dejado algún indicio sobre dónde se encuentran ahora mismo.

Nate y Claire permanecieron en silencio. De repente Claire abrió los ojos con energía e inconscientemente tensó sus manos sobre la mesa. La expresión de su cara se tornó en una mezcla de sonrisa y satisfacción cuando se percató de algo en lo que no había pensado antes. Al fin podrían localizar a Carlos de un modo seguro y en parte sencillo, o al menos eso esperaba. Estaba incluso furiosa con ella misma por no haberse dado cuenta de ello antes.

—Tengo una solución para nuestro problema. Creo que sé cómo encontrar a Carlos y a los que se lo han llevado.

—¿Si? Pues hace un momento estabas tan perdida como nosotros... ¿Qué se te ha ocurrido? —Sarah esperaba con impaciencia lo que Claire tuviera que decirles.

—No puedo creer que haya sido tan estúpida y no me haya dado cuenta hasta ahora. Antes de que Carlos fuera puesto en libertad, me aseguré previo pago a uno de los médicos del complejo penitenciario, de que le inyectaran una sustancia. Se le dijo que era un relajante muscular por si acaso le daban ataques de ansiedad tras enfrentarse de nuevo al mundo exterior, cosa que normalmente les ocurre a presos de media y larga duración tras ser libres de nuevo —a medida que hablaba, sus ojos se fueron abriendo cada vez más—. Todo este tiempo me he estado preguntando por qué conseguimos localizarnos en el hotel Sunrise sin ningún tipo de problema, sabiendo perfectamente en qué lugar nos encontrábamos sin margen alguno de error. Patrick

me pidió que se le administrara a Carlos esa inyección cuando accedí a usar mis influencias para ponerle en libertad. Lo único que yo quería era averiguar si el chico que aparecía en el video era mi hijo o no, cosa que cada vez me creo menos, así que accedí a su requerimiento sin rechistar. Fui una completa estúpida. Ni siquiera me planteé qué estaba haciendo...

—Pero... ¿qué tiene que ver eso con que podamos saber sobre el paradero de Carlos? —preguntó Nate atento a lo que contaba la mujer.

—Un localizador. Estoy segura de que en aquella sustancia que le inyectaron se encontraba alguna clase de localizador. Está claro que contemplaban la posibilidad de que algo saliera mal, cosa que finalmente ocurrió, así que decidieron asegurarse de controlar cualquier variante. Por eso nos encontraron tan fácilmente después de huir de aquel caserón.

—Hmmm... tiene sentido. Pero eso no nos sirve de nada. No tenemos cómo interceptar la señal que envía ese localizador si es realmente lo que se le inyectó —dijo Sarah.

—Quizá sí podemos —Nate interrumpió—. Si alguien sabe de aparatos y de cómo meterse donde nadie le llama es Thomas Grant. Gracias a él y a su habilidad para, digamos, averiguar cosas, supe que Carlos había salido de prisión. Si pudo meterse en el sistema informático de una prisión como la Mississippi State Penitentiary, me gustaría pensar que también puede localizar un rastreador GPS. Lo único que tenemos que hacer es llamarle y preguntarle. Estoy seguro de que nos ayudará sin poner ningún tipo de problema.

—Pues que así sea —Claire sonrió como hacía tiempo que no hacía—. Ahora solo quiero dar con el paradero de Carlos, así que llama a tu amigo. Mientras lo haces, dejadme que os invite a una cerveza. Disculpad mi hostilidad de antes pero como ahora sabéis, no han sido días fáciles.

—No te preocupes Claire. Por lo visto estamos todos metidos en esto de una forma u otra —Sarah cogió a su antigua vecina de la mano y le sonrió.

Tras ellos, en una mesa a tres metros de distancia, un afable muchacho de raza china o al menos con rasgos asiáticos, de unos veinticinco años y con pinta de nerd, oía atento la conversación que Sarah y los demás mantenían. Sus ojos se entornaron y esbozó una sonrisa. Parecía que había encontrado lo que buscaba.

Parecía que se hubiera quedado ciego por completo. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados. La oscuridad era tan densa que llegó a pensar que había dejado de existir. No era capaz de sentir su cuerpo. Sus brazos y piernas estaban dormidos y el sentido del tacto era inexistente.

Era consciente de que podía girar su cuello hacia los lados, pero la oscuridad y el silencio eran lo único que existía en aquel lugar. Poco a poco el pánico comenzó a apoderarse de él e intentó en vano gritar. Su garganta no era capaz de emitir ningún sonido y apenas sentía siquiera que la tuviera.

Tras unos segundos en los que lo único que sí percibía era el sudor cayendo por su frente y el olor a putrefacción, Carlos comenzó a notar un leve hormigueo en lo que debían ser sus piernas, hasta que pasados unos segundos consiguió moverlas sin problemas aunque con una notable sensación de pesadez.

Tuvo que esperar un poco más hasta que fue el turno de sus brazos y los dedos, acabando todo en una sensación de dolor mezclado con entumecimiento en cada parte de su cuerpo.

Tras unos interminables segundos consiguió levantarse y cuando pudo mantenerse en pie sin caer al suelo ni perder el equilibrio, pensó que sería buena idea dar algunos pasos hacia el frente buscando una de las paredes de aquel lugar en el que estaba. En algún punto debía existir un límite en esa estancia.

De repente lo recordó todo y fue consciente de lo ocurrido. El camarero del hotel donde se hospedó una sola noche con Claire tras huir de la casa de campo le había hecho algo que le hizo perder el conocimiento. Recordó también cómo le dijo a Claire que corriera y huyera del lugar.

—Claire, ojalá estés bien —dijo en voz baja deseando que le hubiera hecho caso.

Comprobó que su voz había vuelto aunque en un tono y volumen exageradamente débil. Intentó pedir ayuda. Gritaba y gritaba hasta donde su garganta se lo permitía pero nadie contestaba. La acústica del lugar y el eco que se producía al gritar le indicaban que se encontraba en un sitio con techo aunque totalmente aislado. ¿Dónde demonios estaba? Se resignó y decidió sentarse en el suelo. Sintió que se había posado sobre algo blando y maloliente. A oscuras, fue palpando el suelo con la mano hasta llegar al objeto en cuestión. Tenía forma de plato y había algo que parecía ser comida sobre él. Al acercárselo a la nariz, un olor repugnante sacudió su cabeza e hizo que soltara el objeto con contundencia.

El olor a comida podrida se le había metido dentro y ya no había forma de que desapareciera. Mientras se intentaba volver a incorporar apoyando las manos en el suelo, unas terribles arcadas le hicieron vomitar todo lo que tenía dentro, añadiendo al ambiente otro desagradable olor que soportar.

No tenía nada para enjuagarse la boca. Todo era putrefacción, y al verse allí, sin

un motivo aparente y sin entender nada de lo que estaba sucediendo, un sentimiento de pena por sí mismo invadió todo su ser y no pudo contener las lágrimas que ya caían por su rostro. Pensaba en su madre y en su casa. Seguramente ya estarían esperándole en Cádiz y se estarían preguntando por qué no había dado aún señales de vida. Pensar en ellos le mataba pero era lo único que impedía que el olor y la oscuridad dominaran y anularan su cordura.

De repente, mientras navegaba en su vida antes de todo aquello y recordaba aquel día en que aprobó la Selectividad y la posterior fiesta con amigos que acabó yéndose de madre, un leve sonido hizo que desconectara de ese refugio mental para volver al lugar en el que estaba. Ese ruido lejano, muy sutil, como una puerta metálica abriéndose, infundió un profundo miedo en Carlos. Pudo oír pasos sobre su cabeza. Concluyó que debía estar en un sótano. Los pasos continuaron sonando hasta que en cierto punto cesaron su marcha.

Por el número de golpes y su ritmo, Carlos calculó que unas tres personas se encontraban en aquel lugar. De nuevo el silencio.

El instinto de Carlos hizo que se sentara en el suelo, sin importarle ya sobre qué, y buscara una pared sobre la que apoyarse. Se llevó las rodillas al pecho y las agarró con sus brazos. Miraba al suelo deseando que Claire le despertara en su habitación del hotel porque llegaban tarde al desayuno, pero sabía que eso no iba a suceder. Todo aquello era real y ahora estaba a merced de un hombre que había estado siguiéndole hasta atraparle, sin tener ni idea del motivo.

Un fuerte sonido parecido al de unas viejas poleas en funcionamiento alertó a Carlos de que algo iba a suceder. El techo de su estancia se abrió poco a poco hasta que una luz amarilla de poca intensidad inundó todo el lugar. La jaula donde estaba encerrado fue descubierta ante sus propios ojos y el horror tomó posesión de su cuerpo. No solo era comida podrida, vómitos y heces lo que salpicaba la estancia y la inundaba de olores. Además de todo eso, frente a Carlos se encontraban lo que a primera vista eran dos amasijos de carne sin forma, pero que tras observarlo unos segundos más, comprobó que eran dos personas muertas apiladas en el otro extremo de ese espacio. Dos personas que Carlos no pudo reconocer; dos hombres de su edad más o menos que yacían frente a él en una postura imposible de adoptar para alguien vivo, como si estuvieran colocados uno sobre el otro. Era algo desgarrador.

Tras salir de su estupefacción, logró reunir el valor para levantar la mirada y ver quién estaba observándole desde arriba como si fuera una rata de laboratorio.

—Buenos días, señor Guerrero. ¿Ha pasado buena noche? Espero que sí porque ha dormido usted un día completo.

Aunque previamente calculó unas tres personas acercándose al lugar, solo una de ellas estaba asomada al agujero donde se encontraba. Se trataba de un hombre con gafas de pasta negra, vestido con un traje negro, camisa blanca y corbata también negra. Era un tipo enorme. Debía pesar unos ciento veinte kilos. Le recordaba vagamente a Marlon Brando en la saga de *El Padrino*. Portaba un sombrero negro de

ala corta y bajo este, asomaba una cabellera blanca como la nieve. Entre sus labios llevaba algo, como un palillo de dientes que movía de lado a lado mientras hablaba. Su voz era tan profunda que rozaba lo fantasmal. A pesar de la poca iluminación que proyectaba el foco viejo, mohoso y amarillento del techo, Carlos fue perfectamente capaz de apreciar las arrugas que tenía en su cara, indicándole que no debía bajar de los cuarenta y cinco años.

El tipo miraba a Carlos como quien admiraba a un trofeo.

—¿Le ha mordido la lengua el gato señor Guerrero?

—¿Dónde coño estoy? ¿Qué ha pasado con Claire? —aunque le hablaba al hombre que asomaba, no podía apartar la mirada de los cuerpos descompuestos de sus compañeros de jaula. —¿Claire? Esa mujer ya no nos sirve. Únicamente la queríamos para sacarle a usted de prisión. Ya no es útil pues ya lo hizo, y por supuesto no representa ningún peligro para nosotros ni para nuestros propósitos.

—Nuestros propósitos... ¿quién mierda eres? —ahora sí que miró directamente a los ojos de aquel tipo. Podía percibir su mirada desafiante.

—Mi nombre es Patrick y soy quien le dará la verdad sobre su existencia. —Puedes tutearme —respondió Carlos casi con burla.

Cada vez que ese hombre hablaba, más ridículo le parecía todo. Volvió a retirarse y las luces volvieron a apagarse. Mientras se marchaba, pudo oírse de nuevo su voz.

—Únicamente vine para comprobar que estabas vivo y coleando. Esta tarde volveré con un compañero para que te haga compañía. Espero que hagáis buenas migas.

—¡Vuelve! ¡No te marches! ¿Qué quieres de mí? ¡No te vayas! —gritó sin resultado.

La estancia quedó nuevamente a oscuras y los pasos se fueron alejando hasta que volvió a reinar el silencio. Carlos retornó a aquella linde entre la desesperación y la locura. Saberse dentro en ese lugar, con dos cadáveres en descomposición y sin posibilidad alguna de salir, no le ayudaba a mantener la mente despejada para aguantar aquel trance.

Mientras pasaban las horas, no hacía más que pensar en qué había hecho él para terminar en una situación como esa.

Desde hacía diez años, cuando tenía quince, su vida había dado un cambio radical, siendo muy diferente a lo que siempre fue. Recordó aquel día cuando despertó en ese hospital de Cádiz tras sufrir un impresionante accidente de circulación. Mientras iba en su moto, un autobús le arrolló al traspasar la mediana colisionando frontalmente con él. Se rompió la mayoría de los huesos de su cuerpo y permaneció en coma varias semanas hasta que lo superó contra todo pronóstico algunas semanas después, o al menos, eso le dijeron. Cuando despertó, no recordaba nada sobre sí mismo ni sobre su familia ni amigos. Toda su vida se había esfumado y se vio obligado a comenzar a construir nuevos recuerdos. Todo era nuevo para él. Fue diagnosticado con una amnesia severa y de difícil recuperación. Además las lesiones

físicas tardaron bastantes semanas en sanar completamente. Ahora, diez años después, seguía sin recordar nada ni del accidente ni de su vida pasada.

Tuvo que acostumbrarse a llamar mamá a esa mujer que decía serlo. Tuvo que asimilar que sus amigos eran quienes decían ser y tuvo que dar por sentado que se llamaba Carlos Guerrero por el simple hecho de que era lo que aparecía en su DNI.

Su vida comenzó de cero diez años atrás. De ellos, los últimos cinco los había pasado en prisión viviendo un auténtico infierno acusado de matar a un chico de su misma edad. Ahora, pensó Carlos, tras ser perseguido durante tres días por un tipo que quería secuestrarle sin motivo entendible para él, se encontraba compartiendo jaula con dos cadáveres. De locos.

Comprendió que la única opción que tenía era esperar y ver cómo se sucedían los acontecimientos hasta que viera, como anteriormente ocurrió en la casa de campo, una situación viable para al menos intentar escapar de ese lugar.

Su captor dijo que volvería en unas horas con un compañero para él. ¿Se trataba de otro secuestrado? Esperaba al menos que no fuera otro muerto que apilar junto a los dos que ya estaban a escasos metros de él.

Mientras esperaba el momento, volvió al olor del mar gracias a su imaginación. Estaba decidido a esperar al desgraciado de Patrick entre risas y baños en la playa de su amada Cádiz.

Mientras estuvieron paseando por las calles de Greek Hill, Claire y Sarah recordaron viejas vivencias en aquel lugar. Caminaron durante un largo periodo hasta que decidieron volver al hotel donde se alojaba Sarah. Allí, optaron por entrar en la cafetería para tomarse un café.

Nate por su parte se dispuso a llamar por teléfono a su amigo Thomas para contarle sobre el supuesto localizador que, según Claire, Carlos llevaba inyectado. Nate sabía que su colega era adicto a todo lo relacionado con el *hackeo*, así que estaba convencido de que si le decía que era un reto que debía superar y que sería algo que le ayudaría en su misión, lo haría encantado.

Tras unos minutos de conversación en los que los tecnicismos fueron el contenido principal, Nate volvió satisfecho al lugar donde se encontraban las dos mujeres para informarles. Traía buenas noticias.

—Todo perfecto. Acabo de hablar con Thomas y me cuenta que, si le damos las coordenadas exactas del último lugar donde estuvo Carlos, lo más probable es que, si tenemos suerte, a través del residuo de información que dejan estos localizadores, pueda triangular su posición actual.

—¡Eso es maravilloso! —mientras intentaba disimular su alegría, Claire buscó la tablet en su bolso—. La última vez que estuve con él fue en Silver Cup, un pequeño alojamiento en la ciudad de Meridian, en el centro-oeste del estado —rápidamente tecleó el nombre del pueblo y al instante obtuvo el resultado—. Según esta aplicación, las coordenadas exactas de ese lugar son 32.380145 - 88.681705.

—Genial —dijo Nate tras anotar en un papel los números—. Con esta información, Thomas tendrá algo con lo que comenzar. Se lo voy a enviar inmediatamente y ya nos llamará en cuanto tenga algo que contarnos. Espero que no le lleve mucho tiempo y sobre todo, que sea lo suficientemente discreto como para que ninguno de ellos se dé cuenta de que alguien husmea en sus sistemas.

Una vez llegados a ese punto y con toda la maquinaria en funcionamiento, los tres quedaron sin nada más que hacer hasta que el *hacker* se pusiera en contacto con ellos. Decidieron pues, aprovechar el tiempo y se pusieron a buscar más información acerca del símbolo que Claire les comentó que había visto tanto en la muñeca del camarero del hotel, como en las solapas del uniforme de Nerea y Matt.

—Un infinito cruzado por una cruz cristiana —dijo Claire—. Ese debe ser el símbolo de la Orden del Advenimiento de Luz. Si conseguimos averiguar más sobre eso, conoceremos mejor con quién estamos tratando. Busquemos hasta dar con algo que nos dé al menos una pista sobre qué significa.

Cada uno de ellos, en su propio dispositivo móvil, buscaba información usando el *wifi* del hotel. Las páginas web en las que buscaban información se contaban por decenas, pero lamentablemente no encontraron ni rastro del símbolo que buscaban. A

veces daban con algo en alguna web sobre conspiraciones o sectas, pero resultaba ser poco concreto. En la gran mayoría de sitios donde buscaban, la información que aparecía solo lo hacía todo más confuso. Era peor que no saber nada. Nate había advertido antes de empezar a buscar, de que cuando una información está presente en la Red esta se presta a interpretaciones y reinterpretaciones de miles de personas sin ningún tipo de filtro, lo cual terminaba por deformar la idea inicial.

Los minutos se convirtieron en horas. Las tazas de café se sucedieron una tras otra y los bostezos comenzaron a hacer acto de presencia en el rostro de cada uno de ellos. Era totalmente imposible encontrar información fidedigna y concreta referente a todo aquello.

La primera en rendirse fue Sarah, que de repente fue consciente de que desde hacía dos días había desconectado por completo de su labor como escritora que se suponía inmersa en el proceso de promoción de su primera novela. Aliviada al recordar que aún le quedaban unos días de descanso hasta la presentación en Nueva York, consiguió retomar la concentración en aquella búsqueda, hasta el momento sin resultados.

—Va siendo hora de descansar un rato. ¿Os apetece que demos un paseo mientras buscamos un sitio donde cenar? —Sarah únicamente deseaba dejar de teclear y de navegar por la red, todo lo contrario que sus dos compañeros que parecían disfrutar de todo eso.

Nate respondió a Sarah unos segundos después de haberla oído hablar.

—Si identificar ese símbolo nos va a servir de ayuda para saber quién ha secuestrado a Carlos y a ese chico que podría ser el hijo de Claire, no voy a parar de buscar. Estamos a un solo paso de llegar hasta el fondo de todo esto —a Nate parecían no afectarle lo más mínimo las horas que había pasado mirando sin descanso la pantalla de su teléfono móvil.

—Estoy de acuerdo contigo Nate, pero Sarah lleva razón —confesó Claire tras un profundo suspiro—. Debemos descansar para poder seguir buscando eficientemente. Si realmente queremos saber quiénes son esta gentuza, debemos estar al máximo de nuestra capacidad. Deberíamos salir a dar un paseo y despejarnos un poco para poder continuar más tarde.

Claire mostró su lado más maternal al preocuparse por Nate. Él se dio cuenta de ello y agradeció su preocupación.

Soltaron los dispositivos en la mesa junto a las tazas de café y como si se tratara de una coreografía aprendida, los tres se echaron las manos al cuello y estiraron las piernas. Las quejas al notarse los músculos entumecidos sonaron casi al unísono. Pagaron la cuenta y al pasar junto a la última mesa antes de cruzar la puerta de salida, una voz sin rostro llamó la atención de los tres.

—Os llevará una eternidad encontrar información sobre lo que andáis buscando. Eso contando con que alguna vez lo hagáis. Lleváis toda la tarde tirando vuestro tiempo a la basura.

Los tres abrieron los ojos sorprendidos ante aquellas palabras. El silencio del lugar ayudó a que nada entorpeciese la correcta comprensión de lo que dijo quien estaba sentado allí. Se giraron y se encontraron frente a un chico de apariencia asiática que llevaba una vestimenta un tanto peculiar. Usaba una sudadera con un dibujo estampado de un famoso manga japonés junto a unos pantalones pitillo de color rojo, que añadidos a sus gafas de pasta negra y su pelo liso teñido de morado sobre los hombros, daban una impresión global de alguien a quien coloquialmente llamaríamos «friki».

Nate fue el encargado de romper el silencio incómodo que se había creado. Se dirigió al chico en una actitud un tanto chulesca debido al cansancio que acumulaba, prejuzgándolo e ignorando el error que estaba cometiendo al hacerlo.

—¿No crees que el tiempo que realmente se ha tirado a la basura es el que has empleado en pintarte tu ridículo pelo?

—¡Nate! —Sarah regañó a Nate al oír la forma de hablarle al chico—. Por favor, discúlpale —se dirigió al joven—, estamos todos un poco nerviosos. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Ted —contestó secamente.

—¿Cómo es que sabes lo que estamos buscando? Y, ¿por qué has dicho que tardaríamos mucho tiempo en encontrar información? —Claire entró en escena abordando el tema sin medias tintas— ¿Acaso sabes algo?

El chico hizo un gesto con la mano invitándoles a sentarse. Se les quedó mirando con una sonrisa que aparentemente parecía sincera. No daba la impresión de alguien agresivo, más bien al contrario. Su cuerpo era endeble, muy delgado y el color tan pálido de su piel indicaba a todas luces que prefería pasar los días frente a su ordenador o su videoconsola antes que salir a la calle y disfrutar del sol.

—No gracias. Llevamos toda la tarde sentados y necesitamos estirar las piernas —Nate contestó a la invitación obteniendo como respuesta una mirada furtiva por parte de Sarah cargada de «cállate».

Se miraron y finalmente decidieron aceptar. Tomaron asiento frente al chico, dispuestos a oír lo que fuera que tuviera que contarles.

—Como he dicho, mi nombre es Ted, Ted Hamasaki, y hace un par de días que sigo vuestros pasos —señaló a Sarah y a Nate.

De repente, Sarah recordó aquel momento en que se sintió observada cuando salía de la casa de la anciana Marie Chassier. Lo mismo le ocurrió cuando se despidió de Nate la noche en que le conoció. Sin ninguna duda debía de tratarse de esa persona.

—Hace tres días, por la noche, ¿por qué me seguías? —Sarah tensó los músculos de su cara al igual que Nate mientras Claire asistía como mera espectadora ante tales revelaciones.

—No te seguía a ti. Solo me aseguraba de que no hicieras daño a este chico. Quería saber que no eras parte del grupo de perros sumisos de Patrick.

Al nombrar a la persona a la que Claire había entregado sin querer a Carlos, todos se sorprendieron, aumentando su interés en las palabras del tal Ted.

—¿De qué conoces tú a Patrick? —Claire intervino interrumpiendo a Nate que iba a hacerle la misma pregunta.

Ted calló durante unos segundos mientras pensaba su respuesta. Necesitaba ordenar todo en su cabeza para encontrar la forma de contarles todo. La expectación crecía por segundos hasta que se decidió a hablar.

—Estoy aquí para poder tener mi venganza, pero para ello debo asegurarme de que este chico —señaló de nuevo a Nate— no sufra ningún daño. Es mi deber moral.

Nadie entendía nada. Quedaron en silencio esperando a que continuara con su historia.

—Mi familia y yo hemos vivido aquí toda la vida, en el estado de Mississippi, concretamente en Natchez, un pueblo situado en la frontera con Louisiana. La nuestra era aparentemente una vida muy normal pero desde hacía algún tiempo sabíamos que algo no andaba bien con respecto a mi padre. Durante varias semanas estuvo recibiendo periódicamente llamadas misteriosas tras las cuales se ponía muy nervioso, y le hacían salir de casa a altas horas de la madrugada. Además, cada cierto tiempo, se ausentaba durante dos o tres de días y volvía aparentemente muy cansado físicamente. Su comportamiento en general había cambiado bastante y era palpable que estaba mucho más estresado. Normalmente hablaba muy poco de su trabajo pero, al ser un periodista en un diario local, siempre había un tema del que conversar en la mesa mientras comíamos. También era la excusa perfecta para justificar sus largos periodos fuera de casa. Nos decía que tenía que cubrir una noticia que finalmente nunca veía la luz en el periódico —mientras el chico contaba su historia, comenzó a ponerse un poco nervioso. Sus manos temblaban levemente—. Mi padre estaba amenazado con el despido y sus jefes le estaban agobiando mucho desde hacía varias semanas. Un día llegó a casa muy contento diciendo que tenía la exclusiva de su vida pero poco después dejó de hablar sobre el tema. Se volvió mucho más callado y reservado con sus asuntos de trabajo así que inevitablemente asocié su cambio de comportamiento con esa exclusiva informativa que decía tener.

Sarah, Nate y Claire seguían atentos las palabras del muchacho. No sabían el porqué pero al mirar a los ojos del chico, eran conscientes de que estaba contando algo que había sucedido no hacía mucho tiempo. Era reciente y, sin ninguna duda, el dolor con que transmitía cada palabra se dejaba notar en la lenta y progresiva humidificación de sus ojos. Sin duda, lo que decía era verdad.

El chico continuó contando su historia.

—Una noche como otra cualquiera, concretamente hace tres semanas, mientras nos encontrábamos todos en el salón de casa viendo una película de Morgan Freeman, llamaron a la puerta. Mi padre hizo el ademán de levantarse extrañado al ver la hora que era, pero mi madre le interrumpió indicándole que iría ella a comprobar de quién se trataba. Mientras mi padre y yo continuábamos viendo la película, oímos un ruido, que en un principio no pude identificar pero que después supe exactamente de qué se trataba. Mi padre me miró sin sangre en el rostro y me

indicó con gestos y sin soltar una sola palabra que fuera a esconderme al cuarto de limpieza y saliera de casa por la pequeña ventana que había sobre la lavadora. Él sabía exactamente qué era lo que estaba sucediendo y estaba preparado para ello. Mi impulso fue desobedecerle para averiguar qué había sido ese sonido y dónde estaba mi madre. En mi interior supe que lo que acababa de oír era el sonido de un disparo y tras unos segundos en los que dudé si salir huyendo como decía mi padre o quedarme y afrontar la situación, decidí hacerle caso y salí de casa mientras a mi espalda los sonidos de más disparos se repetían y los cristales y el resto del mobiliario se rompían. Avancé por nuestro jardín, salté la valla de madera, dejando atrás el auténtico sonido del caos y la destrucción. Después, reinó el silencio. Cuando recorrí varias decenas de metros, decidí detenerme para respirar un poco. Estaba muy asustado. No quería que me sucediese nada aunque tenía que saber qué estaba pasando en mi casa. Tras unos segundos valorando si continuar mi huida y pedir ayuda a la policía o volver a casa, logré reunir el valor suficiente para hacer lo segundo, así que tomé el camino de vuelta. No debí irme y dejar solos a mi padre y a mi madre allí.

—¿Volviste a casa después de decidir obedecer a tu padre? —preguntó Claire consternada.

—Sí. Volví tras recuperar el aliento y me encontré con lo que más temía. Allí no había nadie. Quien fuera la persona que llamó a la puerta, ya se había marchado. Todo estaba revuelto y destrozado. Parecía que una manada de elefantes hubiera corrido por nuestro salón y las habitaciones. Cuando entré, por el mismo sitio por donde escapé, me dirigí directamente a la puerta principal, que era donde me figuraba que estaría mi madre. Efectivamente allí la vi, tumbada boca arriba, con un tiro en la cabeza y los ojos abiertos de par en par.

Al referirse a su madre, Ted tuvo que apartar la mirada e intentar relajarse mirando a los transeúntes que desfilaban tras la ventana del establecimiento.

—Dios mío... debió ser algo... horrible —Sarah se echó las manos a la boca y sin esperárselo ni ella misma comenzó a derramar lágrimas.

Era capaz de ver en el rostro de Ted el sufrimiento por el que había pasado y eso le afectaba. Sarah siempre fue una persona muy empática y en más de una ocasión eso le había hecho pasar por situaciones tan comprometidas como aquella. Al ver la reacción de la chica, Nate posó la mano sobre su pierna y apretó levemente para tranquilizarla.

Claire, que ya se imaginaba cómo iba a continuar el relato, no pestañeaba siquiera, así que interrumpió al joven y preguntó si querían tomar algo mientras le atendían. Todos decidieron tomar una taza de café, la enésima de la tarde, para continuar oyendo a su nuevo acompañante de mesa.

—No supe cómo reaccionar al verla así. Sentí que me mareaba, que el suelo desaparecía bajo mis pies, pero finalmente logré recuperar la compostura o al menos eso intentaba hacer. Me tiré al suelo junto a ella y la sujeté por la cabeza. Grité varias

veces y la zarandé entre mis brazos pero el silencio fue su única respuesta. Me resigné y rocé sus párpados con mis dedos para cerrarle los ojos y borrar esa mueca grotesca de su rostro. Miré alrededor pero mi padre no estaba por ningún sitio. Busqué por toda la casa hasta que entré en el despacho que se construyó en el sótano unos meses atrás. Todo estaba tirado y destrozado en un enorme caos. De repente observé en el suelo un rastro de sangre que iba desde el final de la escalera hasta un punto indefinido junto a su escritorio. Miré a todos lados sin ver nada que llamara mi atención hasta que me acerqué al escritorio para mirar detrás. Me sobresalté al ver a mi padre tumbado sobre el suelo con las piernas estiradas. La cabeza estaba inclinada a la izquierda como si fuera la de un monigote y sus manos tocaban el suelo con los nudillos. Temí lo peor al verle en esa postura y todo cubierto de sangre. Me acerqué y vi que tenía el pecho ensangrentado y con una herida enorme en la zona del corazón. Caí al suelo preso de la desesperación y comencé a llorar rindiéndome en mi intento de hacerme el fuerte ante tal situación.

—¿Estaba... muerto? —Nate cambió su forma de dirigirse al chico y ahora le hablaba de forma un poco más cercana que la primera vez.

—Eso pensé, pero al acercarme a él para abrazarle, ya que era lo que necesitaba, comenzó a toser profundamente, ahogándose en su propia sangre. No comprendo cómo su cuerpo tuvo fuerzas para eso, pero tras muchos esfuerzos, consiguió estabilizarse y hablarme. Yo no podía creerlo. Mi padre seguía vivo. Aún tenía esperanza en no quedarme solo para siempre. Pero todo se esfumó casi al instante. Jamás olvidaré sus palabras —de nuevo paró en su relato para tomar aire—. «*Bay Bank. Caja fuerte 0420. Intenta protegerles*». Tras decir esto con la vida escapándosele por la boca, cogió mi mano y cerró los ojos... para no abrirlos más. El relato de Ted cayó como un jarro de agua helada sobre aquellos que le oían. Todos en la mesa quedaron callados y fue la propia Claire, haciendo gala de su poca práctica en eso de andarse por las ramas, quien retomó la palabra.

—Siento mucho todo lo que te ha sucedido... pero sigo sin saber qué tiene eso que ver con nosotros. ¿Podrías decirme cómo relacionamos tu historia con la nuestra? Porque hasta ahora no has hecho más que relatar la desgracia que te ha ocurrido, pero poco más.

Sarah dio un golpe en la mesa harta de las insolencias de Nate y ahora también de Claire.

—¿Pero qué os pasa?! Este chico nos está contando todo por lo que ha pasado y en algún punto de su relato estará la conexión con nosotros, sino no habría comenzado. Solo hay que tener algo de paciencia. Nate —miró fijamente al escritor— cuando me contaste tu historia, te escuché sin rechistar y jamás fui descortés ni impaciente contigo. Y lo mismo te digo a ti Claire —señaló a la mujer que estaba a su izquierda— cuando nos has contado todo por lo que has pasado con Carlos Guerrero. Relajaos. Estamos esperando a que Thomas nos llame con alguna información sobre el supuesto GPS de Carlos, y hemos pasado horas buscando información sobre un

símbolo sin resultado. Ahora parece que este muchacho, Ted, podría ayudarnos, pero antes de todo, lo más lógico es que nos explique qué es lo que le ha pasado y cómo ha llegado aquí ¿no os parece?

Ninguno a los que se dirigió se atrevió a responderle, ya que sabían que llevaba toda la razón. Estaban muy cansados, ansiosos por saber algo del amigo de Nate y quizá por eso, su reacción estaba siendo algo más grosera de lo que cabría esperar ante una situación así.

—Tienes razón. Te pido disculpas Ted, tanto en mi nombre como en el de Nate — Claire se dirigió al joven en dichos términos tras razonar las palabras que Sarah había pronunciado unos segundos antes.

—No os preocupéis... —no pretendía darle más importancia.

Ted comprendía la situación por la que estaban pasando. Por un momento pareció que había perdido la concentración en lo que estaba contando, pero tras recordar la cara de su padre, todo volvió con la fuerza de una bofetada cargada de realidad.

—Unos días después de ocurrir lo que os acabo de contar, presté declaración en la policía, y enterré a mis padres. Pensé, cuando todo pasó, que sería buena idea ir al banco que mi padre mencionó antes de morir para averiguar qué era exactamente lo que trataba de decirme. No tenía ningún plan elaborado, solo presentarme allí y después vería qué podría hacer. Tampoco estaba en posesión de ninguna autorización por parte de nadie para acceder a la caja fuerte en cuestión. Pero para mi sorpresa, una vez en la entidad, solo tuve que mostrar mi identificación personal para tener acceso completo al resto de instalaciones de Bay Bank, incluida la caja fuerte que andaba buscando. No podía creerlo. Había sido demasiado fácil.

—Imagino que fuiste directamente a la caja que te dijo tu padre —Sarah le interrumpió aun sabiendo cual iba a ser la respuesta.

—Efectivamente. La señorita que me atendió, me indicó dónde se encontraba la caja que andaba buscando y, tras darme una pequeña llave unida a un llavero con el número grabado en él, salió de la enorme sala dejándome allí solo. Era una caja sencilla, de metal, con tapa lisa y cerradura normal, sin misterios ni acertijos ni nada parecido. Durante unos segundos dudé sobre si debía abrirla o no. Estaba seguro de que fuera lo que fuera aquello que estaba dentro, era responsable directo de la muerte de mis padres. Esas personas, no sé cuántas exactamente, entraron en mi casa buscando algo y por culpa de eso mataron a mi madre y a mi padre y estoy seguro de que si yo no hubiera salido de allí, ahora estaría muerto como ellos.

—¿Qué había dentro? —preguntó Sarah.

—Únicamente una carpeta con papeles en su interior, una pequeña caja de madera y la fotografía de una mujer.

—¿Había otra caja dentro de la caja? ¿Qué contenía? —de nuevo Sarah interrumpió.

Ted miró fijamente sus manos como si quisiera encontrar en ellas o entre sus dedos algún resto de su memoria. Daba la impresión de que mirándolas conseguía

transportarse al momento que estaba contando. De ese modo podía continuar narrándoles lo ocurrido. Esas manos frágiles, pálidas y huesudas que llevaban tatuado el trauma de haber sostenido a su madre y a su padre muertos, eran lo único que conseguía infundirle fuerzas para continuar. Su expresión facial cambió levemente al ser preguntado por la caja de madera que encontró dentro de la metálica.

Nate, Claire y Sarah se percataron de que algo no andaba bien con Ted y aunque tenían más preguntas que hacerle, decidieron esperar a que el chico retomara la palabra por su cuenta y no atosigarle en su relato.

La cafetería del hotel se iba quedando vacía ya que se acercaba la hora de cenar. Sin darse cuenta habían pasado la tarde completa entre esas paredes y aún no había visos de que fuera a terminar. Unos segundos después, Ted volvió a levantar la vista y esbozando una sonrisa a los tres que le escuchaban, continuó hablando.

—Dentro de la caja pequeña no sé qué es lo que hay. No he podido abrirla aún.

—¿No tiene cerradura o cerrojo o algún enganche que permita abrirla? —Sarah continuaba con sus interrupciones que ya comenzaban a hartar a Claire aunque ella misma se hiciera esa misma pregunta.

—No. Está cerrada a cal y canto. Obviamente podría darle un martillazo y ver qué hay dentro pero creo que sería una medida demasiado radical para algo que aparentemente es muy delicado y personalmente, demasiado valioso.

Acto seguido sacó de su bolsillo la caja en cuestión lo que dejó sorprendido a todos. No era mayor que un cubo de Rubik en cuanto a sus dimensiones y tenía las esquinas redondeadas. No lucía ningún color salvo el de la propia madera pulida. Una madera de roble tratada y cuidada. La única cosa a distinguir era un pequeño cuadrado tallado en el centro de uno de sus lados con un orificio. Parecía que algo debía encajar ahí para que la caja se abriera. Algo que Ted no tenía.

—¿No sabes qué es exactamente lo que necesitas para abrirla? —Claire hablo con un tono sombrío.

—Ni idea. Mi padre no me habló jamás de todo esto... —hablaba mezclando sentimientos de decepción y cansancio.

—Lo que no entiendo es... ¿en qué momento decides seguirnos y espiarnos? Está claro que el otro día me seguiste cuando fui a visitar mi antiguo vecindario y también el día anterior, cuando volvía al hotel tras despedirme de Nate la noche en que le conocí —a Sarah parecía que se le hubiera olvidado el rapapolvo que le soltó antes a sus compañeros y sacó su lado más impertinente—. Recuerdo que me asusté mucho y pensé incluso en acudir a la policía.

—Disculpa pero pensaba que eras algún perro de Patrick y que te estabas acercando a Nate para llevarlo ante él.

Tras pronunciar esas últimas palabras, Nate le miró como si hubiera estado hasta ese momento despistado y de repente recobrarla la atención al oír su nombre.

—Por fin llegamos a lo que me atañe. ¿Por qué iba a querer Patrick acercarse a mí?

—Dios mío... Me da vértigo solo pensar en lo que queda aún por contar. Nate, Patrick va a por ti. Tanto tú como Carlos, y también James, sois las piezas claves para su plan.

—Su plan... ¿Qué plan exactamente? —de nuevo, interrumpió Sarah. —Sarah por favor. Ahora deberías ser tú la que guarde silencio. Llevas un rato en que lo único que haces es interrumpir. Deja que responda a Nate —Claire cortó a Sarah haciendo que se sonrojara.

—Todo está en el *dossier* que encontré en la caja fuerte de mi padre —a la vez que hablaba, Ted sacaba de su bolso una carpeta cargada de documentos.

De nuevo intervino Claire.

—Tras oír todo lo que nos has contado de una forma tan vívida, creo que se nos escapa la principal pregunta. ¿Quién era tu padre?

De nuevo Ted calló. Había llegado el momento. La hora de hablar del porqué su padre tenía toda esa información bajo tanta seguridad. El momento de decir qué era exactamente lo que buscaban los asesinos de sus padres y por qué era tan importante. Supo que contar todo esto a esas personas desconocidas sería desnudarse emocionalmente por completo y que no tendría armas con las que defenderse si alguno de ellos decidía traicionarle en un futuro. Debía darles toda la información si quería realmente golpear a los responsables de su desgracia donde más le doliera y así vengar la muerte de sus progenitores.

—Mi padre, Ryû Hamasaki, era miembro de la Orden del Advenimiento de Luz —al oír esas palabras, Claire enarcó las cejas—. Investigaba la desaparición de una buena amiga suya llamada Simone Preston. Después de estar durante mucho tiempo buscándola, sus investigaciones le llevaron hasta la Orden. Según algunas anotaciones que he podido leer en la información que hay en los dossieres que extraje del banco, pienso que mi padre se infiltró en esta organización, y que durante meses estuvo jugando a dos bandas con ellos. Por un lado aparentaba interés y devoción hacia la comunidad, y por otro iba recabando toda la información posible sobre Simone. Llegado un punto, no sé cuándo exactamente, logró confirmar que tal y como sospechaba, esa gente fue la responsable de la desaparición de Simone. Tenía pruebas de ello. Él estaba seguro de que si seguía escarbando lograría dar con el paradero de su amiga, viva o muerta, y lo más importante para mi padre, saber el motivo por el que la secuestraron y la borraron del mapa. Seguramente y por algún descuido por parte de mi padre, los miembros de la Orden descubrieron que estuvo extrayendo información importante para ellos y supieron de su verdadera identidad. Es más, creo que la pequeña caja de madera es lo que realmente querían recuperar, aparte de la documentación escrita que veis sobre la mesa.

Poco a poco lo que Ted iba contando fue formando una idea general en la cabeza de los tres oyentes pero aún faltaban cosas por saber. Cosas que quizá ni siquiera el propio Ted sabía.

Claire retomó la palabra.

—¿Qué es exactamente esa Orden? Cuando Patrick me persuadió para sacar de prisión a Carlos, me dijo que lideraba esa organización pero no mencionó nada más.

—No tengo claro aún qué es exactamente, qué objetivo persigue ni quienes la forman, solo sé que supuestamente tienen algún tipo de relación con la desaparición de la amiga de mi padre y que ahora tienen secuestrado a Carlos y a un supuesto James. Según los documentos que encontré en la caja fuerte del banco, sus planes incluyen también hacerse con Nate pero no sé decirte con exactitud para qué —quedó callado un segundo más—. Llegados a ese punto nos encontramos en el mismo nivel de conocimiento referente a esta gentuza. También, como os he dicho, en la caja fuerte había una fotografía de una mujer. Es esta.

Metió la mano en su maletín y sacó la instantánea en cuestión. Todos quedaron sorprendidos al ver la imagen de una mujer con una edad comprendida entre los veinte y los treinta años, de apariencia nórdica. Ojos claros, pelo rubio casi blanco, piel clara y fina y facciones delicadas. Sus prominentes pómulos y sus delgados labios daban a su rostro un aspecto de delicadeza y fragilidad que todos los presentes percibieron nada más ver la foto.

—¿Por qué tenía tu padre esta fotografía? —preguntó Claire soltando la foto sobre la mesa.

—Esta mujer es Simone Preston. Mi padre jamás me habló de ella, ni a mí ni a mi madre. Yo desconocía la existencia de esta persona, la cual, por algún motivo que aún ignoro fue perseguida y capturada por la Orden.

—Y has venido hasta aquí para asegurarte de que Nate esté a salvo y no termine con la gente de la Orden —apuntó Sarah.

—Exactamente. Mi padre dio la vida por saber qué fue de Simone y de alguna forma eso está relacionado con Nate y los otros dos. Mi deber es principalmente terminar lo que él comenzó, es decir, averiguar qué sucedió con Simone. En segundo lugar, y no por ello menos importante, mi conciencia me dicta que si con la información que poseo, puedo ayudaros a resolver el secuestro de Carlos y James e impedir que le ocurra nada a Nate, así debo hacerlo. De ese modo cumpliré también la última petición que me hizo mi padre.

Los tres se miraron como buscando la aprobación unos en otros. Parecía que era sincero en su relato y que les decía la verdad. Claire habló.

—Tu historia no hace más que aportar más interrogantes aún a los nuestros pero realmente podrías sernos de ayuda y si es tu intención vengar la muerte de tus padres pues entonces puedes unirte a nosotros. Pero te advierto de que si en algún momento veo algo raro o sospechoso, no vacilaré en quitarte de en medio. Debo reunirme con mi hijo o aquel que dice serlo e intentar librar a Carlos de las garras de estos tipos y si alguna actitud tuya me lo impide, no escatimaré en medidas.

Sarah quedó perpleja. Claire era una mujer de carácter, eso ya lo sabía, pero verla amenazar a alguien de una forma tan clara, la perturbó levemente. Nate, que había estado la mayoría del tiempo callado se decidió a intervenir de nuevo.

—Parece ser que la dichosa Orden nos ha quitado mucho a cada uno de nosotros. Podríamos hacer un buen equipo, pero me uno a la advertencia de Claire. Quiero reunirme con Carlos cueste lo que cueste. Necesito saber qué relación tiene con mi hermano Stefan y nada me impedirá conseguirlo. Agradezco toda la información que nos has dado y espero que todos consigamos aquello que hemos venido a buscar. Por otro lado —puso su mano sobre el hombro de Ted— muchas gracias por preocuparte por mí y velar por mi seguridad.

Ted sonrió y se emocionó al oír las palabras de Nate. Significaba mucho para él saber que todo por lo que había pasado tenía algún significado.

Tras aquellas palabras, Sarah recapacitó sobre su rol en todo aquello. No tenía nada personal contra la Orden de la que todos ellos hablaban. Nada le había sido arrebatado, pero su relación tan estrecha con el accidente que mató a James y su actual amistad con Nate le parecieron motivos suficientes para ir todo lo lejos que pudiera junto a ellos.

—Solo queda una cuestión —parecía que Claire no tenía intención de abandonar la conversación— ¿Para qué crees que sirve esa caja?

—No tengo ni puñetera idea. Solo sé que de alguna forma es importante para esos bastardos y que no les ha importado matar por ella —Ted sostenía la caja entre sus dedos y le daba vueltas mientras hablaba.

Como si hubiera olvidado algo importante, Nate miró su reloj y se extrañó al ver que su amigo Thomas no le llamaba de vuelta con noticias sobre el supuesto localizador de Carlos. Normalmente no tardaba tanto tiempo en sus operaciones pero, por alguna razón, aquel asunto del GPS se le estaba resistiendo. Sabía que si le llamaba para preguntarle qué tal lo llevaba no haría más que cabrearlo y eso ralentizaría el proceso, así que prefirió esperar un poco más.

Ted volvió a hablar.

—Se está haciendo tarde. Creo que esto era todo lo que os tenía que contar. Ya sabéis quién soy, sabéis también el motivo por el que busco a las mismas personas que vosotros y por último os he contado la razón por la que os he estado siguiendo estos días atrás.

—Has olvidado contarnos una cosa —Nate puntualizó—. Aún no sabemos cómo sabías que estábamos aquí. Si vives al oeste del estado, de algún modo supiste que debías dirigirte al sur, a Greek Hill, para encontrarte con nosotros.

—Tu nombre y también tu documento de identidad aparecen en múltiples ocasiones en los papeles que mi padre guardaba en la caja fuerte. Nate Stinson, C6588952. Solo tuve que acceder a tus últimos movimientos bancarios y comprobar dónde los habías realizado. Una vez supe en qué ciudad estabas alojándote, únicamente me quedó venir a este pueblo y dirigirme a ese hostel cutre. Por cierto, ese disfraz con gabardina y sombrero fue un cambio de vestimenta que no esperaba —por primera vez sonrió de forma sincera, como despegándose del lastre de sus malos recuerdos.

—¿Cómo lograste acceder a mis movimientos bancarios? —Nate estaba perplejo.

—¿Acaso crees que ese tal Thomas es el único que sabe cómo saltar un precinto de seguridad? —guiñó a Nate mientras movía los dedos de sus manos.

De nuevo pudieron oírse los pasos acercándose al lugar donde se encontraba. Ya se había incluso acostumbrado al olor putrefacto que allí reinaba.

No sabía si se había quedado dormido o simplemente su intento desesperado por transportarse a otro tiempo y otro lugar había dado resultado. El caso es que cuando oyó el sonido del caminar acercándose, despertó de ese trance en el que estaba. Esta vez le pareció distinguir los pasos firmes de una sola persona, además de un sonido parecido al de alguien arrastrando los pies, como si le costara caminar. Cuando dejó de escucharlos, supo que fuera quien fuera se encontraba sobre su cabeza. Oyó al instante un ruido similar a cuando se deja caer algo pesado sobre el suelo. De nuevo, el techo de la jaula se abrió lentamente dando paso a la misma luz triste y lúgubre de unas horas antes.

Esperaba ver de nuevo al tal Patrick, pero delante de la luz se colocó una figura que no tenía el perfil de este. Le costó distinguirlo, ya que su cabeza estaba justamente delante de la luz y le fue difícil verlo con tanta claridad detrás, pero cuando sus ojos se acostumbraron, su sorpresa fue mayúscula. Matt, el hombre de hielo, estaba mirándole y traía algo con él.

—Hola Carlos. Volvemos a encontrarnos. ¿Cómo estás? —esbozó una sonrisa.

—Bien, aquí estoy pasando el rato. ¿Y tú? —Carlos respondió con su característico sarcasmo.

El hombre de hielo sintió cómo la irritación crecía ante el descaro de Carlos. Le ponía muy nervioso recordar cómo consiguió reducirle tan fácilmente cuando estuvieron en la casa de campo. Matt era el mejor hombre de Patrick, con entrenamiento militar y muchos años de profesión a su espalda. Verse sorprendido y superado de esa forma por un desgraciado como aquel era algo que le cabreaba muchísimo.

—Como te advertí Nerea cuando escapaste, si Patrick te encontraba sería mucho peor. Puedes ver que no mentía.

—Créeme que he despertado en lugares peores. Si yo te contara la que se formó en una fiesta en Cádiz, en la Facultad de Medicina...

—¡Basta! —no soportaba oírlo más—. Te traigo compañía. Si todo funciona y os portáis bien, saldréis de esta jaula en cuanto Patrick lo considere oportuno. Imagino que tu nuevo amigo y tú tendréis muchas cosas que contaros. Es igual de inútil y miserable que tú.

Acto seguido se agachó para coger algo del suelo. Tras arrastrarlo un poco, asomó por el borde de la entrada a la jaula la cabeza de alguien casi inconsciente. Desde esa distancia Carlos no lo pudo reconocer aunque sí se percató de que se encontraba muy débil. Matt no dudó en seguir arrastrándolo hasta dejarlo caer al suelo desde una altura de tres metros. El golpe que aquella persona sufrió al caer provocó que, aunque

estuviera semiinconsciente, profiriera un grito de profundo dolor. Cayó sobre su brazo izquierdo y se golpeó la cabeza contra el suelo. Su proximidad a los dos cadáveres y la poca luz que allí penetraba, hicieron que pareciese un muerto más.

—Espero que os divirtáis. Patrick vendrá a por vosotros dentro de no mucho. Hasta entonces, intentad sobrevivir. No queremos que nos deis más dolores de cabeza. Un saludo querido Carlos, espero que sigas pasando una buena tarde —con risa casi burlona, dio media vuelta y volvió a cerrar la entrada de la apestosa jaula.

Carlos juró que algún día daría su merecido a semejante bastardo, pero no consintió dejarse llevar por la rabia en un momento como ese, así que decidió acercarse al chico que acababa de caer antes de que se cerrara el techo por completo y todo quedara a oscuras.

Tras impulsarse fuertemente con sus debilitadas piernas consiguió llegar junto a la persona en el suelo cuando un moribundo halo de luz todavía iluminaba el suelo infecto. Se centró en agarrarlo y tirar de él hacia la pared en la que se había estado apoyando las últimas horas. Era el lugar más alejado de los dos cadáveres y por lo tanto el más adecuado para intentar obviar que estaban allí. No dijo nada, solo comenzó a palparle hasta que encontró su cara.

Tras unos segundos, el sonido de los pasos desapareció, lo que garantizaba que nadie más habitaba el lugar a no ser que en el exterior del edificio alguien hiciera algún tipo de guardia. Algo inútil porque no había modo de escapar de allí.

El chico temblaba con fuertes espasmos. Carlos apenas se atrevía a dirigirle la palabra ya que tampoco sabía qué decirle. Se limitó a palpar la cara del joven golpeado e intentar que espabilara. Le daba la impresión de que si dejaba que se durmiera nada haría que se despertara de nuevo.

Mientras deslizaba los dedos por su cara para intentar hacerse una imagen mental de ella, se percató de que estaba herido. Pudo reconocer una herida en la frente y dos más en las mejillas, las cuales aún estaban abiertas ya que sus dedos se humedecieron al tocarlas. El olor de aquel líquido delataba que se trataba de sangre. Acababan de darle una paliza de órdago no hacía mucho tiempo y después lo tiraron a ese agujero como si fuera un muerto en una fosa común.

Los temblores del muchacho no paraban y Carlos comenzó a desesperar.

—Ya está... Intenta calmarte por favor... ya pasó todo...

Mientras le hablaba, acariciaba su cara. Un instinto protector nació en Carlos que lo único que quería era consolar a esa persona y darle ánimos, ya que no podía hacer nada por sus heridas. Sintió de golpe, en lo más profundo de su persona, la crueldad que el hombre puede albergar dentro de sí mismo. Quizá el infierno no fuera más que el mundo que conocemos, pensó mientras buscaba palabras para el joven herido.

El chico se quejó cuando Carlos le movió para acomodarlo mejor sobre sus piernas. El hombro sobre el que cayó debía estar dislocado o roto. Para asegurarse de que el dolor procedía del hombro, Carlos le tiró un poco hacia atrás.

El chico se quejó con más contundencia, lo que confirmó que efectivamente el

hueso se había salido de su sitio. Le agarró por la muñeca y le habló, convencido de que le estaba escuchando.

—Bien chaval, esto hay que hacerlo. Voy a tirarte del brazo para que vuelva a encajar el hueso del hombro. Aunque va a dolerte mucho, hará que se te alivie el dolor en pocos segundos. Vamos, por favor, dime algo... no quiero estar más tiempo aquí solo —al decir esto se sintió como un niño pequeño e indefenso—. Voy a contar hasta tres y tiraré. Uno... dos...

Antes de llegar al número tres, tiró del brazo provocando un crujido, cuyo sonido estremeció al propio Carlos al imaginarse cómo debía doler aquello. El chico profirió un grito ahogado de dolor y después cayó desmayado. Carlos se acercó de nuevo a él.

—No, no, no. Despierta por favor, ¡dime algo! —deseaba con todas sus fuerzas que le respondiera pero no fue así.

Al ver que no resultó, se resignó y volvió a sentarse sobre la pared. Colocó a su invisible compañero sobre sus piernas y comenzó a acariciarle el cabello. Recordó cuando su madre le hacía lo mismo a él cada vez que se quedaba dormido en el sofá de casa. Ella siempre le dijo que después del accidente de tráfico que sufrió cuando tenía quince años se volvió más cariñoso. Antes era muy despegado con todos, así que la mujer aprovechaba cada minuto para acariciarle cuando dormía.

Mientras oía la respiración del chico, intentaba imaginarse cómo era su cara.

Según palpaba, su piel era suave y fina. Obviamente no podía saber el color que tenía pero sí que podía notar su suavidad a pesar de haber soportado muchos golpes como bien atestiguaban sus heridas. Sus pómulos no eran muy prominentes y las orejas eran pequeñas y redondeadas. También averiguó que su nariz era muy recta, sin picos en su forma, y que sus labios eran carnosos. Le recordaba a los de su exnovia.

Así, acariciando el pelo del muchacho e imaginando a su madre haciendo lo mismo con él, consiguió escapar de nuevo de aquel lugar sombrío para volver a su casa y dar un paseo por la orilla de la Playa Victoria en Cádiz. Se tomó un café frente al mar junto a su amigo Efrén antes de dirigirse al estadio de fútbol. Cuando llegó, compró una entrada para ver al Cádiz Club de Fútbol jugar su partido de ascenso a Primera División. Tras el partido fue a cenar a un restaurante chino que estaba cerca de su casa donde le esperaba la pandilla al completo. No faltaba ninguno a excepción de su exnovia a la que no quería ver ni siquiera en ese mundo de imaginación. Pasaron una noche muy amena mientras comían y charlaban sobre lo bien que había jugado su equipo de fútbol y sobre lo contentos que estaban por haber logrado ascender de categoría hasta la más alta.

El olor de la comida resultaba extraño. Aunque miraba su plato de pollo al limón con ganas de comérselo, el aroma que desprendía era bastante desagradable.

—Oye... despierta... —aun así se lo metió en la boca pero el desagradable sabor hizo que lo escupiera. Horrorizado contempló que estaba escupiendo gusanos y más insectos asquerosos—. Tío... ¿me oyes?... ¿hola?... —se levantó de golpe de la silla

y salió corriendo del restaurante con una sensación de miedo como nunca había sentido...

—¡Despierta! —Carlos recibió una bofetada en la cara.

Despertó sobresaltado y sin saber dónde estaba. Su instinto fue abrir los ojos más y más pero no conseguía ver nada hasta que fue consciente de su realidad, y recordó que era inútil tratar de ver algo. La persona que estaba junto a él se apresuró y le agarró por los brazos y lo agachó para que se tranquilizara.

—Tranquilo. No pasa nada. Estabas soñando —el hombre logró que la respiración de Carlos se calmara mientras le pasaba las manos por los hombros y el cuello.

—¿Eres tú? ¿Eres el chico que estaba aquí conmigo? —dijo Carlos con voz confundida.

—Sí. Llevas horas durmiendo. Recuerdo que has estado conmigo mucho rato y que conseguiste aliviar el dolor que tenía en el hombro. Estuviste calmándome hasta que te quedaste dormido. Cuando desperté, dormías como un lirón hasta que has empezado a convulsionar y he tenido que calmarte yo a ti.

—Muchas gracias, de verdad. Me alegra muchísimo ver que estás despierto. Por cierto, ¿te duele el hombro? —Carlos alargó la mano en la oscuridad intentando tocar a su compañero para poder darle las gracias también de una forma un poco más notable.

—Estoy mucho mejor. Muchas gracias por atenderme. La caída fue dura pero ya venía apaleado de antes así que tampoco fue tan traumático.

Las palabras resonaban entre esas cuatro paredes como si estuvieran frente al Cañón del Colorado. Resultaba muy complicado mantener una conversación medianamente normal en un lugar como ese, pero ambos hacían grandes esfuerzos para conseguirlo.

—Gracias a Dios has despertado —dijo Carlos con voz apagada— no soportaba más tiempo sentirme solo aquí dentro. Ha sido horrible...

—No te preocupes. Sé a ciencia cierta que ese sentimiento de soledad, mezclado con la impotencia de no tener nada que hacer, puede llevarte a la locura. Ahora relájate que estoy aquí contigo.

—¿Por qué motivo estás aquí? —una vez se sintió más despejado, Carlos quiso conocer más sobre su compañero de penurias.

—Realmente no lo sé. Tengo una vaga idea por el tiempo que llevo aquí, pero nada concreto al cien por cien. Estoy seguro de que los que me tienen encerrado saben que no soy una persona muy normal y que de algún modo quieren aprovecharse de eso —la voz se le apagaba a medida que acababa la frase. Se le notaba aún muy agotado por los golpes.

—¿Por qué dices que no eres normal?

—Si conocieras mi historia, suscribirías cada palabra que te estoy diciendo.

—¿Qué edad tienes?

—Tengo...veinticinco años —pensó su respuesta.

—Pues tenemos la misma edad. No pensé nunca en conocer a nadie en estas circunstancias. Permíteme que incluso le vea el lado humorístico a todo esto.

—No te preocupes yo ya he aprendido a hacerlo. Si no tomara esa actitud me habría rendido mucho tiempo atrás y quizá no estaría ni vivo.

Carlos no supo qué responder a esas palabras. Pensar que a él podría pasarle lo mismo y que tuviera que llegar a acostumbrarse a aquello, le ponía enfermo. Matt, el hombre de hielo, comentó que Patrick volvería a hacerles una visita. Deseaba con todas sus fuerzas poder encontrar algún indicio entonces que le permitiera comprobar si se podía escapar de allí o no.

—¿Por qué te han golpeado? —agarró al muchacho y le acercó a su lado.

—Lo hacen por diversión. Esta gente es así... llevo mucho tiempo soportando palizas, vejaciones y humillaciones. Me golpean y se ríen. A veces, mientras lo hacen, dicen cosas las cuales aún no logro entender su significado.

—No entiendo. Dices que llevas mucho tiempo aquí. ¿Cuánto exactamente?

—Pues más o menos y si mis cálculos no fallan, debo llevar aquí unos cuatro años y medio —la voz le tembló al decir la cifra.

Carlos quedó asombrado por las palabras del chico. En ningún momento llegó a imaginar que esa persona llevaba en ese sitio tanto tiempo. No supo qué decir y optó por callar. Pensó cuidadosamente qué palabras pronunciar ante la revelación de ese joven aún sin nombre.

—¿Cómo has aguantado? —dijo.

—Al principio me costó muchísimo e incluso demasiadas veces pensé en dejarme morir en una de sus palizas, pero nunca llegaron a ese punto. Nunca han querido matarme, únicamente hacerme sufrir, debilitarme, hacer que caiga preso de ellos y termine por ayudarles en lo que sea que estén planeando —se detuvo un segundo para respirar—. El suicidio también ha rondado por mi cabeza en más de una ocasión pero nunca he tenido el valor para hacerlo.

—Debe haber sido demasiado traumático para ti —Carlos apretó la mano del muchacho en la oscuridad —¿A qué te refieres cuando dices que cuando esos cabrones te golpean dicen cosas que no comprendes?

—Pues a veces repiten una frase una y otra vez. Otras veces simplemente comentan entre ellos que no importa las veces que me aticen pero que lo hagan con cuidado para no matarme porque, si lo hacen, tendrían que buscarme de nuevo. Son el diablo, pura maldad y se nota que disfrutan con cada golpe que me dan. Están locos. Creo que más de uno ha salido de algún centro psiquiátrico o algo.

—Esto escapa a mi entendimiento... Ni siquiera sé qué pinto yo aquí. Debe haber algún motivo para todo esto. Algún nexo entre tú y ellos, y también entre tú y yo, el cual desconozco por completo.

—Yo solo sé que aparte de mí, buscan a dos personas más, pero no sé el motivo. Lo único que he podido averiguar es que piensan que al igual que yo he vuelto, debe

haber otras dos personas que también sean capaz de hacerlo y por eso las están buscando.

Cada palabra que el joven decía, estaba cargada de inocencia y sinceridad. Estaba casi tan confundido como Carlos. Ante esas declaraciones, una chispa se encendió en su cabeza. Acababa de atar cabos en su cabeza y una sensación de temor creció dentro de él.

—¿De dónde se supone que has vuelto? —rezaba porque la respuesta no fuera la que esperaba oír.

—Del otro lado. Yo lo llamo el «Mundo Rojo».

Carlos se estremeció por completo. Instintivamente, apartó la mano que apoyaba sobre el hombro del muchacho y con la que se aseguraba un contacto constante en medio de toda aquella pestilente y mugrienta sala. Reunió valor para formular una pregunta más.

—Dime una cosa... ¿cómo te llamas? —el silencio que acompañó a la pregunta fue peor que cualquier tortura para la mente de Carlos. Parecía que no iba a terminar jamás.

—Podría decirte otro nombre, pero no, te diré el auténtico. Me llamo James, y mi apellido es Peterson.

Nate comenzaba a impacientarse puesto que la llamada de Thomas no llegaba. Las declaraciones del misterioso chico llamado Ted dejaron perplejos a todos en la mesa. Explicó cómo acabó dando con Nate y por consecuencia con el resto, y también contó su historia personal. Su padre, la relación de este con la Orden, la misteriosa mujer llamada Simone, el aparente vínculo que existía entre ella y la desaparición de Carlos y el misterio de James o de quien decía serlo. También les dio detalles de cómo se vio envuelto en aquella situación y la forma en que quedó huérfano de la noche a la mañana.

El notable dominio de Ted del mundo de la piratería fue clave para que consiguiera encontrarles para contarles todo aquello. Ellos eran parte de su plan para vengar a sus padres. Su única meta era acabar con los hombres que le hicieron vivir el más terrible de los infiernos. Ayudar a Nate y a los demás le ayudaría a conseguirlo.

La cafetería ya estaba vacía, era casi la hora de cenar y todos los clientes se habían marchado de allí. Los encargados iban poco a poco apagando las luces mientras pasaban la escoba dejándolo todo limpio para el día siguiente. Disimuladamente y mientras barrían, miraban de reojo a la mesa ocupada por esos cuatro individuos que no se decidían a irse.

La llamada no acababa de producirse y Nate, preocupado, preguntó a Ted si él sería capaz de hacer el trabajo que habían encomendado a Thomas dados sus conocimientos informáticos.

—Si tuviera mi equipo aquí podría intentarlo pero he venido únicamente con algo de ropa, la información que extraje del banco y un iPad para consultas en la red.

—No entiendo por qué tarda tanto en llamarme. Si no consigue localizarle será bastante complicado que nada de lo que tenemos pensado salga bien. Sin ese dato tenemos poco o nada que hacer. Es nuestra única oportunidad.

Mientras hablaba, observó que uno de los empleados tecleaba en la caja registradora. Un camarero, el mayor de todos y también el más descarado se acercó a la mesa.

—Disculpad pero tenemos que cerrar. Esta es vuestra cuenta.

Cada uno se dispuso a sacar su cartera pero Claire se adelantó y pagó la cuenta de todos. Una vez más y sin pretenderlo, dejó constancia de su cómoda situación económica a la vez que demostró su carácter generoso.

Cuando salieron del local se miraron unos a otros. Fue un día muy raro e intenso pero ya tocaba descansar. Cada uno de ellos se alojaba en un lugar diferente y debían desplazarse a excepción de Sarah en cuyo hotel estaba la cafetería en la que habían pasado toda la tarde.

—Si tengo noticias de Thomas os llamaré para que estéis informados —Nate volvió a ojear su teléfono.

Ted, que no hacía más que mirar a todas direcciones como si alguien les estuviera observando volvió a dirigirse al grupo.

—Creo que no he olvidado decirnos nada respecto a la Orden y todo lo relacionado con ellos. Si entre los papeles de mi padre encuentro algo más, también os lo haré saber. Todavía me faltan expedientes por leer así que, como he dicho, si descubro algo estaréis informados.

Claire prefirió no decir nada, simplemente se limitó a asentir a lo que sus compañeros decían. Sarah por su parte no tenía nada que aportar a los demás puesto que no sabía cómo hacerlo, por lo que les repitió que estaba dispuesta a ayudarles en todo lo que fuera necesario.

De repente el teléfono sonó. Todos miraron a Nate con cara de sorpresa mezclada con esperanza porque fuera Thomas quien llamaba. Nate sacó su teléfono de su bolsillo y en la pantalla y para alivio de todos rezaba: Thomas Grant.

Sin mediar palabras entre los cuatro y como si fuera un acuerdo pactado, todos accedieron a la recepción del hotel y una vez dentro el joven escritor descolgó la llamada y la puso en manos libres.

—Hola Thomas, menos mal que has llamado. Nos tenías en ascuas —mientras hablaba sonreía aliviado.

—Hola Nate. He localizado a tu hombre pero... —todos murmuraron entre ellos al recibir la buena noticia. Se confirmaba así la teoría de Claire sobre lo que le inyectaron en prisión— por favor Nate escúchame. ¿Estáis seguros de querer ir tras esta persona?

—Sí, claro. Queremos saber dónde está para ir a buscarle, pero no puedo decirte nada más sobre el asunto, lo siento.

—Ok, no te preocupes. Casi que lo prefiero así. Se encuentra en el estado de Louisiana... pero he de decirnos que inspeccionando la zona con Google Maps y siguiendo el rastro que me han facilitado las coordenadas que me disteis para dar con él, he comprobado que allí, en el lugar en que se supone que está, no hay nada; ni edificios ni almacenes, ni siquiera una mísera granja para criar cerdos.

El desconcierto y la confusión dominaron a todos los presentes.

—¿Estás seguro de lo que dices? —Ted interrumpió a Nate que iba a hablar. — No puedo asegurarlo al cien por cien puesto que no estoy allí. También hay que tener en cuenta que la información de Google Maps se actualiza varias veces al año. Cabe la posibilidad de que en ese lugar ahora exista algo que no esté en la última versión de sus mapas. Aun así, os digo que es poco probable que esta persona esté donde mi sistema me dice que está.

—Prefiero intentarlo a quedarme con los brazos cruzados y no hacer nada —Nate estaba dispuesto a embarcarse en aquella búsqueda a ciegas si existía la más mínima posibilidad de encontrar a Carlos— ¿Puedes pasarme las coordenadas en un mensaje?

—Por supuesto. Las recibirás en un momento. Nate, me debes una y bien gordita.

—Lo sé Thomas, lo sé. Mil gracias.

Todos quedaron en silencio brevemente hasta que el chirriante sonido que indicaba la llegada de un nuevo mensaje alertó de que ya tenían un destino al que dirigirse.

—Gracias por todo, colega —repitió Nate.

—No hay de qué. Por cierto, Nate, ten mucho cuidado. No sé de qué va todo este asunto pero normalmente cuando algo está tan oculto, informáticamente hablando, o es tan difícil de encontrar, quiere decir que hay gente preparada para que siga siendo así si se diera el caso.

—No te preocupes —esbozó una sonrisa mientras miraba a Claire, a Sarah y al nuevo compañero Ted—. Voy bien acompañado. Muchas gracias de nuevo. Un abrazo.

—Otro para ti.

Todos quedaron con la sensación de que las cosas estaban saliendo bien. Acto seguido, Nate abrió el mensaje de Thomas y observó las coordenadas exactas donde se suponía que estaba Carlos: 30.298465 - 90.364486.

—Perfecto. Ya tenemos lo que necesitamos —involuntariamente Nate tomó el rol de líder una vez supieron qué rumbo debían tomar.

Sarah miró su reloj y volvió a mirar al resto. Sus caras eran de entusiasmo y alegría. Nate no cabía en sí mismo de satisfacción y Claire que normalmente tenía un carácter sombrío y serio, también dejó que la alegría tomara forma en su rostro. Fue ella misma la que tomó la palabra una vez asumieron el buen rumbo que estaban tomando los acontecimientos. La noticia renovó el ánimo a cada uno de ellos y repentinamente el cansancio desapareció.

—No sé qué opináis, pero ya es algo tarde. Si queréis podemos descansar unas horas y emprender el viaje mañana temprano. Aunque también...

Se miraron unos a otros esperando a ver quién era el valiente que dijese lo que todos estaban pensando. Deseaban emprender el viaje cuanto antes y sabían que el resto también lo pensaba. Ted y Nate decidieron hablar y lo hicieron a la vez.

—He venido en mi coche.

Automáticamente todos rieron.

Efectivamente, deseaban marcharse cuanto antes hacia su destino y si era necesario, descansarían por el camino. Después de todo por lo que cada uno había pasado por separado para llegar a ese punto, no había lugar para la espera.

Claire recordó mentalmente que también tenía un coche disponible. No el suyo, sino el que se llevó apresuradamente del caserón tras huir junto a Carlos. Pensó que sería mejor dejarlo donde estaba y olvidarse de él. Aun así logró dejar de lado la euforia del momento y aportar algo de sentido común a todo aquello.

—Si vamos a ese lugar y encontramos a quienes tienen secuestrado a Carlos, ¿cuál es el plan? —todos callaron. Nadie esperaba el razonamiento de Claire—. No sabemos cuántos son, ni cómo de preparados están. Hay que pensar antes de actuar.

Les pilló por sorpresa. Ciertamente todos tenían ganas de dar con el lugar donde

se encontraba secuestrado el chico español, pero realmente no tenían pensado ningún plan para cuando llegara el momento. Claire sabía que esas personas, al menos las que conoció, podían llegar a ser violentas. Recordó cuando Carlos, en una rápida e improvisada maniobra, le arrebató a la mole de Matt su pistola. Recordó también cuando Nerea sacó la suya y les apuntó. Volvió a estremecerse.

Si se daba el caso de enfrentarse a una situación parecida a aquella, debían estar preparados para afrontarla y en aquel momento no lo estaban. Era totalmente necesario trazar un plan, hacerse con algún tipo de arma y pensar en todas y cada una de las posibilidades que podrían darse una vez llegaran al lugar indicado gracias a las coordenadas facilitadas por Thomas.

Claire continuó con su propuesta.

—Debemos pensar en algo. Cómo entrar en ese lugar, cómo llegar hasta Carlos y lo más importante: cómo salir sanos y salvos. Tened en cuenta que, si realmente se encuentra allí, ha sido escondido con mucho ahínco, ya que, como nos ha dicho Thomas, no existe constancia de ese lugar en el mapeado de los satélites de consulta pública. Por no hablar de que no disponemos de planos del sitio en cuestión. No sabemos qué forma tiene el edificio o lo que sea que nos encontremos, vamos a ir totalmente a ciegas —mientras hablaba, miraba al resto como si fuera un alto cargo militar—. Recordad también que no basta con recuperar a Carlos. Debemos recabar la máxima información posible sobre esas personas para que después podamos acudir a las autoridades y destapar todo este asunto. Y por supuestísimo, también debemos encontrar al muchacho que aparecía en el video que recibí. Tengo que saber cómo le convencieron para que accediera a este intento de engaño haciéndome pensar que era mi difunto hijo James. De igual forma tengo que saber cómo diablos consiguieron información tan personal y privada como la que aparecía relatada en el mensaje de video.

Todos asintieron. Ella tenía razón. Necesitaban un plan de actuación, sopesar todas las opciones y conseguir armas para poder defenderse.

De repente Sarah se sintió muy abrumada por todo aquello. Hasta ese momento todo era como un relato de investigación de Sherlock Holmes o Poirot pero en el instante en que la posibilidad de portar armas de fuego y tener que usarlas si se diera el caso se convirtió en algo real, comenzó a sentir algo de vértigo. No estaba preparada para aquello.

Claire se dio cuenta de que algo andaba mal con Sarah. Aunque hiciera cinco años que no se veían, recordaba su forma de ser. Estas últimas horas junto a ella lograron reavivar los recuerdos que vagamente conservaba de aquel tiempo en que coincidieron en el vecindario. Recordó a aquella muchacha joven y delicada que prefirió dedicarse a las letras antes que a la medicina como el resto de su familia. Supo entonces que todo aquello iba a superar a su antigua vecina. Mientras Ted y Nate conversaban sobre qué medidas podrían adoptar para que todo saliera bien, Claire se acercó a Sarah y, posándole la mano sobre su hombro, le habló casi al oído

para que nadie más la oyese.

—No estás obligada a venir.

Sarah abrió los ojos sorprendida ante las palabras de Claire. Claramente era demasiado evidente que le daba un poco de miedo el rumbo que había tomado todo.

—No te preocupes, muchas gracias. Únicamente no esperaba que esto tomara este cariz tan... arriesgado.

—Si en algún momento consideras que necesitas abandonar el barco, simplemente hazlo. Siempre te estaré agradecida por ayudarnos en este asunto que poco tiene que ver contigo en el plano personal.

—No tienes por qué estarlo. Recuerda que intenté salvar a tu hijo cuando todo ocurrió. Quizá no lo creas, pero lo sucedido aquel día condicionó mucho mis decisiones futuras. Como dices, este asunto no es nada personal, pero siento que puedo terminar algo que comencé entonces, cuando no pude ayudarte a conservar a tu hijo. Sin embargo ahora puedo serte útil para que esclarezcas este embrollo del falso James, sin olvidar que Carlos Guerrero, al que también atendí ese día y que tiene un vínculo aparentemente muy personal con Nate, está secuestrado por una suerte de secta que ha matado a los padres de este chico —señaló a Ted—. Tengo que hacerlo, pero de todas formas gracias por preocuparte.

Claire apretó sus dedos sobre el hombro de Sarah y acto seguido se volvió al resto. Estaba pensativa, como valorando lo que iba a decir a continuación. Cerró los ojos y recordó secuencias de su vida que habían permanecido enterradas en lo más profundo de su ser. Si quería que toda aquella empresa terminara con un triunfo, debía recuperar esa parte de sí misma que había permanecido oculta hasta para ella misma. Asumiendo que no tenía otro remedio que volver a bajar a las cloacas, se dirigió al grupo.

—Está bien. Tenemos el coche de Ted. Conozco gente aquí en Greek Hill que podría conseguirme algún tipo de arma. No puedo garantizar nada pero tengo que intentarlo —durante una milésima de segundo su mirada se perdió en el infinito, a épocas pasadas—. Saldremos a media noche. Hasta entonces id por vuestras cosas, preparad lo que vayáis a necesitar para el viaje y descansad un poco antes de partir. Nos vemos aquí mismo dentro de tres horas —miró a Sarah y le guiñó un ojo recordándole la conversación anterior.

Todos escucharon atentamente a Claire. Sin duda alguna, la madurez y el sentido común de una persona con tanto mundo recorrido como ella era crucial a la hora de planificar para que las cosas salieran bien. Nadie se atrevió a rechistar su decisión y acto seguido cada uno se despidió del resto y se marchó al lugar donde tenían sus pertenencias.

Ted acordó traer su coche a la puerta del hotel de Sarah tras pasar a recoger a Nate. Claire llegaría por su propio pie.

Tras pensarlo mucho y tan solo veinte minutos después de abandonar la cafetería del hotel, ya había llegado a su destino. Hacía bastante tiempo que no visitaba aquel lugar, aunque a ella le pareció muy poco. No había vuelto a estar allí desde el momento en que decidió formar una familia y conoció a Peter, gracias al cual, logró subir peldaños en la escala social a un ritmo vertiginoso debido a su trabajo y poder adquisitivo. Poco tiempo después adoptaron a James.

Permaneció dentro del coche mientras intentaba respirar profundamente. Sentía una fuerte presión en el pecho cuando comenzó a revivir en su mente los días de su niñez. Ese tiempo cuando su rutina era obedecer sin tener opción a discutir cuando tenía que hacer algún trabajo *especial*, según las órdenes de su madre. Agarró la llave de contacto que aún permanecía en su sitio y sintió una necesidad irrefrenable de arrancar y volver sobre sus pasos al recordar la voz autoritaria de su progenitora. Pudo contenerse y separar sus dedos de la llave al pensar en lo importante que era superar aquel trance para alcanzar su meta y rescatar a Carlos.

No se encontraba en Greek Hill como le dijo a sus compañeros, sino en una zona pantanosa a unos veinte kilómetros de distancia del pueblo. La sensación de humedad al bajar el cristal del auto fue la de siempre. Era un aire húmedo, pesado y sucio. El silencio seguía formando parte del paisaje y solo las luces de las caravanas unos metros más adelante rompían la armonía del reflejo de la luna sobre algunos pequeños estanques que se formaban en aquella época del año y que parecía que nunca se secaban del todo. El camino desde su coche hasta las tres caravanas del fondo era serpenteante entre charcos de agua.

Sus padres siempre prefirieron vivir alejados de los núcleos urbanos y se dedicaron durante mucho tiempo a viajar en su caravana de un sitio a otro como nómadas. Pasado un tiempo y cuando Claire hubo cumplido los ocho años, decidieron asentarse en aquel paraje que, si bien no reunía las mejores condiciones de salubridad, sí que al menos tenía un entorno natural de lo más bello. En el tiempo en que vivió allí, solamente había una caravana: la suya. Pasados los años y con tres caravanas frente a ella, Claire pensó que el *negocio* familiar había prosperado y que ahora, además de sus padres, también vivían allí más personas. Sabía que sus tacones no eran el calzado apropiado para ese terreno, pero cuando comenzó el día, lo último que pensó era que acabaría volviendo a ese lugar.

Volvió a subir las ventanillas y salió del automóvil. Se alisó el vestido e irguió la cabeza. Debía mostrar orgullo y seguridad en sí misma y por supuesto hacer saber que la vida le había tratado bien y que su decisión de abandonar ese pozo de podredumbre fue lo más acertado.

Paso a paso fue acercándose a las caravanas mientras en su cabeza seguía sonando la voz de su madre. Se dirigió a la que estaba situada más a la izquierda que

a su vez era en la que vivió durante toda su vida. La reconoció al instante. Sabía que las otras dos estaban ocupadas, ya que podían verse luces tras las ventanas, así como las sombras de un apasionado y salvaje coito que se reflejaba tras el cristal. El sonido de esas dos personas mientras mezclaban sus cuerpos y sus fluidos hizo que Claire tuviera de nuevo muchas dificultades para respirar.

Cuando no pudo más, se vio obligada a dejar de caminar. Se apoyó en un árbol y agarrándose el pecho comenzó a temblar levemente.

Según sus cálculos, su madre debía tener unos sesenta y cinco años. Seguía allí y ella lo sabía. Periódicamente enviaba a alguien, previo pago, para que se acercara a ese lugar y le informara sobre si ella se encontraba bien o si por el contrario necesitaba algún tipo de ayuda.

A pesar de someterla al infierno en el que estuvo obligada a vivir, Claire sentía la necesidad de saber cuál era el estado de su madre a la que no guardaba rencor por nada de lo ocurrido. Se enamoró del hombre equivocado y, cegada por el amor, accedió a todo lo que él le pedía incluso a prostituirse en aquella desvencijada y ruinosa caravana.

Claire recordó estremecida el día en que ese hombre, que no era su padre biológico, decidió satisfacer también a los desgraciados que deseaban carne más joven e inmaculada, incluyéndola de ese modo a ella en el negocio.

Su madre jamás se opuso a esa decisión, aunque a veces la oía llorar tras unos árboles del pantano en momentos puntuales en los que se daba cuenta de la clase de madre que era. Nunca se enfrentó al hombre del que estaba enamorada, consintiendo así que su hija se adentrara en ese oscuro mundo, despojándola a sus trece años del más grande tesoro que tiene una persona, que es la infancia.

Sin darse cuenta, y aún apoyada en el árbol, Claire lloraba como el primer día en que tuvo que obedecer a su padre. Se enorgulleció de haber tomado la decisión de abandonar todo aquello en cuanto fue mayor de edad según el estado de Mississippi, con veintiún años de edad.

Anteriormente, y durante ocho interminables años soportó en su cuerpo el más abrasador de los infiernos. Ocho años en los que la idea de vengarse del hombre que la obligaba a todo eso paseó por su mente en más de una ocasión, pero jamás tuvo el valor necesario para hacerlo. Fueron muchas las ocasiones en las que, ya con el machete en la mano y dispuesta a acabar con la vida de aquel tipo, algo hacía que se detuviera frente a la cama del susodicho. Le tenía a su entera disposición, a su merced, pero aun así jamás pudo bajar sus brazos sosteniendo el machete con la misma energía y convicción con las que lo levantaba. Ella no era así y aquella no era su condición. No era capaz de matar a nadie y por eso decidió marcharse y salvar así también su alma además de su propio cuerpo. A veces se culpaba por haber huido, puesto que con su acción dejó atrás a su madre con ese salvaje, pero saber que ella había consentido todo por lo que había pasado hacía que cualquier sentimiento de culpa desapareciese al instante.

Por supuesto, desde que comenzó su nueva vida, alejada de todo aquello, Claire se encargó de que absolutamente nadie conociera jamás ningún aspecto sobre su pasado. Ni James, ni su entonces marido Peter, eran conocedores de esa etapa de su vida. Enterró en lo más profundo de su alma todo lo que le ocurrió en esos pantanos, y renació como una nueva mujer. Nadie la buscó ni la reclamó jamás y ella siguió su camino. Ahora, más de dos décadas después, allí estaba, a punto de llamar a la puerta del lugar en el que su madre seguía viviendo para pedirle ayuda.

Cuando hubo recuperado el ritmo en su respiración, se irguió de nuevo y continuó caminando. La caravana al completo seguía siendo exactamente igual que años atrás. La puerta aún conservaba los tres agujeros de balas que provocaron una gigantesca disputa que surgió allí cuando un cliente quería que se le devolviera el dinero porque la madre de Claire se había negado a dejarse hacer una lluvia dorada. El cliente sacó una recortada y disparó contra la puerta antes de que el padre de Claire llegara por detrás y golpeará al hombre en la cabeza y lo dejara inconsciente. Nadie sacó el tema y Claire jamás supo qué fue de aquel hombre, si vivió o si murió. Esos balazos en la puerta le confirmaban que en ese lugar todo seguía igual que antes.

Levantó los dedos y tras apretar fuertemente el puño, llamó a la puerta con unos toques suaves pero con firmeza. En lo más profundo, deseaba que nadie abriera. Se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que no le importaría que alguien desconocido abriera la puerta y le dijera que su madre había muerto. Súbitamente supo que si se diera esa situación, no le dolería en absoluto. Pero ella estaba allí. Lo sabía. La sombra de alguien se deslizó tras la puerta como si levitara, lo cual le indicó que efectivamente se encontraba allí. No recordaba que su madre fuera de tan baja estatura pero lo achacó al tiempo que hacía que no la veía. Respiró profundamente preparada para todo.

La puerta se abrió y ante ella apareció alguien a quien Claire no lograba reconocer. Una silla de ruedas mohosa y ruidosa sostenía el cuerpo de una persona que si no fuera por el hecho de que acababa de abrir la puerta, podría pensarse que estaba completamente muerta. Su aspecto era más el de un cadáver que el de una persona con vida. La piel tenía un tono oscuro pero ausente de vida, los huesos se le marcaban en cada zona del cuerpo, sus piernas eran delgadas y estaban completamente retorcidas y tenía los ojos casi blancos por algún tipo de enfermedad ocular. Esa persona era la viva imagen del abandono y la soledad.

El olor a excrementos, pis y comida podrida llegó a la nariz de Claire como una bofetada e instintivamente se tapó la nariz. Aquella persona no era su madre, ni mucho menos. De hecho se trataba de un hombre, pero no tenía ni la más remota idea de quién podría ser. Durante lo que pareció una eternidad, realmente fueron unos cuantos segundos, Claire reconoció en la frente de aquella persona una mancha con forma de letra v que iba de ceja a ceja. La sangre se le heló al reconocer a su padrastro. Esa mancha la atemorizó durante mucho tiempo ya que se le marcaba mucho cuando se enfadaba con ella y fruncía el ceño. Cuando ese hombre se

enfadaba, la expresión de su cara le recordaba a las películas de Drácula.

El hombre levantó la vista y la miró. Unos segundos después, la reconoció.

—¿Claire? —no con poca dificultad habló mientras la baba le caía sobre su sucio pantalón.

Ella no pudo contestarle. Solo le miró y sus ojos se empañaron cada vez más. Esa voz, esa mirada, esa silla de ruedas, nada tenía que ver con la persona que arruinó su vida, y durante una décima de segundo, sintió pena por él. Automáticamente, y como ocurría siempre, los recuerdos volvieron y la compasión desapareció.

—Sí. Soy yo. Venía a ver a mi madre —las dudas se agolpaban en su cabeza. El hombre abrió los ojos más de lo cabría esperar para una persona en su estado, y comenzando a llorar le dijo.

—Tu madre... no está —el hombre miró fijamente a los ojos de Claire—. Murió hace tiempo... hace muchos años...

Por un instante valoró la opción de hacer caso a Claire y abandonar esa especie de aventura peligrosa que había surgido casi de la nada. Lo que empezó con una simple petición de ayuda de un joven escritor llamado Nate, había desembocado en la intención de viajar a otro estado, a un lugar que ni siquiera aparecía en el mapa, y con la posibilidad de defenderse con armas de fuego si se daba la situación. Ya no se trataba de saber dónde estaba Carlos Guerrero, ahora el objetivo era rescatarle de un grupo de personas que le tenían secuestrado y que habían asesinado a la familia de un joven japonés que deseaba venganza. Pensó en la pequeña caja que había en el banco, en los documentos que Ted les mostró, en la extraña relación que parecía existir entre Nate y Carlos, en el falso James. Todo se había vuelto muy arriesgado y confuso de la noche a la mañana y no estaba segura de querer seguir en ese asunto. Aun así, se encontraba preparando el bolso con lo que fuera a necesitar para el viaje. Mientras lo hacía, su teléfono móvil sonó. Era Nate.

—Hola Sarah. Ya lo tengo todo preparado. ¿Te parece bien si voy a tu hotel y esperamos juntos a Ted y a Claire?

A Sarah le encantó la idea de tener un rato más a solas con Nate antes de partir hacia Louisiana.

—Aún faltan dos horas para que vengan, pero claro que sí. Yo no me moveré de aquí.

—Muy bien. Entonces en veinte minutos me tienes allí.

—Nate, ten mucho cuidado. Si es cierto todo lo que Ted nos ha contado, esos tipos parece que también van a por ti. Ten mucha cautela.

—Ya he pensado en ello. No he llegado hasta aquí para caer ahora. Tengo algo de miedo porque no sé exactamente qué es lo que quieren de mí, pero no te preocupes, soy un hueso duro de roer —ambos sonrieron.

Tras colgar la llamada, Sarah sonrió a la nada. Ella ya sabía lo que estaba ocurriendo y fue en ese momento cuando se dio cuenta de por qué seguía metida en todo eso. El motivo no era otro que Nate. Le aterró darse cuenta de que quizá estaba acercándose más de lo recomendable a él sentimentalmente hablando, pero lo que estaba sintiendo era lo más agradable que había sentido nunca desde que se enamoró de aquel chico mientras cursaba su último año de instituto, aunque con la principal diferencia de que el bueno de Jason acabó por salir del armario destrozándole el corazón a ella. Nate no parecía que fuese por la misma dirección, aunque nunca se sabía.

Mientras esperaba la llegada del escritor, se decidió a recopilar toda la información que habían recabado hasta el momento sobre todo aquel asunto. Esperaba ponerlo todo en orden para tener todas las ideas lo más claras posible. Sabía que su punto fuerte no era la fuerza física y que su actitud no era la de alguien que

dispararía un arma o afrontara un peligro de forma resuelta, es más, era consciente de que tendía a acobardarse si la situación se ponía más peligrosa de lo que ella pudiera manejar. Pero era conocedora de que en el plano intelectual y en cuestiones de lógica, era la número uno. De ese modo, decidió que ordenar las ideas y aspectos de las historias de cada uno de ellos, era la mejor manera de ayudarles a conseguir sus objetivos. Estaba dispuesta a analizar todo lo ocurrido para que la sensación de confusión desapareciera y poder ver así las cosas de forma más clara y concisa. Cogió papel y lápiz y se dispuso a escribir.

Por un lado está Nate. Su hermano Stefan murió cuando ambos tenían quince años. Eran gemelos. Ahora Nate busca a Carlos Guerrero porque dice que en sueños puede oír a su hermano Stefan hablándole y guiándole hasta él. Nate piensa que Carlos sabe algo sobre Stefan y sus misteriosos mensajes, y por ese motivo necesita encontrarle, salvarle y hablar con él.

Por otro lado está Claire Peterson. Antigua vecina de Sarah y con la que compartió muchos momentos en el vecindario. Perdió a su hijo cuando Carlos le atropelló mientras viajaba en coche con su novia. Claire logró encarcelar a Carlos y gracias a sus influencias consiguió que se le impusiera la pena capital. Cinco años después, le sacó de prisión siguiendo las órdenes y el chantaje de un tipo llamado Patrick, líder de una especie de secta llamada Orden del Advenimiento de Luz, de la que nadie sabe nada por ahora, y que dice tener en su poder a su fallecido hijo James.

La cuestión está en que es totalmente imposible que el chico sea quien dice ser, y Claire se da cuenta de que ha sido engañada por Patrick. Consiguió escapar junto a Carlos de los lacayos de Patrick, pero finalmente fueron encontrados en un hostel en Meridian, momento en el que Carlos fue secuestrado. Ahora colabora mano a mano con Sarah, Nate y Ted para encontrar a quien accidentalmente atropelló a su hijo y enmendar así todos los errores que ha cometido. Claire tiene la necesidad de salvar a Carlos, pues así podrá perdonarse a sí misma el abuso de poder que ejerció sobre él durante el juicio, además de devolverle el favor de cuando se preocupó por ella y le salvó la vida al huir de la casa de campo.

Finalmente, Sarah se dispuso a ordenar y anotar todo lo que Ted les había contado. Se dio cuenta de la terrible historia que cargaba a sus espaldas este chico cuyo mundo hasta hacía bien poco se resumía en ver anime, jugar a videojuegos y conocer a personas por internet.

Su padre vivió durante mucho tiempo una doble vida. Por un lado, en su casa con su mujer y su hijo, y por otro, infiltrado en una organización religiosa a la que llegó mientras realizaba una exhaustiva investigación sobre el paradero de su desaparecida amiga Simone. Decidió no contar nada del asunto a su familia cuando fue consciente de la realidad que existía dentro de esta organización. Este grupo es el que dirige Patrick, la Orden del Advenimiento de Luz. No se sabe aún a qué se dedican realmente, pero lo cierto es que el padre de Ted logró hacerse con unos documentos en los que se ponía de manifiesto las intenciones de este colectivo de secuestrar a tres

chicos y la posibilidad de hacer algún tipo de experimento con ellos. No sabía qué tenía eso que ver con Simone, pero decidió guardarlo todo en un sitio seguro para poder usarlo todo en su contra cuando tuviera oportunidad. Además de dossieres con información, también se hizo con una extraña caja, la cual Ted no ha sido capaz de abrir hasta ahora. Parece que tiene un sistema de apertura que aún no ha logrado descifrar.

Esta organización no dudó en ningún momento en actuar de la forma más violenta posible para poder recuperar los documentos que Ryû, el padre de Ted, extrajo. Una noche, se dirigieron a su casa y abrieron fuego contra Ted y su familia. Afortunadamente el joven pudo escapar y siguiendo las últimas indicaciones de su padre, logró localizar en la caja fuerte de un banco la información que este escondía. Ted supo que la organización pretendía secuestrar a Nate de la misma forma que habían hecho ya con Carlos, como descubrió al conocer el relato de Claire.

Tras investigar un poco, localizó a Nate en Greek Hill, lugar al que se dirigió para continuar con la voluntad de su padre que no era otra que proteger a estos chicos de los planes de la organización, encontrar a Simone, si es que aún seguía con vida, y destapar sus actividades de cara a la opinión pública.

Ahora, y gracias a un amigo *hacker* de Nate, saben en qué lugar está secuestrado Carlos, o al menos supuestamente. Han logrado averiguarlo rastreando el residuo de información en la señal de un dispositivo GPS que le inyectaron al salir de prisión y gracias al cual consiguieron localizarle cuando escapó a Meridian junto a Claire. Carlos se encuentra, o eso marca las coordenadas, en el estado de Louisiana.

Únicamente les quedaba prepararse para el viaje, ya que según las propias palabras de Ted, esos hombres eran muy violentos y si los encontraban allí y la cosa se ponía fea, sería necesario que fuesen preparados para enfrentarse a ellos. Aparentemente, de eso se encargaba Claire, así que el resto quedaron en verse en el hotel pasadas unas horas.

Cuando terminó de escribir todo lo ocurrido y de poner orden a cada relato, Sarah lo leyó varias veces antes de llegar a una conclusión. No quería estar envuelta en todo aquello. Debía hacer caso a Claire y abandonar el barco ahora que estaba a tiempo. Sabía que no continuar era lo más acertado, tanto para ella como para su carrera. No entraba en sus planes verse mezclada en una misión de rescate, ni contemplar la opción de usar armas contra personas que unos días antes asesinaron a casi una familia al completo para recuperar cierta información que bien poco tenía que ver con ella.

Mientras luchaba consigo misma, un sonido seco contra la puerta le hizo pausar esa pelea interna. Soltó el bolígrafo y se peinó rápidamente el pelo con sus dedos, cogiéndose una coleta. Aunque estuviera en plena crisis personal, debía estar presentable para Nate. Llegaba con diez minutos de retraso y ella ni se había dado cuenta debido al rato que pasó escribiendo. Decidida, abrió la puerta dibujando de nuevo la más amplia de las sonrisas en su rostro.

—Vaya, eres como yo, la puntualidad no es tu punto fuer... —dijo mientras abría la puerta con voz jovial.

Cuando Sarah se dio cuenta de que no era Nate quien estaba al otro lado, enmudeció y apenas reaccionó cuando el hombre la apartó con violencia a un lado dando un golpe con la puerta contra la pared. Sarah, instintivamente, se dirigió a la mesilla de noche para coger su teléfono, pero el hombre la asió por los pelos y la arrojó a la cama con violencia. Luego cerró la puerta de un fuerte portazo. Ella se volvió sobre sí misma y miró directamente a los ojos a aquella persona que había irrumpido en su habitación de aquella forma tan violenta.

—¿Quién eres? —su voz temblaba tanto como sus manos.

Aquel hombre la ignoró. Únicamente le dirigía miradas amenazantes cada vez que intentaba levantarse de la cama. Miraba de un lado a otro como si buscara algo o alguien, hasta que finalmente se decidió por dirigirse a la atemorizada muchacha.

—¿Dónde está?!

—No sé a qué te refieres. ¿A quién buscas?

—Deberías estar acompañada. En esta habitación debería haber alguien contigo.

Inmediatamente Sarah supo que se refería a Nate. De algún modo, esa persona supo que Nate había quedado con ella en la habitación del hotel. Lo que no podía entender era cómo pudieron saberlo y la rapidez con la que se había presentado esa persona allí. Debieron pincharle el teléfono o algo parecido. Era obvio que, como avisó Ted, su intención era secuestrar a Nate tal y como hicieron con Carlos, pero ¿por qué no fueron directamente al lugar donde se alojaba el escritor?

—Aquí no hay nadie. ¿Quién eres? —Sarah observó en la solapa de aquel tipo el mismo símbolo que Claire describió cuando les contó su vivencia junto a Carlos. En esta ocasión se encontraba bordado sobre la tela, no tatuado como el camarero de aquella ocasión.

—No importa. Imagino que llegará pronto. Esperaré...

Inmediatamente después de decir eso, volvieron a llamar a la puerta. Sarah cogió aire para gritar con todas sus fuerzas pero el hombre se dio cuenta de sus intenciones y se abalanzó sobre ella tapándole la boca.

—Más te vale no gritar ni decir nada fuera de lugar.

Sacó de su bolsillo derecho una navaja mientras que con su mano izquierda sostenía la cabeza de Sarah tapándole la boca. Dirigió la afilada hoja al cuello de la joven, que temblaba y sollozaba. La tensión del momento hizo que su arteria aorta estuviera más hinchada de lo normal. Los latidos de su corazón provocaban un palpito que facilitaba la tarea de su agresor si se decidía a darle una estocada fatal. Sarah decidió rendirse y optó por no moverse. El hombre le dijo al oído.

—Vas a quedarte muy calladita y vas a abrir la puerta como si nada ocurriera. Si se te ocurre hacer un movimiento sospechoso, te mato aquí mismo y dejo esta habitación como un matadero.

Ella asintió mientras el hombre le fue separando lentamente la mano de la boca.

Su respiración era agitada y tenía la boca seca. De nuevo, los nudillos sonaron sobre la puerta. Se oyó una voz tras de ella.

—Sarah, ábreme. Soy yo, Nate.

Lentamente y con el hombre a su espalda, Sarah se aproximó a la entrada de la habitación. Agarró el pomo mientras su agresor se escondía tras la puerta. Cuando la abrió, permaneció durante un breve instante callada mientras miraba a Nate, pero podía sentir cómo el otro hombre la señalaba con la punta de la navaja.

—Hola Sarah disculpa el retraso. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro... pasa.

Mientras entraba en la habitación, Nate la miró a los ojos y pudo sentir que algo raro pasaba con ella. Sarah cerró la puerta y en un arranque de valor gritó con todas sus fuerzas.

—¡Ten cuidado Nate! ¡Han venido a por ti!

Nate se giró asustado por el grito y vio que detrás de la puerta había un hombre que se dirigía rápidamente y con actitud agresiva hacia él. El individuo empujó a Sarah a un lado y la tiró al suelo, dándose un golpe contra el borde de la consola de la entrada y quedando inconsciente sobre el suelo mientras bajo ella se formaba un charco de sangre.

Nate, sorprendido ante la situación, apenas supo cómo reaccionar. El hombre fue hacia él con la navaja en alto, listo para apuñalarlo. Afortunadamente logró esquivar el golpe y tras eso, propinó un rodillazo en el estómago al individuo. El agresor se tiró al suelo dolorido y Nate se acercó a Sarah para ver si estaba bien. Le dio tiempo a tomarle el pulso y pudo comprobar que seguía con vida. El hombre le agarró por el cuello con las dos manos y lo levantó en el aire. La fuerza de aquella persona era increíble. Le apretaba cada vez con más intensidad y sentía que si no hacía algo rápido perdería también el conocimiento. Intentó respirar pero poco podía hacer. Sintió cómo la presión aumentaba dentro de su cabeza y cómo sus ojos se inyectaban en sangre en cuestión de segundos. Cuando estuvo a punto de tirar la toalla observó a Sarah tirada en el suelo, cada vez con más sangre alrededor de su cabeza. Preso de la furia, y en una maniobra desesperada, se agarró a las manos que le ahogaban y consiguió separarlas un poco, consiguiendo así algo de alivio para su garganta. Tensó cada músculo de su pierna derecha y cuando vio la oportunidad propinó con su talón un fortísimo golpe en la entrepierna de su agresor. Sintió que algo se rompía en esa zona. El hombre emitió un alarido que dejó ver el intenso dolor que estaba sintiendo y soltó a Nate mientras cayó retorciéndose del sufrimiento. Ambos en el suelo, uno con las manos en la garganta intentando respirar y el otro con las manos entre las piernas sintiendo cómo se rompía por dentro.

Poco a poco Nate logró acercarse de nuevo a Sarah. Cuando estuvo a su lado, le separó el pelo de la cara y la miró con desesperación. Todo lo que estaba ocurriendo era culpa suya por haberla involucrado en sus asuntos. Ella debería estar tranquilamente promocionando su libro y sin embargo ahí estaba, encharcada en su

propia sangre. Valoró si la opción de moverla era algo seguro o si por el contrario sería peligroso hacerlo después del tremendo golpe que había recibido en la cabeza. Decidió entonces coger su teléfono y llamar a la policía.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Mientras Nate marcaba el teléfono de urgencias, la voz de aquel hombre volvió a resonar en la habitación. Se había recuperado del golpe y volvió a arremeter contra Nate. «¿Cuánto aguante tiene este tipo?», pensó.

El joven escritor consiguió levantarse dispuesto a enfrentarse a aquella mole.

—Me han ordenado que te lleve con ellos y eso haré.

—¿Qué queréis de mí? ¿Qué habéis hecho con Carlos? —gritó a viva voz—. No estoy aquí para responder a tus preguntas. Solo he venido a llevarte con ellos.

—¿Por qué estabas aquí? Debiste buscarme a mi hotel si querías encontrarme. Era totalmente innecesario que hicieras daño a Sarah. ¡Maldito hijo de puta!

Tras decir esto, Nate cogió la lámpara de la mesilla de noche y la lanzó a su agresor. Con los ojos inyectados en sangre, pareció haber entrado en cólera y se abalanzó hacia el hombre en una actitud violenta que sorprendió al que venía a secuestrarlo. Le propinó un puñetazo en el lado izquierdo de la cara que hizo volar un diente con un reguero de sangre tras él. Cuando tuvo al hombre atontado frente a él, debido al golpe recibido, comenzó a darle patadas en el costado mientras no paraba de gritar.

—¡Le has hecho daño! ¡Ella no tiene nada que ver con esto!

Finalmente y después de recibir al menos seis patadas más, el hombre esperó a recibir el siguiente impacto tras lo cual agarró la pierna de Nate y la levantó haciendo que este cayera de espalda al suelo. Tras ejecutar una rápida llave de artes marciales le inmovilizó brazos y piernas, y una vez lo tuvo indefenso frente a él acercó su cara y le dijo.

—Ella no nos interesa para nada. Podría matarla ahora mismo sin que hubiera consecuencias. Sin embargo, nos ha sido muy útil para poder encontrarte. Fue una suerte que la llamaras. Sabíamos que una buena forma de que hicieras lo que te dijéramos sería si ella corría peligro, así que aprovechamos la situación y nos adelantamos a ti. Lo único que ha fallado es que he llegado antes que tú, pero bueno, bien está lo que bien acaba. ¿Verdad?

—¿Cómo sabías que iba a venir?

—Tenemos ojos en todos sitios Nate... y también oídos. ¿Crees que no sabemos que el «friki» del hijo de Ryû, el tal Ted, está aquí? Él piensa que juega por libre pero no es así. Simplemente, y sabiendo que tiene los papeles de su padre, no tuvimos problema alguno en deducir que vendría a por ti, así que decidimos esperar a que lo hiciera. Prácticamente nos ha ahorrado bastante tiempo y dinero en buscarte. Lo demás fue coser y cantar. Pinchamos las comunicaciones de cada una de las personas con las que ha hablado últimamente y supimos de ese modo que ibas a estar aquí. El resto, ya es historia.

Tras unos segundos en los que pareció que no transcurrió el tiempo, Nate terminó por rendirse y dejó de luchar contra la enorme fuerza de su agresor. No quedaba otra opción que entregarse si con eso salvaba la vida de Sarah.

—Me tienes que jurar que no harás daño a Sarah —dijo cansado y con dificultad.

—Como te he dicho, ella nos importa más bien poco. Eres tú quien debe venir con nosotros y todo habrá acabado.

—Tampoco les harás nada a Claire ni a Ted... que bastante han sufrido ya por vuestra culpa.

—Claire fue un medio para acceder a Carlos y sacarlo de prisión. Su cometido ya está cumplido. Sin embargo, eso de garantizarte la seguridad de Ted... lamento comunicarte que no puedo hacerlo. Él posee algo que necesitamos y que nos fue robado. Algo que lógicamente tenemos que recuperar, aunque todo a su tiempo. Siempre nos ha gustado la comida a domicilio, así que hemos pensado que contigo, con Carlos y con James en nuestro poder es muy probable que sea él mismo el que venga a nosotros con aquello que necesitamos.

—Si sabíais que íbamos a ir en busca de Carlos y James, ¿por qué has venido a por mí en vez de esperar a que nosotros fuéramos al lugar donde os escondéis?

—Es muy sencillo. Para cuando ellos lleguen, nosotros ya habremos acabado con los preparativos. Yo lo llamo aprovechar el tiempo.

—Eres un hijo de puta. Aunque me lleves contigo, no vais a conseguir lo que sea que estéis tramando. Ellos tienen más cojones y valentía de lo que tú jamás tendrás. Tú, que eres capaz de usar a una mujer como escudo para acatar lo que se te ha ordenado.

—Bueno. Hora de despedirse.

El hombre propinó un fuerte puñetazo a Nate en la parte izquierda de la cara que le hizo temblar hasta los cimientos. Antes de perder el conocimiento, pudo reconocer por última vez la figura de Sarah tumbada en el suelo manchada con su propia sangre. Después, la oscuridad y el silencio inundaron sus sentidos.

El mundo se le cayó encima a Claire, se dio cuenta de que la persona a la que había estado enviando previo pago para asegurarse de que su madre estaba bien, le había mentido descaradamente. Le había sacado el dinero de una forma ruin, y debido a ello, había estado viviendo una absoluta mentira. Al contrario de lo que ella había creído durante años, su madre estaba muerta. No estaba segura de querer saber siquiera las causas de la misma ni nada relacionado con ese asunto. Saber la verdad la llevaría al borde del precipicio de nuevo. El hombre continuó mirándola como si estuviera ante la aparición de un enviado de Dios. Las manos le temblaban, la boca se movía sola mientras hilos de saliva caían en un constante flujo sobre su ropa.

—Claire. Tu madre está muerta. Tienes que perdonarme... —aunque con dificultad, Claire comprendió perfectamente lo que el hombre decía.

La mujer, bajo ningún concepto, esperaba esas palabras del que fue su padrastro en tiempos pasados. Jamás consideró que aquella persona que tanto le hizo sufrir fuera capaz de pedirle disculpas. La vida debió de darle tantas lecciones y palos a ese hombre, que terminó afrontando de cara cada uno de los errores que había cometido en su vida, y cada uno de los abusos que había consentido a personas de las cuales estaba a cargo.

Aunque le estaba pidiendo perdón, Claire no conseguía asimilarlo. Solo pensaba en su madre y en cómo habría muerto. La duda la carcomía por dentro hasta tal punto que decidió apartarse unos metros del hombre, ya que únicamente tenía ganas de golpearle pese a su evidente maltrecho estado físico. Finalmente se atrevió a preguntar.

—¿Cómo murió?... —los ojos de ella rebosaban ira.

—La mataron. Mientras realizaba un servicio aquí mismo, un yonqui quiso que se drogara con él y ella lo rechazó... se puso violento y comenzó a golpearle... —paró de hablar para respirar profundamente—. Casi destroza la caravana... Yo, que estaba fuera fumándome un cigarrillo, escuché los ruidos y entré corriendo para ver qué pasaba y me lo encontré encima de ella con un machete lleno de sangre... —parecía que recordar el relato provocaba dolor en su interior.

—¿Murió asesinada? —Claire, horrorizada, sintió que iba a desplomarse de un momento a otro.

Sacó fuerzas de su interior tanto para no desfallecer como para no matar a la persona que tenía frente a ella. Él era el único culpable de todas las miserias por las que ambas tuvieron que pasar. Por su culpa su madre estaba muerta y únicamente él era el responsable de encontrarse en la situación de abandono en la que estaba en ese momento. El odio continuó creciendo dentro de ella. Acercó su cara a la de su padre y muy cerca del oído le dijo.

—Créeme que si no fuera porque necesito algo que tienes, no habría vuelto aquí

jamás, ni siquiera por ella. Pero lo que debes tener muy claro es que en algún momento vas a pagar todo el daño que has hecho —paró de hablar y le miró de los pies a la cabeza— aunque pensándolo bien, solo con mirarte ya puedo darme cuenta de que has empezado a pagar. Aun así, no te atrevas a dudar de que incluso tras la muerte, tu penitencia va a continuar.

El hombre comenzó a temblar de forma casi espasmódica. En sus ojos podía verse auténtico terror. Comenzó a llorar como un niño pequeño mientras balbuceaba palabras inconexas y sin sentido. Se frotaba la cara con ambas manos, extendiéndose las babas por todas partes. Lentamente, el pantalón marcó una zona oscura en su entrepierna. Comenzó a orinarse encima mientras continuaba con una letanía de palabras de las cuales Claire lograba comprender más bien pocas.

—Claire... ¿qué... has venido a... buscar?

—Sé que tienes armas. Recuerdo que tenías dos revólveres, aunque no recuerdo ni la marca ni ninguna de sus características. Espero que aún las tengas en tu poder. Necesito que me las des, y es algo imperativo.

—Debes perdonarme. Tienes que perdonarme por mis pecados.

Le agarró de la muñeca y comenzó a apretarle fuertemente. Con evidente desagrado, Claire comenzó a percibir el olor a saliva y el tacto de esta sobre su brazo. Los ojos de su padre se habían abierto mucho más que antes. Parecía que deseaba que oyera sus palabras con más atención de lo que lo había hecho hasta ahora.

—Si quieres mis armas... tendrás que hacer lo que yo diga —balbuceó. Esa frase retumbó en la mente de Claire y la transportó al momento en que ella por primera vez se negó a acostarse con un hombre a cambio de dinero. En aquella ocasión su padre se le acercó y le agarró de la muñeca y le dijo con los ojos abiertos: «tendrás que hacer lo que yo diga». Instintivamente se zafó de la apestosa mano de su padre y le cogió del cuello. Inesperadamente el hombre rio.

—Jejeje... así me gusta —le costaba respirar—. Vas por buen camino... Mis dos nenas están guardadas en esta caravana. En la parte izquierda del mueble de la cocina hay una pequeña caja de cartón con las dos armas en su interior. Hace tiempo que no son de mi propiedad, aunque siga guardándolas aquí. Lo único que me queda hoy en día es esta silla de ruedas.

—¿Qué me impide ir a por ellas y no hacer así lo que tú digas?

De nuevo el hombre la miró fijamente. Parecía no importarle que Claire le estuviera apretando el cuello. Daba la impresión de que manejaba la situación por completo.

—Créeme que en el momento en que te diga qué es lo que quiero que hagas, no dudarás ni un solo momento en hacerlo.

—¿De qué coño me hablas? —dijo ella confusa.

Claire soltó el cuello de su padre dejándole respirar y optó por oír lo que tuviera que decirle. Se apartó un poco y le observó con mirada desconfiada pero a la vez expectante.

—Después de matar a tu madre, ese hombre desapareció por completo y nunca más supe de él. Yo me marché de este lugar buscando otros aires e intentando olvidar todo lo ocurrido. Dos años más tarde, cuando ya había superado la pérdida de mi esposa, decidí volver de nuevo al negocio e instalarme otra vez aquí.

—Hay que ser muy hijo de puta para decirme en la cara que te costó dos años superar la muerte de mi madre. ¿Acaso algún día sabrás el infierno que vivimos por tu culpa? ¿Acaso llegaste a quererla alguna vez?

—Yo la quería... eso lo sé ahora... —paró de hablar para mirar al cielo. Aunque en ese lugar reinara la suciedad y putrefacción, mirar hacia arriba era siempre garantía de ver algo limpio y puro—. Como te he dicho, dos años después volví a este lugar y poco tiempo más tarde lo hizo también ese tipo, el asesino de tu madre. Llegó con dos caravanas y tres chicas jóvenes deseosas de ganar dinero fácil. No podía creerlo pero era él. Me dijo que aquel lugar le había dejado un buen recuerdo y que ahora estaba interesado en hacer un trato conmigo. Había abandonado el consumo de drogas y pretendía dedicarse a gestionar a las tres mujeres a las que prostituía. Me ofreció ampliar el negocio con sus chicas y las caravanas de ambos... y acepté.

Claire no podía creer lo que estaba oyendo. Pensaba que su padre no podía ser más mala persona y más enfermo de lo que concebía en su mente, pero acababa de darse cuenta de lo equivocada que estaba. Ni siquiera él podía ser capaz de eso.

—¿Te hiciste socio de la persona que asesinó a mi madre? ¿A tu mujer? —cerró sus puños y apretó fuerte— ¡Maldito cabrón!

En ese instante no le importó lo más mínimo ni la edad ni el estado físico de su padre. Le propinó un puñetazo con tal fuerza en el lado derecho de la cara, cerca del ojo, que casi le tira de la silla de ruedas. El hombre apenas pudo llevarse la mano al lugar del golpe. Sangraba en abundancia, pero poco o nada le importaba.

—Apenas me duele... Ya no me duele nada...

—No puede dolerte porque tú eres incapaz de sentir nada.

Claire jadeaba mientras intentaba reprimir sus deseos de romper a llorar. El dolor de su mano tras el golpe fue poco a poco disminuyendo. Su padre continuó hablando.

—Este hombre... tenía en ese entonces unos treinta años. Era mucho más joven que yo, mucho más fuerte y tenía bastante más mala leche que yo. No duró ni un mes en someterme a su voluntad y en hacerme su esclavo. Tuve que hacer todo lo que él decía y finalmente cuando enfermé y caí en esta silla de ruedas, me metió aquí, donde apenas me alimenta una vez al día. Como puedes ver, cualquier perro de la calle vive mejor que yo.

Poco a poco, la mente de Claire se fue despejando y súbitamente se dio cuenta de lo que verdaderamente significaban las palabras que acababa de decirle su padre. En esa otra caravana, seguramente se encontraba el responsable de la muerte de su madre. Quizá estuviera con alguna chica pasando el rato, o mirando mientras una de ellas se lo montaba con algún cliente desesperado.

—No me digas que... —agarró al hombre por los hombros de forma impulsiva.

—Sí. Sigue aquí. Vive ahí, en la caravana más alejada.

Ahora era Claire la que temblaba. Su única intención al ir allí fue pedirle a su madre las armas que sabía que su padre escondía. De nuevo, se vio sorprendida ante los giros del destino. Su padre continuó hablando.

—Soy un demonio. Admito todo el mal que provoqué en su día. Asumo cada sufrimiento que os hice pasar a ti y a tu madre... pero ahora soy yo el que está preso aquí. Estoy a merced del asesino de tu madre y solo deseo una cosa...

—No me lo puedo creer... es imposible que esto esté ocurriendo.

—Ya sabes qué es lo que quiero que hagas. Yo estoy impedido en esta silla. Quiero que cojas los dos revólveres de la cocina y mates a ese mal nacido. Después de eso serás libre de hacer lo que te plazca.

La mente de Claire era un hervidero de ideas e intenciones. Deseaba matar a ese tipo, deseaba matar a su padre, deseaba darse la vuelta y salir huyendo. Deseó no haber salido a pasear con James aquella mañana de hacía cinco años.

—Vamos Claire —su padre retomó la palabra—. Nadie sabrá lo ocurrido. Nadie le echará de menos y jamás se sabrá lo que has hecho. Es tu oportunidad de hacer justicia. La que siempre has querido para ella.

—No es eso precisamente lo que yo esperaba hacer. La vida es tan... caprichosa.

Claire sonrió. Le apeteció hacerlo. Sintió dentro de su cabeza un pinchazo y fue consciente en ese preciso instante de que todo había cambiado. Notó un *clic* en su interior y comprendió lo que estaba pasando. Lentamente, se apartó de la silla de ruedas y entró en la caravana. Todo estaba desordenado, con cajas de cartón amontonadas encima de cada mueble. Las moscas dominaban el lugar debido al festín de comida podrida en platos y vasos sucios desde hacía semanas. Con asco, pero con más determinación que nunca, consiguió llegar a la cocina esquivando manchas en el suelo sobre las cuales ni siquiera se atrevía a preguntarse cuál era su origen. Cuando supo a qué mueble se estaba refiriendo su padrastro al explicarle dónde se encontraban las dos pistolas, decidió acercarse a él y abrirlo cuanto antes para poder salir rápido de aquella pocilga. No tuvo ningún problema para encontrar la caja en cuestión. La sacó y la posó sobre la mesa de madera junto al mueble, la cual estaba bastante roída por las termitas. Abrió la caja y, efectivamente, envueltas en un pequeño trapo de cocina, estaban las armas, una Colt Anaconda del calibre 44 con seis balas en el tambor, y una Taurus Raging Bull modelo 444 también del calibre 44, con otras seis balas en el tambor. Su aspecto no daba mucha confianza ya que estaban sucias y tenían manchadas las culatas y también los cañones de algo que parecía ser sangre seca. Por un momento, Claire se paró a pensar en la historia que debían tener esos pedazos de metal y plástico. Una historia que acabaría sin lugar a dudas con el uso que ella pretendía darle, ya que después de eso estaba decidida a borrarlas del mapa. Encontró también dos cartuchos con seis balas más para cada una de las armas, las cuales guardó en sus bolsillos.

Ya nada la retenía allí, así que pensó que era hora de salir y continuar.

Asombrosamente, no estaba asustada en lo más mínimo, al ser consciente de la idea que rondaba por su cabeza. Su padre la miró al verla salir de la caravana con una de las pistolas en la mano.

—Pensaba que había dos —la miró mientras hablaba.

—Dices que vive ahí. ¿Crees que está dentro en este momento? —ni siquiera miró a su padre mientras le hacía la pregunta.

—Sin lugar a dudas. Está dentro de su caravana. No sé si estará solo o acompañado pero estoy seguro de que está ahí. Ni siquiera te ha oído llegar ni nos ha escuchado mientras hablábamos, así que está borracho o follándose a alguna de sus putas.

Claire no le contestó, simplemente retomó su camino y se dirigió a la caravana. Observó el entorno, y de nuevo el cantar de los grillos y el murmullo del viento entre los árboles hicieron que pareciese que volvía a vivir allí. La voz de su madre vibró más que nunca en sus oídos e incluso llegó a sentir que la llamaba desde algún lugar. Caminó sin prisas hacia la caravana más alejada como le había indicado su padre. Mientras lo hacía, tuvo que pasar junto a la caravana que estaba en medio de las tres y, de nuevo, observó las sombras de dos personas en pleno acto sexual con sus correspondientes gemidos. A Claire, el sexo siempre se le antojó algo sucio. Hasta que no conoció a Peter, no supo lo que era verdaderamente hacer el amor.

Esos gemidos que venían de la caravana del centro volvieron a traerle el concepto de suciedad y salvajismo del que tantos años huyó. Sus pisadas en el fango sonaron más fuertes que antes puesto que ya no se molestaba en disimular su presencia allí. Se detuvo y optó por quitarse el calzado y sostenerlo con las manos. No le importaba que sonaran sus pisadas pero descalza estaba más cómoda, y si tenía que salir corriendo de allí era la mejor opción. Unos segundos después se encontró frente a la puerta de la tercera caravana. Aguzó el oído pero no pudo oír nada proveniente de su interior. No se veían luces encendidas ni había indicios de actividad dentro de la estancia. Ya no le temblaban las piernas como antes, al contrario, estaba armada de valor, y haciendo gala de este, acercó firme su mano al pomo de la puerta. Sin problema alguno consiguió abrirla tras un chirrido que no hizo más que delatar su presencia allí.

Desde la lejanía, su padre observaba con ojos de búho. Realmente deseaba que ella lo hiciera y contaba con ello para poder huir de allí. Deseaba expiar sus pecados y poder hacer algo bueno en cuanto pudiera salir de ese agujero. Todas sus esperanzas estaban puestas en Claire. Era muy consciente de que jamás obtendría el perdón de su hijastra, pero al menos debía intentar salir de allí y para ello era necesario que ella acabara con aquel tirano.

Mientras cerraba lentamente la puerta tras de sí, Claire se dio cuenta de que no estaba sola. Podía sentir la presencia de alguien más en aquel lugar. Paso a paso fue adentrándose en la caravana pasando por una cocina más bien ordenada junto a un baño que, si bien no estaba del todo limpio, era cierto que no olía del todo mal. Al

final, donde se encontraba la cama, yacía un hombre corpulento, alto y a medio vestir, sumido en un profundo sueño. Sostenía en su mano izquierda una botella de *whisky* y en la otra la colilla apagada de un porro. Respiraba de forma muy sonora y profunda. No llevaba pantalones y la camisa estaba abierta mostrando una panza peluda y deforme con un tatuaje de Jesucristo coronado en el lado izquierdo bajo el pecho. La visión se tornó más desagradable aun cuando Claire observó que junto a él, en la mesilla de noche, había tres condones usados y los restos de una papelina.

—Así que has dejado las drogas...

La ira comenzó a inundar el cuerpo y la mente de Claire. Aquel despojo humano era el responsable de la muerte de su madre y aun así, ahí estaba, durmiendo profundamente mientras seguía prostituyendo a chicas y sabe Dios si matando a más gente.

Sacó el arma de su bolsillo y apuntó a la cabeza del hombre. Ni siquiera sabía su nombre. Acercó el dedo al gatillo mientras, ahora sí, le temblaban las manos. Deseaba hacerlo, apretar y hacer justicia, pero pasaron treinta segundos y aún no lo hacía. Una lágrima comenzó a caer por su mejilla cuando recordó su infancia junto a su madre. De repente el peso de la culpa cayó sobre ella cuando se dio cuenta de que también era responsabilidad suya el que su madre estuviera muerta. Si hubiera aparcado por un momento el rencor y hubiera vuelto a por ella cuando tuvo la oportunidad, nada de eso habría ocurrido. Ese hombre que dormía en la cama la mató, pero fue ella la que jamás la sacó de ese infierno, lo que provocó que conociera a aquel desgraciado. La pena la ahogaba y a punto estuvo de romper a llorar pero logró detenerse y tragar el llanto. Lo tenía a tiro y sabía que acertaría en la cabeza si apretaba el gatillo, sin embargo, ella necesitaba hacerlo de forma diferente. Sin pensarlo dos veces le dio una patada en la pierna izquierda, que le colgaba por el lado de la cama.

—¡Eh tú! ¡Despierta! —dijo sin dejar de apuntar firmemente.

El hombre, desconcertado, giró la cabeza hacia Claire y cuando se percató de que había alguien apuntándole con un arma, dio un salto hacia atrás y como pudo se sentó en la cama.

—¿Quién eres? ¿Qué coño haces? —su mirada era presa del desconcierto.

—¿Te dice algo el nombre de Mara? —dijo Claire con mirada afilada.

—¿Qué coño dices? No conozco a nadie con ese nombre. ¡Deja de apuntarme!

—¿Cómo te llamas? Te advierto que como hagas un movimiento fuera de lugar te vuelvo la cabeza.

—Me llamo Bernard. Si vienes por dinero o joyas... aquí no hay nada de valor.

—No quiero nada tuyo. He venido a matarte pero tenía que hacerlo mirándote a los ojos.

El hombre intentó levantarse pero Claire se acercó más aún y casi rozaba la frente del hombre con el cañón de su pistola. Le indicó con la mirada que volviese a sentarse en la cama y se quedara callado. Ella retomó la palabra.

—Mara Smith. Hace algunos años viniste a este mismo lugar. El hombre que tienes malnutrido y abandonado en la otra caravana era quien llevaba toda esta mierda que vosotros llamáis negocio. Un día llegaste aquí estando bastante drogado. Pretendiste obligar a una mujer a que consumiera contigo pero ella se negó —Claire tuvo que parar para tragar saliva—. Comenzaste a golpearla hasta que terminaste matándola con un machete.

El hombre, ante las palabras de la mujer, parecía sorprendido, como si la cosa no fuera con él. Unos segundos después, inconscientemente sonrió de forma muy sutil al saber a lo que se estaba refiriendo. Su actitud cambió y se tornó chulesca.

—Ya recuerdo. Vine aquí, me follé a esa puta y recuerdo que después me apeteció un chute pero hacerlo yo solo me pareció algo triste. La invité a que lo hiciera conmigo pero la muy zorra dijo que no se había drogado nunca y que jamás lo haría.

Claire no podía seguir escuchando nada de aquello y sintió su dedo acariciar cada vez con más fuerza el gatillo del arma. Estaba preparada para disparar. El hombre continuó hablando.

—Me pareció muy gracioso que una puta me viniera con lecciones de moralidad sobre las drogas. Recuerdo que me enfadé mucho y que finalmente... se tropezó y cayó sobre mi machete, que casualmente apuntaba hacia a ella —el hombre comenzó a reír.

—Hay que ser muy hijo de puta para ser como tú. Esa mujer de la que hablas era mi madre y su recuerdo será lo último que tendrás en tu mente antes de morir.

—No tienes los cojones suficientes para matarme. Lo habrías hecho mientras dormía y te hubieras ahorrado toda esta charla. Además, seguro que ni siquiera sabes cómo se usa.

—Es muy sencillo. Apuntas y disparas.

Se alejó dos pasos del hombre y apuntó a su cabeza. El hombre abrió los ojos y en la mirada de Claire sintió que efectivamente iba a disparar.

Claire, sin vacilar, apretó el gatillo y la sangre bañó la ventana trasera de la caravana. Los restos del cerebro salpicaron las sábanas y las cortinas, y el hombre cayó muerto sobre la cama. La sangre empapó lentamente el colchón y la ropa del hombre, mientras el eco del disparo continuó resonando dentro de la caravana.

Sintió que perdía el equilibrio y se apoyó en la puerta del baño. Fuera, su padrastro oyó el estruendo del disparo y respiró aliviado. Su último pecado fue alentar a su hija a hacer semejante cosa pero era lo que debía hacer para poder librarse del yugo de aquel tipo. Únicamente le quedaba salir de allí y que su hija olvidara todo el daño que le hizo.

Claire abrió la puerta de la caravana y agradeció el aire del exterior por muy pesado y maloliente que fuera. Se sintió aliviada y atemorizada a partes iguales.

No esperaba que algún día pudiera hacer semejante cosa, pero finalmente lo había hecho. En la caravana que estaba entre la de su padre y en la que estaba ella, se oyeron gritos de pánico. Las dos personas que derrochaban pasión en su interior

habían oído el disparo. Abrieron bruscamente la puerta y salieron a medio vestir. Sorprendentemente y al contrario de lo que Claire pensó en un primer momento, fueron dos mujeres las que salieron de la caravana. Una de ellas, la mayor de las dos, corría aún con los pechos sin tapar, y la otra que era más joven se quedó en la puerta mirando a todos lados.

—¿Qué ha pasado? —miró con desconcierto a Claire.

—Vete de aquí.

—¿Dónde está Bernard? —la chica iba vestida únicamente con unas diminutas bragas.

—Se ha ido. Ya puedes marcharte.

La muchacha apenas logró entender nada de lo que estaba sucediendo, pero aun así, y con torpeza, salió de la caravana con la ropa en la mano y abandonó rápidamente el lugar, desapareciendo entre la maleza.

Claire retomó el camino de vuelta hacia donde estaba su padre y, una vez delante, le enseñó la pistola. Lentamente la acercó a la sien derecha y con la voz temblorosa le dijo.

—La bala que ha matado a ese hombre estaba destinada a ti —su padre no podía siquiera mirarla a la cara debido al miedo—. Me quedan más balas pero... prefiero guardarlas.

—Merezco que me mates a mí también... —la baba volvía a caerle por la comisura de los labios.

—Ese tipo te ha quitado el puesto y ya ha acabado todo. No te lo puedo negar, durante muchos años he soñado con matarte, pero las circunstancias cambian y los objetivos también. Matarte a ti también sería la opción fácil, pero viéndote en tu actual situación prefiero dejarlo estar. Vivirás lo que te quede de tu miserable vida arrepintiéndote de todo lo que hiciste. Realmente creo que estás arrepentido y que lo dices de forma sincera, así que, aunque mi sueño haya sido matarte, pienso que debes vivir para que cada día recuerdes todo el mal que has causado. En el fondo me das lástima y pena. Lo que realmente me da rabia es que la única víctima de todo esto haya sido mi madre.

—Yo era un hombre obsesionado con el dinero y que nunca supo lo que tenía hasta que lo perdió. Por eso necesito que me perdones Claire...

—No. Yo jamás te perdonaré. Bastante tienes con perdonarte a ti mismo. Ahora me voy a marchar de aquí y nunca más volveremos a vernos. Espero que algún día encuentres la paz que necesitas —se giró sobre sí misma y comenzó a caminar hacia su coche—. Por cierto, gracias por las pistolas.

El hombre se quedó mirándola mientras los recuerdos volvieron galopantes a su memoria, recuerdos donde obligaba a su mujer a acostarse con hombres desconocidos, a satisfacer los deseos más excéntricos y enfermizos que jamás nadie pudiera tener, mientras él contaba los billetes que dejaban los clientes.

Tener ese negocio en aquella zona apartada y donde no había límites para la

degeneración hizo que ganara tanto dinero que la avaricia y la codicia terminaron por borrar todo signo de empatía hacia la que fue la única persona que a pesar de todo permaneció a su lado. Observó a Claire marchándose, y pudo reconocer en ella la espalda de su mujer. Llorando y con el peso de la culpa sobre sus ancianos hombros comenzó a gritar.

—¡Mara! ¡Mara! ¡Perdóname por favor!

Mientras oía los alaridos, Claire lloraba como cuando era una niña. Cuando se sentó en su coche y con la imagen de aquel hombre en silla de ruedas suplicando por el perdón y penando por estar vivo, Claire fue notando poco a poco cómo iba volviendo la calma, y la paz se instalaba en su interior. Sabía que lo que acababa de hacer era algo horrible, pero tuvo que reconocer la dureza de la realidad. Ahora se sentía mejor. Arrancó el coche y los focos iluminaron a la persona que una vez fue su padre, para nunca más volverlo a ver.

—Maldita sea. Aparcar en este bendito pueblo es más complicado que en pleno centro de Washington —masculló Ted mientras daba la cuarta vuelta alrededor del hotel donde se alojaba Sarah.

Por fin, y tras dar dos vueltas más, observó que un coche salía de un aparcamiento dejándolo libre. Reaccionó rápidamente y pudo estacionar, impidiendo que otro automóvil con sus mismas intenciones pudiese hacerlo. Apagó la radio dejando a Beyoncé y a su *Drunk in Love* a medias, cogió su bandolera con toda la información dentro y salió del coche con determinación. En el lapso de tiempo transcurrido entre la despedida del grupo y la hora a la que habían quedado para reunirse de nuevo, había conseguido descubrir más detalles referentes a la Orden, los cuales estaba dispuesto a compartir con los demás. También había aprovechado para escanear alguno de los documentos con el ordenador público que había disponible en su hotel. De esa forma se aseguraba de que si algo ocurría, al menos en su cuenta en la nube habría una copia digitalizada de todo lo que llevaba encima.

La noche era fría y a esas horas la humedad calaba. Habían quedado en la puerta del hotel pero allí no había nadie. Miró su reloj y vio que efectivamente había llegado diez minutos antes de medianoche. Decidió esperar mientras observaba a dos gatos en la acera de enfrente que se rondaban el uno al otro. Lo que inicialmente se trataba de una visión relajada de la fauna local, se convirtió en un verdadero espectáculo cuando los dos felinos se enzarzaron en una batalla campal acompañada de maullidos casi guturales. Ted se sorprendió al ver cómo pasaron de estar en una actitud pasiva, a pelear con uñas y dientes en tan solo una décima de segundo.

Repentinamente, así se sintió él. Se preguntó cómo era posible que se encontrara tranquilamente en el sofá de su casa junto a sus padres viendo una película, y que antes de que esta volviera de publicidad, estuviera corriendo por la calle y huyendo de las personas que habían asesinado a sus padres. La vida puede cambiar por completo en tan solo un instante, como la actitud de aquellos gatos.

Cuando despertó de su ensimismamiento observó que a veinte metros de distanciarse aproximaba Claire caminando lentamente. Parecía seria y algo incómoda, pero eso no restó elegancia a su forma de andar.

—Hola Claire. Muy puntual —sonrió amablemente.

—Gracias. Me gusta llegar a los sitios un poco antes de la hora indicada, pero cuando iba a aparcar, un imbécil me ha quitado la plaza de aparcamiento y he tenido que irme lejos para hacerlo.

Ted tragó saliva y dijo para sí mismo: «ella hubiera hecho lo mismo».

—Bueno, solo falta Nate, que por lo visto llega tarde —dijo ella de forma seria.

Ted continuó observando a Claire. Se dio cuenta de que estaba algo cambiada.

—Esperemos un poco más. De todos modos, Sarah tampoco ha bajado aún.

Ambos quedaron en silencio.

Para Ted, la situación se tornó más que incómoda ya que esa mujer era una de las pocas personas en las que había depositado su confianza al contarles todo lo que le había pasado. Algo le había ocurrido a Claire, de eso no tenía la menor duda. En las horas en que no se habían visto debió suceder algo que él ignoraba.

Ted siempre fue una persona muy inteligente y deductiva. Solía fijarse en detalles en los que poca gente se fijaba y lograba casi siempre sacar conclusiones acertadas cuando se planteaba algún acertijo, enigma o situación a resolver. Analizando el comportamiento de Claire se percató de que no paraba de mover el pie derecho golpeando con el tacón sobre el asfalto. Observó que aunque ahora parecieran limpios, se los había manchado con algo oscuro recientemente ya que en los bordes del material en la zona donde se mete el pie podían observarse restos de algo que parecía ser tierra. No sabía dónde, pero seguramente se vio obligada a caminar por un lugar que acabó por ensuciarle el calzado.

Se fijó en su mirada. Parecía perdida. Distaba mucho de la mujer con la que había estado hablando esa misma tarde. No se atrevía a preguntarle si le había pasado algo desde que se despidieron. Sus ojos estaban algo hinchados, lo que indicaba que había estado llorando hacía muy poco, y en su camisa pudo observar tres pequeñas manchas oscuras algo sospechosas. Repentinamente Claire habló, sorprendiendo a Ted y sacándole de sus deducciones.

—Deja de mirarme y escrutarme de esa forma por favor. He traído dos armas de fuego. Solo debe preocuparte eso —dijo mientras miraba al suelo.

—Permíteme que me interese por ti. Es obvio que has estado llorando y que no has estado en el pueblo, sino más bien, diría yo, en una zona de campo, aunque no sé dónde exactamente.

—Sea donde sea, no volveré. Hazme un favor y no escarbes más. Son asuntos personales que poco tienen que ver con nuestro propósito, aunque gracias por interesarte.

—No te preocupes. Espero que estés bien. Si necesitas algo, solo dímelo. Sin embargo, las manchas en la camisa de la mujer continuaban perturbando a Ted. Parecía sangre salpicada. Claire miró su reloj y observó que habían transcurrido diez minutos desde la hora establecida. Comenzó a preocuparse al ver que no aparecían ni Nate ni Sarah. Ambos decidieron entonces buscar a la escritora dentro del hotel. Entraron en el *hall* y preguntaron al recepcionista.

—Buenas noches. ¿Ha visto usted entrar a un chico alto, rubio y con ojos claros? Estamos esperando y quizá haya llegado antes que nosotros —preguntó Claire.

—Sí. Hace unas dos horas que entró y desde entonces no le he visto salir.

Claire y Ted se sorprendieron, y al mirarse, sonrieron disimuladamente. Los dos jóvenes estaban en la habitación a solas desde hacía bastante tiempo, y por lo visto, muy entretenidos. Sin embargo, no les quedaba otra que subir y recordarles que habían quedado todos en la entrada a cierta hora.

Como niños pequeños, comenzaron a dirigirse a la puerta de la habitación de Sarah. La moqueta del suelo les ayudó a silenciar sus pasos. Ted estaba convencido de que iba a ser una situación embarazosa para ellos, pero a la par muy divertida para él. Una vez estuvieron ante la puerta de madera blanca, tocaron con los nudillos. Pasaron unos segundos pero nadie abrió. Ted incluso acercó el oído, pero no consiguió oír nada.

—¿Estás segura de que están ahí dentro? —dijo Ted mirando a Claire con dudas en su expresión.

—Según el recepcionista deberían estar aquí. Me parece bastante extraño sinceramente...

Las ganas de broma se esfumaron al ver que había algo raro en todo aquello. Decidieron bajar al *hall* para volver a preguntar al recepcionista. Fue Claire quien habló.

—Pues parece que no están en la habitación. Quizá hayan salido y se han entretenido en algún lugar. ¿Seguro que no los ha visto salir?

El recepcionista comenzó a sentirse un poco molesto. Parte de su trabajo consistía en estar atento a cada cliente que sale o entra del hotel, y estar pendiente por si necesitan algo. Ya había respondido a esa mujer antes cuando le hizo la pregunta, y esperaba que hubiera quedado lo suficientemente claro, pero por lo visto no fue así. Decidió explicarse mejor.

—Vamos a ver. Mi turno comenzó hace tres horas. Esta noche estamos teniendo muy poca actividad en el hotel así que desde que estoy aquí he visto entrar a un matrimonio con dos hijos, que se dirigieron directamente al restaurante. Después de eso entró un hombre muy alto y corpulento que ni me saludó y que se dirigió al ascensor rápidamente de forma muy seria. Unos minutos después de que este hombre que os digo entrara, lo hizo el chico por el que me habéis preguntado hace un rato, y como os he comentado, no le he visto salir. Más tarde, pasados unos quince minutos, he visto de nuevo al hombre alto dejando el hotel pero esta vez cargado con una enorme maleta haciendo gala de nuevo de su poca educación al no saludarme tampoco al salir. Aparte de esto, nada más. Está siendo una noche bastante tranquila.

Ted se quedó pensativo y preguntó.

—¿Usted podría llamar a la habitación para ver si va todo bien? —miró a Claire y esta entendió su preocupación.

—Por supuesto. Un momento.

El chico hizo la llamada pertinente y tras esperar algunos tonos volvió a colgar sin ningún resultado.

—No responde nadie. Deben estar ocupados —la seriedad del recepcionista no desaparecía de su rostro.

Claire recordó lo que Ted dijo esa misma tarde cuando aseguró que la Orden estaba también interesada en Nate y que su intención era hacerse con él para no se sabía exactamente qué propósito.

—Tenemos que entrar en la habitación —dijo Claire secamente—. Ha ocurrido algo ahí dentro, estoy segura —dijo poniendo ambas manos sobre la encimera de la recepción.

—No podemos hacer eso señora. Si tuviéramos que entrar en cada habitación que no da señales, interrumpiríamos más de una situación embarazosa.

Enfadada y nerviosa ante lo que estaba segura que había ocurrido, Claire dio un fuerte golpe sobre la madera. La tensión que arrastraba debido a las horas previas junto a su padre aún rondaba por su cuerpo y no dudó en hacerla salir al ver la falta de interés de ese hombre por ayudarla.

Estaba dispuesta a hacer lo que fuera por que abriera la habitación. Incluso mentir.

—Soy la madre de Sarah Wallace. Hace horas que no sé nada de mi hija. Hágame el favor de coger la llave de reserva y abrimela la habitación. Si no lo hace, le juro que monto un escándalo y hago que el nombre de este hotel se hunda junto a su carrera. Créame, puedo hacerlo —la mirada de Claire era desafiante y penetrante.

El chico, que no pasaba de los veinticinco años, sintió cómo el miedo le invadía y verdaderamente vio peligrar su puesto de trabajo en el hotel por culpa del mal genio de aquella señora. Recordó que llevaba dos semanas metiendo la pata con las reservas y una situación como esa era lo último que necesitaba en aquel momento. El suyo era el único sueldo que entraba en casa, y mantener a su mujer y a su hija le salía demasiado caro, así que decidió hacer caso a la mujer y buscó la llave de la habitación de la dichosa Sarah Wallace.

Aliviada, Claire suspiró al ver que el recepcionista salía del mostrador con la llave en las manos. Juntos subieron al ascensor y ante el silencio incómodo, Ted decidió que era hora de relajar el ambiente.

—Ojalá todo sea una falsa alarma y únicamente se estén repartiendo amor —soltó una risa que no obtuvo respuesta.

El silencio siguió presente, y las risas que esperaba provocar se convirtieron en miradas de reprobación ante el comentario. Sintiendo que había hecho el ridículo, decidió que no hablaría más hasta que la situación lo requiriera. Además, pensó que seguramente todo aquello se estaba exagerando y había una explicación lógica.

El recepcionista sacó la llave, pero una vez más llamó a la puerta rezando interiormente porque alguien respondiera desde adentro y abriera en el mejor de los casos. Pasaron los segundos y continuó el silencio como respuesta.

—¡Vamos abra la maldita puerta! —Claire se impacientaba por segundos. Justamente cuando sacaba la llave del bolsillo, desde el interior oyeron un grito. Claramente era la voz de Sarah. Gritaba repetidamente el nombre de Nate.

—¡Sarah! ¡Abra la puerta, rápido! —Claire gritaba al joven trabajador del hotel.

Desde fuera todos se asustaron. El recepcionista, torpemente, metió la llave en la cerradura mientras maldecía hacia sus adentros que todo eso estuviera ocurriendo precisamente en su turno. El cabrón de Bill y su suerte con los horarios siempre se

libraba de las movidas. Abrieron bruscamente la puerta y ante ellos se encontraron una visión espeluznante. Sarah se encontraba sentada en el suelo dolorida y con una mano en la cabeza. Bajo ella, había un enorme charco de sangre, presumiblemente suyo, y su ropa también estaba manchada del mismo líquido. Cuando Sarah miró a la puerta y vio a Claire y a Ted, rompió a llorar y torpemente se levantó. Los demás se acercaron a ella rápidamente para ayudarla a hacerlo. Entre llantos, solo pudo abrazarse a sus compañeros y lo único que pudo decir fue el nombre de Nate. A Ted no le salieron las palabras, pero se imaginó lo que había ocurrido. Claire intentó calmarla.

—Ya está Sarah. Ya pasó todo. Siéntate en la cama y nos cuentas.

El recepcionista, bastante superado ante la situación decidió intervenir.

—Llamaré a la ambulancia y a la policía.

—¡No! No lo haga. Estoy bien, no hace falta —dijo Sarah más recuperada. Claire dejó a Sarah en la cama y se acercó al recepcionista. Le puso las dos manos sobre los hombros y le habló, ahora con un poco más de serenidad—. Muchas gracias por todo, pero no es necesario que hagas nada más. Has sido de gran ayuda y pienso dejar claro mi agradecimiento a tus superiores. A partir de aquí ya es cosa nuestra.

—Bueno... muy bien. Si me necesitan para algo más, estoy abajo en recepción.

—Muy bien chico. Y por cierto, disculpa mi actitud de hace unos minutos. No podría ni mucho menos arruinar la carrera de nadie. Has demostrado ser muy fiel a tus obligaciones, pero también has demostrado ser una persona empática. De nuevo, gracias.

—Gracias a usted —el chico sonrió y volvió a su puesto de trabajo.

Una vez se marchó el recepcionista, Claire cerró la puerta tras de sí y rápidamente se dirigió a la cama para atender a Sarah.

—¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —tomó la mano de la joven.

—Ha sido todo muy extraño. Nate me llamó por teléfono y me dijo que vendría aquí antes que el resto porque había terminado pronto de preparar sus cosas y le sobraba tiempo hasta la hora en que quedamos todos para vernos —la herida continuaba doliéndole—. Me dispuse a hacer un resumen de la información que Ted nos facilitó y de lo que cada uno de nosotros había averiguado sobre Carlos y todo lo relacionado con él, mientras esperaba a que Nate llegase.

—¿Vino él solo? —preguntó Ted.

—Sí. La cuestión es que llamaron a la puerta y pensé que era él. Sin preguntar siquiera, abrí y alguien que no era Nate se encontró frente a mí. Sin mediar palabra, dio un golpe a la puerta y entró en la habitación buscando algo. Yo me asusté mucho y me aparté de él para buscar el teléfono, pero me agarró de los pelos y me tiró sobre la cama.

—¿Cómo era ese hombre? —preguntó Claire.

—Muy alto y corpulento. No se identificó en ningún momento pero supo que había quedado con Nate. Él pensaba que ya estaba aquí en la habitación, y al ver que

no era así, decidió esperarle. Al cabo de tan solo dos minutos, volvieron a llamar a la puerta y el hombre me amenazó con una navaja si gritaba o decía algo. Efectivamente era Nate la persona que estaba esta vez al otro lado de la puerta.

—¿Entró Nate en la habitación? —preguntó Ted.

—Sí. Abrí e intenté disimular que todo iba bien mientras le indicaba que entrase. El hombre se escondió tras la puerta mientras me apuntaba con la navaja. Tenía mucho miedo, pensaba que iba a matarme —apretó fuertemente la mano de su antigua vecina—. Cuando Nate entró en la habitación, grité muy fuerte y le dije que habían venido a por él. Después de eso, el hombre me empujó y me di un golpe con ese mueble —señaló la consola de entrada— y ya no recuerdo nada más hasta que me he despertado hace unos minutos con toda esta sangre.

—La Orden... —Ted intervino—. Han sido ellos. De algún modo averiguaron que Nate estaría aquí y vinieron a por él. Mucho me temo que ya tienen todo lo que estaban buscando.

—Todo no —Claire interrumpió secamente—. Aún buscan la caja que tienes en tu poder. Seguimos teniendo una carta para jugar.

—Es cierto. Pero eso también quiere decir que si tanto desean la caja, presentarnos allí con ella sería dársela en bandeja. Creo que sería más seguro ir sin ella —replicó el joven.

—Estás equivocado Ted. Dejar la caja en algún lugar es dejarla sin protección. ¿Crees que no llegarán a ella? Hemos comprobado que no tienen límites a la hora de dar con quien sea o lo que sea. La llevaremos con nosotros y así no se atreverán a hacernos daño.

—Tienes razón —Ted sabía que hicieran lo que hicieran, debían proteger esa caja.

Ayudaron a Sarah a ponerse en pie y juntos bajaron a recepción para buscar lo necesario y así curar la herida que tenía en la cabeza. Realmente no era nada grave, simplemente una pequeña brecha que necesitaría un par de puntos de sutura. Las heridas en esa zona suelen sangrar mucho aunque se trate de algo minúsculo así que entre los dos lograron limpiar y tratarla fácilmente. Cuando todo quedó solucionado y una vez metieron todo en el coche de Ted, pusieron rumbo al estado de Louisiana, hacia las coordenadas que Thomas les había facilitado.

Desde que el chico se identificó como James Peterson, Carlos tuvo la sensación de que todo estaba ocurriendo por algún motivo que escapaba al entendimiento de él mismo y de todos aquellos que de una u otra forma estaban relacionados con aquel asunto. Tras pensarlo durante varios segundos decidió revelarle a James su identidad, al llegar a la conclusión de que era imposible que supiera que fue él quien conducía el coche el día del fatal accidente. Pero ¿cómo era eso posible?

—Mi nombre es Carlos Guerrero... Encantado —dijo tímidamente rezando al cielo porque no se notara su evidente estado de nerviosismo.

No tenía sentido que James estuviera vivo y, menos aún, en aquel lugar y junto a él. Siempre pensó, y así se lo hizo saber a Claire, que todo el asunto del video que recibió con el chico identificándose como James era una patraña que ideó Patrick para convencerla de que hiciera lo que le pedía, es decir, sacarle a él de la prisión. Sin embargo esa persona se identificó efectivamente como James Peterson. Quizá la casualidad además había provocado que en aquel lugar, encerrado junto a él, estuviera alguna otra persona que también se llamara James Peterson, aunque esta idea fue desechada inmediatamente.

Todo había dado un giro de ciento ochenta grados. Pensó que si pretendía comprender qué significado tenía todo, debía tomar otra visión de las cosas, así que optó por aceptar el hecho de que efectivamente se trataba del verdadero James, el James que él mató. Las explicaciones, supuso, llegarían más adelante. Pasó el tiempo y perdió la cuenta de las horas que ambos llevaban ahí metidos. Las moscas revoloteando alrededor de los cadáveres eran los únicos acompañantes que tenían, lo cual no hacía precisamente fácil soportar aquel encierro.

De nuevo, se oyeron pasos acercándose al lugar donde se encontraban. Solo podría tratarse de dos cosas: alguien les traía comida o al menos algo de agua, o se trataba de la tan anunciada visita de Patrick. Aunque estaba deseando verle la cara a aquel miserable, Carlos deseó con toda su alma que alguien les arrojara algo de comida o de beber.

Lentamente despertó a James, avisándole de que alguien se estaba acercando. El chico se quejó de nuevo a causa del dolor en su hombro, pero esta vez sintió una notable mejoría en comparación con la vez anterior. Ambos miraron al techo de la sala esperando que se abriera de un momento a otro. Los pasos cada vez sonaban más fuertes hasta que Carlos pudo confirmar que se trataba de dos personas.

De nuevo, ese sonido que indicaba que arrastraban algo, exactamente igual que cuando trajeron a James a ese lugar. Se estremeció al sorprenderse imaginando a quién traían en esta ocasión, y si estaba vivo o muerto, como los tipos en el otro extremo de la habitación. Los sonidos cesaron de repente y durante unos segundos pareció que todo fuese una ilusión de ellos. ¿Serían imaginaciones suyas a causa de

estar tantas horas inmersos en un silencio tan absoluto? Transcurrieron algunos segundos más y continuaron sin oír nada, hasta que ambos aguzaron el oído y pudieron diferenciar unos susurros.

—Han traído a alguien más —dijo James mirando al techo.

—¿Cómo puedes saberlo? Apenas pueden oírse susurros pero ni por asomo se puede distinguir de qué hablan exactamente.

—No te lo he contado antes pero si algo me ha mantenido a salvo hasta ahora es mi sentido del oído. Soy capaz de oír perfectamente sonidos o conversaciones que se encuentren a bastantes metros de distancia.

—Eres una caja de sorpresas chico.

—No creas —el chico bajó el volumen de su voz—. Todo el mundo tiene una habilidad especial. Únicamente que la mayoría de las personas no sabe cuál es. Esto de poder oír a bastante distancia me ha servido para saber en ciertos momentos de qué hablaban estos tipos y cuáles eran sus propósitos.

—Es decir, que sabes mucho más de lo que me cuentas —dijo Carlos intentando sonsacar información al chico.

—Obviamente sí. Llevo muchos años aquí metido y me ha dado tiempo para saber en qué piensan los miserables estos, aunque aún hay cosas que no entiendo. — No te forzaré a que me cuentes nada, pero siempre es conveniente que dos mentes trabajen en algo a que lo haga una sola. De todos modos, entiendo perfectamente tu posición y tu decisión de no contar nada valioso. Comprendo que es una forma de protegerte.

De repente, e interrumpiendo la conversación de ambos, un desgarrador alarido inundó toda la estancia. Tan fuerte se escuchó que pareció que estuviera ahí dentro con ellos dos. La voz de un hombre suplicaba con lamentos para que dejaran de torturarlo. Carlos y James tensaron sus músculos. No sabían qué era lo que ocurría allí, arriba pero de lo que sí estaban seguros era que no se cambiarían por esa persona. Los gritos de dolor siguieron durante cinco minutos más que les parecieron eternos. Carlos sintió cómo James le tomó de la mano, y pudo percatarse de que temblaba con mucha fuerza. Algo le estaba ocurriendo. Algo que comenzó tras oír a aquella persona gritar de dolor y sufrimiento.

—¿Qué te ocurre? —Carlos apretó fuerte sus manos dentro de la oscuridad que les envolvía.

—Le están haciendo lo mismo que me hicieron a mí para saber si era yo la persona que buscaban.

Quedó perplejo.

—¿Dices que le están torturando para saber si es la persona que creen que es?

—Exacto. Según lo que he podido saber durante este tiempo aquí encerrado, buscan a tres personas concretas. De algún modo, logran saber el nombre de la persona, siendo ese el único dato que tienen de ella.

—Es muy difícil encontrar a alguien en concreto solo a partir de su nombre. Hay

miles de personas con tu nombre o el mío.

—Es cierto. Debe haber algo que desconozco que les ayuda a encontrar a aquellos a quienes buscan. Seguro que están en posesión de una base de datos de algún tipo, de la que se sirven para filtrar la búsqueda de las personas hasta que dan con ellas.

—Entonces, ¿qué necesidad tienen de estar torturando en este momento a esa persona? No entiendo por qué tienen que hacerlo.

—Cuando ellos me atraparon me hicieron lo mismo. Querían asegurarse de que yo era James Peterson. Me hicieron pruebas de todo tipo y bajo tortura me hicieron contarles secretos y recuerdos míos. Una vez les conté todo, pudieron confirmar que yo era quien ellos pensaban y me trasladaron a una pocilga, muy parecida a esta —dijo mientras giraba su cuello mirando a la nada—, y a partir de entonces, periódicamente, me alimentan, me sacan de paseo a una sala a la que yo llamo la «sala del rayo» donde puedo ver el brillo del sol durante algunos minutos al día, y también, para no perder la costumbre, cada cierto tiempo vuelven a torturarme por si tengo algo nuevo que contarles. Pienso que realmente lo hacen para divertirse.

—La gente puede ser muy hija de puta... De todos modos, a mí no me han torturado ni nada. Quizá aún no llegó mi hora... —de repente Carlos sintió auténtico miedo al pensar en lo que aún le quedaba por pasar.

—No te preocupes. Ellos están muy convencidos de que eres la persona que buscan. Tu nombre es poco común aquí en los Estados Unidos, y según les oí decir, usaron a mi madre para sacarte de prisión. Alguien llamado Carlos Guerrero, español y preso en Mississippi, tiene poco margen de error.

—No entiendo qué pinto yo aquí dentro. Tampoco sé por qué te tienen a ti y mucho menos puedo llegar a comprender el motivo que puede llevar a alguien a buscar con tanto ahínco a personas que nada tienen que ver entre ellas.

Tras las palabras de Carlos, los gritos de dolor de la persona torturada fueron bajando de intensidad. Parecía que iban terminando con él. Los oyentes de aquella sinfonía macabra deseaban con toda su alma que terminara pronto y que le arrojaran a aquel agujero junto a ellos. A Carlos le asaltó una duda de forma repentina.

—Por cierto. Esos dos cadáveres de ahí...

—Son errores. Personas que fueron secuestradas, como yo, por el simple hecho de llamarse James Peterson y que finalmente resultaron que no eran quienes buscaban. Para no dejar cabos sueltos los mataron y los dejaron aquí pudriéndose.

Las palabras de James hicieron que todo dentro de Carlos temblara. Las dudas seguían asaltando su mente pero decidió sentarse y apoyar su espalda sobre la fría y seca pared. Si todo sucedía como ocurrió horas antes, la compuerta se abriría y el cuerpo de esa persona que hasta hacía segundos estaba sufriendo, caería junto a ellos. Carlos no deseaba otra cosa que esa además de poder salir de aquella pocilga. Así se aseguraría de que el sujeto había dejado de penar, al menos temporalmente.

Los segundos fueron pasando y un sonido se oyó pero no era el del techo de la jaula al abrirse. James tensó la mandíbula y Carlos comenzó a hablar, pero sintió que

su compañero le apretó la mano indicándole que guardara silencio. Así lo hizo. El sonido, como el de una cancela abriéndose, inundó la habitación y tras desaparecer por completo, los dedos de James dejaron de apretar con tanta intensidad la mano de Carlos.

—Le han arrojado a una jaula como esta, justo al lado de la nuestra —susurró James a Carlos.

—¿Lo has sabido por lo que me comentaste antes de tu oído tan... especial? —Sí. Han decidido no meterlo aquí con nosotros e ignoro el porqué. Justo tras la pared donde nos encontramos apoyados ahora se encuentra la estancia donde han dejado a la persona que antes oíamos gritar. Espero que se encuentre bien...

Carlos se levantó repentinamente. James se extrañó al darse cuenta de lo que su compañero estaba haciendo. Al permanecer en aquella densa oscuridad, no era capaz de ver dónde se encontraba Carlos. Simplemente sintió cómo se levantó y se alejó de él. De repente pudo localizarle al oír algo extraño. Un sonido, parecido al que se produce al llamar a una puerta con los nudillos comenzó a repetirse.

—Carlos, ¿qué estás haciendo? —James alargó sus manos en la oscuridad intentando tocar a su compañero—. Carlos respóndeme. No te alejes mucho por favor.

—Tranquilo. Estoy aquí. No te preocupes. Únicamente estoy intentando hacer una cosa. En mis días en la cárcel aprendí que la mayoría de las veces, por muy compacto que sea un material, siempre cabe la posibilidad de encontrar un pequeño resquicio que lo descomponga. En la prisión donde estuve existe una celda que se usa para castigar a los presos que han manifestado en algún momento concreto o de forma continuada un comportamiento, podríamos decir, poco correcto. Esa sala estaba totalmente a oscuras y absolutamente nada de luz entraba en ella, ni siquiera por debajo de la puerta. Cuando estabas dentro y las horas transcurrían, se llegaba a tener la sensación de estar muerto, pero sabiendo que no era así —mientras hablaba, los pasos de Carlos sonaban lentos y sus nudillos continuaban golpeando la pared—. Entre los presos existía una especie de leyenda que decía que si lograbas dar con el punto exacto entre los ladrillos de la pared que daba al exterior, podías quitar un pequeño bloque de piedra y conseguir que entrara un poco del sol. Si lograbas encontrarlo entre las tres y las seis de la tarde y dependiendo obviamente de la época del año, podías disfrutar de unos minutos de sol, al igual que lo que dices que ocurre en lo que llamas la «sala del rayo». Puede parecer una tontería, pero en aquel lugar, obtener cinco minutos de sol era algo por lo que estabas dispuesto a luchar mientras te encontraras en aquella celda —de nuevo ese sentimiento de extrañeza y nostalgia al hablar de la prisión—. Obviamente, los guardias no conocían esto, y al poco de ser descubierto el truco por todos los presos, ya no había necesidad de buscar la piedra movable porque ya todos sabíamos dónde estaba.

—Ya entiendo. Pretendes encontrar algo parecido en estas paredes que nos conecte con el exterior. Pero tengo una mala noticia. Estamos en un sótano. Ninguna

de estas paredes va a regalarte ningún rayo de sol, así que me parece que estás perdiendo el tiempo.

—Te equivocas. No busco el sol —dijo Carlos mientras seguía palpando la pared a ciegas—. Busco la forma de poder comunicarnos con la celda donde han arrojado a esa persona.

—Vaya... muy inteligente —dijo sin entender cómo no había llegado antes a esa conclusión—. Dime, ¿estuviste muchas veces en aquella celda sin ventanas?

—Pues no. No estuve muchas veces. La verdad es que —Carlos sintió cómo una piedrecita minúscula se movía bajo las yemas de sus dedos— nunca llegué a entrar —sonrió satisfecho.

James se percató de que Carlos dejó de golpear la pared y pasó a rascar sobre la superficie. Imaginó que había encontrado algo y torpemente se levantó y se dirigió hacia donde suponía que se encontraba su compañero de fatigas.

—Has encontrado tu piedra móvil ¿verdad?

—No exactamente. Únicamente he localizado un lugar donde la humedad ha deteriorado levemente el material que une los bloques de piedra. Ven aquí —esperó unos segundos y tomó la mano de James—. He quitado una piedra más bien pequeña, pero estoy seguro de que si entre los dos intentamos mover alguna más grande, lograremos abrir un agujero lo suficientemente amplio que comunique con la otra sala.

Ambos se pusieron manos a la obra y comenzaron a palpar y rascar con sus uñas y piedras pequeñas que se desprendían, el resto de la superficie que Carlos había señalado. Pasados unos segundos, comprobaron cómo un ladrillo en bloque se desprendió fácilmente entre sus dedos. Ambos se miraron y, aún en la oscuridad, estaban seguros de que los dos sonreían.

—Vamos. Retirémosla lentamente —dijo Carlos.

Tiraron lentamente hacia ellos y el ladrillo salió limpiamente del lugar en el que se encontraba. Acercaron sus caras al lugar y como era de esperar, únicamente la negrura de la oscuridad fue lo único que alcanzaron a ver. Aguzaron el oído hasta que James rompió el silencio.

—Está respirando. Puedo oírle. Carlos comenzó a susurrar al vacío.

—Hola... ¿hay alguien ahí?

Nadie respondió. Saber que frente a ellos se encontraba alguien tan herido como para haber perdido el conocimiento, y ser conscientes de que no podían hacer nada por ayudarlo, les estaba matando por dentro. Carlos llevó sus manos al suelo buscando alguna piedrecita. Tras unos segundos buscando, encontró tres de ellas de mediano tamaño. Se acercó al agujero en la pared y a ciegas, las lanzó con la esperanza de que alguna cayera sobre la persona que allí se encontraba. Sabía que hacer aquello era inútil pero aun así lo hizo. Tras algunos intentos, continuaron sin obtener respuesta.

—¿Seguro que está vivo? —preguntó Carlos.

—Totalmente. No te preocupes por su vida porque estos bastardos no matan a nadie si no están seguros de poder desechar a esa persona. El chico que está en esa habitación aún es válido para ellos y por eso sigue vivo. Seguramente sea la persona que buscan.

—Pero ¿qué coño buscan de nosotros? Por muchas vueltas que le doy, no consigo entender qué quieren de ti, de mí y de este chico. No comprendo el motivo por el que se molestaron en usar a tu madre para sacarme de prisión y tampoco entiendo la razón de que tú estés vivo.

Tras soltar ese comentario, Carlos se dio cuenta de que no había sido lo más apropiado.

—Siento mucho lo que acabo de decir. Ha estado totalmente fuera de lugar. Discúlpame.

—No te preocupes hombre. Es normal que lo digas. Yo mismo tampoco llego a entenderlo...

Ninguno de los dos tenía respuesta para las dudas que se les planteaban. A James, los años de cautiverio únicamente le sirvieron para conocer medianamente bien el lugar en el que se encontraba así como para obtener algo de información sobre los hombres que le tenían preso, pero jamás consiguió información suficiente en todo ese tiempo como para poder responder a su compañero de habitáculo.

—Siento no poder ayudarte. Yo soy el primero que desea tener respuesta para cada una de tus dudas, las cuales comparto, pero lamentablemente no las tengo —sentenció James.

Pasaron las horas en silencio hasta que súbitamente y sin haber oído nada previamente, el techo de la sala se abrió dejando entrar una lúgubre luz amarilla. Ambos miraron hacia arriba sorprendidos y posteriormente se buscaron la mirada el uno al otro en el momento en que el primer rayo comenzó a iluminar la estancia. Cuando sus miradas se cruzaron, ambos sonrieron y sin mediar palabra dejaron constancia de que estaban juntos en esto. La silueta de un hombre se dibujó ante ellos, apenas reconocible, al estar situado frente a la bombilla, la cual a su vez se encontraba envuelta en un manto de moscas que revoloteaban a su alrededor. Carlos pensó que aquella silueta frente a ellos debía de tratarse de Patrick y así se lo hizo saber a James.

—Creo que «Papá Pitufu» acaba de llegar —sonrió ante la adversidad. Cuando la sala quedó abierta completamente, una escalera de madera cayó al suelo y una voz se dirigió a ellos llenando toda la estancia y retumbando con un fuerte eco.

—Subid. Es hora de comenzar —dijo el hombre, que no se movía de su sitio dificultando así su identificación. Desde la vista que le daba estar sobre el agujero, observó que junto a sus prisioneros había un hueco en la pared—. Vaya, vaya. Veo que no habéis perdido el tiempo. No os preocupéis porque en breve conoceréis al nuevo invitado. No era necesario que os molestarais.

—¿Quién coño eres? —Carlos se dirigió al hombre intentando aparentar firmeza

en su tono de voz.

—Las presentaciones deben hacerse cara a cara ¿no crees? Vamos, subid ahora mismo si no queréis que mande a alguien para que os obligue a hacerlo.

Con dificultad, ambos se pusieron en pie y lentamente fueron caminando hacia la escalera que colgaba de una de las paredes. El primero en ascender fue James. Carlos le ayudó y le fue empujando poco a poco desde abajo. James soltó un grito ahogado al notar que el hombro le daba un crujido pero decidió no parar. Apenas eran tres metros los que había que elevarse, así que unos segundos más tarde ya había llegado al borde. Tras él, Carlos comenzó a subir los peldaños, pero a mitad de camino decidió volver la vista atrás para observar una vez más los cadáveres que permanecían allí. Deseó no acabar como ellos y lamentó la mala suerte que habían tenido solo por el hecho de haber compartido nombre con James.

Una vez estuvieron arriba, el hombre se colocó frente a ellos. Debía tener una edad, como en la anterior ocasión supuso, cercana a los cuarenta y cinco años. Su corpulencia casi asustaba. Apenas se fijaron en su traje negro azabache o en el resplandor de sus caros zapatos, lo que más llamó la atención de ambos fue su cara. Era una expresión de triunfo, de orgullo absoluto. Tanto James como Carlos se sintieron en ese preciso instante como liebres que tras una larga carrera acaban siendo cazadas por los galgos. La mirada que ese hombre les estaba dedicando daba a entender que tenerlos ahí delante era algo por lo que había estado esperando mucho tiempo. Para Carlos fue algo parecido a lo que sintió cuando siendo pequeño tenía todos los cromos de su equipo de fútbol pero le faltaba el del portero, que era extremadamente difícil de conseguir. Cuando finalmente logró arrebatárselo a un compañero del colegio, contempló ese cromo con satisfacción e ilusión, exactamente igual que la mirada que les dedicaba ese hombre en aquel instante.

La sala situada sobre la jaula y donde ahora se encontraban, era grande y estaba equipada con un mobiliario bastante pobre. Una mesa cuadrada de pequeño tamaño se situaba en el centro de la estancia. Frente a la mesa había una única silla de madera, vieja y desgastada. Bajo ella podía adivinarse una mancha oscura con moscas que revoloteaban a su alrededor. Carlos llegó a la conclusión de que seguramente fuera sangre seca, tanto de James, como del chico de la otra jaula, así como de otras tantas personas que acabarían muertas.

Al fondo de la estancia no había nada más que la pared desnuda, pero bajo ella se extendían las dos entradas a las jaulas donde habían estado tanto tiempo sumidos en la oscuridad. La de ellos estaba completamente abierta, pero la del otro chico aún permanecía cerrada. Unos segundos después de permanecer delante del hombre, como siempre, fue Carlos quien se decidió a hablar.

—Al fin nos conocemos Patrick. Llevaba mucho tiempo oyendo hablar de ti. ¿Cómo estás?

—Me alegro de que tu humor no haya cambiado Carlos. Estuve a punto de hacerme contigo en aquel caserón hace unos días, pero afortunadamente para ti,

lograste escapar. Mis más sinceras felicitaciones, de verdad. No mucha gente puede presumir de plantar cara a Matt y además salir victorioso de ese encuentro.

—Bueno, uno hace lo que puede.

La mirada de Patrick cambió y pudo adivinarse que los comentarios de Carlos le irritaban demasiado como para molestarse en ocultarlo. Decidió dirigirse a James.

—Hola James. ¿Qué tal estas? ¿Te has recuperado de tus últimas heridas? Espero que sí, porque tienes que estar plenamente operativo para lo que viene.

James respondió intentando no mirar a los ojos al hombre.

—Pues teniendo en cuenta que hace unas horas tus hombres me dieron otra paliza, podría estar mejor. He tenido quien se preocupe por mí, ayudándome a colocarme los huesos en su sitio. Gracias por preguntar.

Carlos se sorprendió al percatarse del cambio de actitud de James. Había variado bastante con respecto a cuando estaban solos dentro del agujero. Se le veía sumiso. ¿Cómo es que le agradecía su interés? Claramente no lo estaba haciendo en un sentido irónico, como haría el propio Carlos. Estaba claro que se lo estaba agradeciendo de forma literal.

Una idea atravesó la mente de Carlos a la velocidad de la luz, y horrorizado, valoró que podría ser correcta. ¿Sería James uno más de esos casos en que personas secuestradas desarrollan el síndrome de Estocolmo?

—Ten en cuenta, pequeño James —dijo Patrick— que la paliza que te dieron no fue de forma gratuita. Necesitábamos que nos dijeras más cosas que debemos saber, pero no lo hiciste.

—Os he dicho todo lo que recuerdo de ese lugar. No puedo decir más. Os he contado cómo era, qué ocurrió cuando estuve allí, los colores, el olor, las sensaciones. No sé qué más queréis que os diga.

Carlos contemplaba impactado la conversación entre ambos. No entendía a qué se estaban refiriendo con *ese lugar*. Patrick continuó.

—Solo necesitamos una cosa más James. Te dijimos que si nos decías eso, no habría más palizas —mientras hablaba, Patrick dio pequeños golpes con su mano sobre el hombro de James.

—Te juro que no tengo ni idea de quién era. No sé quién me habló. Te repito que una voz me dijo que me relajase y acto seguido quedé dormido y desperté. No puedo contarte nada más —el tono de James era el de alguien derrotado—. Sabes que durante estos años he ido acordándome de todo lentamente, poco a poco, y te he ido contando las cosas a medida que me iban viniendo a la memoria. Todas las palizas que me han dado no tenían razón de ser... Podría haberlo hecho sin necesidad de llegar a eso...

—Pero has de admitir que te ayudaban a relajar tu mente para que esos recuerdos aparecieran. ¿Verdad?

Tras unos segundos en los que Carlos estuvo a punto de abalanzarse sobre Patrick, James contestó tímidamente.

—Sí...

Carlos no podía creer lo que estaba oyendo. Decidió en ese momento ir hacia Patrick para traducirle en forma de puñetazos todo lo que llevaba dentro y tenía que sacar, pero en cuestión de un segundo apareció de la nada alguien que no dio muestras de encontrarse allí y que agarró a Carlos por detrás, impidiéndole así su avance hacia Patrick. Tras inmovilizarle, le rodeó el cuello con el brazo y le dejó completamente inmovilizado y a su merced. La voz de su opresor susurró en su oído.

—Ya tenía ganas de echarte la mano encima, maldito cabrón —dijo mientras le apretaba con fuerza.

Carlos reconoció al instante a la persona que le estaba inmovilizando. Matt se había ocultado en las sombras, pendiente a la situación, y deseoso por tener cualquier excusa para hacerle saber que no había olvidado lo ocurrido días atrás cuando le sorprendió haciéndose con el control de la situación en el caserón.

—Hola Matt —dijo mientras fue relajando sus músculos—. Sí que eres rencoroso muchacho.

—No te hagas el gracioso que si no fuera porque me han dado órdenes de mantenerte con vida haría crujir tu precioso cuello —le apretó un poco más.

—¿Precioso cuello? Ahora entiendo... lo que aquí ocurre es que te pongo cachondo.

Ante esta situación y viendo los ojos inyectados de Matt, Patrick decidió intervenir.

—Vamos hombre. Dejad de jugar a ver quién la tiene más grande. Matt, dirige a nuestros muchachos a la biblioteca. Que esperen allí hasta mañana mientras nosotros terminamos de preparar lo necesario. Simone debe estar también preparada mañana. A mediodía comenzaremos con la ceremonia.

—Nerea ha ido a avisarla a su habitación. No debería haber ningún retraso por su parte —contestó sin soltar a su presa.

Los pensamientos de Carlos fluyeron por su cabeza a duras penas debido a la fuerza con la que Matt le apretaba el cuello con su musculado brazo. ¿Quién era Simone? ¿Biblioteca? ¿De qué ceremonia hablaba Patrick? Tras ver ese agujero en el suelo junto a esos dos cadáveres, difícilmente se le hacía apropiado que en ese lugar existiera una biblioteca.

—¿Dónde estamos? —preguntó algo más tranquilo e intentando que Matt también relajara la tensión sobre su cuello.

—Estamos en mi casa. En la casa de la Orden. Ahora exactamente nos encontramos en los sótanos del ala sur de nuestro hogar. Dentro de un instante podréis ver el resto de las estancias.

—Muy amable por tu parte. Un *tour* por la casa de los horrores... El plan perfecto para acabar el día.

—Cuando llegues a la biblioteca vas a olvidar todas las ganas de sarcasmo que tienes. Vamos Matt. Ve a por el otro y vámonos de una puta vez de aquí. Este lugar

apesta —sacó un arma de la parte interior de su chaqueta y apuntó a los dos jóvenes para impedirles que hicieran ninguna tontería.

Matt soltó a Carlos y se dirigió a la entrada de la otra jaula. Quitó el cerrojo enorme y mohoso que la mantenía bien sellada y bajó la escalera. Segundos después volvió a aparecer cargando sobre su hombro al otro muchacho que aún seguía inconsciente.

Al ver la cara del joven, Carlos sintió que algo se le movió por dentro. Un sentimiento de hermandad y puro amor inundó inexplicablemente todo su cuerpo, y sin previo aviso, las lágrimas humedecieron sus ojos que acabaron expulsándolas. Corrieron por sus mejillas mientras el eco de un leve recuerdo sacudió su mente y su consciencia.

—La piscina... —dijo Carlos en voz muy baja, mientras la pena y la tristeza se liberaron completamente— Nate...

El camino se les estaba haciendo demasiado pesado. Ted no había dejado de hablar desde que salieron de Greek Hill, y para colmo, nada de lo que decía tenía relación con lo que estaba ocurriendo, aunque en algún momento comentó algunas averiguaciones que había hecho sobre la Orden a raíz de la información que su padre había logrado recabar desde su unión encubierta a las filas de la extraña organización.

—¿No te parece demasiado extraño que tu padre jamás te hablara de Simone? —puntualizó Claire.

—En más de una ocasión lo he pensado. Ya no sé qué pensar. Puede que fuera un amor de juventud, una vieja amiga, una antigua compañera de trabajo o incluso estoy dispuesto a pensar que podría haber sido su amante. Ya no me sorprendería nada a estas alturas.

—De cualquier forma, debía ser alguien muy importante para él, tanto como para infiltrarse en una organización tan peligrosa como la Orden. Yo no pensaría que era su amante —Sarah intervino con tono alegre intentando quitar importancia a las palabras de Ted.

La luna brillaba menguante en el cielo despejado. Su luz apenas iluminaba la carretera solitaria que les iba dirigiendo a la supuesta localización de Carlos.

Thomas, en la llamada que hizo horas antes, advirtió de que, según los mapas por satélite, no se observaba ninguna construcción en el lugar en cuestión pero aun así decidieron ponerse en camino para averiguarlo por ellos mismos. Ted resolvió entonces compartir con sus dos compañeras algo que había sacado en claro la última vez que trasteó con los papeles de su padre.

—Según mi padre, la Orden buscaba a Simone por un hecho que le ocurrió a ella hace unos veinticinco años, algo por lo que es de especial interés para ellos y por lo que acabó siendo secuestrada tiempo después. De hecho, hoy en día, y según estos papeles, sigue estándolo. Mi padre, tras integrarse en la Orden, tuvo que pasar por una serie de rituales. Tras superarlos, fue informado de los planes que tenía esta extraña organización y de todo lo que ellos perseguían. En cuanto apareció el nombre de Simone en la conversación se dio cuenta de que había estado en el camino correcto de la investigación.

Tras las palabras de Ted, Sarah llegó a una conclusión.

—Me resulta muy sospechoso el hecho de que tu padre no haya dejado unas notas más aclaratorias. Tenemos algo de información, pero ni mucho menos es lo que necesitamos —el semblante de Sarah de repente se tornó sombrío—. Cuando alguien decide investigar un asunto, el que sea, siempre deja un completo *back up* por si acaso se pierde información por la causa que sea. Tu padre apenas robó unos documentos y una fotografía. Para ser periodista, se preocupó más bien poco de dejar constancia de cada paso en su investigación. Es más, estoy segura de que en algún

sitio debe haber algo que explique más detalladamente el transcurso de los acontecimientos.

Ted intervino.

—Siempre tuvo buena memoria. En todos los años que ejerció el periodismo jamás le vi tomar nota de nada.

—¿Incluso cuando su vida estaba en juego? —Sarah lanzó la pregunta al aire mientras observaba a los árboles desplazarse tras la ventanilla del auto.

Quedaban apenas dos horas para llegar al destino. La noche era cerrada y las carreteras se encontraban solitarias como el desierto. Sarah decidió bajar la ventanilla para refrescarse un poco. Pensar en lo que estaba ocurriendo la alteraba profundamente aunque no lo demostrara. El miedo se estaba apoderando de ella poco a poco y haciendo un ejercicio de sinceridad consigo misma, sabía que debió hacer caso a Claire cuando le ofreció quedarse en Greek Hill. Sin embargo, pensar en Nate le hacía recobrar algo de fuerza para afrontar la situación. Apenas hacía tres días que le conocía, pero había nacido un sentimiento muy fuerte entre ambos. En sus ojos veía sinceridad, honestidad y sensibilidad. No podía perdonarse no haber actuado de otro modo en la habitación del hotel. Quizá si se hubiera enfrentado al hombre que la atacó, o si hubiera gritado con todas sus fuerzas, no habría sucedido nada de todo aquello.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas y Claire se percató de ello a pesar de que estaba conduciendo. Sin mirarla siquiera, comenzó a tranquilizarla.

—Nada de esto es tu culpa. Si hay que culpar a alguien es a mí. Caí en la maraña de mentiras de Patrick cuando me prometió que volvería a ver a mi hijo. Creí en lo que me decía el chico que aparecía en el video que me envió y saqué a Carlos de prisión únicamente por satisfacer mis deseos de volver a ver a James.

—No es cuestión de culpar a nadie —intervino Ted—. Aquí estamos todos metidos por uno u otro motivo, pero tenemos el mismo fin: intentar salvar a dos personas que han sido secuestradas por unos dementes. Dejemos de buscar culpables y centrémonos en lo que está por venir.

—Tienes razón —reconoció Claire—. Intentad descansar antes de que lleguemos. Voy a aparcar en una zona que está a media hora a pie del lugar que nos indicó Thomas. Os avisaré cuando lleguemos.

Mientras conducía, los recuerdos sobre su madre y los últimos momentos vividos con su padre fueron cavando un agujero emocional, que era cada vez más grande. Hacía tan solo unas horas pensaba que su madre se encontraba viva, malviviendo pero viva, y ahora estaba haciéndose a la idea de que dejó de estarlo hace bastante tiempo. Tampoco pensó al despertar en su hotel que el día terminaría matando al miserable que ocasionó la muerte de su madre y mucho menos pensó en que se marcharía de allí con dos pistolas y abandonando a su padrastro en aquel lugar, sintiendo únicamente pena por él y no odio como todos estos años. Acarició suavemente con su mano derecha la chaqueta que vestía. Bajo ella, casi a la altura del

seno, tenía guardada la Colt Anaconda. El revólver estaba cargado al completo, con sus seis balas del calibre 44. No sabía siquiera si tendría que usarla, pero aun así tenía muy localizado el cartucho con las otras seis balas en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero. El otro se lo entregó a Ted poco antes de salir.

—Es posible que en tus manos lleves la vida de seis personas. Piénsalo mucho antes de usarla si nos vemos obligados a hacerlo —le dijo a la par que posó el revólver en su joven y endeble mano.

Aunque odiaba las armas, sabía que llevarlas era una garantía que debían tener si querían salir vivos de aquella situación. Casi sin darse cuenta y con los ronquidos de Ted inundando el interior del coche desde el asiento trasero, llegaron al lugar al que Claire se refirió poco antes. Detuvo el coche, apagó la radio y llamó a sus compañeros para que se despertaran y se prepararan para caminar hacia el lugar de las coordenadas.

Ninguno de los tres sabía muy bien cómo saldría aquello. Existían incontables condicionantes que podrían inclinar la balanza a un lado o a otro. Tenían asumido el hecho de que el lugar donde tenían preso a Carlos y a Nate estaría rodeado por un ejército de dementes seguidores de la Orden, preparados, como mínimo, al mismo nivel que Matt y Nerea; dementes que muy probablemente sabrían usar un arma y que estarían dispuestos incluso a matar por proteger tanto a Patrick como a su plan, fuera cual fuera este.

Para llegar al lugar de las coordenadas, decidieron ir campo a través. Sarah aún seguía algo adormilada. Con su pequeña mochila al hombro, se alegró muchísimo de haber elegido los zapatos deportivos de color rosa que compró antes de ir a Greek Hill. Entonces, pensaba que su estancia en su antiguo pueblo iba a ser un periodo de relax y compras tras la primera presentación de su libro. Pensó en recuperar la vieja costumbre de dar unos trotes en el parque en el que solía hacerlo, pero nada más lejos de la realidad. Jamás hubiera imaginado que sus días en el pueblo transcurrirían de la forma en que lo estaban haciendo. Mientras daba pequeños saltos para esquivar los charcos de agua que se formaron por las evidentes lluvias de hacía pocos días, iba casi rezando porque no tuvieran que enfrentarse directamente con nadie. Ya tuvo bastante con la situación vivida en su habitación del hotel. Tenía muchas ganas de que pasaran las horas y ver que todo había terminado.

Ted, mientras caminaba en silencio, se acordaba de sus padres, a la vez que maldecía no haber elegido sus zapatillas deportivas al salir de Greek Hill. El agua le calaba hasta llegar a sus pies y eso provocaba que cada paso que diera hiciera un ruido leve pero evidente. Recordaba a su madre con media sonrisa en el rostro, concretamente el día en que llegó a casa una hora más tarde de la que ella le había indicado. Su madre le regañó mucho ya que pensó que iba a pasar toda la noche fuera y eso la tenía bastante preocupada. Ted le explicó que se había entretenido con unos amigos y por eso llegó tarde. Pocos minutos después, su padre, Ryû, llegó a casa y tras cerrar la puerta le dijo a su hijo: «No deberías ir *morreándote* por ahí. Te he visto

con un chico hace diez minutos a dos manzanas de aquí». Su madre, al oír esto, no pudo hacer más que sonreír hasta que terminaron tanto su padre como su madre a carcajada limpia en medio del salón. Ted se enfadó mucho y, sonrojado a la par que avergonzado, corrió a su habitación. Ahora y mientras el agua seguía entrando en sus zapatos mojando aún más sus pies, maldijo no haberse quedado en el salón contándoles a sus padres que aquel chico, Tony Blonde, estaba ocupando su corazón cada vez con más fuerza, y que le gustaba de verdad. Ya jamás podría hacerlo.

El silencio era lo único existente entre los tres mientras caminaban. Únicamente el crujir de los matorrales bajo sus pies y el graznido de algún pájaro oculto entre las ramas de los árboles ponían banda sonora al lugar. Claire se dio cuenta de que sus dos compañeros estaban, o bien muy concentrados en la especie de misión que estaban llevando a cabo, o muy temerosos ante la incertidumbre de lo que estaba por venir. En cualquiera de los casos, decidió dirigirse a ellos.

—Aparentemente y según las palabras de Thomas, en el lugar al que vamos no hay nada. Los satélites que consultó no ofrecen imagen alguna de que una construcción se encuentre ahí. Aun así, la señal del GPS que Carlos tiene dentro llega desde ese lugar, así que debemos esperar que, en contra de lo que digan los satélites, haya algo, aunque sea bajo tierra.

—Yo solo deseo que no haya disparos. No vamos preparados para esa situación —dijo Sarah con voz entrecortada.

—No te preocupes Sarah. Tú irás en todo momento en la retaguardia. Tanto Ted como yo estaremos delante de ti, de esa manera si ocurriera algo, quedarías protegida por nosotros. De todos modos, relájate y piensa que todo va a ir bien. Esta gente son únicamente cuatro locos con aires de grandeza.

Ted prefirió no hablar, pero sabía que ni eran cuatro locos ni eran sus aires de grandeza lo que les llevaba a actuar como lo estaban haciendo. Sea lo que fuere lo que su padre investigaba, tendría que haber sido algo importante, tanto como para que decidiera comenzar una doble vida a espaldas de su familia para poder averiguarlo.

El camino estaba resultando algo más tortuoso de lo que ellos esperaban. Los numerosos socavones en el suelo indicaban la irregularidad topográfica del área. De vez en cuando tenían que sortear algún riachuelo que cruzaba frente a ellos. Era bastante complicado avanzar en ese lugar debido a la humedad del aire y a lo fangoso del terreno.

Tras bajar una colina que apenas era visible y que casi hace que cayeran rodando cuesta abajo, vieron que una enorme llanura, plana y sin accidentes geográficos se abría ante ellos. Quedaron asombrados. Fue como si se abriera la cortina de un teatro y apareciera una gran obra teatral. Pudieron observar al fondo una tenue luz naranja. Ted se alegró mucho al ver la lejana fuente de luz porque aunque no hubiera acertado con el calzado elegido sí que fue previsor a la hora de coger unos prismáticos por si acaso les era necesario. Con gesto triunfal los sacó de su maleta colgada al hombro y se los mostró a sus compañeras. Esperaba algún gesto de sorpresa de alguna de las

dos, pero fue en vano.

—Dámelos —Claire se los quitó de las manos.

Ted se limitó a entregárselos con semblante serio aunque por dentro sonreía porque sabía que su presencia allí estaba siendo útil. A través del aumento de los prismáticos, Claire pudo ver un pequeño caserón en medio de la nada. La luz naranja debía ser la que emitía una chimenea o algún fogón que hubiera dentro de la casa. Estaba hecha de madera y en la parte frontal, la que estaba frente a ellos, podía verse una puerta junto a una ventana el doble de ancha que una de medidas normales. Distinguió un porche de madera oscura con dos sillones anchos y una pequeña mesa. A Claire se le antojó como el lugar perfecto para una cerveza en las calurosas noches de verano. Al elevar la vista comprobó que, efectivamente, de la parte superior izquierda del tejado salía humo, con lo que concluyó que la luz debía ser la de una chimenea.

—¿Puedes ver a alguien? —preguntó Sarah agazapada detrás de Ted.

—No. Al menos fuera de la casa no hay nadie. Dentro de ella no tengo ni idea. De todos modos no parece un lugar donde haya decenas de personas armadas ni preparadas para un ataque —giró la cabeza y sonrió a Sarah para tranquilizarla.

Claire continuó con su inspección hasta que detrás de la ventana que había junto a la puerta de entrada pudo observar la silueta de dos personas que se movían. Parecían relajadas y sus movimientos aparentaban ser muy naturales y espontáneos. Las siluetas se detuvieron y por la postura que tenían adoptadas parecía que se habían sentado a una mesa. Esa situación, pensó Claire, no sería nada sospechosa si no fuera porque se encontraban en plena madrugada y sería demasiada casualidad que a dos personas les diera hambre a la vez, a semejante hora, en una casa aislada en medio de una llanura en el estado de Louisiana; todo ello sin contar que la vivienda no aparecía ni en los satélites ni en ningún otro sistema de geolocalización.

—Dentro hay dos personas —dijo Claire con los prismáticos en los ojos—. Acaban de sentarse en lo que parece ser una mesa y creo que están comiendo algo.

—¿A estas horas? —exclamó Ted asombrado.

—Eso mismo pienso yo —respondió ella—. Quizá sean los secuestradores de Carlos y Nate. A lo mejor están haciendo una especie de guardia y por eso están comiendo a estas horas.

—Si Nate está ahí dentro, tenemos que entrar como sea. Parece que solo son dos personas. Eso es bueno ¿no? —dijo Sarah con impaciencia en la voz.

Claire volvió a girar la cabeza y observando incrédula y con una leve sonrisa dibujada en su rostro, le dijo.

—Vaya, parece que estás animándote. Se ve que la acción despierta tus sentidos. ¿O quizá es porque pueden más tus ganas de salvar a tu novio que el miedo que puedas sentir?

Sarah intentó disimular la sonrisa que comenzó a nacer en su rostro. Decidió mirar hacia otro lado. Claire volvió a dirigirse a ella.

—Tranquila. Pronto volverás a verle. Todo esto acabará pronto.

Ted pidió a Claire que le devolviera los prismáticos y, tras observar a través de ellos durante un par de minutos, ideó un plan.

—La casa no tiene vegetación alguna en un diámetro de trescientos metros. Está completamente al descubierto, con lo cual, si nos acercamos de forma frontal, seríamos vistos en cuestión de segundos. Creo que podríamos rodearla ocultándonos en las rocas que bordean el cerco a la casa hasta situarnos en la cara contraria a la que estamos ahora. Si no hay ventanas allí, será el lugar perfecto para acercarnos a la casa e intentar entrar —meditó durante un segundo y después continuó—. Si por el contrario existe alguna ventana tan amplia como la que tenemos delante, estaríamos en la misma situación que ahora.

—Por qué no intentamos colocarnos en un lateral y, si vemos que es imposible, ya lo intentamos como estás diciendo —propuso Claire.

Tras pensarlo durante unos segundos, Ted respondió.

—Tienes razón. Además, estoy seguro de que en el lado izquierdo de la casa se encuentra la chimenea. Si observas bien, el humo sale justo de esa zona de la casa. Lo lógico sería que en la pared donde está la chimenea no hubiera ventanas. Sería el lugar perfecto para acercarse a la casa sin ser vistos.

El viento sopló entre las ramas de los árboles, haciendo que algunas hojas cayeran sobre sus cabezas. Otras se separaron del resto y quedaron esparcidas unos metros más adelante. Al ver esto, Sarah tuvo una idea.

—¿Y por qué no nos separamos y abarcamos más área entre todos? Tras oírla, quedaron pensativos durante unos segundos.

—¿Estás segura de eso? —respondió Claire sorprendida—. Sarah, si nos vieran y termináramos enfrentándonos a ellos, estarías completamente desprotegida y a su merced. Separarnos no es una opción.

Sarah agachó la cabeza sabiendo que Claire tenía razón. Una vez más, su intento de ayudar quedó como algo ridículo. No podía dejar de sentirse una carga para todos.

—Debemos acercarnos cuanto antes. Rodeemos la casa sin perder de vista la chimenea y nos detendremos justo enfrente de la pared del lado izquierdo —dijo Claire comandando al grupo.

Comenzaron a desplazarse de forma silenciosa. A pesar de que se encontraban a ciento cincuenta metros de distancia de la casa, debían ser cautos. No sabían si había trampas, o sensores o cualquier otro mecanismo que delatara su posición, ni siquiera si tenían perros guardianes que estuvieran pendientes de cualquier movimiento en el exterior. Estaban a ciegas y cualquier medida de precaución era poca.

Pasados unos minutos, se encontraron frente a la cara oeste de la casa y, efectivamente, no existía ventana alguna. Claire usó de nuevo los prismáticos y comprobó que tal y como pensaron, la chimenea se situaba justo tras aquella pared. Todo estaba saliendo según lo planeado. Claire se dirigió a Ted y a Sarah para dejar clara una estrategia.

—Pues creo que ha llegado el momento de entrar en acción. Yo iré delante y detrás de mí irá Ted. Sarah tu irás detrás de Ted, a no mucha distancia, pero sin entorpecerle en sus movimientos. Estarás pendiente por si ves algún movimiento extraño y vigilarás la retaguardia avisándonos si ves algo fuera de lugar.

El agobio se apoderó de la joven escritora. Se estaba convirtiendo en una carga, y eso era precisamente lo último que deseaba ser. De repente recordó cuando se sentía alguien importante porque iba a publicar su primer libro. «Una chica joven, de Manhattan, publica su primera novela con la atención de los principales foros literarios sobre ella». Ahora se sentía tan pequeña que comprendió que la grandeza de alguien dependía del momento y el lugar, además de la propia persona en sí. Entendió que un tiburón es temible bajo el mar, pero no fuera de él. Se le ocurrió una idea para ser útil y facilitar así la tarea de sus compañeros.

—¿Has entendido Sarah? —repitió Claire.

—Sí, sí. Claro...

Lentamente, comenzaron a caminar hacia la casa. La luna les observaba, convirtiéndose en el único testigo del avance de sus pasos. El terreno era más firme que el que pisaron antes de llegar a aquel lugar. Parecía que allí la humedad no existía. Paso a paso fueron acercándose a la pared de la casa. Claire tenía la vista puesta al frente. Sus ojos no se apartaron en ningún momento de la chimenea y de vez en cuando lanzaba una mirada de soslayo a la esquina que daba a la parte donde se encontraba la puerta principal. El corazón les latía a todos con fuerza. Cuando Claire llegó al lugar donde pretendían, se acercó lo máximo que pudo y se giró para apoyar su espalda con la pared. Un segundo después llegó Ted e hizo lo mismo. Los dos se miraron y observaron el camino que habían recorrido, pero no vieron a Sarah por ninguna parte.

—¿Dónde está Sarah? —preguntó Claire a su compañero con los ojos muy abiertos.

—No sé. Venía justo detrás de mí. No puede haber ido muy lejos.

Tanto Claire como Ted miraban a su alrededor, a un lado y a otro, buscando a la joven sin resultado alguno. Quedaron en completo silencio hasta que oyeron unos golpes sobre una madera a pocos metros de su posición. Horrorizados, se dieron cuenta de que venían de la parte donde se encontraba la puerta de entrada. Se acercaron lentamente a la esquina y, asomándose cuidadosamente, vieron a Sarah llamando a la puerta.

Su aspecto había cambiado completamente en tan solo unos segundos. Su pelo estaba alborotado, sus ropas manchadas de tierra, y la cara reflejaba tristeza y pena. Por lo visto, Sarah tenía dotes interpretativas hasta entonces desconocidas por los demás e iba a hacer gala de ellas.

—¿Qué hace? —gritó Ted mientras miraba a Claire.

La mujer le tapó la boca para evitar ser descubiertos ante el elevado volumen de su voz.

—Cállate. La muy cabezota no podía quedarse quieta. Nos está dando tiempo ¿o no lo ves? Estoy segura de que quiere distraer a los ocupantes de la casa para que podamos entrar desde la ventana de atrás, si es que hay alguna.

—¿Porqué hace lo que le da la gana? —dijo Ted sin creer lo que estaba sucediendo.

—Se le ha ocurrido ese plan mientras nos seguía y ha decidido llevarlo a cabo sin consultarnos. Aunque no estemos de acuerdo en lo que hace, cosa que efectivamente es así, ya está hecho y no hay nada más que hacer.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Debemos ir a la parte trasera e intentar colarnos en la casa de algún modo. Deseaban quedarse en aquel lugar para ver cómo actuaba Sarah cuando abrieran la puerta pero el tiempo apremiaba, así que lentamente se dirigieron a la parte opuesta. Mientras lo hacían, oyeron que la puerta se había abierto. Desearon fervientemente que fuera cual fuera el plan de Sarah, diera resultado.

—Buenas... noches... —Sarah habló con voz entrecortada.

Un hombre de aspecto rudo abrió la puerta. Vestía un peto vaquero sobre una camisa a cuadros de colores rojo y negro, y calzaba unas botas de un tamaño bastante más grande de lo normal. Sobre su cuello colgaba una gruesa cadena de plata con dos chapas que parecían militares unidas a ella. Su cara estaba llena de vello, su barba era muy poblada, cerrada y de color blanco, y dos profundas cejas del mismo color casi enterraban dos pequeños ojos marrones que se sorprendieron con notoriedad al ver a esa chica sucia y aparentemente agotada frente a su puerta. Se acercó a ella y con sus gruesas y ásperas manos la agarró por los hombros.

—Hola... ¿Qué te ha pasado hija? ¿Te encuentras bien? —dijo exclamado el hombre mientras la hizo entrar en la casa—. Entra a casa...

La puerta se cerró, y tanto Claire como Ted pudieron oírlo. Afortunadamente, en la parte trasera de la casa había una ventana que era del mismo tamaño que la vista junto a la puerta. Situados debajo de ella, decidieron asomarse cuidadosamente para observar el interior de la casa. La ventana daba a una amplia cocina. Dentro no se observaba movimiento alguno, por lo que Ted, nervioso al no poder saber qué estaba siendo de Sarah, decidió intentar abrir la ventana. Claire instintivamente desenfundó su arma y decidió no frenar a Ted. Ya era hora de actuar. Con ambas manos, empujó suavemente hacia arriba, y para alegría de ambos, la lámina de la ventana subió sin ofrecer ninguna resistencia. Abrieron el hueco justo y necesario para que cupieran los dos, y sigilosamente entraron en la cocina de la casa.

Cuando se encontraron dentro, quedaron en silencio para ver si había alguna reacción a su allanamiento. Pudieron oír la voz de Sarah y la de otra persona más hablando desde el salón, que se encontraba tras la pared de la cocina.

—Tres hombres me han violado y no tenía donde ir. Me llevaron dentro de un coche y después de que lo hicieran los tres, me han soltado cerca de aquí como si fuera un perro —relataba Sarah con asombrosa convicción casi soltando lágrimas.

—Es muy extraño. Apenas pasan coches por la zona y la carretera más cercana está a media hora a pie de aquí. ¿Te apetece algo? ¿Una infusión quizá? —dijo el hombre con aquella voz profunda.

—No gracias. Solo quiero entrar en calor... —se acercó levemente a la chimenea.

El hombre, que aparentaba unos sesenta y cinco años, le echó una gruesa manta sobre los hombros y la arropó levemente mientras la colocó frente a las llamas. Sarah se encontraba extrañada y muy confundida. Aquella persona, a pesar del aspecto tan tosco que presentaba, estaba siendo muy agradable con ella. ¿Realmente era aquel lugar el que marcaban las coordenadas del GPS? Más bien parecía la casa de retiro de alguien que ha trabajado toda su vida.

Tras la pared, Claire y Ted intentaban aclararse las ideas. Al igual que Sarah, no entendían nada. Además del hombre, en la estancia había otra persona que les acompañaba, pero desde la posición de ellos no podían distinguir de quién se trataba ni adivinar su aspecto. Decidieron no actuar y esperaron a que Sarah continuara hablando. Quizá de ese modo averiguarían más cosas que si irrumpían en el salón, asustando a los allí presentes.

—¿Viven solos aquí? —Sarah se propuso intentar conseguir información de aquellas personas.

—Actualmente sí. Antes vivía nuestro hijo con nosotros pero se marchó hace mucho.

—Vaya... —Sarah no sabía qué decir.

De repente soltó una pregunta que tenía bastante sentido para ella pero que no era apropiada ni en ese momento ni en aquellas circunstancias.

—¿Tienen sótano? —se le ocurrió pensar que podrían esconder a Carlos y a Nate en algún tipo de sótano o búnker.

El hombre quedó sorprendido ante la pregunta de la joven. No entendía por qué había dicho eso, pero aun así no dudó en contestarle.

—No. En esta casa no hay sótano. Tampoco ático. Mi esposa está enferma y decidimos vivir en una casa de una sola planta para que ella tuviera más movilidad.

Claire y Ted no conseguían salir de su asombro. El hombre que hablaba con Sarah parecía alguien muy cálido y cariñoso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre mientras se levantaba del sillón.

—Me llamo Sarah —decidió no dar su nombre completo por si acaso había leído algo sobre su libro en la prensa.

—Muy bien Sarah, ¿de verdad que no te apetece una infusión o algo? Así me vas contando cosas sobre ti hasta que consigas relajarte un poco más.

Sarah se asustó. Sabía que la cocina estaba al otro lado de la pared del salón y que allí seguramente estarían Claire y Ted si lograron encontrar una forma de entrar. Se puso muy nerviosa al no saber qué responder.

—Eh... no. No se preocupe. Únicamente quiero tranquilizarme un poco y cuando me encuentre algo más recuperada y haya descansado algo, con su permiso, iré a la comisaría más cercana.

—Eso está muy lejos de aquí muchacha. Quédate con nosotros un rato. Has tenido mucha suerte. Todas las madrugadas a esta hora tenemos que despertarnos, tanto mi mujer como yo, para que se tome su medicina: dos pastillas cada cinco horas. De no hacerlo, podría entrar en colapso. Podríamos llevarnos un gran susto como el que sufrimos hace dos meses cuando las pilas del despertador se agotaron y no nos dimos cuenta. Si hubieras venido algo más tarde o quizá más temprano habríamos estado durmiendo y, con lo sordos que estamos ya, no creo que hubiéramos oído la puerta.

Efectivamente, ambos usaban aparatos de audición, como pudo observar Sarah. Sus ojos se posaron sobre la esposa de aquel señor y comenzó a observarla con más detenimiento. La mujer debía tener la misma edad que él, pero sin embargo aparentaba mucho más. Se apreciaba que la enfermedad la estaba demacrando. No tenía pelo en la cabeza, que no obstante se cubría con un suave y bonito pañuelo de color marrón en múltiples tonalidades. Sus ojos eran casi opacos y su boca esbozó una leve sonrisa que aparentemente le estaba costando mucho esfuerzo mantener. Sarah supuso que estaba enferma de cáncer, aunque obviamente desconocía de qué tipo. Quizá no fuera ni siquiera esa la enfermedad que la estaba consumiendo, pero lo que sí tenía claro era que esas personas no tenían nada que ver con la desaparición de Carlos y Nate. Aun así, debía averiguar el motivo por el que las coordenadas del GPS de Carlos le habían llevado hasta aquel lugar.

—Dice usted que su hijo vivía antes aquí con vosotros —Sarah buscó desesperadamente hablar de algún tema.

—Sí. Antes éramos nosotros dos y él. Vivíamos en una ciudad cerca de aquí, pero pensamos que criar a nuestro hijo en plena naturaleza sería más saludable para él y

también para mi mujer. Lamentablemente, nos equivocamos por completo —dijo con un tono serio.

—¿Por qué dice eso? Este es un lugar fantástico para criar a un niño.

—Cuando mi hijo fue creciendo, observamos que sus intereses no eran como los de cualquier chico de su edad. Intentamos decirle que sus creencias y sus ideas no eran muy sanas y le insistimos en que intentara cambiar de compañías.

—¿Acaso no se rodeaba de buenas personas?

—Nuestro hijo comenzó a relacionarse con gente extraña y de extrañas creencias. Un día vimos que quitó todas las fotos que tenía en su habitación y las reemplazó con unos posters demasiado perturbadores. En ellos se veía la figura del demonio, gente mutilada y cosas parecidas. Comenzó a oír música extraña cuyas letras hablaban de Satán y su comportamiento respecto a nosotros y en sus estudios cambiaron de forma radical.

—Hay edades en que los chicos pasan por diferentes etapas antes de encontrar una identidad definida. Es lógico.

—Quizá tengas razón. Cuando cumplió los veinte años, hace ahora veinticinco, decidió marcharse de casa y desde entonces le hemos visto muy pocas veces. Él nos suministra periódicamente el medicamento para mi esposa —el hombre quedó callado y con la mirada sobre las llamas crecientes, como callando algo—. Es por lo que procuramos tenerle siempre contento.

Al decir esas palabras, la esposa del señor comenzó a temblar levemente. Intentó decir algo pero su escasa fuerza vital impidió que sonara algo con claridad suficiente. El hombre se acercó a ella y la tranquilizó besándole en la frente.

—Ya está. No pasa nada. Él no se enfadará jamás con nosotros.

Miró a Sarah fijamente a los ojos y le confesó.

—Si nuestro hijo está contento, mi esposa seguirá viviendo. Si se enfurece, podría pasar cualquier cosa...

Sarah quedó muy sorprendida ante la reacción de la mujer y el cambio tan drástico en el tono de las palabras del hombre. Quiso saber más sobre él y su hijo.

—Disculpe, pero ¿cómo se llama usted?

—Me llamo Henry Kent, y ella es mi esposa Bella Kent.

Tras la pared que daba a la cocina, Claire y Ted no reaccionaban. Nada estaba sucediendo como esperaban y la actitud de esas dos personas cada vez vestía de más irrealidad la situación. Claire se giró hacia Ted y a un volumen extremadamente bajo le dijo al oído.

—Me da igual quienes son esta gente. La señal viene de aquí y eso debe ser por algo. Sarah se está desenvolviendo perfectamente sola, pero aquí escondidos no vamos a encontrar nada. Salgamos de nuevo y busquemos en el exterior alguna entrada a un sótano o lo que sea. Estoy segura de que en contra de lo que está diciendo este hombre, debe existir algún sitio oculto muy cerca de aquí. Sin duda, intentan proteger algo.

Ted asintió con la cabeza y ambos salieron de la casa cuidadosamente por la misma ventana por la que entraron minutos atrás.

En el salón, Sarah seguía hablando con el hombre. En su interior sentía que algo estaba por ocurrir. Su intuición jamás le había fallado y esa especie de sentido arácnido propio de Peter Parker que poseía, estaba activado y alerta. Aun así, en su afán por conseguir cuanta más información posible, continuó su conversación.

—Y dígame Henry, ¿por qué insiste tanto en tener a su hijo contento?

De nuevo la mujer comenzó a temblar, pero esta vez de sus ojos brotaron lágrimas. Henry habló entrecortadamente.

—Si hacemos lo que nos dice y mantenemos sus secretos guardados, nos continuará dando el medicamento de mi esposa, de su propia madre. Sino... —no pudo continuar la frase.

Sarah quedó horrorizada ante la historia que estaba contándole ese hombre. Su marcado carácter empático hizo que sintiera una gran compasión por ese matrimonio y sin pensarlo se acercó a la mujer y la tomó de la mano. La miró y le brindó la más sincera de sus sonrisas.

—Si supiera usted lo diferente que me esperaba esta conversación... —le dijo mientras le miraba a los ojos.

Después se volvió hacia el hombre y actuó de la misma forma. Le tomó la gruesa y encallada mano y la apretó levemente. El hombre le devolvió la mirada sorprendido y agradecido al mismo tiempo. Henry intentó no derrumbarse y no llorar delante de aquella hermosa joven, pero le estaba resultando imposible. Sarah decidió tranquilizarle.

—No se preocupe. Quizá yo pueda ayudarle. Mis padres son médicos y trabajan en un buen hospital. Si hablo con ellos, a lo mejor pueda ayudarlos. No tendrán que seguir soportando ese vergonzoso chantaje que su hijo está ejerciendo sobre vosotros.

—Mi hijo jamás dejará que nos vayamos de aquí. En este lugar residen sus más importantes secretos. Aquí se encuentra su fortaleza y también sus debilidades —volvió a mirar al fuego crepitar—. Muchas gracias hija, pero Patrick jamás dejará que salgamos de aquí.

Un manto de miedo y terror cubrió a Sarah por completo al oír ese nombre, haciendo que sus sentidos quedaran anulados y todo su cuerpo quedara paralizado, casi sin sangre.

Mientras cargaba a Nate sobre sus hombros, Matt pasó junto a Carlos casi rozándole. Nate se encontraba a punto de perder la conciencia, pero antes de hacerlo consiguió levantar la mirada para observar durante un leve instante a Carlos. Sonrió al saber que era la persona que tanto deseaba encontrar. Tras eso, quedó sumido en un profundo sueño.

Carlos quedó mudo, inmóvil. Ver a esa persona había despertado en él una serie de emociones y sensaciones que no tenían razón de ser. Su cerebro comenzó a bullir en memorias, recuerdos, anhelos, alegrías y penas. A cada segundo que transcurría se sentía más desconcertado. Mientras navegaba en esa repentina vida que se abrió en su mente, la voz de Patrick interrumpió su onírico estado.

—Vamos. He dicho que comencéis a caminar. Cuanto antes lleguemos a la biblioteca antes podré irme a dormir. Mañana tenemos que estar completamente descansados.

Sobresaltado, Carlos miró a James, y juntos comenzaron a caminar en una dirección indeterminada. Únicamente debían seguir a Matt, que continuaba cargando a Nate sobre sus hombros. Tras ellos se encontraba Patrick, que se aseguraba, pistola en mano, de que nadie se desviara de la ruta a seguir.

Tras abandonar la estancia donde estaba la entrada a las jaulas y la silla ensangrentada, subieron una escalera de caracol aparentemente muy antigua. Sus peldaños eran más pequeños de lo habitual, lo que dificultaba el ascenso de Matt y Nate. La humedad de las paredes había provocado que en la unión entre los ladrillos naciese una especie de musgo que despedía un olor bastante desagradable.

Mientras subían, la luz natural fue inundando poco a poco los sentidos de todos los presentes. Deslumbrados a causa de la falta de iluminación que ambos habían sufrido durante tanto tiempo al estar encerrados, tanto Carlos como James tuvieron que cerrar violentamente los ojos al salir al exterior. Sorprendidos, se dieron cuenta de que no era el sol lo que les estaba cegando, sino la luz de una enorme luna llena. A pesar de ser de madrugada, sus ojos creyeron que se encontraban a plena luz del día.

El lugar donde habían estado metidos estaba situado en medio de un gran jardín totalmente vallado y poblado por numerosos árboles. Continuaron caminando, siempre siguiendo a Matt.

Carlos, un gran amante de la naturaleza, pudo identificar aquellos árboles del jardín como una pacana, árbol típico que habita en el estado de Texas. Recordó también que ese árbol se convirtió en el símbolo del estado en el año 1906, por el entonces gobernador Stephen James Hogg. Fue de esa forma como Carlos pudo adivinar dónde se encontraban. Una vez más, los conocimientos adquiridos por su afición a la lectura y su gusto por lo natural, le habían facilitado las cosas.

Mientras caminaban por el jardín, tanto Carlos como James observaron que ante

ellos se erguía una casa que más bien parecía una mansión que otra cosa. Tenía tres plantas, cuatro si contábamos un posible sótano. La casa era de un marcado estilo Victoriano, al menos en lo respectivo a su fachada. Siguieron caminando y cuando se encontraron a unos treinta metros de la entrada, Patrick ordenó que se detuvieran todos a excepción de Matt, que continuó su camino hasta el interior de la imponente mansión con Nate a cuestas.

—Antes de entrar os tengo que informar sobre una cosa. Sé que no entendéis nada de lo que está ocurriendo. No os preocupéis porque las respuestas están más cerca de lo que creéis.

—Tiene usted una casa muy bonita Patrick. Espero que no nos hayamos perdido la cena —dijo Carlos con sorna.

—Tengo curiosidad por ver si en el momento de tu muerte vas a seguir conservando esa sonrisa estúpida que tienes —respondió Patrick con una mirada cargada de odio.

A Carlos no le quedó otro remedio que ponerse serio y decidió dejar a un lado esa actitud, que por otro lado le ayudaba a afrontar situaciones tensas como aquella. El asunto había cambiado de cariz en el momento en que Patrick comenzó a hablar de su muerte y seguramente también la de su compañero. Fue en ese preciso instante cuando empezó a agobiarse y a ver que, efectivamente, si nada ocurría en las próximas horas, algo muy desagradable iba pasarles. A esas alturas, ya bien poco le importaban las respuestas que Patrick pudiera darle respecto a todo.

James levantó la vista y miró con una mirada triste y cansada a la persona que le apuntaba. Patrick se percató de ello y se dirigió a él.

—James, llevas aquí con nosotros cuatro años. La búsqueda ha sido dura y lenta pero pronto todo acabará. Afortunadamente la adquisición de Carlos y Nate ha sucedido de forma rápida.

La respuesta de James se hizo esperar, pero tras unos segundos, encontró las palabras que deseaba utilizar.

—Llevo aquí más tiempo del que puedo recordar. Tú dices que son cuatro años, pero para mí han sido veinte. Me habéis torturado, me habéis golpeado, me habéis tratado como a un perro. Os he contado todo lo que recordaba del Mundo Rojo, todo lo que recordaba como hijo de Peter y Claire Peterson. Os facilité datos sobre mi lugar de residencia y todo lo relacionado con mi familia; y yo jamás me he revelado ni me he vuelto contra vosotros. Siempre he sabido que era más importante conservar la vida que perderla en un tonto arrebato —mientras hablaba, cerraba los puños con fuerza y mantenía la mirada clavada en Patrick—. He conseguido luchar por mi vida hasta este día. El llamado por ti «Día de la evidencia». Jamás supe a qué te referías con eso, pero parece ser que pronto saldré de dudas. Dices que ya falta poco para que todo esto acabe. Yo quiero que lo haga ahora pues sé que nunca podré recuperar mi antigua vida, así que si tienes que matarme Patrick, te ruego... ¡te exijo que sea ya! ¡Ahora mismo!

Patrick, sorprendido, no imaginó jamás ese discurso del hasta entonces dócil y callado James. Sabía que podría haber sido peor. Podría haberse vuelto en su contra violentamente en aquel momento o en cualquier otro a lo largo de todo ese tiempo, pero no fue así. Por otro lado, pensó que la persona con la pistola no era nadie más que él, así que si James adoptaba por el contrario una actitud negativa, tenía cómo acabar con la situación, aunque eso significase tener que buscarle de nuevo. Volvió a dirigirse a James, esta vez en un tono más compasivo.

—Tu contribución a nuestro plan jamás se podrá reconocer lo suficiente.

Fuiste el primero y serás siempre el más especial para nosotros. Fuiste la persona que nos devolvió la ilusión en la consecución de nuestras metas como buscadores de la evidencia de *su* existencia. Todo eso, sin duda, tendrá su recompensa.

Instintivamente, Patrick elevó un poco más su arma y tensó el brazo intentando demostrar quién era el que mandaba. Carlos, también desconcertado ante las palabras de James, consiguió desconectar y durante un par de segundos pudo observar un poco más el entorno.

A ambos lados de la mansión, separados a unos treinta metros de ella, se alzaban dos torretas de vigilancia de unos quince metros de altura cada una, ambas equipadas con dos potentes focos y una persona encargada de hacer un barrido por el amplio jardín cada ciertos segundos. De esa forma, ni un centímetro quedaba sin bañar por el potente haz de luz, lo que aseguraba que ningún elemento extraño podía acceder al terreno sin antes ser visto y ningún elemento conocido podía abandonar el lugar sin ser descubierto. El recinto estaba vallado y seguramente también electrificado, en lo que se adivinaba era un amplio terreno que Carlos calculó en unos cuatro mil metros cuadrados.

Patrick dio un paso al frente e indicó a los dos sujetos que continuasen con la marcha. Así lo hicieron y lentamente fueron acercándose a la mansión victoriana. A falta de treinta metros para llegar a la puerta, Carlos observó que les esperaban dos hombres uniformados exactamente igual al resto y con el mismo símbolo en la solapa. Iban armados con una especie de rifle de corta distancia colgado al hombro. Carlos se fijó que el terreno alrededor de la casa no era césped como en el resto del lugar, sino que se trataba de grava un poco más gruesa de lo normal. Sin pensarlo demasiado se detuvo haciendo que Patrick y James hicieran lo mismo. Patrick no tardó en increparle por su actitud.

—¿Te he dicho acaso que podías detenerte? ¡Sigue caminando!

Carlos se volvió y le miró fijamente a los ojos. Sabía que los dos hombres que custodiaban la entrada tardarían al menos dos segundos en ponerse en posición de disparo si se daba la ocasión. También sabía que los que estaban con los focos tardarían dos o tres segundos en hacer lo mismo. Carlos, con toda esa información en constante análisis decidió que, puestos a morir, debía al menos intentar algo.

Esbozó una leve sonrisa y dio una fuerte patada a la grava del suelo haciendo que una enorme nube de polvo y piedras se levantaran e impactaran contra la cara de

Patrick que se vio sorprendido ante lo inesperado de lo sucedido. Aprovechando esto, Carlos se lanzó hacia su captor y lo cogió del cuello para después lanzarse de espaldas al suelo haciendo que Patrick quedara sobre él. Mientras caían, consiguió hacerse con la pistola y apuntó directamente a la cabeza del otro.

Tanto los que estaban en las torres de vigilancia como los que velaban por la entrada a la mansión ya tenían desenfundadas sus armas, pero ninguno se atrevía a disparar. Todos apuntaban a Carlos pero Patrick estaba sobre él, así que eso hacía imposible un ataque directo.

—¡Si me disparáis matareis a vuestro querido líder! ¡Bajad las armas ahora mismo o me encargaré de hacerlo yo mismo! —gritó con voz autoritaria.

—No sé qué intentas hacer pero saldrá mal —dijo Patrick intentando aparentar seguridad.

—Ya escapé una vez de tus hombres. Puedo volver a hacerlo. Solo calla y observa —le dijo al oído.

James contempló atónito la escena. Su carácter afable y pacífico le impedía moverse. No quería salir perjudicado de todo aquello, así que decidió arrodillarse en el suelo y echarse las manos a la cabeza. Carlos le gritó impotente.

—¡Que haces gilipollas! ¡Vete de aquí! ¡Huye!

Patrick le miró fijamente.

—No tienes por qué hacerlo James. Sabes que no conseguirás ir muy lejos. Ya os hemos encontrado a los tres y podríamos volver a hacerlo. No puedes detener lo que ya ha comenzado.

James miró a los dos hombres, cada uno con sus propios argumentos. Finalmente se animó a tomar partido en la situación.

—Tienes razón Patrick. No puedo detener lo comenzado... pero puedo ralentizarlo... —mientras hablaba fue levantándose lentamente y se dirigió hacia los dos—. Carlos voy a hacerte caso y huiré de aquí, pero contigo.

Cuando estuvo junto a ellos, James se agachó y ayudó a Carlos a levantarse con mucho cuidado. Mientras su compañero de celda agarraba a Patrick por detrás y le apuntaba a la cabeza con el arma, James se colocó a su espalda de modo que Carlos quedase entre él y Patrick.

—Saldremos de aquí los dos juntos o ninguno lo hará —repitió el joven. La salida se encontraba en sentido opuesto a la entrada de la casa. Lentamente comenzaron a caminar en bloque en esa dirección mientras miraban a todos lados buscando cualquier amenaza para ellos. Patrick, indignado, comenzó a gritar.

—¡Inútiles! ¡No sé para qué os pago! —intentaba revolverse para zafarse de Carlos, pero a pesar de su gran corpulencia, el expresidiario le tenía bien agarrado—  
¿¡Nadie es capaz de darle un tiro certero a alguno de estos dos imbéciles aunque sea en una pierna!?

Pasaron cerca de las torres con los focos y los que allí estaban apostados continuaron apuntando fijamente a los tres. A pesar de los gritos de su líder y de lo

aparentemente fácil que era disparar a alguno de ellos en la pierna o el hombro, ninguno de los hombres se atrevía a apretar el gatillo. James se percató de ello y sonrió mientras hablaba en voz alta.

—Todos vosotros me habéis dado palizas durante cuatro años y ahora no os atrevéis a dispararme. Qué irónica es la vida. Por lo que veo, se os estaba permitido golpearme hasta partirme todos mis huesos pero no podéis matarme —rió al sentir que por una vez era él quien dominaba la situación—. Y yo pensando que todos vosotros erais soldados o mercenarios y resulta que no sois más que escoria demente.

Los hombres rebosaban furia ante las palabras del joven. Efectivamente, sabían que si alguno de ellos moría, lo pagarían con su vida. Nadie podía hacer nada ante la situación que tenían delante, así que se limitaron a seguir apuntándoles a pesar de los gritos de Patrick, que se dirigió hacia James y Carlos mientras los dos seguían avanzando con paso firme hacia la salida del complejo.

—Si continuáis con esto será mucho peor para vosotros. Debéis hacerme caso. Formáis parte de algo muy grande que nunca podréis llegar a entender. Estoy seguro de que cuando os lo explique acabaréis por encontrarle el sentido a todo.

Carlos entró casi en cólera.

—¿Cómo pretendes que le encuentre sentido al secuestro de James y mío, y a las palizas recibidas a manos de tus hombres? No intentes convencernos de algo que no tiene razón de ser Patrick. Reza porque no se me escape el dedo sobre el gatillo.

James continuó pegado a la espalda de Carlos mientras observaba con ansias la puerta que simbolizaba su libertad. Jamás pensó en que volvería a cruzarla para ser libre y cada vez estaba más cerca de conseguirlo. Sin dejar de mirar al frente se dirigió a Carlos.

—Si lo conseguimos, te deberé la vida... No sé si algún día podré pagártelo.

—Deja los agradecimientos para cuando estemos en Hawaii en una tumbona y recordando el olor a sudor que se gastaba el viejo de Patrick. Antes estas palabras, Patrick intervino, ya sin miramientos.

—Ya es suficiente. No vais a ir a ninguna parte pero no os queréis enterar de ello.

—Déjalo, viejo. Has perdido y tendrías que asumirlo ya. En pocos minutos James y yo estaremos huyendo de aquí y tu estarás... no he decidido todavía si vivo o muerto. Según como me toques las pelotas de aquí hasta que salgamos por la puerta.

Patrick comenzó a sonreír mientras continuaba caminando de espaldas. Colocó sus dos grandes manos sobre el antebrazo de Carlos e intentó que se detuviera pero no lo consiguió. Cuando vio que no tenía más opciones, decidió usar su última carta contra ellos dos.

—Si me matáis, jamás podréis saber nada sobre vosotros. Ni de dónde venís, ni el motivo de que seáis especiales para nosotros, ni cuál es el nombre de vuestra madre —calló dos segundos para coger algo de aire—. James... Stefan... Más allá de esa puerta os esperan más de veinte hombres armados. Están ahí precisamente por si a alguien se le ocurre hacer algo parecido a lo que ambos estáis haciendo. No tenéis

forma de salir airosos de todo esto, así que os recomiendo que me soltéis y que entremos en la casa tranquilamente para que todo pueda acabar pronto.

Carlos, ante las dudas que sembraba en él el hecho de que ese hombre le llamara Stefan, y al recordar lo que sintió cuando vio aparecer a Nate sobre los hombros de Matt, se detuvo sin antes avisar a James, haciendo que este se separara de él únicamente dos pasos, los suficientes para que uno de los hombres apostados detrás de un árbol de pacana tras la puerta de salida lanzara un disparo que impactó directamente en la pierna izquierda de Carlos haciendo que este cayera de bruces contra el suelo.

Patrick se zafó rápidamente de él e inmediatamente recuperó su pistola. James quedó de nuevo paralizado y su reacción no fue otra que la de socorrer a Carlos que estaba en el suelo gritando de dolor mientras se retorció y sangraba.

—Carlos ¿estás bien? Cálmate por favor. Ahora te atenderán —le decía mientras le tapaba la herida con su camiseta.

Patrick miró a ambos y habló con desprecio.

—Y una mierda le vamos a atender —señaló al hombre que había disparado y le indicó que se dirigiera al lugar donde estaban ellos—. Coge al gracioso de turno que yo me llevo a este —dijo señalando a James.

Le agarró por el cuello y lo arrastró hacia la entrada de la mansión. Antes de entrar se oyó la voz de Carlos gritar.

—¿¡Por qué diablos me llamas Stefan!?

—Sencillamente, porque es tu auténtico nombre.

De su boca había salido el nombre de Patrick. No cabía la menor duda. Sarah intentó aferrarse a lo poco que quedaba de coherente en todo aquello, pero de nada le sirvió para intentar sobreponerse al torbellino de sentimientos que inundó todo su ser.

Acababa de descubrir que Patrick era hijo de esas dos buenas personas y que estaba amenazando a sus padres con no dar la medicación necesaria para que su madre no muriera si a alguno se les ocurría abandonar ese lugar o si sus secretos mejor guardados eran descubiertos. De inmediato Sarah determinó que esos secretos debían ser referentes a la Orden.

—¿Ha dicho usted... Patrick?

—Sí. Mi hijo se llama así.

Los ojos de Sarah se abrieron evidenciando su sorpresa. Henry se percató de ello y se acercó lentamente a ella.

—¿Qué te ocurre? Te has puesto algo pálida.

—No... nada. No se preocupe. Simplemente he recordado una cosa.

Sarah se incorporó y comenzó a caminar en círculos por el salón en el que se encontraban. Mientras lo hacía, miraba fijamente al suelo, y sin darse cuenta comenzó a murmurar.

—Si la señal del GPS de Carlos nos ha traído aquí, debería significar que está retenido en este lugar. Si eso es verdad, esta pareja está mintiéndome... o quizá no.

Al darse cuenta de que hablaba en voz alta calló repentinamente. El hombre se levantó con actitud seria y se acercó a ella. La cogió por los hombros y le habló directamente a los ojos.

—Creo que no estás aquí por casualidad. Creo que vienes buscando algo pero siento decirte que no puedo dártelo. He oído cómo decías que te hemos mentido y puedo asegurarte que no es así.

—Siento mucho haber dicho eso —dijo Sarah con un atisbo de terror en sus ojos—. No esperaba que Patrick fuese su hijo...

El silencio sonó en la casa hasta que Henry soltó los hombros de Sarah y volvió al sofá junto a su mujer. Una vez allí, volvió a mirar a la joven.

—Dime. ¿A qué has venido realmente?

Sarah decidió entonces dejar de fingir y prefirió sincerarse ante esas dos personas, aunque no le contaría que había venido acompañada. Era mejor esperar para ver qué descubrían Claire y Ted.

—Si no me equivoco, su hijo tiene secuestrado a dos personas que me importan. He venido para obtener respuestas y porque pensé que se encontraban aquí junto a Patrick.

Henry se llevó las manos a la boca ahogando un grito. Su mujer intentó hacer lo mismo pero al no poder moverse, únicamente le quedó la posibilidad de abrir los

ojos, y a pesar de que no podía articular palabra, lanzó un grito de una forma desgarradora casi gutural. Tras unos segundos, el hombre se recompuso y pudo entonces hablar.

—Al final lo ha hecho... Pensaba que eran los delirios de alguien enfermo.

Jamás imaginé que intentara llevar a cabo sus fantasías satánicas —miró a su mujer—. Lo está haciendo Bella... Nuestro hijo cree que puede traerle, que puede acabar con todo, y está haciendo daño a otras personas para conseguirlo...

Los llantos y lamentos se sucedieron uno tras otro. Sarah intentó en varias ocasiones acercarse a ellos pero no conseguía dar con las palabras exactas que consolaran a ese par de personas vapuleadas por la vida.

En el exterior, y tras unos minutos oyendo la conversación que se estaba manteniendo en el interior, Claire y Ted se encontraban inspeccionando cada centímetro del jardín alrededor de la casa, siempre con cuidado de no quedar visibles cuando se acercaban a alguna ventana. Mientras lo hacían, oyeron los llantos y gritos provenientes del interior de la casa. Ted miró a Claire y asustado le dijo.

—¿Es Sarah?

Claire le indicó que guardara silencio. Con los dedos sobre sus propios labios, devolvió la mirada al joven y le indicó con un movimiento de negación con la cabeza que no se trataba de la escritora.

—No sé el motivo, pero los llantos los producen el hombre y la mujer enferma. Vamos, debemos continuar hasta encontrar algo que nos sirva para dar sentido a todo esto.

Reanudaron su tarea y volvieron a iluminar el césped con la luz de sus teléfonos móviles. No encontraban nada y el ruido de los zapatos mojados de Ted cada vez ponía más nerviosa a Claire.

—Deberías descalzarte. Así irías más cómodo y yo no tendría ahora mismo las ganas que tengo de darte una hostia.

—Vaya. Relájate Claire. Ahora me quito los zapatos. Menudo genio que gastas...

—Llevo un rato aguantando el puñetero ruido que haces al caminar y doy gracias a Dios de que no haya sonado dentro de la casa. Habríamos sido descubiertos por tu culpa.

Ted se limitó a suspirar y, cansado por permanecer encorvado durante tanto tiempo mientras buscaban, se dejó caer al suelo de un golpe, esperando a que el césped mullido amortiguara la caída. Contrariamente a su pensamiento, cayó sobre una superficie muy dura, la cual provocó un estruendo al sentir el peso del joven encima. Claire volvió la cabeza, y con los ojos inyectados en desesperación se acercó a Ted y le agarró por el cuello de la camiseta.

—¿Eres gilipollas o qué? ¿Por qué coño haces tanto ruido?

Ted, zafándose de las manos de la mujer, le respondió.

—Joder, Claire, cálmate de una vez. Simplemente he ido a sentarme en el césped para quitarme el calzado que tanto te molestaba hace unos segundos y ha sonado así

de fuerte. Claramente no me he sentado en una superficie mullida ni cómoda —dijo mientras se levantaba y se frotaba la nalga izquierda algo dolorida.

Cuando estuvo de pie, ambos miraron el lugar donde se había sentado el joven «friki» y descubrieron que bajo una fina capa de hierbas que bien poco tenía que ver con el césped que el trasero del joven esperaba, había una pequeña tabla de madera que parecía la puerta de entrada a un sótano o búnker.

En uno de sus lados, podía distinguirse un pequeño aro atornillado a la madera que servía a modo de tirador. La madera estaba carcomida y su aspecto indicaba que fuera cual fuera el lugar al que daba acceso, debía ser algo construido hacía bastantes años. Claire, sin mirar siquiera a Ted, se acercó a la tabla y mientras tomaba el aro con su mano derecha, se dirigió a su compañero.

—Discúlpame por mi arrebató de antes. Estoy bastante tensa con todo esto. No sé cómo está Sarah ahí dentro y no sé cómo va a acabar todo esto. Estoy agotada mentalmente y la he pagado contigo —Ted se agachó y se situó junto a ella.

—Sé exactamente cómo te sientes. Antes de encontraros estaba solo en todo esto y aún hay muchas cosas que no entiendo. Comprendo que desahogues conmigo tus inquietudes y la energía negativa que puedas tener dentro, pero hazme un favor, uno solo.

—Sí, claro. Dime —dijo Claire mientras le miraba a los ojos.

—No vuelvas a tirarme así del cuello de la camiseta. Es vieja y fea, pero es mi favorita.

Ambos quedaron en silencio para explotar un segundo después en risas y carcajadas autosilenciadas. No fue nada del otro mundo, pero las palabras de Ted hicieron que ambos soltaran tensión acumulada y recuperaran un poco de la entereza y fuerza que necesitaban para cumplir la misión que se habían encomendado ellos mismos.

Cuando calmaron las risas, ambos miraron al cielo. La misma luna y las mismas estrellas que horas antes les vigilaban desde lo alto y ninguna podía hacer nada para ayudarles. Ellas, que siempre fueron testigos de todo lo que allí pasaba, no podían decirles qué estaba ocurriendo en aquel lugar.

No solo la mano de Claire, sino también la de Ted, tenían agarrado el aro de la tabla en el suelo. Contaron hasta tres y los dos a la vez tiraron hacia ellos, provocando que la tabla se levantara levemente. Pesaba demasiado y volvió a caer con todo su peso cerrando el acceso. Un olor a humedad golpeó el olfato de los dos, lo que provocó que instintivamente se apartaran del lugar.

Tras unos segundos intentando recobrar el ritmo de respiración, volvieron a acercarse a la tabla, y esta vez, tiraron con todas sus fuerzas. La tabla se abrió por completo, dando paso a una visión intimidatoria. Una escalera bajaba hasta una profundidad indeterminada. Una densa oscuridad era lo único que podían ver desde arriba y ni siquiera activando la luz de sus teléfonos móviles podían penetrar en ella. El olor continuó maltratando el olfato de los dos, pero ya se habían acostumbrado

levemente tras el episodio anterior. Claire se puso de pie y habló.

—Voy a bajar yo sola. Tú te quedarás aquí para vigilar que nadie venga y nos descubra. También estarás pendiente por si acaso oyes algo dentro de la casa que pueda hacer peligrar a Sarah —dijo mientras ponía el pie sobre el primer peldaño de la escalera.

Ted, no muy convencido con el plan de Claire, le rebatió de inmediato.

—Creo que Sarah está perfectamente y no va a ocurrirle nada. Deberíamos bajar los dos juntos. Si ahí dentro —dijo señalando al hueco de la escalera— tienen escondido a Carlos y a Nate, necesitarás ayuda para liberarlos.

Pensativa, no le quedó más remedio que aceptar que el chico tenía razón. Seguramente alguien estaría vigilándoles y si efectivamente era así, no podría manejar la situación ella sola. Volvió la cabeza hacia Ted y haciéndole un ademán con la cabeza, le animó a seguirla. Los peldaños crujieron tanto que les pareció que se iban a romper en cuanto dieran el siguiente paso. Ted fue detrás de Claire, a tres peldaños de distancia.

Lentamente descendieron y la oscuridad cada vez era más densa lo que les imposibilitó poder ver dónde terminaba aquella escalera. Ambos intentaron apoyarse en la pared poniendo sus manos sobre ella. La superficie rasposa de la misma les hizo saber que hacía bastante tiempo que nadie había limpiado ni cuidado aquel lugar.

Siguieron avanzando por los peldaños hasta que Claire creyó haber tocado el suelo. Movié su pie derecho unos centímetros más adelante y comprobó que efectivamente era suelo firme lo que estaba pisando.

—Creo que termina aquí —dijo ella.

—Espera. Voy a encender el *flash* de mi teléfono ahora que parece que hemos llegado.

—Parecemos gilipollas. ¿Cómo no hemos pensado en eso antes?

Ambos sonrieron, y acto seguido, la estancia se iluminó con la luz del potente *flash* del móvil de Ted. Ante ellos se presentó una pequeña sala con una vieja lámpara colgando del desvencijado techo. El ruido de lo que seguramente eran las patas de una rata huyendo del lugar llegó a oídos de ellos. Claire, a la que los roedores jamás le inspiraron mucha confianza, dio dos pasos hacia atrás y casi cae encima de su compañero.

—Tranquila. Si oyes sus pisadas es que están huyendo. Es a ti a quien temen, así que no te preocupes —Ted se iluminó la cara e hizo una mueca burlona a Claire.

Más relajados, pudieron analizar el lugar con más profundidad. El joven tiró de la cadena metálica de la bombilla colgada del techo, y la sala quedó iluminada por completo. A la izquierda de ambos pudieron ver dos repisas que colgaban de la pared de dos tornillos viejos y enmohecidos. Sobre ellas, únicamente reposaban tres libros. Claire se acercó y pudo distinguir el título de todos ellos. El olor a humedad le indicó que hacía bastante tiempo que nadie tocaba esos voluminosos tomos. En el lomo de ellos pudo leer, y así lo hizo en voz alta: *Lucifer: El caído certero, El que porta la*

*Luz y Formas de contactar con Lucifer.* Ted habló.

—Parece ser que aquí se reunía un club de lectura con bastante poca variedad temática.

Claire no dijo nada y continuó inspeccionando la pequeña sala. A tres metros de distancia vieron una puerta de metal. Parecía mucho más nueva que el resto de materiales de la sala, lo que contrastaba mucho con el entorno. Junto a la puerta, a la izquierda, pudieron ver un pequeño panel de seguridad algo rudimentario pero que demostraba que el acceso a la sala contigua estaba protegido. Bajo dos pequeñas luces, verde y roja, había unas teclas numeradas del cero al nueve, además de tres símbolos: un cuadrado, un círculo y un triángulo. Ted se acercó, y tras observar el teclado bajo la luz del *flash* de su móvil habló.

—Obviamente, hay que introducir un código, código que por otro lado no tenemos —miró a su alrededor—. Maldición...

Claire, que no era mujer de medias tintas, decidió que no estaban en situación de perder el tiempo en buscar una clave, o de ir a preguntarles a los propietarios de la casa por la combinación ganadora. Observó a su alrededor y vio algo voluminoso y aparentemente metálico bajo la escalera por la cual habían llegado hasta allí, así que le pidió a Ted que comprobara si se trataba de un extintor o no. Ted se acercó y, efectivamente, era un viejo extintor que seguramente ni siquiera funcionara. Extrañado ante la observación de su compañera, Ted preguntó.

—Pero ¿para qué diablos quieres un extintor ahora mismo?

Claire no respondió, se limitó a coger el pesado apagafuegos y le dijo a Ted que iluminara el panel. Sin miramientos, levantó y dejó caer todo el peso del extintor haciendo que tanto el panel como todas sus teclas saltaran por los aires, acompañados de cientos de chispas que produjeron que la estancia se iluminara durante unas décimas de segundo originando que pareciese la casa del terror de un parque de atracciones.

Ted, bastante sorprendido ante el *modus operandi* de Claire, no pudo hacer más que soltar una carcajada y alabar el coraje de la mujer.

—¡Wow! ¡Así se hace! Y yo que comenzaba a agobiarme porque no teníamos el código de acceso...

Ambos se acercaron a la puerta, pero fue Claire quien tomó el pomo y lo giró lentamente. Empujó poco a poco y la luz fue entrando en la siguiente estancia, iluminando lo que parecía ser una habitación de unos diez metros cuadrados. Las paredes estaban repletas de estanterías con archivadores numerados y con muchos libros junto a ellos. Avanzaron y al fondo observaron un escritorio con un ordenador de sobremesa sobre él. Ted tocó el hombro de Claire para hablarle.

—Por lo visto, aquí se guarda bastante información sobre algo o alguien que nadie quiere que sea vista. Lo que me extraña es que no esté bajo ningún sistema de seguridad adicional.

—A mí también me ha extrañado Ted, pero ahora no podemos perder tiempo

pensando en eso. Está claro que aquí no se encuentra ni Carlos, ni Nate, y tampoco ningún matón de la Orden. Nada de lo que está ocurriendo es como lo habíamos planeado, así que, llegados a este punto, lo mejor y lo único que podemos hacer es improvisar, averiguar rápidamente de qué va todo esto y ya veremos cómo retomamos el control de la situación para localizarles.

Claire se dirigió a los estantes para leer el contenido de los archivadores. Estaban clasificados por año, así como por orden alfabético. El contenedor de archivos más antiguo databa del año 1988, y en su lomo podía leerse *Fundación y declaración de fe*. Lo tomó entre sus manos mientras Ted se dirigió al equipo informático.

Dentro de ese archivador se encontraban documentos que Claire distinguió como un juramento escrito por parte de ciertas personas ante la creación de una institución llamada «Orden del Advenimiento de Luz». Además de la fecha, podían leerse las bases que regían la existencia de dicha organización y una especie de dogmas de fe.

Tras una revisión rápida por sus líneas, soltó los papeles y los dejó en su lugar. Ignorando el resto de archivadores y su contenido, Claire se dirigió al lugar donde se encontraba Ted.

—Estos papeles son de la Orden. Esas dos personas que están junto a Sarah deben ser los padres de Patrick. Creo que Patrick usa esto como almacén para guardar todo lo relacionado con la Orden. Mantiene a sus padres amenazados con no darle la medicación para su madre si alguno de ellos entra aquí o si dejan entrar a alguien, así que ve con cuidado porque si descubren que estamos aquí, podríamos ser los responsables de la muerte de esa pobre mujer.

—Lo entiendo. Aquí hay activados varios cortafuegos y programas que protegen contra intrusiones externas. Según puedo ver —dijo señalando una zona del monitor— si alguien intenta posicionar la señal del localizador de Carlos, automáticamente se activa una protección que desvía dicha señal hacia este lugar. Es por eso que Thomas nos dio estas coordenadas. También puedo ver desde este equipo que existe una antena parabólica, que debe encontrarse instalada en su base central, esté donde esté, que hace que este lugar sea inexistente para los satélites. De ese modo, si alguien intenta seguir la señal de alguna forma más concienzuda, vería que les lleva a ninguna parte, puesto que este lugar no aparecería en los mapas —giró su rostro hacia el de Claire—. Menos mal que nosotros hemos sido más perseverantes que nadie hasta ahora.

Dentro de la casa de los Kent, los ánimos se habían calmado un poco y Sarah se limitó a ver a esas dos personas llorando silenciosamente. Deseaba salir de allí cuanto antes. La sensación de peligro no la abandonaba, y cada vez estaba más nerviosa.

—Dígame Henry. Antes dijo que su hijo tenía fantasías satánicas. ¿A qué se refería exactamente?

Henry se secó la cara llena de lágrimas y también la de su mujer. Respiró hondo y bebió un pequeño sorbo de agua. Tras eso, contestó a Sarah.

—Hasta que Patrick tuvo dieciséis años presentó un comportamiento muy normal, como el resto de chicos de su edad. Le interesaban las chicas, la música *rock*, las películas de terror y ver los partidos de fútbol en la televisión —Henry se levantó del sofá—. Dos años después, cuando cumplió los dieciocho, comenzó a relacionarse con muchachos que no nos gustaban nada ni a su madre ni a mí, y a partir de ese momento cambió. Comenzó a leer libros extraños sobre religión, sobre Satanás, sobre rituales y cosas parecidas. Nos asustamos e intentamos hacer que cambiara sus gustos y sus compañías pero todo fue en vano. Un día, pocos meses después de cumplir los dieciocho años, llegó a casa diciendo que se marchaba para no volver nunca más.

Sarah entendió que ese tipo de comportamiento no es realmente tan extraño en jóvenes en esa etapa de sus vidas.

—Esos arrebatos suelen tenerlos los muchachos con esa misma edad. Yo misma me fui de casa porque no quería seguir viviendo con mis padres.

—Sí. Es cierto que es relativamente normal que ocurra, y que suelen volver pasados unos días porque se dan cuenta de que aún no están preparados para vivir solos. Sin embargo, transcurrieron dos años hasta que Patrick regresó a casa por primera vez y lo hizo muy cambiado. El día que llegó nos pidió que guardásemos una serie de documentos en el refugio nuclear que yo había ideado algunos años atrás. Siempre me preocupó que estallase una guerra, así que un día me decidí y construí uno en la parte trasera de la casa.

En ese preciso instante, Sarah dedujo que Claire y Ted se encontrarían allí y que quizá habían localizado a Carlos y a Nate si es que se encontraban ahí escondidos. Intentó que su reacción no se notara mucho y continuó escuchando lo que Henry le estaba contando.

—Desde entonces, y de forma periódica, fue guardando ahí carpetas y cajas con papeles y Dios sabe qué más. Un día trajo un ordenador y también lo metió en el refugio. Jamás nos dejaba mirar qué era lo que estaba guardando. Tiempo después enfermó mi esposa —miró a su mujer con los ojos húmedos de nuevo— y me dijo que poseía los medios necesarios para que siguiera viviendo. Confesó que tenía dinero, mucho dinero, y que podía hacer que su vida no se terminara de forma fulminante como nos dijeron los médicos que iba a ocurrir. La única condición que

puso para hacerlo fue que le garantizáramos que nadie entraría jamás en el refugio nuclear y que nosotros tampoco lo haríamos —apretó sus puños con fuerza—. Hasta el día de hoy no he dicho una sola palabra a nadie y él ha cumplido con su parte del trato.

—Me parece demasiado rastrero y monstruoso que juegue con la vida de su madre para salvaguardar lo que sea que tiene ahí abajo.

—Si Patrick está contento y considera que no le hemos traicionado, mi mujer seguirá viviendo. Si Patrick cree que lo hemos hecho mal y hemos dejado que alguien vea o sepa sobre sus secretos —miró a su mujer— mi mujer pagará las consecuencias y morirá.

Sarah, indignada no se detuvo en contemplaciones.

—Su hijo ha secuestrado a dos personas, una de ellas es muy importante para mí. No sé exactamente el motivo por el que lo ha hecho pero debo impedir a toda costa que les haga daño. Su hijo es un cabrón inhumano que no ha dudado en matar a quien fuera necesario para conseguir lo que pretende. Tiene que decirme todo lo que sepa sobre él, y yo le garantizo que ni su mujer ni usted sufriréis daño alguno. Henry quedó pensativo. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza compartir con nadie toda la información que tenía, pero aquella chica era diferente. Había sufrido por culpa de su hijo, y mucha más gente lo estaba haciendo. Tuvo la certeza que debían ayudar a solucionar lo que Patrick había provocado. Mientras miraba a su esposa de la forma más tierna posible, esta le asintió con la cabeza, confesándole sin palabras que no le importaba su vida si con ello salvaba otras. Henry, destrozado ante la realidad y asumiendo que ese era su deber como padres, accedió.

—Tiene usted razón. Ya no hay nada que perder. Mi mujer está cada vez más débil y más de una vez ella misma ha deseado morir, pero yo se lo he impedido.

Bella Kent, situada detrás de ellos, no podía hacer otra cosa que abrir y cerrar los ojos mientras estos seguían inundados en lágrimas. Sarah se acercó a ella y volvió a arrodillarse a su lado.

—Señora, tiene usted un nombre precioso —le sonrió—. Discúlpeme por hablar así, pero debo actuar cuanto antes. Si no me dicen dónde encontrar a Patrick no podré localizar a mis amigos y tampoco podré ayudarles en su tratamiento.

Se levantó y se dirigió de nuevo a Henry.

—Antes dijo que su hijo pretende acabar con todo.

—Sí. En su última visita apenas se dirigió a nosotros, pero la única vez que lo hizo fue para, además de recordarnos que tenía la vida de mi mujer en sus manos, decirnos que iba a darnos una exclusiva. Aún recuerdo su mirada demente cuando dijo: «Vuestro Dios ha caído y el nuestro está a punto de llegar para acabar con todo y comenzar de nuevo en su Reino».

Henry, asumiendo que lo que acababa de decir era más propio de alguien trastornado que alguien propiamente malévolo como consideraba a su hijo, agachó la cabeza con un sentimiento de vergüenza creciente.

—Sí que está loco su hijo... —Sarah no salía de su asombro— ¿Cuándo se realizó esa visita exactamente?

—Más o menos hace tres semanas. Vino completamente solo y bajó al refugio para guardar algo que traía en sus manos. Creo que era un cuaderno de notas —quedó callado mientras miraba a su mujer—. Voy a hacer una infusión.

Henry fue a la cocina a preparar algo de té para los dos. Sarah había aceptado esta vez la invitación. Quedaban pocas horas para el amanecer. Ya no merecía la pena intentar dormir, así que se acomodaron en el sofá mientras Sarah continuó contándoles la historia referente a Carlos y Nate.

Dentro del refugio, Ted continuaba tecleando, y los parámetros de localización aparecían y desaparecían de la pantalla a un ritmo que a Claire ni siquiera le daba tiempo a leer. Ted se había propuesto localizar el origen de la señal que aislaba la casa de los satélites y que desviaba el rastro del localizador de Carlos a ese sitio. Mientras lo hacía, o al menos lo intentaba, Claire optó por rebuscar un poco más entre los archivadores y las carpetas de las estanterías. El polvo había cubierto todo el lugar, por lo que, a veces, se veía obligada a soplar para poder leer el título o temática del tomo que tenía delante. Con el sonido de las teclas de fondo, llegó a una estantería con material aparentemente algo más nuevo, y se centró en un pequeño volumen que llamó su atención. Era una especie de cuaderno sin ningún título en el lomo. Apenas contaría con unas doscientas hojas, pero solo estaba usado una cuarta parte del total. Claire se dio cuenta de que estaba escrito a mano. La cubierta era de color rojo y en la esquina inferior izquierda pudo leer una marca de cuadernos bastante famosa a nivel nacional. Abrió la primera página y pudo leer «Investigación S». Se decepcionó un poco ya que esperaba algún tipo de documento confidencial o algo parecido, pero aun así, y dado el pequeño tamaño que tenía, decidió guardárselo dentro de la chaqueta. Quizás en el futuro les fuera útil. Tras hacerlo Ted emitió un sonido triunfal.

—¡Los tengo! ¡He conseguido averiguar dónde se encuentran! —se levantó de la silla y abrazó a Claire sorprendiéndola con su gesto.

—¡Genial! Intenta anotar las coordenadas del lugar y marchémonos de aquí cuanto antes. Debe de ser donde estén Carlos y Nate.

—Antes de salir, recopilemos toda la información necesaria y volvamos a por Sarah —puntualizó Ted.

En ese justo momento, un mensaje apareció en la pantalla del ordenador, unido a un sonido parecido al de una sirena. En el mensaje podía leerse: «Sistema de desvío de localización interrumpido. Esperando orden de limpieza». Ted y Claire se miraron asustados.

—¡Mierda! ¡Nos han descubierto! —gritó el joven.

Apresuradamente tomaron papel y bolígrafo y anotaron las coordenadas que aparecían en la pantalla.

La biblioteca era enorme. Las paredes estaban cubiertas de estanterías abarrotadas de libros y dossieres. Una extensión de trescientos metros cuadrados de puras letras y conocimientos. El estilo de ese lugar, así como del resto de la casa, acompañaban a la impresión que tuvo Carlos nada más ver la fachada de la mansión. Lo sobrecargado del mobiliario y los colores oscuros de sus paredes marcaban sobradamente el carácter victoriano del lugar.

Antes de llegar a la biblioteca, pasaron por delante de tres enormes salones, todos ellos vacíos y solitarios donde el único acompañamiento fue el sonido de sus zapatos al caminar. El material más usado para revestir muebles y cortinas era aparentemente la seda, y muchas de las paredes estaban empapeladas con motivos florales demasiado llamativos. Los espejos grandes y los adornos exóticos que poblaban las estanterías eran la norma general de aquel lugar.

Carlos observó que a pesar de los hombres apostados fuera de la casa, que claramente estaban siendo pagados por Patrick, dentro de la vivienda apenas pudo contar diez personas entre todas las estancias. Comenzó a pensar que aquella Orden efectivamente tenía fondos para pagarse aquella casa y todos sus lujos, pero muy pocos adeptos visto lo visto, aunque más tarde llegó a la conclusión de que, si había adeptos, no tendrían que estar ahí precisamente, y menos a esas horas de la madrugada, ya casi al amanecer.

La biblioteca era bastante amplia y comunicaba directamente con otra sala igual de grande a través de un arco de medio punto y de la cual el único elemento destacable era un enorme escenario junto a la pared del fondo cubierto con un telón que se encontraba completamente desplegado. No podía saberse si detrás del telón había algo o alguien. Carlos creyó que podrían contratar al *ballet* ruso para que les actuara directamente a ellos ya que espacio y dinero parecía que había de sobra.

En el centro de la estancia, rodeadas de cientos de tomos, se situaban tres sillas, ahora ocupadas por Carlos, James y Nate, y frente a ellos un sillón más grande y voluminoso. Patrick, delante de ellos, los miraba, orgulloso de su obra. Había costado mucho reunirlos a los tres, pero ahí los tenía. Se encontraba más calmado que hacía un rato, así que con más suavidad en sus palabras, quiso dirigirse a ellos.

—Muchachos, habéis intentado escapar más de una vez de aquí. Habéis comprobado que no ha sido posible y espero que sea muestra suficiente para que dejéis de hacerlo. Esta noche, o lo que queda de ella, dormiréis aquí, entre mis libros. Mañana tendrá lugar la ceremonia y todo habrá acabado. Solo esperad un poco más... —sonrió.

Carlos, cada vez más resignado a la idea de que el fin estaba cerca, dejó a un lado su carácter sarcástico y se decidió preguntar de forma sincera.

—¿Por qué Patrick? Después de lo que hemos pasado los tres, sobre todo James,

lo mínimo que podrías hacer es darnos una explicación del porqué haces esto.

—No temas. La explicación llegará, pero como digo, aún faltan algunas horas.

El sonido de la gran puerta de entrada a la biblioteca, abriéndose, interrumpió a Patrick en su respuesta. Se giró sobre sí mismo al comprobar que Nerea entraba en la estancia.

—¿Está Simone advertida de que mañana a mediodía comenzará la ceremonia?

—Sí. Dice tener ya todo preparado y que arde en deseos de poder demostrar a todo el mundo que ella tenía razón. La he visto diferente... como si estuviera ansiosa porque todo ocurra.

—Bien... me parece estupenda su actitud. Sin ella no podríamos ejecutar la invocación de forma satisfactoria. La necesitamos tanto como a estos tres —se giró y se dirigió a Carlos y James, ya que Nate aún estaba inconsciente—. Ustedes quedaos aquí. Descansad, y como dije antes, no desesperéis. Queda muy poco para acabar con esto. El mundo verá un nuevo día a partir de mañana. Espero que descanséis. Los asientos de las sillas están rellenos de un látex de lo más moderno —se marchó de la sala con una risa sonora.

Carlos miró a James horrorizado y gritó.

—¿Invocación? ¿Qué carajo quieren hacer estos locos? ¿Son satánicos o qué?

Tras pronunciar esas palabras, que Patrick pudo oír antes de salir de la biblioteca junto a Matt y Nerea, este se giró y con los ojos inyectados en sangre dio un grito que retumbó en toda la sala, sonando durante varios segundos más.

—¡NO NOS COMPARES CON ESA ESCORIA! ¡No somos satánicos! ¡Únicamente perseguimos demostrar la existencia del «Portador de Luz», y ustedes son el camino para que eso sea posible! —caminó rápido hacia Carlos y le apuntó con el dedo en la frente—. Mira listillo, llevo toda la vida soportando que nos acusen de satánicos e intentando convencer a quienes se atreven a decirlo que no somos así. No queremos invocar a Satán para que nos conceda riquezas, ni para que nos encumbren en lo más alto de la pirámide de la sociedad. ¡NO! Nosotros únicamente queremos demostrar que existe. Simple y llanamente eso. Y como he dicho antes, tú —golpeó la frente de Carlos con el dedo— y estos dos sois la única manera posible para que el mundo abra los ojos y vea la *injusticia divina* que cometió vuestro Padre Salvador.

Volvió a girar y salió de la biblioteca dando un sonoro portazo tras de sí. James, que no había abierto la boca desde que llegaron a ese lugar, decidió hablar.

—Creo que ahora lo entiendo todo. De repente todo tiene sentido, y de repente sé por qué estoy aquí. Patrick acaba de responderme, sin darse cuenta, a la pregunta que le he estado formulando durante todos estos años...

—¿A qué te refieres? —preguntó Carlos estupefacto aún ante la reacción de Patrick.

Justo cuando James iba a contestarle, Nate despertó de su inconsciencia y miró a su alrededor. Asustado, quiso moverse de la silla y descubrió que estaba atado de pies y manos. Comenzó a sudar y a intentar soltarse dando pequeños espasmos sobre la

silla sin éxito alguno. Carlos intentó tranquilizarle.

—Para. Detente. Deja de moverte y tranquilízate. No podrás soltarte por mucho que te muevas. Estamos los tres atados, así que no malgastes fuerzas. ¿Cómo te llamas?

Intentando asimilar todo lo ocurrido, Nate recordó entrar en la habitación del hotel de Sarah y su lucha con el tipo que allí le esperaba. Al hacerlo, ahogó un grito y respiró profundamente. A su mente vino también la imagen de la tortura que sufrió en la sala anterior a la jaula, y el sabor a sangre coloreando cada uno de sus dientes. Se estremeció al asumir de golpe que la Orden ya le tenía y que nada podía hacer. Cuando se recompuso, respondió a Carlos.

—Mi nombre es... Nate Stinson —dijo mientras miraba fijamente a los ojos de Carlos con el corazón aumentando sus pulsaciones.

—Muy bien, Nate. ¿Cómo has llegado aquí? —Carlos comenzó a sentir un leve hormigueo en la nuca.

—Estaba en el hotel... Fui a buscar a Sarah porque íbamos a salir a buscar a... —quedó en silencio y volvió a mirarlo—. A buscarte a ti...

Sorprendido, Carlos no supo qué decir. El hormigueo aumentó su intensidad. Nate continuó hablando sin apartar la mirada de los ojos de Carlos.

—Estábamos intentando determinar tu ubicación, y finalmente pudimos saber el lugar en el que te tenían preso. Quedamos en el hotel donde se alojaba Sarah para salir todos juntos y encontrarte pero, una vez allí, me estaba esperando alguien que me dejó inconsciente. Lo siguiente que recuerdo es despertar aquí y a esas personas golpeándome antes de volver a desmayarme.

Cada vez más confundido, Carlos preguntó lo primero que se le ocurrió.

—¿A mí? ¿Por qué me estabais buscando? —comenzó a respirar aceleradamente.

—Tu nombre es... Carlos Guerrero ¿verdad? —preguntó Nate lentamente.

—Sí. Así es como me llamo —dijo Carlos mirando al suelo.

—Una mujer llamada Claire Peterson te sacó de prisión por petición de un tal Patrick, con la esperanza de volver a encontrarse con su hijo muerto llamado James Peterson ¿cierto?

James enarcó la ceja al oír su nombre y el de su madre, pero prefirió permanecer callado. Carlos contestó.

—Sí. Eso me dijo ella, pero su hijo...

—Sí. Ya lo sé —interrumpió Nate— su hijo murió atropellado hace cinco años por un coche que conducías tú. Es totalmente imposible que esté vivo.

James quedó perplejo. La respiración se le cortó y la vista se le nubló. La persona con la que había compartido lo más parecido a estar en el infierno, con la que había intimado por necesidad vital, la persona que se había convertido en un símbolo de fortaleza y lucha... era la persona que le mató cinco años atrás. El aire apenas llegaba a sus pulmones y Carlos se percató de ello, asumiendo así que James se había enterado de la peor forma posible de su secreto. Nate continuó hablando.

—Sarah, Ted, Claire y yo decidimos venir a buscarte. De ese modo, Claire comprobaría si su hijo estaba vivo como decía una cinta de video que recibí, aunque supongo que lo de la cinta ya lo sabías.

Aún sin mucho control sobre su sistema respiratorio, James se decidió a intervenir en la conversación por primera vez.

—¿Has dicho que Claire Peterson se dirige a este lugar? —dijo sin apartar la mirada del suelo de mármol de la biblioteca.

—Si el lugar que nos indicó mi amigo Thomas es correcto, sí. Se dirigen hacia aquí, aunque me gustaría que no lo hicieran. Esta gente es más peligrosa de lo que habíamos pensado en un primer momento. Por cierto ¿cuál es tu nombre?

Tras unos segundos de silencio en los que Carlos creyó morir por dentro, James contestó a la pregunta de Nate de forma tranquila, pausada e incluso con una leve sonrisa en su rostro al saber que revelaba algo que sorprendería a Nate.

—Mi nombre solía ser James... Peterson.

Fuera de la biblioteca, en el ala contraria de la casa, Patrick estaba sentado en su despacho, cargado de muebles toscos y decoraciones imposibles. Había decidido no dormir hasta la ceremonia. Se encontraba demasiado excitado como para conciliar el sueño. Miraba una imagen colgada de una pared llamada *La caída de Lucifer* de Gustave Doré, quien recreó dicha escena para *El Paraíso perdido* de John Milton. Mirar esa ilustración le recordaba lo impaciente que estaba por acabar su obra, pero para ello necesitaba a Simone. Sin ella no podría hacerse, así que lo único que deseaba en ese momento era que al día siguiente todo saliera bien y Simone no se arrepintiera en el último momento de lo que estaba decidida a hacer.

Mientras contemplaba el cuadro, sostenía un vaso a medio llenar, de un vermut bastante especial para él. Su sabor dulce hacía que se transportara a aquella tarde soleada en Roma, un mes de junio de hacía veintitrés años. Una tarde en la que recibió la noticia de que no le estaba permitido acceder a los archivos vaticanos para poder visionar documentos necesarios para su investigación sobre el tercer Misterio de Fátima. En esa época, Simone ya estaba en su poder, aunque todavía no se había puesto de su lado. Patrick creía de forma ciega en las palabras que decía esa mujer, pero debía comprobar si en algún documento quedaba manifiesta la relación entre lo que ella contaba y el tercero de los misterios que supuestamente la Virgen María les reveló a los pastores portugueses y que en aquel momento se encontraba en propiedad del Vaticano. Esa tarde, tras la negativa a su consulta, compró una botella de Martini & Rossi para guardarla y consumirla solo en ocasiones especiales.

Definitivamente, ese día era el más especial de todos. Por fin podría demostrar ante el mundo que ellos tenían razón, que Simone tenía razón y que el Portador de Luz efectivamente existe.

Mientras su mente volaba en todas direcciones, alguien comenzó a llamar a la puerta del despacho haciendo que el sabor dulce con tintes amargos de su vermut desapareciera por completo al tener que tragarlo de forma apresurada.

—Pasa... seas quien seas... —dijo asqueado.

Un hombre, sin el uniforme que el resto usaba, con cara de *geek* y pelo alborotado, entró en la sala algo agitado. Se colocó frente a Patrick y con la voz entrecortada dijo.

—Señor Patrick, he recibido una señal preocupante de la Estación Cero.

Instintivamente, Patrick colocó el vaso sobre el posavasos de su mesa y se incorporó, apoyando los codos sobre el cristal de su escritorio. Miró sin pestañear al informático y le preguntó.

—¿Qué dice esa señal?

El chico sabía lo que significaba responder a eso, pero aun así lo hizo.

—El sistema espera orden de limpieza, señor. Alguien ha accedido al sistema desde la Estación Cero.

Ante la respuesta del muchacho, Patrick se echó hacia atrás, haciendo crujir el enorme sillón de oficina. Miró al techo y suspiró. Al informático le pareció ver dibujada sobre el rostro de su jefe una leve mueca de pena. Patrick respondió sin dejar de mirar al techo.

—Ejecute la orden. Limpien el lugar.

—Sí señor. Los *backups* de toda la información ya están hechos por si acaso los archivos originales resultan dañados. Se realizan automáticamente cuando se ejecuta la petición de limpieza.

—Perfecto. Siga mi orden y limpien el lugar. —Sí señor.

Acto seguido el muchacho abandonó el despacho y todo quedó mudo. Patrick continuó mirando al infinito. Hubiera deseado que nunca llegara aquel momento. Tras suspirar dos veces más, dijo con tono apesadumbrado:

—Pero qué tonto has sido padre. Era tan fácil como mantenerme contento...

Después de comenzar a sonar la alarma, la puerta metálica se cerró frente a sus narices haciendo imposible salir de la sala. Intentaron hacerlo sin ningún resultado y al instante Ted supo lo que estaba ocurriendo.

—¡Mierda! El teclado que hiciste pedazos antes de entrar aquí era un simple mecanismo de entrada, pero esto es diferente. Me da la impresión de que, al contrario de lo que pensábamos, existe un segundo sistema de seguridad que está siendo controlado desde otro lugar, diseñado para que nadie salga de aquí si se accedía al equipo informático y a su contenido, como hemos hecho nosotros.

Claire no sabía qué hacer. La alarma seguía sonando, haciendo que el sonido le taladrara la cabeza, imposibilitándole pensar con claridad. La puerta se había cerrado herméticamente y era imposible salir de allí. Su claustrofobia quedó superada hacía años pero, tras todos los acontecimientos vividos en los últimos días, toda su estabilidad psicológica se había tambaleado y ahora esa sensación de agobio y de no poder respirar adecuadamente estaba volviendo a su cuerpo.

Viendo que pasaban los segundos y que nada ocurría, decidió sentarse depositando toda su confianza en que Ted encontrara la forma de que, al menos, la alarma dejase de sonar. Se dirigió a la silla que había delante del ordenador y agachó la cabeza poniéndose las manos en la nuca. Ted daba vueltas por toda la sala y no se le ocurría nada para resolver la situación, hasta que Claire dijo en voz alta.

—¿Quizá esto no sea para impedir que salgamos de aquí!

—¿A qué te refieres? —preguntó Ted acercándose a Claire para oírla mejor.

—¿Y si únicamente se trata de proteger lo que hay aquí dentro para que no salga al exterior?

Ted quedó pensativo. Sabía que lo que Claire decía era perfectamente viable. Quizá la puerta se cerrara para que el contenido de la sala no pudiera ser extraído o para protegerlo de... algo que fuera a ocurrir en el exterior. Ambos se miraron y exclamaron a la vez.

—¡Sarah!

Dentro de la casa todo iba con normalidad. Sarah continuaba hablando con aquella buena persona, que siguió contándole cosas referentes al pasado de Patrick. Henry continuó.

—Ya ni siquiera me importa lo que me ocurra a mí. Lo único que quiero es que mi mujer obtenga su tratamiento y pueda seguir viviendo, pero con todo esto que te estoy contando, la estoy condenando.

—Pues quítese esa absurda idea de la cabeza. Créame si le digo que mis padres son médicos y podrán ayudarles sin tener el yugo de su hijo sobre ustedes.

Un sonido comenzó a llenar la estancia. Un delicado y disimulado sonido, casi inaudible si no fuera por la hora que era y el silencio sepulcral que les rodeaba, a

excepción de las propias palabras de los allí presentes. Extrañada ante lo que Sarah creía oír, decidió levantarse para observar todo el salón. Buscaba con sus ojos el origen del extraño sonido hasta que se percató de que en la mayoría de las esquinas del techo, tanto del salón como del resto de estancias, unas pequeñas luces rojas parpadeaban de forma intensa. Era muy raro que ese tipo de luces estuvieran en un lugar como ese sin ningún motivo aparente. Decidió preguntar a Henry.

—Oiga... ¿qué son esas luces?

Henry miró a los lugares que Sarah le indicó.

—Pues créame que no tengo ni idea. Es la primera vez que las veo.

—¿No sabe qué son esas luces? ¿Ha hecho usted últimamente obras en casa o algo?

El hombre se quedó pensativo, hasta que recordó algo.

—Sí, pero no fui yo. Ahora entiendo... —puso las dos manos sobre la nuca intentando recordar—. Un día, hace bastante tiempo, Patrick vino a casa con unas personas vestidas como albañiles y nos dijeron que nos marcháramos durante un día completo sin darnos ningún tipo de explicación. Al volver, ya no estaban ni esas personas ni mi hijo. Jamás supe qué ocurrió aquí ni qué fue lo que hizo ya que todo estaba como siempre y cada cosa en su lugar correspondiente.

Poco tiempo después fue cuando comenzó a amenazarnos y a usar la vida de su madre y mía como excusa para no contar sus secretos ni dejar que nadie entrara en el búnker.

Un sentimiento de náuseas invadió el cuerpo de Sarah. La sensación de que algo estaba por suceder se hizo tan vívida que supo que no había tiempo de reacción. En un instante recordó lo que Patrick le había hecho a Nate, a Carlos, a la familia de Ted, y entonces supo que las amenazas a sus padres no fueron en vano.

Patrick ya sabía que ella estaba allí y ya no estaba contento. Las luces parpadearon más rápidamente y el sonido fue cada vez más audible y molesto. Tras cinco segundos en los que ninguno de los tres emitió sonido alguno salvo un sonoro quejido por parte de Sarah, una chispa se encendió durante una milésima de segundo junto a una de las luces; una milésima de segundo en la que Sarah pudo ver cómo hubiera sido su vida como escritora consagrada, cuántos libros hubiera podido firmar, cuántos besos de buenos días le hubiera dado a Nate y cuántas veces le habría dicho que le quería antes de salir a hacer deporte al Central Park. Esa milésima de segundo también le permitió ver cómo hubiera envejecido y cómo sus hijos llegaban a casa para pasar el domingo con ella. Nate intentaría consentir lo máximo posible a sus nietos y ella le regañaría para que no lo hiciera. Esa milésima de segundo fue el motivo por el que valió la pena vivir.

Únicamente pudo decir una palabra antes del final: Vive. Después, todo fue luz.

Desde dentro del búnker se oyó una gran explosión que hizo retumbar los cimientos del lugar. Todo se movió durante unos segundos hasta que el polvo del techo dejó de caer como si fuera sal fina. Algunos archivadores habían caído de sus

estantes y su contenido yacía esparcido por el suelo de forma desordenada. Tanto Ted como Claire se encontraban agazapados en el suelo, confundidos, uno junto al otro y con las manos detrás del cuello. Cuando todo terminó, Claire se giró hacia Ted y le tocó el hombro. Con miedo de sus propias palabras le dijo.

—Creo que ese estruendo ha sido una explosión... y me temo que se trata de la casa...

Ted, que aún no se había recuperado del todo, se incorporó poco a poco y apoyó su espalda sobre la pared. Aún desorientado y algo aturdido analizó lo que Claire acababa de decirle.

—No... no puede ser... ¡¿Cómo es posible que haya ocurrido esto?! —su respiración se cortaba.

Claire sintió cómo una ola gigante arrasaba con todo dentro de su pecho. Recordó cuando pudo haberle dicho a Sarah que se quedara en Greek Hill y no les acompañara, pero no lo hizo, dejando que la decisión fuese suya. Impotente y con la sensación de perder el control, comenzó a llorar desesperadamente. Sus manos temblorosas apenas podían apartar el pelo lleno de polvo de su cara. Intentó de nuevo abrir la puerta pero seguía tan sellada como antes de la explosión. Desesperada comenzó a golpearla con sus puños cerrados mientras gritaba.

—¡Ábrete maldita cabrona! ¡Ábrete de una puta vez!

Se arrodilló frente a la puerta al comprobar que sus esfuerzos eran en vano. Ted se acercó a ella mientras tosía profundamente. Si no encontraban la manera de salir de ahí, el oxígeno se acabaría y terminarían por morir.

—Tranquilízate Claire. Debe existir algún modo de abrir esta puerta.

—Sarah... estaba ahí dentro. ¡Sarah estaba dentro de la casa y ha explotado! —le dijo agarrándole por el cuello de la camisa.

—¡Ya lo sé Claire! Pero ahora es prioritario que intentemos salir de este lugar porque si no también moriremos. Además, tampoco estamos seguros de que esa explosión haya ocurrido dentro de la casa.

Torpemente se incorporaron y, respirando el polvo que aún estaba en suspensión tras la explosión, continuaron buscando un interruptor o alguna otra forma de cancelar el mecanismo de cierre. Ted volvió a dirigirse al equipo informático que milagrosamente aún seguía encendido y casi sin daños. Se sentó de nuevo en la silla y comenzó a buscar en los directorios de seguridad, por si acaso encontraba la forma de solucionar todo aquello. Tras unos segundos, localizó el equipo desde donde se ejecutó lo que antes se anunció como «Orden de limpieza», y que apareció en la pantalla. Sin embargo no podía cancelarlo. Mientras tanto, Claire volvió a caer al suelo bastante aturdida y hundida en lágrimas.

—Es inútil Ted. Hemos ido demasiado lejos para encontrar a Carlos y a Nate y este es el resultado. Ellos secuestrados, tu y yo aquí encerrados y Sarah... Nos hemos metido con quien no debíamos.

Ted intentó no hacer demasiado caso a su compañera. Aunque no pudiera anular

el comando que hizo que se cerrara la puerta, consiguió averiguar que existía un temporizador, el cual pasados diez minutos desde que se ejecutara el cierre, haría que el sistema volviera a su estado inicial. Así se lo hizo saber a Claire.

—Necesito que recuperes la compostura. Dentro de ocho minutos la puerta dejará de estar bloqueada y podremos salir de aquí. Si conseguimos aguantar y nos relajamos, deberíamos conseguirlo sin mayor problema —le dijo mientras pasaba su mano por el cabello de Claire.

—Está bien... —contestó abriendo poco a poco sus puños.

Ambos se sentaron con la espalda sobre la puerta de metal y tras unos segundos se relajaron por completo. Claire comenzó a recordar el tiempo en que vivía en Greek Hill. Pensaba en su hijo al que tanto trabajo le costó adoptar y en lo orgullosa que siempre estuvo de él. Jamás imaginó verse en la situación en la que se encontraba en ese momento. Recordó que cuando adoptó a James, se propuso darle la mejor vida que estuviera en su mano y que no consentiría que pasara por lo mismo que ella pasó cuando era más joven. Jamás le faltaría el cariño de una madre y el calor de una familia unida.

Mientras navegaba en el mar de sus memorias, un destello que creía olvidado volvió al primer plano de su conciencia para hacerle ver las cosas un poco más claras. Se transportó al momento en que tramitaba la documentación junto a su marido Peter para adoptar a James. Entonces quiso saber quién era la madre biológica de la criatura. Siempre supo que esa información era confidencial y que no estaba permitido, bajo ningún concepto, facilitársela a los padres adoptivos, pero aun así insistió un par de veces sin ningún resultado. Claire, en su fuero interno, era incapaz de asumir que una madre diera a sus hijos en adopción. Para ella, parir un hijo que llevas en tus entrañas durante tantos meses, era el mayor regalo que la naturaleza podía darle a una mujer, por eso quería saber quién era la madre del bebé para poder preguntarle el motivo de deshacerse de algo tan maravilloso como aquel recién nacido.

Recordó, mientras esperaba que transcurrieran los cinco minutos restantes hasta que la puerta se abriese, que en una de aquellas tardes de papeleos referentes a la adopción, decidió ir a preguntar, por enésima vez, a la chica que tramitaba los expedientes de las adopciones por la identidad de la madre biológica de su bebé, pero, antes de llegar al lugar donde ella se encontraba, oyó una conversación que en ese momento mantenía con una de sus compañeras. Al intentar recordar las palabras de aquella joven administrativa, Claire cayó en la cuenta de que desde que conoció a Nate supo que su nombre le sonaba de algo, pero no sabía exactamente de qué. En ese momento lo supo: Nate Stinson... La chica de administración del centro de adopción lo dijo bien claro a su compañera de turno: «... estoy muy contenta porque hayan adoptado al fin al bebé que aún quedaba de los tres que llegaron. El pequeño venía con dos hermanos más que también han sido adoptados por una familia. La familia Stinson creo recordar que se llamaban...». Ahora todo tenía sentido. La voz

de Sarah presentándole a su *novio* resonó en la mente de Claire: «Este es mi... novio Nate. Nate Stinson».

Claire sonrió al darse cuenta de lo caprichosa que es la vida, mientras los últimos segundos transcurrían hasta que se oyó un clic. Tanto ella como Ted se miraron y decidieron incorporarse para comprobar que, efectivamente, la puerta se había desbloqueado. Tosiendo y con mucha dificultad para respirar, tomaron el pomo metálico con ambas manos y tiraron fuertemente hacia ellos haciendo que la oscuridad se prolongara ante sus ojos pero consiguiendo respirar aire un poco más limpio que el que tenían anteriormente. Apoyando sus manos sobre la pared y haciendo que sus pulmones recobraran su actividad normal, fueron subiendo los viejos peldaños lentamente con mucho cuidado por si habían resultado dañados por el temblor de la explosión. Si se rompía alguno de ellos corrían el riesgo de quedar atrapados ahí abajo.

—Dios mío —dijo Claire mientras subía— quizá haya podido escapar, quizá presintiera algo y pudo salir de la casa.

—Claire, más vale que no pienses en eso...

Unos segundos después los dos ya habían salido al exterior y quedaron arrodillados en el suelo para, esta vez sí, poder respirar aire puro y fresco de aquella despejada noche estrellada. Cuando ambos levantaron la mirada, el panorama que se descubrió ante sus ojos fue desolador. Los gritos de Claire inundaron el lugar, gritos que nadie oiría, gritos que no harían que la casa, totalmente destrozada, se levantara de nuevo.

De lo que fue una bonita casa de campo con chimenea, tejado alto y un porche precioso, solo quedaban maderas quemadas, piedras carbonizadas y cenizas que aún desprendían humo. Absolutamente nada había en pie y reconocible, y todo parecía haberse desintegrado por la explosión.

Claire tuvo el impulso de correr hacia la casa pero Ted le agarró del brazo para impedirselo.

—¡No!

—¿Pero qué dices? ¡Sarah aún está ahí entre los escombros! ¡Podría estar viva!

Ted continuó agarrando su brazo sin soltarlo. Ella tiraba pero él no dejó que se soltara.

—¡Claire mírame! —le dijo mientras la obligaba a mirarle a los ojos— ¿De verdad crees que Sarah puede estar viva? ¿Has visto cómo está todo? ¡Hasta las piedras se habrán derretido!

Claire volvió a mirar los restos de la casa. Sabía que Ted tenía razón y dejó de tirar de su brazo. La rabia comenzó a apoderarse de su cuerpo y lo único que pudo hacer fue gritar al vacío. Gritó durante varios segundos hasta quedar agotada sobre el césped. Ted volvió a dirigirse a ella.

—Lo único que podemos hacer ahora es llamar a las autoridades, informar de lo sucedido y marcharnos de aquí. Tenemos que ir a algún punto en el estado de Texas.

Las coordenadas nos indican que tenemos que ir hasta ese lugar.

Asombrada por lo que Ted le dijo, Claire levantó la vista y habló.

—¿De verdad piensas irte sin ver siquiera dónde está Sarah? ¿Cómo puedes contemplar la opción de marcharnos y dejarla aquí sola?

—Claire... Sarah ha muerto. Si nos quedamos aquí será tiempo que perdemos para encontrar a Nate, a Carlos y, si finalmente decían la verdad, a tu hijo también. Sarah se metió en esto sabiendo que podía ser peligroso, y aun así vino con nosotros. Incluso actuó de forma independiente para facilitarnos las cosas a ti y a mí ¿Crees que me siento orgulloso de querer irme? No, pero es la única forma de ver si podemos terminar con todo. Te recuerdo que mis padres también murieron por culpa de esta escoria. Entiendo cómo te sientes pero es lo que tenemos que hacer.

Sin dejar de mirar a las ruinas de la casa, Claire preguntó.

—¿Qué vamos a contarles a las autoridades?

—Les diremos que pasábamos por aquí con nuestro coche y vimos una explosión en el interior del bosque. Nada nos puede relacionar con Sarah ni con lo que vinimos a hacer —quedó callado por un instante—. Además, ni siquiera sé si queda algo de Sarah o de las otras dos personas. La explosión ha sido muy violenta y no me extrañaría que no hubiera nada que recuperar.

—Preferiría, en ese caso, volver al coche y llamar desde allí y de forma anónima a las autoridades. Después nos largamos hacia donde sea que tengamos que ir, pero primero quiero llegar al coche.

Ted asintió con la cabeza a Claire. Se levantaron del suelo y comenzaron a dirigirse al vehículo haciendo el mismo camino que antes pero a la inversa. Al pasar cerca de los restos de la casa, Claire tuvo de nuevo el impulso de acercarse para ver si podía reconocer algo de Sarah o a la propia Sarah, pero ella misma se contuvo y siguió observando desde treinta metros de distancia.

Antes de volver a entrar en la maleza del bosque que les llevaría al automóvil, Ted vio brillar algo en el suelo. Se agachó y reconoció un bolígrafo algo quemado pero aparentemente con todas sus piezas en su lugar. En la pestaña que sirve para colgar el bolígrafo de una solapa o de las hojas, había algo grabado: «S. Wallace». Inexplicablemente, había sobrevivido a la explosión y fue lanzado hasta ese lugar. Ted decidió entonces, a sabiendas de que empeoraría su estado anímico, darle el bolígrafo a Claire, quien lo tomó entre lágrimas y sollozos.

Pasados treinta minutos caminando llegaron al coche y, agotados por lo ocurrido, ambos se sentaron dentro y quedaron quietos durante algunos instantes. Claire habló casi sin energías.

—Ted. Necesito descansar. No puedo más...

—Estoy de acuerdo Claire, pero antes debemos hacer esa llamada a la policía y alejarnos de este lugar hasta llegar a algún sitio donde poder dormir un rato.

Acto seguido hicieron la llamada y cuando supieron que las autoridades ya se dirigían al lugar, tomaron rumbo a ninguna parte pero en dirección al estado de

Texas.

Pasada media hora, Ted le dijo a Claire que durmiera un poco hasta que llegaran a algún destartalado hotel de carretera donde quedarse algunas horas antes de continuar hacia su destino. Claire así lo hizo y se dejó llevar por el sueño mientras acompañaba el sonido del motor del coche al silencio de la noche.

Nate quedó completamente petrificado ante las palabras de aquel joven que decía llamarse James Peterson, tal y como le ocurrió a Carlos horas antes.

—Entonces... era cierto... —dijo impactado.

Carlos no se atrevió a decir nada hasta que encontró las palabras para hacerlo.

—Yo también pensaba que era imposible, pero sí. Es él —miró a James para dirigirse a él—. Lo que ha dicho este chico es totalmente cierto. Era yo la persona que conducía aquel día el coche que te atropelló. Me hago cargo de lo difícil que debe ser para ti aceptarlo, pero es la verdad y eres libre de decirme o hacerme lo que quieras si llegamos a salir de aquí alguna vez.

James sonrió. No sabía cómo enfrentarse a aquella situación, pero de repente recordó las palabras que su madre le decía cuando él era más pequeño: «No es cuestión de poner la otra mejilla, pero tampoco de vivir envenenado». Decidió así simplemente devolver la mirada a Carlos y contestar a su frase.

—A pesar de todo, no puedo más que darte las gracias. Me has cuidado mientras estábamos encerrados ahí abajo. Me has devuelto la ilusión por salir de este lugar aun sabiendo que es imposible. Además, estoy seguro de que todo fue un accidente. No quisiste hacerme daño... No me cabe duda de que ya has pagado por aquello —le dijo mientras sonreía.

Con la fuerza de un mazo al golpear, el recuerdo de las noches en prisión volvió súbitamente a la mente de Carlos. Esas noches en las que la cara ensangrentada de James y el llanto de su madre regresaban a visitarle para impedirle dormir, momentos en los cuales deseaba estar muerto. El remordimiento por haber sesgado la vida a un joven que pasaba la mañana tranquilamente en el parque junto a su casa hizo que fuera perdiendo poco a poco el sentido de seguir viviendo en este mundo mientras otros ya no podían hacerlo.

Durante mucho tiempo, dentro de los cinco años que pasó entre rejas, pidió perdón a James entre sueños. Muchas veces se despertaba en mitad de la noche gritando su nombre acompañado de lágrimas descontroladas que no pedían permiso para deslizarse por su cara. Ahora ese joven le miraba sonriendo y le estaba dando las gracias. Carlos no supo qué sentir y quedó en silencio mientras sus ojos miraban a James preguntándole por qué. James retomó la palabra.

—En serio... no te preocupes. Debe haber sido también muy difícil para ti todo esto. Cuando te dije mi nombre mientras estábamos presos en aquella pocilga, debiste asustarte mucho, más aún conociendo el hecho de que le envié a mi madre un video diciéndole que yo seguía vivo pero en otro cuerpo. No tienes que preocuparte por nada Carlos.

Carlos le miró y sonrió. El silencio de sus labios le estaba dando las gracias por sus palabras. Nate habló, interrumpiendo el diálogo.

—Es muy difícil asumir que eres James Peterson cuando no tienes el aspecto de James Peterson. Entiende que pueda dudar al respecto. ¿Cómo es eso posible?

—Al principio yo tampoco lo entendía muy bien —dijo mientras dirigía su mirada a Nate— pero poco a poco encontré respuestas.

Hizo una breve pausa para respirar y acto seguido se decidió a contar su historia.

—Viendo que nos queda poco tiempo aquí, siento que es el momento perfecto para que compartas con vosotros dos qué fue de mí desde aquel 20 de abril de hace cinco años. Como ambos sabéis, fallecí a causa de un atropello accidental en Greek Hill —Carlos volvió a sentir ese pellizco en el estómago—. Tras eso, todo se apagó y mi conciencia se durmió. En un momento, no sé cuándo ni por qué, sentí que era consciente de mí mismo y que podía abrir los ojos, y así lo hice. Una fuerte luz invadió mi interior hasta que pude ver todo a mi alrededor. Quise moverme pero no tenía cuerpo físico para hacerlo. Únicamente era consciente de que podía ver lo que tenía delante y que también era capaz de enfocar mi visión al lugar que yo quisiera.

—¿Despertaste en tu actual cuerpo? —dijo Carlos algo más recuperado.

—Ni de lejos... Era un lugar muy extraño. Yo estaba levitando varios metros sobre el suelo, pero al mirar hacia abajo no podía ver mis piernas y al hacerlo a la izquierda y derecha no podía ver mis brazos. Era como si no existiera nada físico de mí —se detuvo para mirar al techo como si buscara escapar de allí para poder recordar mejor—. Lo que mis ojos vieron fue unas montañas enormes en el horizonte y un gran volcán que escupía lava y rocas candentes. Bajo mis pies, una gran llanura. La tierra era roja al igual que el cielo y de ella se elevaba un intenso fuego azul y, bajo él, las personas estaban consumiéndose pasto de las llamas —su cuerpo tembló levemente—. Al final de la llanura, llena de cuerpos quemados, podridos y penando por su alma, podía observarse un gran montículo de un color oscuro producto de la tierra quemada. En la cúspide de ese montículo, un hombre con los brazos abiertos y vestido de blanco vociferaba al vacío.

Tanto Carlos como Nate oían con entusiasmo el relato de James. Nate se atrevió a preguntar.

—¿Qué decía esa persona sobre el montículo?

—No recuerdo sus palabras exactas, pero parecía que llamaba a alguien mientras miraba hacia arriba. Creo que estaba invocando algo o alguien para que le diera muerte.

Carlos también quiso preguntar.

—¿Reconociste el lugar en algún momento?

—No. Tanto la tierra como el cielo eran de un color rojo intenso. No existían nubes sobre nosotros. En el cielo podían verse llamas rojas y negras que hacían que cayese una especie de hálito abrasador de forma permanente. Era muy agobiante.

Mientras James permanecía callado intentando recordar el resto de detalles de aquella visión, Carlos y Nate se miraron buscando encontrar sentido a todo lo que el joven estaba relatando. Cuando todo estuvo más claro en la mente de James, continuó

hablando.

—Aquel hombre sobre el montículo estaba de espaldas a mí, pero gracias a eso pude ver cómo se flagelaba sin importarle el dolor que seguramente estaba sintiendo. Sus ropajes blancos cada vez se teñían más de rojo y los rasguños hacían cada vez más visible su piel desgarrada por el látigo que estaba usando para infligirse dolor. Mientras lo hacía, seguía hablándole al cielo llameante. Después volví a dirigir la mirada hacia el suelo y los cuerpos candentes de las personas continuaban ardiendo. Mujeres, hombres, niños, monjas, curas, blancos, negros, todo el espectro de personas que podamos imaginar se encontraban en aquellas tierras ardientes. Pocos segundos después, unos gritos llamaron mi atención. Las personas que se arrastraban sobre la tierra dirigieron su mirada hacia el cielo y lanzaron vítores de alegría. Yo también lo hice y pude observar cómo de entre las llamas que poblaban el firmamento, surgía un haz de luz intenso que me cegó, obligándome a apartar la mirada, pero una voz sonó y me dijo: «No esquives mi luz. Este poder es lo que queda de nuestro Padre. Debes volver para que las plegarias del Caído jamás puedan ser escuchadas». Tras eso volví a perder la consciencia y, pasado un tiempo, el cual desconozco, desperté en un hospital.

Nate volvió a interrumpir a James. Una pregunta le asaltó y la soltó de forma espontánea.

—¿Recuerdas todo sobre tu vida pasada?

—Por supuesto —dijo James de forma segura—. Cada detalle, cada día en casa junto a mi madre, cada cumpleaños, cada día en el colegio. Lo recuerdo absolutamente todo. Sin embargo, desperté siendo otra persona. Cuando volví a estar consciente, lo hice, como dije antes, en un hospital. Me dijeron que mi nombre era Hugo Frost y que tras una sobredosis fui hospitalizado. Sufrí una parada cardíaca y pensaron que me habían perdido. Me contaron que permanecí bastante tiempo en muerte clínica hasta que desperté de nuevo. Les dije que yo no me llamaba Hugo ni me había drogado en mi vida... —dejó de hablar y negó levemente con la cabeza—. Así, permanecí las siguientes dos semanas en aquel hospital de California, confundido y perdido. Todo era un sinsentido para mí. Estaba a kilómetros de mi casa, no me reconocía en el espejo y todo el mundo me trataba como un politoxicómano en rehabilitación. Durante mi estancia en el hospital sufrí algunos episodios bastante traumáticos debido al síndrome de abstinencia: tuve alucinaciones, temblores, espasmos e incluso un día pude ver claramente cómo unos insectos imaginarios iban poco a poco invadiendo mi habitación del hospital. Durante uno de esos episodios en los que parecía que iba a explotar por algún motivo, comprendí que mi cuerpo había pertenecido efectivamente a otra persona. Alguien que pasó mucho tiempo consumiendo drogas, aunque en ese momento era yo quien estaba viviendo las consecuencias de aquello. Comprendí entonces que no fallecí en aquel atropello en Greek Hill y que había vuelto a la vida en un cuerpo diferente. Comprendí también que la visión que tuve de las llamas en el cielo y la tierra fue real y que me avisaban

de algo... algo que no sabía de qué se trataba...

—¿Qué pasó después de que salieras del hospital? —preguntó de nuevo Nate.

—No tenía dónde ir, así que comencé a caminar durante horas y sin rumbo hasta que caí desfallecido cerca de una pequeña casa de huéspedes cuyos propietarios me acogieron durante algunos días hasta que estuve completamente recuperado. El matrimonio White me dio de comer y beber. Ambos me cuidaron dándome ropa limpia y haciendo que recuperara algo de peso. Jamás podré agradecerles lo suficiente todo lo que hicieron por mí.

A pesar de que el reloj marcaba las cuatro de la madrugada, el cansancio no hacía que los tres jóvenes quisieran dejar la conversación que estaban manteniendo. El resto de la casa parecía dormir, pero nada más lejos de la realidad. Tras la puerta de entrada a la biblioteca se encontraban apostados dos hombres, vigilando que nadie saliera ni entrara en la estancia. Afortunadamente, los muros de la casa eran bastante gruesos y no podían oír lo que ellos estaban hablando. A pesar de todo, el tono de voz de los tres era bastante bajo para así no llamar la atención de nadie. Carlos retomó la palabra.

—No puedo imaginarme cómo llegaste aquí. En mi caso fui envenenado en un hotel mientras estaba con Claire, tu madre, cuando estábamos huyendo de Patrick y los demás. ¿Qué ocurrió para que tú terminaras en este lugar?

James volvió a mirar hacia el alto techo de la habitación, buscando en el baúl de sus memorias. Ya no sonreía.

—Un año después de despertar en el hospital, de recuperarme en casa de los White y de buscarme la vida como fui capaz, intenté de varias maneras planear mi vuelta a Greek Hill pero cada día que pasaba, era más consciente de lo complicado que sería convencer a los demás de que yo era James Peterson. Poco a poco fui resignándome a la idea de que lo más sensato sería comenzar una nueva vida como Hugo Frost e intentar más adelante un acercamiento a mis padres y a mi pueblo natal. Era también conocedor de que si contaba mi historia al mundo, iba a ser tachado de demente o de que pertenecía a algún tipo de secta. No deseaba bajo ningún concepto vivir una vida con etiquetas ni estigmas, así que por un tiempo decidí olvidarme de contar nada a nadie. Conseguí un trabajo como dependiente en una cadena de supermercados y poco a poco me fui acostumbrando a esa nueva vida.

Carlos sintió un fuerte pinchazo en su pierna mientras James contaba su historia. Afortunadamente, antes de entrar en la biblioteca, alguien le puso la medicación necesaria en su pierna, le cosió la herida del disparo y se la vendó. Aun así, el dolor era bastante insoportable. Su mueca hizo que James se detuviera en su relato pero Carlos se percató de ello y le tranquilizó indicándole que continuara hablando. James así lo hizo.

—Como iba contando, pasado un año desde que desperté, me encontraba trabajando en un supermercado. Un día, no recuerdo exactamente cual, estaba terminando mi turno de noche y mientras preparaba mis cosas para irme a casa y

descansar, ya que había sido una noche bastante intensa, con intento de atraco incluido, me percaté de que había dos hombres que se encontraban en el aparcamiento frente al supermercado. Llegué a la conclusión de que eran clientes que estaban llegando a la tienda para comprar algunas provisiones. Recuerdo que en el informativo estuvieron anunciando una fuerte tormenta para esos días. Cuando pasé cerca de aquellos hombres, me di cuenta de que vestían unos trajes impolutos que parecían hechos a medida. Antes de llegar a mi coche, me sisearon y me volví para atender su llamada. Sin quitarse las gafas de sol me preguntaron si yo era James Peterson. Cuando oí mi antiguo nombre creí desmayarme. La impresión fue muy fuerte. Casi había conseguido acostumbrarme a llamarme Hugo Frost. Inexplicablemente me sentí lleno de ilusión. Sin ninguna prueba de ello, imaginé que mis padres me estaban buscando y que habían enviado a esos dos tipos para hacerlo. Instintivamente les respondí que sí.

Nate interrumpió de nuevo.

—Seguro que no tardaste mucho tiempo en arrepentirte.

—Ni dos minutos —contestó James con mirada sincera y triste—. En el momento en que les contesté afirmativamente se dirigieron hacia mí y sin mediar palabra me agarraron de ambos brazos y comenzaron a llevarme a rastras hacia una furgoneta negra. Intenté resistirme y frenarles pero me fue imposible. Todas las ilusiones que había creado unos segundos antes se fueron desmoronando dentro de mi mente, pero lo peor llegó cuando se me ocurrió gritar para pedir ayuda, sin obtener respuesta alguna. Mi compañero de trabajo, que me relevó en el turno, se encontraba cambiándose dentro, o eso creo, ya que no salió en mi auxilio. Esos tipos, al oírme gritar, decidieron que debían callarme la boca así que comenzaron a golpearme violentamente hasta que no pude resistirme más y me desmayé. Después de eso, acabé con los labios reventados y tres costillas rotas. Me metieron en la furgoneta y me trajeron hasta aquí.

—Qué hijos de puta —dijo Carlos impotente olvidando el dolor de su pierna.

Los tres quedaron en silencio asimilando lo que James les contaba. Cada uno a su forma y en su grado, había sido llevado a la fuerza a aquel lugar. Indudablemente, James era el que más sufrimiento había pasado por culpa de todo aquello. Su forma de hablar, de respirar y de mirar denotaba cansancio y agotamiento a partes iguales. Estaba harto de estar allí y claramente prefería estar muerto y ser libre que permanecer vivo en ese lugar. Nate volvió a hablar.

—¿Estás aquí desde entonces?

—Sí —dijo de forma insegura—. Cuatro años aquí dentro... Cuando llegué me hicieron toda clase de pruebas y experimentos. Me hicieron miles de preguntas sobre mi vida pasada y presente. Recuerdo que Patrick no se dejó ver hasta la tercera semana de ser secuestrado. Imagino que pretendían agotarme psicológicamente o algo parecido antes de verle a él. Sin duda, ese encuentro fue de las peores experiencias que he vivido.

—¿Te golpeó más aún? —preguntó Carlos

—No. Mucho peor. Patrick se dedicó durante más de cinco horas a hacerme preguntas sobre lo que yo había visto tras ser atropellado en Greek Hill.

—¿Te refieres a lo que antes mencionaste como «Mundo Rojo»? —preguntó Carlos.

—Sí. De algún modo, él supo que yo había tenido aquella visión. Cuando le confesé que efectivamente había visto aquello por lo que me preguntaba, su expresión de júbilo fue casi aterradora. Comprendí entonces que no saldría de este lugar jamás. Me preguntó mil cosas sobre esa visión hasta que ya no quedó nada más que contar. De ese modo, pasé estos cuatro años, entre interrogatorios, torturas, jóvenes que acababan muertos y muchas más cosas que no creo que pueda estar preparado jamás para contar...

James comenzó a sollozar levemente. Sus dos compañeros decidieron que debían dejar de preguntarle sobre su historia. Aún faltaban varias horas hasta el amanecer pero ninguno de los tres tenía intención de dormir. Era imposible hacerlo después de tanta tensión y sabiendo que al día siguiente serían el juguete principal de no sabían qué ritual de invocación.

Mientras James se recuperaba de la angustia que le había provocado recordar su historia, Carlos volvió a mirar a Nate. Recordó la sensación que tuvo cuando le vio por primera vez. Comenzó a sentir de nuevo aquel latido detrás de la cabeza. Algo ocurría con aquel chico cada vez que le miraba. Era un sentimiento de nostalgia. De alguna forma, cuando miraba a Nate, podía reconocer a esa persona. Podía evocar sentimientos conocidos y extraños a la vez. Ante todas aquellas dudas, se decidió a hablarle.

—Dices que te llamas Nate... Antes comenzaste a contarnos el motivo por el que estás aquí, pero el relato de James no te dejó acabar lo que estabas diciendo.

—Así es —dijo Nate enfocando su mirada a Carlos.

—Dijiste que tanto tú como Claire Peterson, un tal Ted y una chica llamada Sarah, estabais buscándome. ¿Cierto?

—Sí, cierto.

—Entiendo que Claire me esté buscando ya que fue con ella con quien estaba en el momento en que me secuestraron, pero no tengo ni idea de quién es Sarah ni ese tal Ted, y por supuesto a ti no te conozco de nada, aunque...

—Sarah Wallace. Esa chica estaba presente el día en que atropellaste a James. Fue ella quién te atendió en un primer momento, dándote los primeros auxilios tanto a ti como a tu acompañante, antes de que llegara la ambulancia. ¿Recuerdas?

Carlos la recordó al instante.

—Por supuesto que sí... Sarah... Debí hacerle caso entonces. Si lo hubiera hecho, no habría entrado en pánico ni habría salido huyendo del lugar. Si le hubiera hecho caso no me habrían impuesto una condena como la que finalmente resultó. Ahora, esa chica está también buscándome... ¿Por qué está ella haciendo eso? —preguntó a

Nate.

—Me está ayudando. Le pedí que me ayudara a encontrarte y poco tiempo después nos encontramos con Claire, que también andaba tras tu pista. Fue de esa forma como nos unimos. Tras eso, conocimos a Ted, un muchacho que ha perdido a toda su familia a manos de la Orden que comanda Patrick. Su padre investigó a la organización, se infiltró en ella y quiso saber qué había pasado con una mujer llamada Simone. A raíz de eso, Ted quedó huérfano y ahora solo vive para acabar con la Orden y para protegernos de sus planes.

Para Carlos estaba siendo muy complicado asimilar todo lo que Nate le estaba contando. Le miraba, y parecía querer recordar algo que no acababa de entrar en su mente.

—Si... claro. Es lógico que Claire me esté buscando. Además de querer encontrarme a mí, quiere esclarecer la identidad de la persona que aparecía en el video que recibí. Lo que me cuentas de ese chico, Ted, también lo veo normal si ha perdido a sus padres por culpa de esta gentuza, aunque desconozco porqué quiere protegernos. Entiendo que Sarah te esté ayudando, ya que sabe quién soy. Pero tú... tú me estás buscando porque...

Nate sabía que Carlos comenzaba a reaccionar. Podía verlo en sus ojos, en lo más profundo de estos. Aprovechó la ocasión para intentar conseguir aquello por lo que se había metido en aquella odisea.

—Has sentido algo al verme ¿verdad? Yo sí he podido sentirlo Carlos —dijo Nate con mirada profunda.

Carlos no supo qué decir. Efectivamente, así había sido pero no sabía cómo contestar a esa pregunta, a esa persona que creía no haber visto jamás aunque sintiera lo contrario.

—Sí... No sé exactamente qué es pero es cierto que antes, cuando te vi sobre los hombros de Matt mientras te traía hacia aquí, pude sentir algo en mi cabeza. Visioné una extraña ráfaga de recuerdos que no he vivido... o al menos, eso creo. Sentí que te conocía de alguna forma y también percibí una especie de alivio inexplicable, como si te hubiera estado extrañando mucho tiempo, y que finalmente te tengo a mi lado.

—Lo sabía... —la voz de Nate comenzó a quebrarse—. Sabía que eras tú... Para asombro de James, Nate comenzó a llorar mientras sonreía. No eran lágrimas de pena o dolor, eran lágrimas de alegría al haber conseguido su objetivo.

Mientras su cara continuaba humedeciéndose, Nate continuó hablando.

—No me importa estar aquí encerrado. No me importa los golpes que he recibido ni si he de recibir más. Lo importante es que finalmente he conseguido reunirme contigo.

Carlos no entendía nada, pero en su interior, su corazón cada vez latía más fuerte. Tenía la sensación de que su alma esperaba con ansia oír algo que aún no llegaba. Era parecido a la sensación de cuando tu equipo de fútbol se va acercando a la portería y tú, con tu cuerpo, vas vaticinando el gol que deseas que marquen. Con el alma en vilo

y las emociones a flor de piel, Carlos continuó escuchándole hasta que una explosión emocional, a nivel casi atómico, inundó cada rincón de su ser al oír las palabras de Nate.

—Stefan, soy yo... Nate —le dijo directamente a los ojos—. En sueños has estado llamándome durante los últimos diez años... Soy tu hermano Nate...

Sin avisar, y de forma brutal, el interior de Carlos se quebró por un instante. De repente la lámina que separaba a Carlos y a Stefan se rompió en mil pedazos y todo salió a la superficie. Creyó volverse loco durante un segundo, el tiempo que tardó toda una vida en salir a flote. Sus ojos se tornaron vacíos y blancos mientras los recuerdos inundaban cada átomo de su ser. Mañanas de colegio, comidas en familia, peleas de hermanos, pesadillas nocturnas, comidas favoritas, tardes en el parque, noches junto a sus amigos mirando las estrellas, las miradas a la chica que le gustaba, tardes de piscina...

—Piscina... —dijo tras ese segundo eterno, aún con los ojos en blanco.

Nate no podía creer lo que estaba sucediendo. Su hermano estaba volviendo e indudablemente estaba recordando la tarde en la que murió ahogado.

Los ojos de Carlos volvieron a mirar a Nate, asustado y sin saber qué estaba ocurriendo. Después parecieron nublarse y se pusieron en blanco de nuevo. Más recuerdos llegaron a su mente; recuerdos igual de vivos y frescos. Mañanas en la playa de la Victoria, tardes en casa merendando galletas hechas por su madre, rutas de fin de semana a los Pueblos Blancos, noches de cine en el Palillero, tardes eternas observando el amarillo intenso de la Catedral de Cádiz.

—Cádiz... —volvió a decir Carlos.

—Poco a poco, Carlos... Respira... —dijo Nate—. Estás recordando todo lo que viviste anteriormente como Stefan. Cuando vivías conmigo, antes de ser Carlos Guerrero, más lo que has vivido cuando volviste en tu cuerpo actual. Respira lentamente, no hay prisas.

En aquella vorágine de historias y sensaciones, Carlos también comenzó a ser consciente de las veces que, durante sus sueños, se comunicó con Nate, indicándole que le buscara para desvelarle la verdad y para que volvieran a encontrarse. Lentamente todo fue encajando en su mente. Fue recuperando la respiración ante la atenta mirada de Nate y la sorpresa de James, que no se esperaba lo que allí estaba sucediendo. Carlos habló con dificultad.

—Ahora... recuerdo todo —miró a Nate—. Hermano, has venido... Hiciste caso a mis mensajes...

Ambos lloraron de felicidad uno junto al otro. Sus vidas habían estado separadas por kilómetros, por años, por otras vidas, por sueños imposibles, pero ahí estaban, juntos por fin.

—Recuerdo aquella tarde en casa —dijo Carlos con la respiración entrecortada—. Era nuestro cumpleaños y todos estábamos en la piscina. Recuerdo también que estaba intentando hacer unas piruetas bajo el agua y de repente perdí la orientación,

dándome un fuerte golpe en la cabeza... ¿Debo suponer que todo ocurrió por eso y en aquel momento?

—Sí. Todos fuimos a la piscina, pero estabas inconsciente y no sabíamos por cuánto tiempo. Intentaron reanimarte pero no pudieron hacer nada. Todo acabó ahí hasta que pasado un tiempo comencé a soñar contigo. En esos sueños periódicos, me decías cosas que yo no entendía y que atribuía a pesadillas. Poco a poco y con el paso del tiempo fui asociando aquellos sueños a la posibilidad de que te estuvieras poniendo en contacto conmigo de algún modo —las manos de Nate deseaban desatarse y poder tocar la cara de Carlos—. Me decidí entonces a buscarte siguiendo la información un tanto abstracta que me dabas en aquellos episodios oníricos.

—Sí... recuerdo esos mensajes. Todo era oscuro y mi voz apenas sonaba. Te hablaba pero no sabía si me podías oír. Gritaba y ni yo mismo podía oírme.

En aquel momento, otro recuerdo invadió la mente de Carlos de forma más contundente aún que los anteriores. Fue en ese preciso instante cuando comprendió las palabras que James había pronunciado anteriormente.

—Yo también lo vi... El «Mundo Rojo».

James miró con esperanza a Carlos después de oír lo que acababa de decir.

—¿Realmente lo viste?

—Definitivamente sí —dijo volviendo la mirada hacia James—. Tal y como tú lo has descrito, aquel lugar apareció frente a mí justo después de meterme bajo el agua en la piscina y sentir aquel golpe. Contemplé exactamente la misma estampa que tú, incluso vi al mismo hombre vestido de blanco mientras gritaba al cielo. También coincidí contigo en el momento en que la luz cegó mis ojos y me advirtió de que debía volver.

Carlos calló durante unos segundos, víctima de la incoherencia de sus palabras.

—Entonces, yo no estaba loco... —dijo James, que no pudo evitar sonreír tímidamente.

Nate intervino.

—Bueno, ahora intenta asimilar todo. Imagino que debe ser difícil de asumir todo lo que ha ocurrido.

—Sí... Es todo muy extraño —respondió Carlos—. No era consciente de que guardaba todos esos recuerdos dentro de mí. Siempre creí ser Carlos Guerrero, nacido y criado en Cádiz. Ha sido cuando has dicho quién eres realmente cuando he podido sentir en mi interior como si un espejo se rompiera y pudiera ver lo que había tras él —de nuevo miró a Nate—. No puedo creer que hayas venido hasta aquí para encontrarme...

Nate miró anonadado a su hermano. No era el cuerpo que recordaba pero sin lugar a dudas era él.

Ninguno de los tres se percató de nada, pero mientras hablaban, lentamente fueron elevando el volumen de su voz. Carlos retomó la palabra una vez se sintió algo más ubicado.

—Al despertar en Cádiz, mi familia me dijo que había estado en coma. No recordaba nada de mi vida anterior y los médicos me dijeron que una de las secuelas del brutal golpe que sufrí con la moto fue una amnesia permanente de todo lo vivido anterior a eso.

—Está claro qué fue lo que ocurrió —dijo Nate—. Carlos Guerrero murió en aquel accidente y tú, tras lo de la piscina, pasaste a ocupar su cuerpo, pero al sufrir de amnesia, te fue imposible recordar tu vida como Stefan ni tu pasaje por ese Mundo Rojo, al contrario que James, que sí pudo hacerlo.

Las piezas iban encajando y las dudas iban obteniendo respuesta de forma casi automática. Aun así, James volvió a preguntar.

—De todos modos, no logro entender cuál es la relación que hay entre Carlos y yo. Hemos pasado por la misma situación después de nuestro fallecimiento. Si antes no podía explicar el motivo de que me hubiera ocurrido a mí, es aún más complicado saber porqué le ha pasado también a él.

—Está claro que debe haber alguna relación entre ustedes dos —dijo Nate.

Durante los siguientes minutos, los tres quedaron pensando y asimilando el torrente de noticias, declaraciones y revelaciones que habían tenido en la última hora. Pasado unos minutos, James interrumpió el silencio.

—Mi madre no merecía pasar por esto... Estoy seguro de que no esperaba algo así cuando me adoptó...

Instintivamente, Carlos y Nate se miraron y se lo dijeron todo con la mirada. Ambos exclamaron mientras miraban a James.

—¡Nosotros también somos adoptados!

Repentinamente la puerta se abrió y el hombre apostado detrás de ella entró como un toro. Firmemente se acercó a las tres sillas y mirándoles a la cara les dijo.

—No son horas de gritos ni de charlas. Sed buenos y dormid.

Acto seguido elevó su escopeta y con la culata golpeó fuertemente en la cara a James, dejándolo inconsciente y sangrando por la nariz. Nate gritó mientras luchaba por ganar movilidad en la silla.

—¡Hijo de puta! ¿Por qué has hecho eso?

—Pensaba que estabas inconsciente y que los otros dos dormían. Os he oído desde fuera y vengo a daros las buenas noches —dijo sonriendo con sorna.

Realizó el mismo movimiento y noqueó a Nate. Acto seguido repitió la maniobra con Carlos y los tres quedaron sentados en sus sillas, sin conocimiento y con el temor de que cuando despertasen de nuevo sería para lo que Patrick llamó «invocación».

Cuando despertó de su profundo sueño, Claire continuaba oyendo el motor del coche. Pensaba que habían pasado solo algunos minutos desde que Ted le dijera que descansara hasta llegar a algún lugar donde hospedarse. Mientras abría los ojos, los rayos del sol fueron despejándola a la vez que le indicaban que, al contrario de lo que ella pensaba, habían transcurrido varias horas. Volvió la mirada hacia su acompañante y con la cara aún hinchada del sueño le dijo con su ya distintivo carácter.

—¿Qué demonios haces?

—Buenos días Claire —contestó Ted concentrado en la carretera.

Claire miró el reloj del coche. Marcaba las once menos cuarto de la mañana.

—Me dijiste que ibas a buscar un lugar donde descansar. ¿No has dormido en toda la noche?

—Sí. No te preocupes. Me detuve en el arcén y descansé un rato. Afortunadamente estoy acostumbrado a trasnochar mientras navego en internet o juego a la consola. Siempre y cuando descansen un rato y me acompañen alguna de estas —dijo señalando dos latas de bebidas energéticas—, tengo gasolina para rato.

—Esas cosas no son sanas, no deberías tomarlas —dijo frotándose los ojos—. Dime, ¿dónde estamos?

—Nos quedan unos veinte kilómetros para llegar a un pueblo que está situado muy cerquita del lugar de las coordenadas. Estos locos se han ido muy lejos para esconderse.

De repente, la mente de Claire se aclaró y recordó los acontecimientos de la noche anterior. El sonido de la explosión y la imagen de Sarah golpearon su mente haciendo que casi le doliera.

—Sarah...

Ted soltó una mano del volante y tocó la rodilla de Claire.

—Pagarán por lo que le han hecho. Te juro que pagarán por todo —le dijo con voz trémula.

La carretera en la que se encontraban, la US-84W, era de las más solitarias que ambos habían visto desde hacía mucho tiempo. Parecía que el mundo se puso de acuerdo para dejarles vía libre al saber la urgencia con la que conducían.

Mientras contemplaba el paisaje pasar frente a sus ojos, Claire, haciendo uso de su siempre presente fuerza interior, decidió que no era tiempo de lamentarse. Lo pasado ya no podía cambiarse, pero el futuro sí dependía de lo que hicieran a partir de ese momento. Se incorporó y se estiró la cara con sus manos. Necesitaba despejarse, así que después de dudar unos segundos, decidió contradecirse por completo y dio un sorbo a la lata de Red Bull que reposaba junto a la palanca de cambio del coche. Ted sonrió disimuladamente.

—¿Has pensado nuestro siguiente paso?

—Cuando lleguemos al pueblo, lo cual será en cuestión de minutos, quizá, una vez allí, podamos consultar a través de internet e intentar averiguar vía satélite, el lugar donde supuestamente se encuentran los cabrones responsables de todo esto.

—¿Cuál es el nombre del pueblo?

—Gatesville. He pensado que lo mejor sería parar allí y planear una forma de acceder al lugar.

—Me parece bien. Si es verdad que están allí, se han tomado muchas molestias para que nadie lo sepa. Debemos estar preparados para lo que pueda ocurrir. Ya hemos comprobado que no se andan con chiquitas a la hora de actuar —dijo Claire metiendo la mano en su bolso.

—Lo más importante es tener en cuenta el hecho de que ellos ya saben que alguien ha ido a casa de los padres de Patrick y quizá estén esperando nuestra llegada.

Claire asintió mientras continuó observando el paisaje de Texas moverse tras los cristales del coche, a la vez que seguía rebuscando entre sus pertenencias. Estaba intentando localizar el cuaderno que consiguió sacar del búnker antes de que la casa volara por los aires. Finalmente tocó con sus dedos la cubierta del cuaderno. Aún no le había dicho nada a Ted sobre su hallazgo, pero lo haría en cuanto tuviese la ocasión.

La estampa del terreno era algo árida pero atractiva en cierto modo, aunque muy monocroma, neutra, y casi sin fauna.

Unos minutos después de quedar en silencio, se encontraron circulando por las primeras calles de Gatesville. Nada más entrar, pudieron ver el Lions Club Park a su derecha, un lugar lleno de niños jugando y de personas paseando perros. El ambiente en el pueblo era muy silencioso y parecía existir un gran sentimiento de hermandad entre sus gentes. Decidieron repostar el coche en una Texaco y aprovechar para comer algo. La gasolinera, situada en E Main St. Se encontraba frente a la First United Methodistic Church. Esa mañana, eran muchos los fieles que acudían a la misa matinal que se celebraba en su interior, los cuales, al ver llegar a los forasteros, los miraron con curiosidad. Claire y Ted ignoraron la expectación que despertaban en las personas del pueblo y decidieron entrar directamente en el establecimiento una vez dejaron el coche aparcado en la zona destinada a ello.

—Buenos días —dijo el dependiente al verles entrar.

—Buenos días. Veníamos a desayunar algo. ¿Es posible? —dijo Claire adelantándose a Ted.

—Por supuesto. Síganme.

Los tres, el dependiente y los visitantes, se dirigieron a un pequeño salón más allá de la tienda de la gasolinera, y allí les atendió una señora, bastante gruesa y algo descuidada en su aspecto, pero con una marcada sonrisa en su rostro. Los dos se sentaron y pidieron su desayuno.

—Pensaba que habíamos venido a recoger información sobre la Orden —dijo Ted algo desconcertado.

—Por supuesto que sí, pero ¿acaso no has visto las miradas que nos han lanzado las personas que entraban en la iglesia de ahí enfrente?

—No habría sido fácil ignorar eso...

—Pues ya está. Esta gente no está acostumbrada a recibir personas de fuera. No podemos ir haciendo preguntas de forma brusca. Antes hay que ganar algo de confianza, por eso he dicho lo del desayuno. Además, estoy hambrienta.

Ted aceptó la explicación de Claire y se apoyó en el respaldo de la silla mientras esperaba que viniera el desayuno. Por la ventana podían ver la iglesia a la que acababa de referirse Claire. Tenía un tejado marrón y se adivinaban al menos tres cámaras en su estructura. Junto a la iglesia existía un parque donde jugaban muchos niños, con toboganes y columpios.

Ted se dio cuenta de que lo que estaba frente a ellos era la parte trasera de la iglesia, y no la frontal como pensó en un principio. Le gustaron especialmente los ladrillos descubiertos que formaban las paredes del edificio. Le recordaba a su casa.

Unos segundos después se sorprendió de nuevo a sí mismo navegando en los recuerdos de aquella noche. Seguía sin explicarse el motivo de que su padre les escondiera lo que fuera que estuvo haciendo con la Orden. No podía, por más que se esforzara, encontrar una explicación para su comportamiento. Por su culpa había sucedido todo aquello y casi sintió que un minúsculo sentimiento de rencor hacia su progenitor nacía dentro de él. De repente, la voz de la camarera interrumpió su ensimismamiento.

—Aquí tenéis. Que aprovechen y pasen un buen día —sonrió.

—Muchas gracias señora. Quisiera hacerle una pregunta, si no le importa —dijo Claire muy amablemente.

—Sí, claro. Dígame qué quiere saber.

Quedaron unos segundos en silencio hasta que Claire finalmente habló.

—¿Sabe usted si cerca de aquí vive alguien llamado Patrick?

La señora quedó callada por un instante y después respondió sin perder la sonrisa.

—Que yo sepa... no. No me suena.

—¿Ha visto algo extraño por la zona? Movimientos sospechosos de algunas personas, alborotos, rumores...

—No, no. Le digo que aquí está todo muy tranquilo.

Viendo que esa señora no sabía nada, Ted decidió hablar haciendo uso de la poca delicadeza que a veces le definía.

—¿Sabe si vive alguien en el bosque en dirección oeste?

La señora dirigió su mirada hacia el joven y su semblante se transformó por completo. Ya no sonreía ni desprendía amabilidad.

—He dicho que no. Yo no sé nada. Ahora, si no os importa, vuelvo a mi cocina.

Se marchó casi empujando las sillas que encontraba en su camino y dejando a los visitantes mirándose frente a frente con cara de satisfacción.

—Confirmado. Estamos cerca de la Orden. Este pueblo sabe algo, pero no quiere

hablar al respecto —dijo Claire—. Ted, acabas de demostrarme que tu método también sirve aunque parezca lo contrario.

Ambos rieron durante un rato y tras eso, comenzaron a devorar sus respectivos desayunos. Después de pasar unos minutos dedicándose a comer el pan como si hiciera días que no ingerían, ambos se rindieron al silencio de nuevo. Les dio la impresión de que si miraban hacia su derecha, iban a verla sentada junto a ellos con esos ojos temerosos pero decidida a ayudar. La voz de Sarah todavía sonaba en sus oídos.

—¿Habrán llegado ya los agentes? —preguntó Ted.

—No me cabe duda... —dijo mientras bebía el último sorbo de su café. El encargado del salón donde desayunaban elevó un poco el volumen de la televisión que había al fondo de la estancia para oír mejor la noticia que estaban dando.

*«No podemos ofrecerles más información al respecto, pero repetiremos lo que sabemos por ahora. Una explosión en el sur de Louisiana ha provocado la muerte de varias personas. No sabemos aún las causas, pero lo que sí han confirmado las autoridades es que al menos hay tres cadáveres todavía sin identificar. La zona donde ha ocurrido la explosión se encuentra cerca del Maurepas*

*Lake, en una especie de rancho privado. Por ahora no conocemos el motivo de la explosión ni, como he dicho antes, la identidad de los fallecidos. Tampoco se conoce la identidad de la persona que avisó a la policía y a los bomberos poco después de que sucediera la catástrofe. Desde aquí hacemos un llamamiento para que se pongan en contacto con nosotros o con las autoridades. Seguiremos informando».*

Claire y Ted se miraron fijamente.

—Ahí tienes tu respuesta —dijo Claire.

Ted quedó unos segundos más en silencio. No sabía qué decir. Únicamente quería llegar al fondo de todo aquello y terminar lo que fuera que su padre comenzó. Claire volvió a hablar.

—Me duele en el alma saber que Sarah debe estar en estos momentos en algún lugar frío, tapada por completo y tan desfigurada que ni siquiera pueden reconocerla. No sé cómo pero estoy segura de que en algún momento de nuestras vidas pagaremos por esto.

—¿Qué dices? —dijo Ted sorprendido.

—Estoy diciendo que hemos dejado abandonada a una persona que solo quería ayudar, que no tenía ningún motivo personal para involucrarse en todo esto. Hemos estado en el lugar donde ha muerto y nuestra reacción ha sido marcharnos sin mirar atrás —apretó los puños con fuerza—. No es justo...

Ted comenzó a irritarse mientras oía las palabras de Claire.

—Lo que no es justo es que actúes y luego te arrepientas. Sabías que si queríamos llegar hasta aquí, la mejor opción que teníamos era marcharnos de allí tras avisar a las autoridades. Sabías también lo alejado que estaba aquel lugar y bien podrían haber pasado muchas horas más hasta que alguien se hubiera dado cuenta de lo ocurrido. Dentro de nuestras posibilidades hemos sido todo lo coherentes que hemos podido. Piensa en que dentro de poco podrás comprobar si ese chaval es tu hijo o no. Piensa en Nate y en todo lo que Sarah sacrificó para salvarle y piensa también en Carlos... al cual sacaste de prisión.

Las noticias continuaron sonando mientras hablaban. Repetían lo mismo en cada canal local de aquella zona de Texas. Claire continuó.

—Tienes razón... Carlos está en esta situación en parte por culpa mía, pero duele tanto pensar en Sarah... —al asumir su culpa, Claire quiso sacar su cartera del bolso para coger una fotografía de su hijo James pero sintió que tocó con sus dedos el cuaderno que sacó del búnker—. Por cierto, encontré esto cuando estuvimos en el búnker. Antes de que sonara la alarma vi este pequeño cuaderno en uno de los estantes y decidí guardarlo en mi bolso para ver si podía servirnos de algo.

Claire lo sacó y se lo entregó en mano a Ted. Este, con curiosidad, acercó su rostro a la libreta para inspeccionarla mejor. Decidió abrir la primera página y, cuando lo hizo, su corazón dio un vuelco. Podía reconocer fácilmente la letra que encabezaba la primera página.

—Este cuaderno... ¿cómo es posible? —dijo abriendo los ojos.

—¿Qué ocurre Ted? —preguntó sentándose a la izquierda de Ted.

—Reconozco esta letra pero... es imposible.

Claire no se atrevió a preguntar nada. Dejó que Ted se tomara su tiempo para hablar y contarle qué estaba ocurriendo. Las manos del joven temblaban ligeramente y sus ojos parecían haberse perdido en la nada durante algunos segundos.

—Ted, ¿estás bien? —preguntó Claire algo más preocupada.

—Este cuaderno lo escribió mi padre —dijo llevándose las manos a la boca—. Parece ser que entre la documentación que guardaban en casa de los padres de Patrick estaba este cuaderno de mi padre.

Claire, también bastante sorprendida, le tomó del hombro para hablarle.

—Pues habrá que leerlo ¿no? Es justamente lo que estabas esperando, respuestas. Quizás las encuentres ahí dentro.

El joven no estaba seguro de abrir ese cuaderno. Sabía que si lo hacía no habría vuelta atrás. Necesitaba saber qué hizo exactamente su padre dentro de la Orden. Necesitaba saber por qué se metió en todo aquello que acabó por costarle la vida a él y a su esposa. Si todas esas respuestas estaban entre esas páginas, tenía que estar preparado para afrontarlo.

—Paguemos la cuenta y salgamos de aquí. Vamos a cualquier otra parte y leamos su contenido —dijo Ted confundido.

La mujer asintió y ambos se dirigieron a pagar la consumición. Claire invitó a su

compañero al desayuno. Antes de salir del establecimiento, la camarera que les había atendido tan amablemente les habló a unos metros de distancia.

—Tengan cuidado. Discúlpenme por mi reacción de hace unos minutos. En este pueblo hay cosas que no deben removerse... —dijo mientras sus labios se tensaban cada vez más.

—¡Susan! —gritó el camarero al ver que la mujer se iba de la lengua.

Acto seguido volvió a mirar a Claire y a Ted y les dio el cambio.

—Que pasen un buen día, pareja.

Ambos les devolvieron el cumplido y salieron del lugar. Claire volvió a hablar.

—No necesitamos más confirmación de que hay algo extraño con este lugar. No se atreven a hablar de cierto tema, seguramente relacionado con la Orden. Además de tener sus coordenadas y saber que están muy cerca de aquí, tenemos la prueba viva de que algo ocurre al ver la reacción de algunas personas.

—Tienes razón. Mira —dijo señalando un lugar junto a la iglesia frente a la gasolinera— podemos sentarnos en aquellos bancos y leer el cuaderno.

—Por supuesto.

La iglesia estaba en plena misa. Hacía ya un buen rato que había comenzado y el eco de sus oraciones podía oírse desde el lugar en el que ambos estaban sentados.

—¿Por qué no me dijiste que tenías esto guardado? —dijo mirando la cubierta del cuaderno.

—No podía imaginar que fuera de tu padre. Ni por asomo podía suponer eso. Con todo el jaleo de la alarma, la explosión y la *pseudohuída* que hemos tenido, no me he acordado de sacarlo antes hasta ahora. Discúlpame Ted.

—No mujer, no te preocupes. Tienes razón. Era imposible que pudieras pensar que este cuaderno era de mi padre. No sé si estoy preparado para leerlo.

—Claro que sí. Necesitamos leerlo tanto tú como yo. Tómate el tiempo que necesites pero recuerda que Carlos, Nate y el que podría ser mi hijo nos están esperando.

—Creo que toda la Orden nos está esperando después de irrumpir en casa de Patrick.

Ted suspiró profundamente y abrió la primera página del cuaderno. Leyó en voz alta.

—Diario de Ryû Hamasaki...

Día 1 de la «Investigación Simone».

Como era de esperar, no he localizado a Simone en el lugar donde me indicaron en el registro de la vivienda. En esa dirección se encuentra un buzón lleno de cartas a nombre de ella y la fachada de la que supuestamente es su casa está en lamentables condiciones. Da la impresión de que han pasado décadas desde la última vez que alguien viviera en ese lugar. El resto de domicilios se ven más actuales en comparación con el aspecto de la casa de Simone que parece sacada de otra época. Pude sentir cierta tristeza al encontrarme cerca de esos muros. Me va a resultar muy difícil localizar a Simone para que me cuente cómo ha sido su vida después de aquel suceso y cómo transcurrieron los años tras ser tachada de demente e incluso vilipendiada públicamente.

Día 6 de la «Investigación Simone».

Sigo sin tener datos sobre el paradero de Simone. Estoy pensando en volver a su casa y preguntarle a sus vecinos por si acaso tienen alguna información sobre ella. No existen cambios de vivienda ni nada parecido. He preguntado en varios colegios por si inscribió a sus hijos en algún centro cercano pero tampoco he tenido suerte en ese aspecto. Obviamente, apenas podían facilitarme información debido al carácter privado de la misma. Si esto sigue así, voy a perder mi trabajo. Lo peor para mí es que la imagen que mi hijo tendrá de mí será la de un padre fracasado. No podría soportar que eso ocurriera.

Día 10 de la «Investigación Simone».

Mi jefe ha vuelto a amenazarme con despedirme si no consigo un artículo valioso para la próxima semana. Le he contado que estaba tras la pista de Simone Preston. Apenas recordaba quién era esa persona pero tras refrescarle la memoria consiguió hacerlo. Me ha dado una semana más de plazo para que tenga algún material. Lo más mínimo podría salvarme el cuello. Podría hacerlo, pero no quiero inventarme una entrevista. Va contra mis principios y me parece algo muy cutre y rastrero. Tengo que localizar a esta mujer sea como sea. Mañana pienso personarme de nuevo en su vecindario e interrogaré a todos los vecinos del lugar. Alguien tiene que saber algo. Una mujer y sus hijos no desaparecen así como así.

Día 11 de la «Investigación Simone».

Tal y como deseé, mi investigación ha dado resultado. Una de las vecinas de Simone tenía cosas que contarme. Me pregunto cómo he sido tan gilipollas de esperar más de una semana para decidirme a interrogar a los vecinos de la zona. Quizá después de todo no soy tan buen periodista como pensaba. Estoy acostumbrado a reportajes de barrio, a gatos atrapados encima de un árbol, a ancianas que quedan

encerradas en el baño, pero esta vez será diferente. Este trabajo devolverá a mi carrera la gloria que una vez tuvo.

La vecina, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, me ha contado que hace más de veinte años que no ven a Simone por allí. Recordaba perfectamente cuando fue la última vez que habló con ella y me confesó que su aspecto era el de alguien cansado y sin energías. Me ha sorprendido bastante ya que imaginaba que su ausencia sería cosa de días o semanas, pero hace ya veinte años o más, según cuenta esta buena mujer, que no aparece por allí. ¿Dónde habrá estado metida tanto tiempo?

Día 17 de la Investigación «Simone».

Mis pesquisas cada vez dan más y mejores resultados. Creo que he recuperado mi olfato gracias a este nuevo caso. Le he dado a mi jefe un pequeño artículo recordando el caso de Simone hasta que pueda localizarla. Espero que se conforme con eso.

#### ARTÍCULO DE RYÛ

Simone Preston. Mujer que fue noticia hace veinticinco años debido a sus impresionantes y en ocasiones delirantes declaraciones. ¿La recuerdan?

Simone Preston acudió a los medios de comunicación hace más de dos décadas con un claro mensaje: había sido concebida de la misma forma que la Virgen María. En sus declaraciones afirmaba que una noche recibió la visita de quien ella identificó como el Arcángel Gabriel, quien le anunció que iba a traer al mundo a los hijos de Dios. No, no me he equivocado. Hijos de Dios. La noticia hizo correr ríos de tinta y pronto todas las televisiones, emisoras de radio así como redacciones de periódicos querían entrevistar a la mujer que bautizaron como la «Nueva María». Su mensaje era claro: Dios le había bendecido con los hijos del Creador. Unas criaturas que según sus palabras, cargarían con el peso de la Creación.

La mujer se atrevió a lanzar afirmaciones tan descabelladas y megalómanas como que Dios acababa de morir y que por eso quiso dejar en ella la semilla del bien. Contaba en diversas entrevistas que la misión que recibió no dejaba lugar a la duda: la vida de sus hijos era la clave para que la barrera entre nuestro mundo, el mundo del Señor, y el otro lado o mundo de Lucifer, no se rompiera y las tinieblas pudieran así cubrir toda la Creación.

Nadie la creyó y poco a poco el interés por su historia fue disminuyendo hasta caer en el olvido. Hoy en día nadie sabe qué ha sido de aquella mujer con la mirada imbuida en creencia, creencia en cada palabra que soltaba por su pequeña boca. Nadie se preocupó por saber si lo que contó fue verdad o no. Únicamente sirvió como atracción de circo en diversos programas amarillistas y de poca ética periodística y nadie le dio ni por un instante la oportunidad de que defendiera su verdad. Quizá no estaba tan equivocada y trajo a este mundo corrupto la última voluntad de Dios. O quizá no.

Día 20 de la «Investigación Simone».

Me he cansado de esperar y he decidido que es hora de actuar de forma más activa. He terminado de hablar finalmente con todos los vecinos del lugar. He recabado información, algunas veces útil y otras no. Así que tras conseguir una ampliación en el plazo de mi investigación, creo que es hora de entrar en la que una vez fue la casa de Simone. No me atreví a hacerlo anteriormente por temor a ser denunciado por alguien cercano a ella o algo parecido, pero claramente ahora allí no vive nadie y no lo hace desde hace bastante tiempo, así que creo que tengo vía libre.

Voy a romper alguna que otra ley pero he de hacerlo. Esta noche haré un barrido a fondo de cada habitación y cada rincón de la casa. Espero encontrar algo que me sea útil para dar con el paradero de Simone. Me temo que si no tengo suerte con esto, voy a tener que abandonar el caso e intentar salvar mi puesto de trabajo de alguna otra forma.

Día 21 de la «Investigación Simone».

Lo que ayer ocurrió en casa de Simone no entraba para nada en mis planes antes de acceder a ella. El mobiliario se encontraba totalmente destrozado, revuelto, los cuadros de las paredes estaban en el suelo y la suciedad y la mugre cubrían cada centímetro del lugar. Las ratas, campando a sus anchas, y un olor nauseabundo inundaron mis sentidos desde el momento en que puse un pie dentro de la casa. Sin embargo no fue eso lo que más me sorprendió.

Por lo visto, Simone vivía completamente sola, y no con sus hijos como yo suponía. Su habitación es la de alguien normal y corriente, pero no existen habitaciones de nadie más. La casa tiene un sótano que no está más limpio que el resto, aunque no es precisamente lo que se debe destacar de él. Según pude ver con mis propios ojos, Simone tenía ahí una especie de altar, de santuario con vírgenes, estampas de santos, figuras de Jesucristo y muchas velas. Junto a todos los iconos religiosos, sobre un antiguo libro, encontré las fotos de tres bebés. Imaginé que eran sus hijos. Tengo que averiguar el significado de todo eso.

Justo antes de salir de aquel sótano, con más interrogantes que respuestas, me fijé en una de las paredes y pude ver un extraño símbolo junto a una de las figuras de la Virgen. Estaba dibujado con una especie de pintura oscura. O tal vez sería... sangre. Espero poder aclarar todo esto.

Día 25 de la «Investigación Simone».

No sé cómo pero lo he conseguido. He logrado averiguar qué se esconde tras el símbolo que encontré en la casa. Gracias a una amiga que es profesora en Iconología y Simbología Religiosa además de experta en sectas, he sabido que pertenece a una

organización religiosa llamada «Orden del Advenimiento de Luz».

Esta especie de secta es bastante desconocida y su carácter nunca se ha mostrado violento. Es demasiado hermética y sus miembros apenas tienen relación con el mundo exterior. Su jerarquía es casi militar, siendo comandados por una personalidad que rige al resto y a la que siguen en cada una de sus decisiones.

Por debajo de esta persona se encuentran sus fieles, que se cree no son tantos como en otros grupos de esta índole, los cuales sirven de brazo ejecutor en las acciones que llevan a cabo, sea cual sea su naturaleza. Sus miembros presentan un alto grado de exclusión social y un carácter y personalidad muy débiles. Debido a estos factores, encuentran en la Orden un significado para su existencia.

Su ideología es algo confusa. Apenas hemos podido encontrar información al respecto aunque hay indicios de que son cercanos a la figura de Lucifer y a todo lo que representa. Mi amiga me está ayudando en la investigación, así que espero encontrar más sobre esta gente. Mucho me temo que Simone está en manos de estos lunáticos.

Día 27 de la «Investigación Simone».

Estoy seguro de que el símbolo de la pared en casa de Simone estaba hecho con sangre. No sé si humana o animal pero mi instinto me dice que era de la propia Simone. Ha sido secuestrada por miembros de la Orden del Advenimiento de Luz. Llevo días bastante preocupado. Todo esto se suponía que sería un artículo para salvar mi puesto de trabajo pero de repente me he visto con todo esto frente a mí. Espero poder manejarlo correctamente ya que no estoy dispuesto a dejar el asunto a medias.

Mañana volveré a reunirme con mi amiga, que se supone que ha averiguado la forma de ponerme en contacto con la Orden. ¿Para qué quieren a Simone?

Día 30 de la «Investigación Simone».

Finalmente mi jefe se ha cansado de esperar y... he perdido mi trabajo. No me importa. No voy a informar en casa de lo sucedido. Creo que mi obligación moral es intentar averiguar si efectivamente esta gentuza de la Orden tiene presa a Simone. Algo me dice que es mejor no informar tampoco a la policía. Me metí en esto solo y así he de terminarlo. Mi amiga ha conseguido averiguar cómo puedo acercarme a ellos. He pensado simular interés por su organización y también por Lucifer y todo ese rollo. Voy a intentar que me acepten como uno más. Si lo consigo, podré averiguar más sobre el paradero de Simone. Ya no es cuestión de un maldito artículo, sino de la vida de una persona. Y todo está en mis manos.

A través de su web les he enviado un correo electrónico solicitando ser miembro de su comunidad debido a la «similitud ideológica entre ellos y yo» y a mi «necesidad de estar con gente como yo». Espero respuesta pronto. Pensaba que este tipo de sectas no tenía soporte en la red de redes pero estaba equivocado. Todo

aparece muy cifrado y con mucho disimulo, pero para alguien como yo, entrenado en esto de manejar la palabra, es fácil reconocer lo que realmente quieren decir.

Día 37 de la Investigación Simone.

He recibido respuesta. Por lo visto están abiertos a recibir a cualquier persona que tenga sus inquietudes ideológicas. Me aceptarán siempre y cuando sea capaz de cumplir con un ritual de iniciación, tras lo cual pasaría a formar parte de sus filas. Obviamente comenzaría en la escala más baja de su jerarquía, aunque tampoco aspiro a más. Simplemente quiero acceder a información que me diga dónde puede estar Simone. Haré lo que haga falta. Mi única preocupación es saber si seré capaz de mantener a mi familia al margen de todo esto.

Día 40 de la Investigación Simone.

Estoy dentro. He pasado varios días inquieto por saber qué tipo de ritual me vería obligado a hacer pero finalmente no ha sido nada del otro mundo. Me citaron en mi propia ciudad, en las ruinas de una fábrica de neumáticos que hay en el polígono industrial. Me presenté allí tal y como me dijeron y tres personas me esperaban. Vestían trajes de chaqueta sobre camisa blanca y corbata color naranja. En la solapa de la chaqueta pude observar que había un símbolo bordado exactamente igual que el que estaba en casa de Simone. Estremecido, intenté ignorar la sensación de cordura que me estaba invadiendo y me presenté.

Me hablaron de su grupo, de sus ideales y de lo que persiguen. Solo aceptan miembros que estén dispuestos a abandonar todo lo que quieren y todo lo que tienen para dedicarse al cien por cien a perseguir su único fin: demostrar al mundo que Lucifer existe y que llegará el día en que su luz bañe cada rincón de la Creación. La verdadera luz, dijeron. Me obligaron a hacer un juramento en que dejaba claro que si traicionaba a la Orden, moriría. Si divulgaba públicamente los planes de la Orden, moriría. Si actuaba a espaldas de la Orden, moriría.

Antes de retirarse, me dieron unos documentos con textos religiosos y una tarjeta donde había escrita una dirección. Inesperadamente me entregaron también un documento en el que aceptaba donar a la Orden una cantidad mínima de 1.000 dólares, que firmé sin pensar en la excusa que daría en casa si se notaba semejante falta de dinero. Tras esto, se despidieron de mí, no sin antes decirme que una semana después tendría que estar en el lugar indicado en la tarjeta, a la hora indicada en el reverso de la misma. Pero ni una sola palabra de Simone.

Día 48 de la «Investigación Simone».

Ayer tuve mi primera sesión con la gente de la Orden. Fue algo... delirante, casi surrealista. Estos tipos creen fervientemente en la existencia de Lucifer o «El Portador de Luz». Están convencidos de que algún día reinará en la Tierra una vez Dios haya muerto.

Actualmente no estoy muy seguro de que tengan presa a Simone. En este

momento me surgen dudas sobre si ella está con ellos o no. Muchos interrogantes me asaltan la mente. Si ella está con ellos, ya sea voluntaria o involuntariamente, ¿dónde se encuentran sus hijos? ¿Con qué propósito la tienen?

Día 55 de la «Investigación Simone».

El nombre de Simone ha salido en la reunión de ayer por primera vez. En un discurso que rozaba la amenaza, nos han hablado de los planes de la Orden, el motivo por el que estaban reclutando fieles y qué necesitan de cada uno de nosotros para llevar a cabo su plan.

Hace años, ellos leyeron sobre ella, oyeron sobre ella y la vieron en televisión. Ellos la creyeron. Creen realmente que, como dijo Simone, Dios ha muerto y que ella es quien tiene la llave para que Lucifer venga a nuestro mundo. Según las palabras que Simone dijo hace años al mundo, sus hijos son la barrera que separa este mundo del plano donde reina Lucifer. La Orden pretende acabar con la vida de sus hijos y que así se derrumbe dicha barrera.

Todo esto me parece una puta locura. La vida de una mujer está en peligro, y la de sus hijos también por culpa de las fantasías de un grupo de locos. Investigaré todo lo que pueda e intentaré acceder a Simone para largarnos de aquí cuanto antes.

Cuando soy consciente de que lleva presa más de veinte años me estremezco y el terror me invade por completo. Prefiero no pensar en qué estado se debe encontrar...

Día 60 de la «Investigación Simone».

Parece que mi faceta de actor es mejor de lo que yo pensaba. Hasta ahora no han logrado descubrirme. He conseguido hacer amistad con uno de los miembros que más cerca está del líder. Este hombre en cuestión se llama Matt y parece ser la mano derecha de Patrick, que es quien dirige todo este cotarro.

Patrick es la persona que guía a los fieles de la Orden y quien hace años creyó en las palabras de Simone. Usando el testimonio de ella, pretende demostrar que Lucifer existe.

Una noche, después de una de las reuniones, aproveché para invitar a Matt a unas copas y me ha contado mucho más de lo que yo buscaba. Se ve que el alcohol le confunde.

Efectivamente, tienen a Simone con ellos, aunque en buenas condiciones o al menos eso me ha dicho. Simone no tiene a sus hijos ya que los dio en adopción tras darlos a luz. Imagino que la respuesta social a su situación hizo que decidiera actuar de esa forma.

Recordé las fotografías que vi en su casa, que guardé con el resto de documentación que he ido consiguiendo sobre esta gente.

Debió sufrir mucho por tener que separarse de ellos.

La Orden pretende encontrar a estos chicos, que hoy tendrán en torno a los veintitantos años. Matt dice que los hijos de Simone tienen la capacidad de volver a

la vida tras morir y que lo hacen en un cuerpo diferente al que tenían anteriormente. Eso les permite renovar siempre la barrera que separa a los mundos. Personalmente, no creo ni una palabra de lo que me dice pero le sigo la corriente para ver si me confiesa dónde la tienen escondida.

¿Cómo son capaces de creer que alguien puede volver de la muerte y con otro cuerpo?

Día 67 de la «Investigación Simone».

Por lo visto, hace años que tienen con ellos a uno de los hijos de Simone, pero no sé dónde se encuentra. Según he oído, es posible que lo tengan escondido en algún lugar de la mansión que la Orden tiene en el estado de Texas.

Recuerdo perfectamente aquel caso: el joven James Peterson de Greek Hill. No puedo creer que ese chico fuera hijo de Simone. Dicen que después de morir atropellado volvió en otro cuerpo, justo como pensaban y un tiempo después lograron hacerse con él. Sigo sin creerlos.

No sé cómo han conseguido localizar al hijo de Simone, pero está claro que tienen una forma de hacerlo. Me han dicho que ya conocen la identidad de los otros dos hijos y que están a punto de hacerse con ellos.

Esto cada vez se pone más serio. Tengo que encontrar la manera de localizar a Simone y largarme de aquí cuanto antes. Después denunciaré la situación de su hijo.

Día 120 de la «Investigación Simone».

He perdido mi tiempo y he puesto en peligro mi vida y la de mi familia para absolutamente nada. Llevo casi tres meses sin escribir nada en este diario porque no he tenido oportunidad de hacerlo. Están como locos buscando a los hijos de esa furcia. Al menos debo intentar protegerles a ellos y mantenerlos a salvo de las garras de esta gente. Creo que estoy volviéndome loco poco a poco.

Les he robado dossieres con información de cada uno de los pasos que han dado y los que pretenden dar para cumplir su propósito. También he conseguido sustraer una caja que tenían bajo llave en el despacho del propio Patrick, que no sé qué es exactamente, aunque no me cabe duda de que les es útil. Todo lo voy a guardar en una caja fuerte a la espera de sacarlo todo a la luz en el momento adecuado.

Carlos y Nate merecen una vida normal. Merecen no conocer nada de todo lo que está pasando.

Simone. Todo esto comenzó contigo y todo acabará contigo.

Día 122 de la «Investigación Simone».

Finalmente lo hice. Todo guardado bajo llave. Nadie conoce la localización de los datos ni la combinación de la caja fuerte. Espero que todo esto termine pronto. Al menos esta noche tengo cena familiar con mi hijo Ted y mi mujer. Creo que veremos una película de Morgan Freeman. Pronto todo acabará.

Después de comprobar que no existían más páginas escritas, Ted cerró el cuaderno y no pudo siquiera ni levantar la mirada. Quedó silenciado e inmóvil. Claire, que se encontraba a su lado y que había oído cada palabra que él había leído, no se atrevió a hablar antes de que lo hiciera el joven. Permanecieron así durante varios minutos hasta que Ted reaccionó.

—Ahora comprendo tantas cosas... —levantó la mirada y la dirigió hacia su compañera—. Ahora entiendo el motivo del porqué se ausentaba de casa durante varios días. Ahora entiendo esa actitud tan apartada y silenciosa. Sin embargo, no logro comprender sus últimas palabras. En ellas llama «furcia» a Simone. Se suponía que estaba intentando salvarla, pero después de tres meses sin escribir absolutamente nada, lo hace en un tono totalmente diferente a las entradas anteriores. ¿Qué habría ocurrido?

—No tengo ni idea Ted. Seguro que encontraremos respuesta a eso cuando lleguemos al lugar y terminemos con todo de una vez. Todo lo que tu padre hizo y todo lo que arriesgó no habrá sido en vano.

—Estaba protegiéndonos tanto a mí como a mi madre pero... llegó demasiado lejos.

—Ted, tu padre únicamente quería salvar su puesto de trabajo y terminó por verse envuelto en algo que no buscó. Pienso que fue muy valiente al no abandonar y decidir continuar para intentar salvar a esa mujer.

—Sí, lo sé, pero ¿a qué precio? Él ha muerto y mi madre también. Mi vida está destrozada por culpa de haber pretendido escribir ese artículo...

—Nadie puede prever lo que sus acciones pueden desencadenar. La vida es una sucesión de errores no intencionados. Ted, debes saber que tu padre quiso proteger a su familia, pero le fue imposible ignorar el hecho de que alguien podía necesitar ayuda sabiendo que él podía prestársela. Tu padre era un buen hombre.

El joven no hacía otra cosa que mirar el cuaderno, y entre sus dedos dejó pasar de nuevo cada hoja escrita por Ryû. Sabía que Claire tenía razón y que realmente no podía imaginar que todo acabaría como lo hizo, pero necesitaba culpar a alguien.

—Estás en lo cierto Claire —le dijo mientras intentó sonreír.

—Vamos, demos un paseo y pensemos qué hacer ahora —dijo Claire mientras se levantó, indicando a Ted que la siguiera.

Comenzaron a caminar mientras daban la vuelta a toda la extensión que ocupaba la Iglesia. Continuaron oyéndose los rezos desde su interior, los cuales aportaron serenidad y calma a los ánimos de ellos dos. Mientras paseaban relajadamente, ambos comenzaron a analizar las palabras escritas por Ryû. Fue Claire la primera en teorizar.

—Simone Preston... Recuerdo bien aquel relato al que tu padre hace referencia en el diario. Ese caso fue muy sonado en aquella época, pero de buenas a primeras

nadie más supo sobre esa mujer.

—Según las palabras de mi padre, y según lo que yo alcanzo a entender, tu hijo James era hijo biológico de Simone —quedó callado un instante antes de proseguir— lo cual nos lleva a pensar que, si creemos que lo que dice la Orden es cierto, la persona que aparecía en el video que te enviaron es, ciertamente, tu hijo James pero con otro físico. Si lo que ellos creen es cierto, no estaban mintiendo.

Claire miro a Ted sintiendo que se desmoronaba por dentro. Sabía que las palabras de ese chico eran ciertas, pero el hecho de asumirlas de ese modo podría provocar que todo en su interior se derrumbara.

—Sí... Si creemos en lo que dice la Orden, ese chico es James, mi hijo. Hijo biológico de Simone Preston, uno de los pilares que sostiene la barrera que separa este mundo del mundo de Lucifer... —miró fijamente el césped que rodeaba la iglesia—. No, es imposible. Es totalmente imposible que eso pueda ser cierto ¿no te das cuenta? ¿Acaso somos niños que creen que existen los cuentos de hadas?

—Me cuesta muchísimo creer que todo lo que mi padre cuenta sea verdad, Claire, pero hemos llegado a una situación en la que pienso que lo más razonable es que seamos capaces de ampliar nuestras miras y abramos nuestras mentes para contemplar cualquier opción.

—Imposible. Es de locos...

Mientras hablaban, la misa llegó a su fin y los fieles comenzaron a salir de la casa de Dios. Lentamente, fueron desfilando frente a los ojos de Claire y de Ted, que en ese momento pasaban por ahí mientras rodeaban el recinto. Los vecinos del pueblo sabían que eran de fuera y se quedaron observándoles de forma descarada e incluso susurrando al pasar junto a ellos.

Cuando todos abandonaron el lugar, Claire tuvo un impulso, y sin consultarle nada a Ted, se dirigió al interior del templo. Dentro no había ni un alma. La determinación con la que entró se vio completamente anulada al contemplar el interior de la iglesia. Era bastante normal en su diseño y su decoración, pero lo que realmente llamó la atención de Claire fue la cruz que había al fondo de la estancia.

Era enorme, gigantesca, y al observarla durante algunos segundos más, se percató de que en realidad era una espada que cruzaba con otra formando así la Santa Cruz. Su imponente tamaño le hizo por un instante sentirse pequeña y todo el asunto en el que andaba metida se le hizo de repente muy grande.

Después, y mientras continuó contemplando aquellas espadas cruzadas, la cara de su hijo retornó a su mente. La voz de Sarah volvió a sonar en sus oídos. Las manos, de nuevo, temblaron al recordar a su padre, y así, tras recobrar esas vivencias, recobró la actitud que la había llevado tan lejos en todo aquello. De nuevo puso rumbo al retablo que había al fondo y una vez allí localizó al pastor. Cuando estuvieron frente a frente, le habló sin vacilar.

—Buenos días. Mi nombre es Claire Peterson. Necesito hacerle una pregunta.

—Buenos días señora. Dígame —el pastor le dedicó una mirada llena de atención

y bondad.

—Necesito que me responda a una pregunta. Es de vital importancia, y nadie hasta ahora ha podido o ha querido ayudarme.

—Si está en mi mano o en la voluntad de nuestro Señor Todopoderoso, intentaré asistirle.

Ted llegó junto a Claire transcurridos algunos segundos y lo hizo igual de impresionado que ella al ver la enorme cruz sobre el retablo. La mujer retomó la palabra.

—Sé a ciencia cierta que todo el mundo aquí sabe quién es Patrick y lo que hace, pero nadie quiere hablarme al respecto —la cara del pastor comenzó a transformarse—. Necesito saber de forma imperiosa dónde localizarle y dónde se reúnen los miembros de la Orden del Advenimiento de Luz.

El pastor no supo reaccionar. Solo abrió la boca para dejar escapar un poco de aire. La sangre fue abandonando lentamente su rostro y pareció que estaba enfermando por segundos. Ted se percató de ello y se acercó por si había que socorrerle de algún modo. El pastor comenzó a balbucear hasta que pudo articular algunas palabras.

—No... no puedo hablar, lo siento.

Claire no podía creer lo que estaba viendo y oyendo. La ira comenzó a dominarla hasta que ya no pudo más y, como era ya casi una costumbre en ella, agarró del cuello al pastor y lo empujó hasta hacerlo chocar contra la pila bautismal.

—¡Le advierto de que cada segundo que pasa soy menos dueña de mis actos! ¡Necesito saber urgentemente dónde se esconden esos cabrones! —las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos— ¡He visto morir a personas por culpa de ellos y tienen secuestrado a mi hijo James! ¡O me dice dónde están o le juro que quemo esta iglesia hasta sus cimientos!

Ted se apresuró a separar a Claire del hombre, pero la fuerza de la mujer estaba rozando lo sobrehumano. Por un instante, tuvo miedo de que terminara por hacer daño al pastor. Siguió insistiendo hasta que consiguió separarla.

—¿Estás loca o qué? ¡Contrólate!

—¡Déjate de estupideces Ted! ¡Esta gente sabe dónde están! Si nos dijeran algo yo podría recuperar a mi hijo y podríamos rescatar a Nate y a Carlos, y también tu padre podría ser vengado. ¡No me pidas que me controle porque estoy muy cansada de todo!

Claire se separó unos metros del pastor y de Ted, y se arrodilló frente a la gran cruz de espadas. Comenzó a balancearse levemente y a llorar. Sus lamentos se podían escuchar por todo el espacio entre los muros de la iglesia y seguramente la gente de la calle también podía oírlo. El pastor se recompuso del susto y Ted se dirigió a él.

—Esa gente nos ha hecho mucho daño. No logro entender el motivo por el que no queréis decir nada sobre ellos. No sé si os tienen amenazados o si es por otra causa, pero usted, que es un hombre del bien, un representante de Dios, no puede dejar que

personas como esa mujer —dijo señalando a Claire— pasen por esta situación.

El pastor la contempló, arrodillada, durante unos segundos más. La mujer golpeaba el suelo con fuerza y las palmas de sus manos comenzaron a sangrar al clavársele las uñas por culpa de la rabia contenida. El joven tenía razón. No podía permitir que eso ocurriera.

—Pasad a mi despacho. Os contaré todo lo que sé sobre la Orden.

El despacho que el pastor tenía en las dependencias de la iglesia tenía un carácter austero. Más de lo que hubieran esperado Claire y Ted. Apenas había nada que adornara las paredes a excepción de dos repisas con algunos libros y varias ediciones diferentes de la biblia, incluso en varios idiomas. En el centro de la sala se encontraba una mesa rectangular, simple y abarrotada de papeles en un desorden claramente organizado por el pastor.

El presbítero se sentó en su modesta silla, justamente debajo del crucifijo que adornaba la pared trasera, e indicó con la mano a sus invitados que tomaran asiento.

—Lo que voy a contaros no puede, bajo ningún concepto, salir de esta sala —dijo el pastor—. Si comparto esta información con vosotros es por la simple razón de que veo un sufrimiento en ti —señaló a Claire— lo bastante profundo como para hacerme decidir que ya es suficiente.

—Ella está sufriendo, es cierto —dijo Ted— pero hay al menos tres personas secuestradas a manos de esa gentuza, otra mujer ha muerto intentando dar con ellos, mis padres murieron asesinados a manos de gente de la Orden, y quién sabe cuántas personas más habrán sufrido a causa de ellos.

El pastor asintió comprendiendo lo que le decía el joven mientras les miraba con compasión. Sus caras reflejaban cansancio, agotamiento, así como sus palabras se presumían cargadas de verdad. No podía dejarles desamparados.

—Siempre han estado aquí. Su sombra es demasiado larga para las personas de este pueblo —cerró brevemente los ojos—. Tienen su base muy cerca de aquí, a pocos minutos en coche. Todos en Gatesville sabemos lo que ocurre en el interior del bosque —Ted y Claire se sorprendieron—. A veces, por las noches, cuando el viento sopla desde allí, pueden oírse los lamentos de personas, unas veces más y otras menos. Durante mucho tiempo hemos sabido que en esa casa hacen cosas, no del todo buenas.

—¿Por qué nadie alertó a las autoridades? ¿Es que acaso aquí no hay servicio policial? —dijo Ted incrédulo.

—Por supuesto que lo hay. Ellos saben perfectamente que algo pasa en la mansión, incluso saben que una agrupación llamada la Orden se encuentra allí establecida. La razón por la que nadie hace nada es muy simple. Aquello con lo que siempre se ha podido controlar al pueblo: el miedo.

—¿Miedo? ¿Tienen miedo de un grupo de lunáticos? —exclamó Ted.

—No es tan simple. Durante años muchos jóvenes del pueblo han ido desapareciendo poco a poco. En la mayoría de los casos terminaban siendo localizados pero nunca volvían a sus casas, sino que se convertían en adeptos del culto de la Orden y rechazaban cualquier ayuda exterior. Algunas veces, la persona desaparecida, si finalmente no era convertida a la Orden, aparecía muerta en algún

lugar a las afueras del pueblo. Nadie aquí quiere que haya represalias si perturban sus actividades, sean cuales sean, así que todo el mundo, incluso la policía, hace como si nadie viviera allí, como si no existieran. Me atrevería a decir que incluso hay agentes comprados para que guarden silencio respecto al asunto.

Claire, mientras oía lo que el pastor les contaba, miró de reojo los papeles que había sobre la mesa. Además de alguna factura, algún folio con un sermón o una revista de la Santa Sede, con sorpresa distinguió un pequeño montón de papeles con un titular: «La llegada del Portador de Luz - Identidad de la Orden». No dudó un instante en interrumpir las palabras del pastor.

—Dígame... ¿qué son esos papeles? —dijo con la voz aun quebrada por el disgusto anterior.

—Oh, sí. Estos folios —dijo cogiéndolos y alineándolos sobre la mesa— son el producto de una investigación sobre la llamada Orden del Advenimiento de Luz que he estado llevando a cabo por mi cuenta. En estos papeles está todo lo que he podido recopilar sobre ellos. Como he dicho, nadie en el pueblo quiere hablar sobre esto. Incluso yo antes vacilé cuando me preguntasteis, pero en mi intimidad, aquí en mi despacho, bajo la protección de nuestro Señor, intento reunir toda la información posible para, en el momento oportuno, poder atacar a esa gente con todo lo que tenga y contribuir en lo que sea posible para que no logren aquello que pretenden.

—¿Sabe usted acaso lo que buscan? ¿Sabe usted quién es Simone Preston? —dijo Ted elevando el volumen—. Esa gente la tiene secuestrada y planean algo parecido a la invocación de Lucifer con ella —miró a los ojos del pastor—. Suena a locura pero es así. Mi padre arriesgó su vida por obtener esta información, hasta que finalmente murió por culpa de ellos.

—Sí. Estoy al tanto de todo, pero me ha sido imposible hacer nada al respecto. He rezado diariamente a Dios para que llegara alguien que quisiera detenerles. Esperaba que lo que yo había averiguado le sirviera de algo. Esperaba poder contribuir para acabar con ellos.

—Sí, claro, pero aquí en su despacho y desde una posición cómoda. Sin arriesgar nada. Menudo pastor —aseveró Claire.

El pastor sabía que era un cobarde, siempre lo supo y se torturaba por ello. Sabía que no había respuesta a lo que esa mujer le decía, así que optó por callar, obviar el tema y seguir hablando.

—Se esconden en una mansión que hay al este de aquí, como ya he dicho antes. La Orden nació hace veintiocho años, producto de la obsesión y la magnífica inteligencia a partes iguales de un joven llamado Patrick Clark. Ese joven, que vivió en una casa algo aislada en el estado de Louisiana, se marchó de su vivienda para intentar aprender más sobre sus creencias. Debido a su don de palabra y a su capacidad de convencer, poco a poco fue consiguiendo adeptos afines a sus ideas o de muy débil personalidad, los cuales no dudaron en ningún momento en donar sus bienes a la causa.

—Lo que viene siendo una secta de toda la vida... —dijo Ted.

—No te equivoques. Patrick jamás se ha enriquecido con las donaciones de sus fieles. Uniendo el dinero que donaban unos y otros, pasado un tiempo, consiguieron comprar un terreno cerca de aquí y construyeron la enorme mansión que ahora se encuentra en el lugar. No se trata de timar a nadie, se trata de juntos, construir el entorno perfecto para el último de sus planes.

—¿Invocar a Lucifer? —preguntó Claire.

—Sé que suena irreal, pero sí. Pretenden demostrar la existencia del Ángel Caído usando a Simone Preston y a esos tres chicos como herramientas para ello —respondió el pastor contundente.

—No puedo creer que la historia que contó esa mujer hace tanto tiempo haya sido el desencadenante de todo esto —suspiró Ted.

Claire, intrigada preguntó.

—¿Cómo es que sabe usted tanto sobre Patrick y sus orígenes?

—Conocí una vez a un joven que perteneció a las filas de la Orden. Había llevado a su familia a la ruina y manifestó su deseo de abandonar la organización ya que su conciencia le atormentaba hasta no poder soportarlo más. Antes de hacerlo, me dio toda la información que pudo sobre Patrick. Este chico pudo acceder a ella ya que, una vez, le acompañó a la casa donde vivían sus padres para guardar algo en un búnker que parece ser que tiene allí. Poco después de confesarme todo, el chico apareció muerto a las puertas de esta misma iglesia. Claramente sabían que había hablado conmigo y querían enviarme un mensaje de advertencia.

—¡Qué hijos de puta! —exclamó Ted—. De todos modos, no entiendo por qué usted ha tenido conocimiento todos estos años de que esa mujer estaba secuestrada y aun así no haya hecho nada al respecto.

El pastor sonrió levemente.

—No te dejes llevar por las apariencias. Ni el malo es tan malo, ni el bueno es tan bueno. Hay personas en el pueblo que aseguran que han visto rondando por la zona de la mansión a una mujer acompañada de dos hombres. Muchos aseguran de que se trata de la mismísima Simone Preston y cuentan que no tenía la imagen de una mujer maltratada ni secuestrada, ni que llevara una vida precaria.

Ted y Claire quedaron sorprendidos ante las palabras del pastor. Parecía que Simone no estaba allí contra su voluntad.

—Si es cierto que esa mujer no está secuestrada —dijo Ted— las palabras que escribió mi padre en su diario cobran más sentido que nunca. Quizá nunca fue una víctima de la Orden, sino que se unió a sus filas y actualmente forma parte del plan que pretenden llevar a cabo.

—Exacto, dijo el pastor. Personalmente, nunca me he personado en el lugar para comprobar si eso es cierto o no, pero son muchas las voces que apuntan a que esa mujer está allí sin privación de libertad y haciendo vida normal dentro de los límites de la propiedad. Es por eso que jamás he decidido denunciar el secuestro de una

persona que, según muchos, no lo está.

Ted y Claire sintieron en aquel momento que todo dio un giro de ciento ochenta grados. Si se confirmaba, el padre de Ted estuvo arriesgando su vida para intentar salvar a una persona que jamás había sido secuestrada sino que voluntariamente desapareció del mapa y se unió a las filas de la Orden.

Ted sintió el vacío en su interior. Lo había perdido todo para nada. Su vida se había arruinado por absolutamente nada si efectivamente esa mujer era libre en sus acciones. Se apoyó con los codos sobre la mesa y se llevó las manos a la cabeza intentando asimilar lo que acababa de oír.

De repente, una vocecilla se oyó tras la ventana abierta que había bajo la cruz en la pared.

—Es verdad, yo la he visto.

Todos se sorprendieron al oír aquella voz joven. El pastor miró tras de sí y observó cómo un niño de unos doce años se encontraba tras la ventana. El niño sonrió al verse observado por todo ellos. Volvió a hablar.

—Yo he visto a esa mujer al lado de la casa grande. Es muy guapa aunque parece triste.

—¡Fernando! —dijo el pastor. ¡No puedes estar espiando así las conversaciones de los adultos y menos aún en la casa del Señor!

El niño sonrió y le respondió.

—En la casa del Señor está usted. Yo estoy fuera.

Inevitablemente, tanto Ted como Claire sonrieron ante la ingeniosa respuesta del niño. El pastor le habló de nuevo.

—¿De verdad has visto a esa mujer en el bosque?

—Claro que sí señor pastor. La he visto muchas veces y siempre está triste.

—Entra en la iglesia y ven aquí. Quiero que me cuentes más sobre eso, pequeño espía. —¡Vale!

Acto seguido, el niño corrió, y en menos de veinte segundos le vieron entrar en el despacho del pastor, el cual le habló nada más verle entrar.

—Os presento a Fernando Pacheco, el que posiblemente sea el niño más hiperactivo de nuestro pueblo. Siempre está corriendo de un lado a otro y en más de una ocasión se ha visto envuelto en algún que otro problema por ser tan curioso, y en ocasiones también chivato.

El pequeño sonrió alegre y orgulloso al ver cómo le había presentado el pastor. Claire y Ted se fijaron en su aspecto. Claramente de origen latino, su piel morena lo delataba y su acento también. Vestía ropas cómodas y bajo el brazo llevaba un *skate* muy viejo pero de buena madera. Tenía el pelo rapado a excepción de una cresta en la parte superior de la cabeza. Era la viva imagen de lo salvaje y lo travieso. En su sonrisa podía adivinarse, aun así, mucha inocencia además de un colmillo roto. Claire fue la primera que se dirigió a él.

—Hola Fernando, mi nombre es Claire Peterson. ¿De dónde eres?

—Hola Claire. Aunque vivo aquí, nací en España. Mis padres son de allí también pero vinieron poco después de nacer yo para intentar tener una vida mejor. Actualmente ambos están trabajando y están muy felices, aunque les encantaría volver a su país cuando yo sea un poco mayor.

Claire sonrió y quedó muy sorprendida al oír hablar al pequeño. Parecía un adulto en su forma de expresarse. Mostraba un carácter muy firme y un vocabulario amplísimo para la edad que tenía. El pastor habló tras la respuesta del niño a Claire.

—Ven aquí Fernandito y siéntate junto a estas dos personas. Mientras nos estabas espiando —dijo señalando al niño con dedo acusador— has dicho que viste en el bosque a una mujer, cerca de la mansión. ¿Es cierto?

—Sí, por supuesto. Cuando me aburro me voy al bosque a intentar cazar algún animal. Me he construido un arco yo solo y funciona muy bien. Ayer conseguí atrapar una ardilla, aunque me dio pena y le curé la herida que le hice y la dejé suelta. Pobrecita...

—Intenta no irte por las ramas, Fernando.

—Por las ramas iba la ardilla cuando le lancé la flecha señor pastor.

Claire y Ted rompieron a reír ante el ingenio de aquel niño. Sintieron que volvían a ser como antes y que por un instante todo desapareció gracias a las palabras de Fernando. El niño no entendía por qué se reían, así que continuó hablando.

—Hace unas semanas estaba sin nada que hacer y decidí ir al bosque para dar una vuelta. Mi madre me tiene avisado de que no me acerque a la zona de la mansión porque hay gente mala, pero yo pensé que si iba sin hacer ruido no me pasaría nada, así que cogí mi arco y comencé a caminar en esa dirección. Todo estaba en silencio ya que no había nadie por allí. Me puse a perseguir a una ardilla muy rápida hasta que me tropecé con una piedra en el suelo y caí, dándome un fuerte golpe en la cara. Me hice mucho daño, mira la cicatriz que me hice —dijo mientras enseñaba la marca de guerra bajo el flequillo—. Cuando me levanté y me sequé la sangre que me había salido, vi que un poco más adelante estaba la mansión. No era la primera vez que la veía, pero ese día fue diferente porque en el jardín que hay delante había personas caminando. Normalmente no hay nadie, solamente los guardianes en las torres, pero ese día no.

—¿Torres? —preguntó Ted.

—Sí. Delante de la casa hay dos torres de ladrillo y en cada una de ellas, en la parte superior hay un hombre con una escopeta muy grande. Dan un poco de miedo, sinceramente.

—Seguramente sean rifles —dijo Claire mirando a Ted—. No creo que para disparos a larga distancia usen escopetas.

El niño les miró y siguió hablando.

—Como decía, ese día había mucha gente en el jardín y como era tan raro, me quedé a espiar un rato.

—¿Cuántas personas había en el jardín Fernando? —le preguntó Claire

acercándose.

—Fher. Llámame Fher. Es mi nombre de espía. Agente Secreto Fher. Con hache entre la efe y la e —dijo triunfante.

Todos sonrieron y asintieron con la cabeza. Claire le respondió.

—Ok, Agente Secreto Fher —dijo ella de forma teatral—. Dígame cuántas personas había ese día en el jardín por favor.

—Pues, si no recuerdo mal, creo que eran quince personas más o menos. Todos estaban vestidos de negro y había una mujer entre ellos, justo en el centro.

Claire sacó al instante su tablet y buscó el nombre de Simone Preston en internet. Al instante apareció la foto de la mujer y se la mostró al niño.

—¿Era esta la mujer que viste aquel día?

Fernando se acercó a la tablet de Claire y miró fijamente la fotografía. Aquella mujer de rasgos finos, labios pequeños y piel blanca, proyectaba una imagen de temor e indefensión. Su cabello negro azabache le caía sobre las orejas y casi le cubría la cara. Las ojeras, marcadas bajo unas enormes bolsas, le daban un aspecto casi cadavérico que, unido a su amplia frente llena de arrugas y sus dos cicatrices en el cuello, hacían de la fotografía un perfecto retrato de alguien maltratado por la vida.

—Creo que sí era ella, pero es más vieja. Esa foto es de cuando era más joven ¿verdad?

—Claro, han pasado más de veinticinco años desde que se hizo esta foto —dijo Claire al niño.

Fernando la miró alucinado y cuando observó de nuevo la imagen en la tablet asintió con la cabeza.

—Entonces sí es ella. Sigue teniendo el pelo muy negro y ha engordado un poco pero estoy seguro de que es ella.

Todos en el despacho quedaron en un silencio casi sepulcral mientras el niño continuó hablando.

—La mujer sonreía de vez en cuando, aunque en ocasiones parecía que no reconocía dónde estaba. Los hombres hablaban entre ellos. A veces se situaban delante de ella y se arrodillaban para rezar, o al menos eso parecía. Después se fueron todos al interior de la casa y la mujer se quedó sola en el jardín paseando. Cuando pasó un rato quise irme, pero vi que ella comenzó a quitarse la ropa y a tirarla al suelo.

Ted, Claire y el pastor no creían lo que oían. A pesar de tener muchos interrogantes, decidieron no interrumpir el relato del pequeño.

—Cuando se desnudó por completo se tumbó en el suelo y comenzó a gritar cosas que no entendía, hasta que llegó otro señor más viejo que ella. La abrazó y la llevó para el interior de la casa. Después volví al pueblo porque se estaba haciendo de noche y aún tenía que ir al médico porque comenzó a sangrarme de nuevo la herida de la frente.

Nadie supo qué decir. El testimonio de ese niño confirmó la teoría de que

Simone no estaba secuestrada, al menos, no ahora. Claire habló nada más terminar de hacerlo el niño.

—Pues así está la situación. Simone Preston jamás estuvo secuestrada o quizá durante los años ha desarrollado un fortísimo síndrome de Estocolmo.

—Es posible —dijo Ted— pero es todo tan extraño...

Claire quedó pensativa e intentó encontrar alguna razón a todo aquello. Mientras, el pastor se dirigió al niño.

—Muchas gracias, Fernando. Ya puedes marcharte. Has sido de mucha ayuda. Recuérdame que te invite a una gran hamburguesa el próximo fin de semana.

El niño sonrió, saludó a todos los presentes y salió del despacho dejando de nuevo solos a los tres adultos. Ted retomó la palabra.

—¿Porqué se desnudaría? Aquí hay cosas que no me cuadran nada. —Tenga en cuenta —dijo el pastor— que una persona con tantos años de

cautiverio, sola y con un supuesto síndrome de Estocolmo tan fuerte, es lógico pensar que desarrolle comportamientos poco comunes. Quizá el hecho de desnudarse signifique para ella despojarse de todo lo que le rodea por un instante y sentirse de algún modo más libre.

—Podría ser —contestó Claire—. De todos modos, pienso que lo que ha contado el pequeño es bastante importante. Ha dicho que en algunas ocasiones no reconocía dónde se encontraba. A lo mejor está siendo sometida a algún tipo de droga o estímulos que hagan que no sea consciente del mundo en el que vive, y lo que ha dicho Fernando quiere decir que por un instante recobra la cordura de alguna forma.

Tanto Ted como el pastor asintieron a lo que Claire dijo. Ted no tardó en intervenir.

—Tenemos que ir allí. Los minutos pasan sin esperar a nadie, y ahí siguen Nate, Carlos... y tu hijo —miró a Claire.

La mujer aún se encogía por dentro cuando oía alguna afirmación sobre que el chico que estaba allí era su hijo. Desde que prácticamente se había dado por supuesto que efectivamente era él, Claire había conseguido suprimir sus fantasías y ese inevitable sentimiento de ilusión, pero cada vez le era más difícil lograrlo. Cada vez le costaba más no imaginarse el momento de reencontrarse con su hijo. Le devolvió la mirada a Ted y respondió.

—Está bien. Saldremos ahora mismo. Solo necesitamos saber la localización exacta de la mansión y dirigirnos allí de la forma más cautelosa posible.

El pastor abrió un cajón y sacó un mapa topográfico de toda la zona. Lo extendió sobre la mesa y señaló con el dedo el lugar donde se encontraba Gatesville.

—El pueblo está justo aquí —miró de nuevo a Claire y a Ted— y la mansión está aquí —deslizó el dedo sobre el papel hasta detenerse unos centímetros más al oeste del pueblo.

—No creo que tardemos más de media hora a pie en llegar al lugar —comentó Claire reclinándose en el sillón.

El pastor afirmó con la cabeza.

—Exacto. Si vais a buen ritmo será fácil llegar. Tened en cuenta que hasta un niño como Fernando ha sido capaz de encontrar el lugar sin problemas. Aun así, debéis ser muy cuidadosos y tomar mil y una precauciones. El pequeño ha dicho que la mansión está rodeada de una muralla y que hay dos torres altas con dos hombres vigilando. Es decir, que tendrán una visión muy amplia de toda la zona y podrían veros llegar sin problemas.

—Claro... —suspiró Ted—. Pero entonces, ¿cómo fue capaz Fernando de llegar sin ser visto? Alguna forma debe haber para acercarse lo suficiente como para, al menos, ver lo que ocurre en el jardín tras la muralla que lo cerca todo.

—Tendríamos que haberle preguntado... —dijo Claire.

—Bueno. Ya se nos ocurrirá algo —volvió a intervenir Ted—. Deberíamos irnos y prepararnos para salir. Muchas gracias por todo —dijo tendiéndole la mano al pastor.

—No hay de qué —correspondió el pastor al gesto de Ted e hizo lo propio con Claire—. Tengan mucho cuidado. Si algo ocurre, no duden en acudir a este lugar.

Claire le saludó con un gesto con la cabeza y tanto ella como Ted salieron de la iglesia. Una vez fuera, el pueblo pareció volver a sus quehaceres y ya casi nadie se fijaba en ellos. Se dirigieron al coche en el que vinieron. Entraron, se sentaron y cerraron la puerta. Desde sus asientos, pudieron ver la calle llena de gente que comenzaba con sus tareas matinales. Ninguno dijo nada pero ambos sabían lo que pensaba el otro. Mirando al frente, sin apartar la vista de los transeúntes, Claire habló.

—¿Estás preparado?

—Creo que sí. Es ahora cuando comienzo a ponerme algo nervioso.

—Quiero decirte una cosa —dijo ella tomando la mano del joven pero sin apartar la vista de la luna del coche—. Si ocurre algo y la cosa se pone fea, quiero que hagas caso a lo que yo te diga. Si te pido que te vayas, te vas. Si te pido que corras, corres. ¿Ok? —giró su cuello mirando el perfil de su compañero. Ted hizo lo mismo y ambos se miraron a los ojos.

—Claire... Te recuerdo que mi padre y mi madre murieron a mano de esos cabrones. Entiendo que quieras protegerme, pero mientras que tú tienes tus motivos para hacer esto, yo tengo los míos, y ambos tenemos que apoyarnos para que lo consigamos. Desgraciadamente estamos solos, hemos perdido a Sarah, cosa que jamás les perdonaremos, pero aquí estamos, a un paso de terminar con todo. Así que, por favor, no me pidas que me retire en el momento en el que tú me lo ordenes... porque no ocurrirá así.

Claire miró el rostro de Ted y le sonrió casi sin querer hacerlo. Por un segundo reconoció en los ojos de aquel chico un valor que no había visto jamás en nadie. Realmente estaba ahí porque quería y por increíble que pareciera, no tenía miedo.

Recordó la impresión que le causó la primera vez que le vio. Aquel muchacho «friki», tímido en palabras, inseguro y esquivo, ya no existía. Ahora tenía delante a

una persona valiente, madura y que no dudaba en enfrentarse con lo que estaba por venir. Claire fue consciente en ese instante de que se habían conocido hacía tan solo algunas horas, pero, tanto uno como el otro, tuvo la sensación de que había transcurrido una vida entera.

—Tracemos un plan —dijo Ted.

—Es sencillo. Ya he pensado en eso. Iremos por el camino que nos ha indicado el pastor. Unos cien metros antes de llegar nos detendremos y estudiaremos el terreno. Si Fernando fue capaz de acercarse lo suficiente como para ver detalles del jardín, quiere decir dos cosas: o lo hizo desde una zona más alta que la visión que ofrecían las torres de vigilancia y por eso no fue descubierto, o lo hizo de un modo más directo si contamos que quizá la vigilancia en las torres no es tan estricta como pensamos ahora. En cualquier caso, si él pudo hacerlo, quiere decir que se puede hacer.

—No sabemos cuántas personas hay allí. Deberíamos contar con que vamos a encontrarnos con un gran número de individuos protegiendo el cortijo.

—Según las palabras de Fernando, cuando vio a Simone fuera de la casa, estaba acompañada de quince personas.

—No dudo de que Fernando nos diga la verdad, pero lo único que ha dicho es que vio con ella a quince personas, pero no sabemos cuántas más hay dentro de la mansión o en otros lugares. No sabemos si hay gente que viene de fuera cada cierto tiempo, no sabemos si hay otras bases en otros lugares. Para no correr peligros, debemos movernos considerando que allí está el puto ejército de los Estados Unidos. Si después resulta que no es así, pues mucho mejor. ¿No crees?

—Por supuesto. Te veo puesto en estrategia militar. ¿Has ido a algún tipo de academia?

—¡Qué dices! No sabes lo mucho que se puede aprender jugando a los videojuegos.

Ambos rieron y tras eso se apearon del vehículo para abrir el maletero. Claire sacó su bolso y lo abrió con bastante disimulo. Con mucho cuidado extrajo los dos revólveres que no usaron cuando fueron a casa de los padres de Patrick y le dio uno a Ted para que lo guardara. Cogieron también la munición adicional y la metieron en sus bolsillos. Cerraron el maletero del coche y, de nuevo, Claire se dirigió a su compañero.

—Ok. Tienes razón Ted. No puedo obligarte a que abandones esto. También es tu lucha, pero no olvides que aún con todo, debemos salvar la vida. En ese lugar hay tres personas secuestradas, y también está Simone, que no sabemos todavía qué demonios pasa con ella. Intentemos arreglar esto pero, si no lo conseguimos o si vemos que no vamos a conseguirlo, saldremos del lugar y volveremos con ayuda. ¿Entendido?

—Entendido. Yo también quiero decirte una cosa antes de irnos de aquí —se acercó un poco a ella—. Independientemente de las personas que allí haya, habrá disparos, habrá riesgo y no sabemos si también habrá heridos o muertos. Esto

debemos tenerlo presente, así como que nosotros somos solo dos personas y ellos no lo sabemos. Si ambos entendemos esto, es hora de partir.

Claire asintió con la cabeza y juntos se dirigieron al lugar que el pastor le había dicho.

Durante el camino, Claire tuvo la sensación de que alguien les seguía o les vigilaba. Aguzó todos sus sentidos y se puso alerta, pero no observó ningún comportamiento extraño de ninguna persona que estuviera más o menos cerca de ellos. Pasaron de nuevo por delante de la iglesia y la volvieron a mirar mientras caminaban. Desearon con todas sus fuerzas volver allí, sanos y salvos y junto con Carlos, Nate y el supuesto James con ellos.

Todo estaba preparado. El espejo le devolvía una imagen de triunfador y de ganador. Patrick acababa de ataviarse con la túnica que tenía preparada para el gran día. El silencio de su despacho era lo más reconfortante que podía oír en esos momentos. Ansiaba comenzar la ceremonia, así como terminarla para ver la forma en la que transcurrían las cosas.

Los miembros más destacados de la Orden se encontraban ya en el interior de la mansión, esperándole a él. Desde primera hora de la mañana, los responsables de cada una de las sedes de la Orden repartidas a lo largo y ancho de los Estados Unidos permanecían instalados en sus dependencias.

Su mansión. El lugar donde renacería el Portador de Luz.

Estaba ansioso, nervioso y expectante ante tal evento. De vez en cuando lanzaba carcajadas injustificadas al aire. Sentía que perdía la cordura ante tanta emoción pero le encantaba sentirse así. Pronto sus manos acariciarían el triunfo y ocuparía el lugar que siempre estuvo destinado para él.

Llamaron a la puerta de su despacho interrumpiendo sus fantasías megalómanas.

—¿Se puede Maestro? —preguntó una voz tras abrir un poco.

—Sí. Pasa Nerea.

La que era una de sus personas de más confianza entró en el despacho y se detuvo frente a él. Maravillada y con los ojos desencajados ante lo que estaba contemplando, no fue capaz de articular palabra. Unos segundos después reaccionó.

—Maestro... está usted deslumbrante. Ahora no tengo ninguna duda de que todo saldrá según previó.

—¿Acaso antes no lo pensabas? —dijo volviendo la mirada hacia ella. Nerea, impresionada y avergonzada por sus palabras agachó la cabeza y se justificó.

—No... no quise decir eso Maestro. Me refería a que no me cabe ninguna duda de que conseguiré lo que ha estado planeando tanto tiempo. Solo con verle es suficiente para saberlo.

—Bueno, ¿a qué habías venido?

—Sí. Venía a informarle de que los corresponsales de las siete sedes de la Orden ya se encuentran en la biblioteca, donde todo está dispuesto.

—¿Qué hay de nuestros tres ilustres invitados? —preguntó mientras se sentaba en su sillón.

—Siguen inconscientes. Despertarán pronto. Si lo hacen y aún no ha comenzado la ceremonia, quizá causen algún problema.

—No te preocupes Nerea. Están cansados, heridos y sin fuerzas. No ocurrirá nada. A propósito. ¿Qué habéis hecho con los fieles de menor rango que viven aquí con nosotros?

—Les hemos enviado a meditar y a rezar por el Portador al montículo que hay al

norte. Ese al que vamos muchas veces a rezar usted, Matt y yo.

—Perfecto. Deben estar cerca de aquí pero no pueden estar en la ceremonia. Aún son pequeños. Cuando comience el advenimiento, ellos serán los primeros en saberlo y volverán a casa.

—Sí. Ellos ya saben lo que tienen que hacer cuando termine todo.

—Querrás decir cuando todo comience... —dijo sonriendo a la mujer—. Por cierto, ¿está preparada Simone? No quiero que haya ningún problema con ella.

—No se preocupe Maestro, todo está preparado. La daga, afilada, ya descansa en el lugar que indicó.

—Muy bien Nerea. Muy bien. Tendrás tu lugar en el nuevo orden, no lo dudes.

Tras oír las palabras de Patrick, Nerea abandonó el despacho plena de felicidad. Patrick quedó de nuevo solo y pensativo. Recordó todo por lo que había pasado para llegar allí. Sus inicios al interesarse por la existencia real de Lucifer, el rechazo que sufrió por parte de sus padres y la indecisión antes de crear la Orden y comenzar a hablar de sus ideas por colegios religiosos y concentraciones casi ilegales. También recordó los inicios de su investigación en el Vaticano para intentar acceder a documentos que le dieran la convicción de que podía hacer lo que estaba a punto de hacer, y por último, el momento en el que fue consciente de que aquella mujer de la televisión llamada Simone Preston le estaba diciendo la forma de cumplir su sueño y traer al que él consideraba que era el verdadero merecedor de reinar en la Creación.

Mientras nadaba en su memoria y pensamientos, los minutos pasaron lentamente sin darse cuenta hasta que transcurrió algo más de media hora, momento en el que Nerea volvió a entrar en su despacho con la cara desencajada y algo pálida.

Unos minutos después de abandonar el pueblo, Claire y Ted se adentraron en el bosque, caminando con paso firme. Ted sujetaba con sus manos el mapa mientras se concentraba en no perder el rumbo. Claire sin embargo continuaba pensando que alguien les estaba observando, aunque seguía sin ver nada raro.

—Pronto deberíamos disminuir la marcha Ted. No debe faltarnos mucho para comenzar a estar cerca de la casa.

—Es cierto. Si avanzamos unos cien metros más, ya podremos detenernos. Una vez allí, ya veremos cómo avanzar.

Mientras ellos se alejaban, desde la distancia, unos ojos pequeños y negros les observaban. Su habilidad para no hacer ruido siempre le había salvado de ser pillado *in fraganti* en más de una travesura, y en esa ocasión le estaba facilitando el hecho de no ser descubierto por Claire. Fernando no se imaginaba que esa mujer fuese tan lista. A punto estuvo de pillarle en dos ocasiones, pero él, con su ya sabida rapidez, consiguió esquivar su mirada. Ahora les veía alejarse y necesitaba seguir siendo así de silencioso para que no se estropearan sus planes. Quería llegar al final sin ser descubierto, para después salir de la nada, sorprenderles y decirle el truco que él usó para que nadie en la mansión le viera.

El secreto estaba en el montículo que había cerca de la torre sur. Si eran capaces de subir reptando, poco a poco podrían ver todo el terreno dentro de los muros sin que nadie les pudiera descubrir.

Fernando estaba seguro de que valorarían mucho su ayuda pero para ello, por ahora, debía permanecer escondido. Así la sorpresa sería mucho mayor y su fama de agente secreto subiría como la espuma.

Siguieron caminando, y en un momento determinado, Ted se detuvo. Claire le imitó y le preguntó.

—¿Ya? Pensaba que aún quedaba un poco para el lugar que habíamos acordado...

—Esto no me gusta Claire.

—¿Qué ocurre? —dijo ella cada vez más tensa.

—Atenta... escucha...

Claire se concentró, pero por más que se esforzó, no fue capaz de oír nada.

—No oigo nada Ted. Está todo en silencio.

—Exacto. No se oye absolutamente nada. Incluso los pájaros que estaban cantando hasta hace un minuto han dejado de hacerlo.

Desde la distancia, Fernando continuaba su avance, hasta que llegado un punto, se detuvo y se le heló la sangre. Ya no podía ver la espalda de Claire y su acompañante. Más de treinta personas avanzaban muy lentamente hacia ellos. Treinta personas con túnicas blancas y pies descalzos. Fernando tuvo el impulso de gritar, pero si lo hacía delataría su posición y correría peligro. Decidió quedarse muy quieto y observar lo

que estaba ocurriendo. Le costó contener el miedo y las ganas de volverse para salir corriendo, pero lo consiguió. Faltaban solo unos metros para que esa gente alcanzara a los dos visitantes, y no se le ocurría nada para ayudar. Claire seguía concentrada en intentar dar sentido a lo que Ted dijo.

—¿Qué tiene que ver que los pájaros hayan dejado de cantar?

—Claire, me he criado oyendo los pájaros que mi padre cuidaba junto a mi abuelo. Los animales sienten el peligro y el cambio en el ambiente mucho antes de que algo ocurra. Presienten catástrofes o desgracias familiares si se trata de un animal casero, y si te digo que han dejado de cantar, es que algo va a ocurrir.

Claire sabía que lo que Ted decía era cierto. En la televisión lo había visto muchas veces. Animales que presienten catástrofes o muertes, cuyos comportamientos cambian radicalmente, afectándoles en muchos aspectos.

Mientras analizaba las palabras del chico, decidió observar el entorno y quedó maravillada ante la vegetación que allí había. Un frondoso bosque de pacana les cubría las cabezas. Se giró para observar todo el esplendor de semejantes árboles, pero al hacerlo quedó paralizada ante lo que vieron sus ojos. Incapaz de articular palabra, tomó la mano de Ted, que se giró sobre sí mismo para preguntarle qué ocurría, compartiendo así la visión de Claire.

Un grupo de unas treinta personas, vestidas con túnicas blancas y descalzas permanecían impertérritas delante de ellos. Nadie decía nada, todos muy quietos. Claire dio un paso atrás y tiró de la manga de Ted. El grupo de personas avanzó un paso más hacia ellos. Claire se detuvo y finalmente habló.

—Hola... ¿Quiénes sois? —decidió preguntar aunque ya sabía la respuesta—. Somos los residentes de la Mansión del Advenimiento —dijo uno de ellos— ¿Y vosotros?

Claire comenzó a meter la mano en el interior de su chaqueta y al verla, Ted imitó su gesto.

—Nosotros —dijo ella— hemos venido para observar este maravilloso bosque de árboles de pacana. La verdad es que es precioso.

—Agradeceríamos que nos dijerais la verdad. Nosotros ya sabemos quién eres tú. Sería un buen gesto por tu parte no mentirnos. Dinos, ¿quiénes sois?

Claire, viendo que la estaban acorralando y que ya no podía dar marcha atrás, sacó rápidamente el revólver de la chaqueta. Ted también lo hizo.

—Hemos venido a una fiesta de cumpleaños, no te jode —dijo ella.

El grupo de fieles de la Orden comenzó a avanzar lentamente hacia ellos. Claire volvió a hablar.

—Os lo advierto, voy a disparar, y él también lo hará si no os detenéis ahora mismo —señaló a Ted.

—Es curioso —dijo otro de los fieles—. Hace unos días, Patrick nos enseñó algunas fotos en las que aparecías. Siempre que ha hablado de ti, lo ha hecho casi con cariño. La verdad es que has hecho mucho más sencillo el camino para que

consigamos lo que queremos, ya que fuiste tú quien nos facilitó a Carlos Guerrero. Te doy las gracias en nombre de todos.

Claire ardía de rabia. Empuñaba el arma firmemente pero apenas apuntaba a nadie. Los veinte metros que le separaban de aquel grupo de locos de la Orden parecían cada vez menos distancia. Ted apuntaba a los fieles según iban hablando hasta el punto en el que decidió hacer como Claire y apuntar al grupo por completo. Tenían que pensar rápido en algo para salir de aquella situación, de lo contrario la cosa se complicaría bastante. Claire no lo dudó y habló en voz alta a todos los allí presentes.

—¡Nadie va a detenernos! ¡Venimos a impedir que Patrick se salga con la suya, así como a rescatar a todos los que tenéis secuestrados en vuestra mansión! Hemos avisado a las autoridades y vienen hacia aquí para pararos los pies.

Ted se quedó petrificado al ver la soltura con la que Claire mentía e intentaba dejar en jaque a aquellas personas. No sabía si era siquiera consciente de lo que estaba haciendo. Eran personas muy fanáticas, pero ninguna de ellas era tonta. Ted no estaba seguro de que fueran a creerse ninguna de las palabras que ella estaba diciendo.

—No te creemos —dijo otro de los fieles—. Soy agente de la policía de Gatesville y, como todos los agentes, tengo contacto directo con la oficina del *sheriff*. Nadie sabe que estáis aquí. Nadie está de camino a este lugar. Baja el arma y déjanos llevarte ante Patrick para que él decida qué hacer con vosotros.

Claire bajó el arma y le indicó a Ted que hiciera lo mismo. Con el rabillo del ojo miró a su compañero y con un leve movimiento de cabeza le insinuó algo que Ted comprendió al instante. Un segundo después, se volvieron y comenzaron a correr colina abajo en dirección a la mansión. El grupo de fieles, sorprendidos ante la huida, también arrancó a correr comenzando así una persecución entre pacanas. Fernando lo vio todo desde la distancia, y al comprobar que todos se alejaban, decidió que era el momento de volver a Gatesville.

Mientras corrían, los árboles pasaban raudos a su lado. Claire y Ted se miraban cada pocos segundos para confirmar que el otro seguía corriendo. No sabían qué hacer exactamente pero sí sabían que se dirigían hacia la mansión. De vez en cuando miraban hacia atrás y veían cómo una manada de treinta personas iba detrás de ellos como lobos rabiosos para cazar a su presa. Emitían gritos sin ningún significado aparente, dando la impresión de que estaban avisando a más gente. Claire no podía creer que sin siquiera estar cerca de la mansión, ya se hubiera torcido todo de esa manera. Casi sin aliento gritó a Ted.

—¡Ted! ¡No podemos disparar de esta forma!

—¡Ya lo sé! ¡¿Qué quieres que hagamos?! —le respondió sin mirarla.

—¡Corre hacia tu izquierda y yo lo haré hacia la derecha! ¡Dividámosles! Ted abrió los ojos ante la posibilidad de verse solo ante más de quince personas, pero sin pensarlo, le hizo caso a Claire. Cada uno giró hacia una dirección, desconcertando a

sus perseguidores, que imitaron su movimiento. Ted torció hacia la izquierda y se encontró con una colina que daba a parar a un claro en el bosque.

Apenas había sitios para esconderse, pero al final del claro observó que había una cantidad de piedras apiladas como si de una cantera se tratara. Miró hacia atrás y confirmó que la maniobra de distracción había dado algún resultado pues no veía a nadie detrás de él. Corrió y se ocultó detrás de las rocas.

Claire torció a la derecha y sintió cómo las fuerzas le estaban abandonando por segundos. No tenía ni la edad ni el estado físico de Ted, así como tampoco estaba acostumbrada a correr a tal velocidad por tanto tiempo. Detrás, una manada algo más pequeña que antes se abalanzaba sobre ella, y cada vez estaba más cerca. No sabía a dónde se dirigía pero continuó corriendo. Desesperada, sacó su arma, y sin mirar atrás disparó al aire dos veces. Oyó cómo uno de sus perseguidores gritaba desde la lejanía.

—¡Putal! ¡Le ha dado a Frank!

Supo que la suerte estaba de su parte. Cuando corrió treinta metros más, comprobó que efectivamente no era así. Se encontró de bruces con la orilla de un río que pasaba por allí y no le quedó más remedio que detenerse allí sin saber qué hacer. Su caudal era muy abundante y la fuerza del agua era demasiada como para meterse en el río, ya que podía acabar muerta tras golpearse con alguna roca. Agobiada, miró hacia atrás, y quedó paralizada al ver a aquellas personas a solo veinte metros de distancia. Cansada y respirando muy hondo se giró y, mirándoles cara a cara se agachó y quedó en cuclillas, mientras sus pulmones iban tomando todo el aire que podían.

Uno de ellos se acercó mientras respiraba para recuperarse poco a poco, y cuando únicamente le separaban dos metros de ella, se arrodilló con la intención de cogerla por los pelos. Claire no permaneció impasible ante su inminente captura, así que reaccionó sacando de nuevo su arma y apuntando a la cabeza del chico. Los demás retrocedieron un paso al ver la reacción de la mujer que les miraba henchida de odio.

—Si te acercas más, te mato —dijo aún con dificultad al respirar por el cansancio.

—No puedes ir a ningún sitio. Este río, el Cowhouse Creek, te impide avanzar. No vas a conseguir llegar a ningún sitio. Tu amigo también debe haber sido alcanzado ya a estas alturas. No te resistas más Claire.

—He dicho... que si te acercas más ¡te mato!

En sus ojos, el adepto de la Orden sabía que no mentía y se detuvo.

—Si me matas, todos los que están detrás de mí se abalanzarán sobre ti y, como acabo de decirte, no podrás evitar ser llevada ante nuestro Maestro.

—Me da igual. Al menos habré librado al mundo de un cabrón como tú. Siempre es mejor nueve que diez —Claire se sorprendió a sí misma hablando de esa forma, dándole tan poco valor a la vida humana, por segunda vez. Efectivamente todo lo ocurrido la había cambiado.

Durante unos segundos todos quedaron en silencio. Únicamente el sonido del

agua del río corriendo llenaba el lugar. Los pájaros seguían mudos y el viento no soplaba.

Nadie hizo nada, hasta que otro de los fieles que se encontraba detrás avanzó y se situó junto a su compañero. En pocos segundos, Claire tuvo delante de ella un muro formado por quince personas que le decían sin mediar palabra que no tenía nada que hacer. Consciente de todo aquello, bajó el arma y se dejó caer en el suelo. Los fieles se acercaron a ella y entre todos la agarraron, la inmovilizaron y la llevaron a rastras a la mansión.

Ted permanecía escondido detrás de las piedras. Hacía solo unos segundos había oído dos disparos, y supuso que había sido Claire ya que esa gente no llevaba armas o, al menos, eso pensaba. No obstante, su preocupación aumentó tras oír aquello. No sabía qué hacer. Desde hacía algunos minutos no había visto que nadie se acercara y ya comenzaban a sudarle las manos, sobre todo la que empuñaba el arma. Tenía doce balas entre las que el revólver llevaba cargadas y el otro cargador. No serían suficientes. En ese preciso instante se percató de que realmente él no quería matar a nadie. No estaba preparado para matar. Fue consciente de que, en la situación en la que se encontraba, la posibilidad de quitar la vida a alguien era bastante alta y esa realidad le aterró. Quería terminar con ellos pero sin matar a nadie. Si tenía que disparar, debía hacerlo en las piernas o en otro lugar lo suficientemente necesario como para inmovilizar a la persona en cuestión. Lo intentaría con todas sus fuerzas.

Mientras divagaba sobre su moral y ética, oyó detrás de las rocas el sonido de la hierba al ser pisada. Lentamente se asomó por el borde de las piedras y vio a dos personas intentando localizarle. No dejaba de preguntarse dónde se encontraba el resto de sus perseguidores. Observó a esas personas, que en un momento dado se detuvieron y gritaron al aire.

—¡Más te vale que salgas de donde estés! El resto de mis hermanos están rodeando la zona y están cercando tu posición.

Los nervios comenzaron a apoderarse de Ted que no sabía cómo actuar. La decisión que debía tomar no se la enseñaron en ningún videojuego. Decidió que si todo estaba perdido, al menos intentaría convertirse en un incordio para esa gentuza. Sacó la mira del arma y apuntó a uno de las dos personas que estaban más allá de las rocas. Buscó con su ojo la rodilla del que estaba más a la izquierda y apretó el gatillo.

La bala impactó de lleno y se vio sorprendido por su propia puntería. Sabía que su posición había sido delatada por el sonido del disparo. Se volvió a esconder tras la roca y vio cómo desde más arriba de la colina bajaban cinco personas corriendo hacia su posición. Se acordó de su padre, de su madre, de Sarah, de todo lo vivido hasta ese momento, y ya no le importaba siquiera si mataba o no mataba. Todo estaba por terminar y moriría de igual forma.

Alzó su revólver y sin siquiera apuntar, comenzó a disparar al aire. Mientras lo hacía, pareció que todo se volvía a cámara lenta. Los fieles fueron acercándose, uno de ellos cayó a la tierra abatido por una bala en el pecho. Por la derecha y por la

izquierda llegaron el resto de ellos, y casi estaban a punto de echárseles encima. En esa especie de lentitud en el desarrollo de aquellos segundos, Ted supo que efectivamente, no estaban preparados para enfrentarse a aquello. Debieron hacerlo de otro modo. Debieron ser más precavidos e inteligentes.

Cuando uno de sus perseguidores se abalanzó sobre él, le arrastró unos metros por la hierba. Recibió un golpe en la cabeza tras chocar contra una enorme roca. Ted perdió el conocimiento.

Unos minutos después de abandonar el pueblo, Claire y Ted se adentraron en el bosque, caminando con paso firme. Ted sujetaba con sus manos el mapa mientras se concentraba en no perder el rumbo. Claire sin embargo continuaba pensando que alguien les estaba observando, aunque seguían los cánticos llenaban el ambiente en la biblioteca y terminaron por desadormecer a los tres jóvenes atados a sus sillas. Uno tras otro, poco a poco, fueron despertando de su inconsciencia.

El último en hacerlo fue Nate, y nada más abrir los ojos dirigió su mirada a los otros para ver si se encontraban bien. Comprobó que efectivamente ambos estaban ya despiertos. Tras asegurarse de ello fue cuando se percataron del sonido de los cánticos. Los tres a la vez levantaron la vista y les pareció que se encontraban en un lugar completamente diferente al que estaban antes de que viniera aquel hombre y les golpeará hasta dejarlos inconscientes. Lógicamente se encontraban en la misma estancia pero la luz del día daba una imagen totalmente distinta.

La biblioteca contaba con una cúpula de cristal pintado, a unos veinte metros de altura, que proyectaba sobre la sala una mezcla de colores que hacía que todo tuviera un cierto toque infantil. Bajo ella, una serie de ventanales altos con más cristalerías rodeaban toda la estancia.

Sobre el escenario que había en la sala que estaba junto a la biblioteca, se encontraban al menos veinte personas ataviadas con túnicas negras con bandas doradas horizontales a la altura del pecho. Usaban una capucha bastante grande que tenían colocada sobre sus cabezas; imposible distinguir el rostro que había bajo ellas. Parecía que estaban inmóviles, pero si se prestaba un poco de atención, un pequeño movimiento parecido a un balanceo marcaba una tétrica coreografía que todos seguían milimétricamente.

En un volumen que rozaba casi lo inaudible, todas aquellas personas entonaban un cántico, una suerte de salmo, que ninguno de los tres jóvenes maniatados reconoció en ningún momento. Casi sin cambiar de nota, aquello más bien se parecía a un lamento prolongado.

Frente a ese grupo se encontraba un modesto atril con un libro aparentemente viejo, abierto sobre él. Nadie había allí pero los chicos sabían que Patrick no tardaría mucho en aparecer. Estaba claro que él era la persona que comandaba aquella especie de teatro demencial.

—Esto no me gusta. ¿Estáis bien? —dijo Nate a los otros dos.

—Me duele la cabeza pero creo que es lo último por lo que debo preocuparme, hermano —le respondió Carlos.

James permaneció en silencio. Intentaba analizar qué significaba todo. Sus años allí metido hacía que estuviera en posesión de información privilegiada que ninguno de los otros dos tenían. Cada vez lo tenía más claro. Después de pensarlo un poco

decidió hablar.

—Nos queda poco tiempo de vida. Tenéis que tener claro esto que os digo, así que no hagáis ni digáis tonterías.

Carlos y Nate sintieron que su cuerpo se encogió instintivamente. Se acabó el juego, ahora todo era real. Terminó eso de retar a Patrick y de intentar escapar. Se acabó eso de bromear con sarcasmo intentando trivializar la situación. Iban a morir y quedaba muy poco para ello. James continuó hablando.

—Os voy a contar qué va a ocurrir de aquí en adelante —miró cara a cara a sus dos compañeros—. Lo que Patrick llama «Invocación» no es más que el nombre que le ha puesto al proceso de usarnos para lo que él denomina «demostrar la existencia de Lucifer y hacer ver al mundo que se equivocó con Simone». Llevo escuchando esta frase más tiempo del que hubiera deseado y ahora es cuando le doy significado. Patrick cree fervientemente que si nosotros tres morimos, conseguirá que Lucifer bañe al mundo con su supuesta luz.

—¿Cómo es eso posible? —dijo Nate escandalizado—. Vivimos en un mundo de ciencia, por Dios, de hechos empíricos, no de rituales ni invocaciones.

James sonrió.

—¿Y me lo dices tú? Una persona que se ha pasado los últimos diez años oyendo mensajes de su hermano muerto. Tú, que estabas seguro de que esos mensajes te guiarían hasta el lugar donde se encontraba Carlos. Tú, que has comprobado que tanto tu hermano como yo hemos muerto para después volver en un cuerpo diferente. ¿Realmente piensas que en este mundo todo es ciencia? Ni todo es blanco ni todo es negro, Nate. Y Patrick sabe perfectamente que si lleva a cabo su plan, hará que ocurra lo que os acabo de contar. Patrick lo cree... y yo también.

Nate supo que James tenía razón, y fue incapaz de rebatir ninguna de las palabras que le acababa de decir.

El salmo continuó adornando el sonido de sus palabras. Nadie, por el momento, había hecho aún acto de presencia. Parecía como si esa especie de coro estuviera ahí para ir preparando la sala, el ambiente, o incluso a los tres protagonistas para lo que estaba por venir.

—Yo también lo creo —dijo Carlos.

Nate lo miró sorprendido pero no abrió la boca. Dejó que su hermano continuara hablando.

—Nate, está claro que no has visto el «Mundo Rojo» —James asintió con la cabeza—. Si es real lo que James y yo hemos presenciado, realmente existe un lugar donde esa luz que Patrick quiere lo baña todo, la misma luz que pretende traer a este mundo. Lo que no sabe, por mucho que James se lo haya dicho mil veces, es que todo allí es sufrimiento. La luz que existe en ese lugar no es blanca y pura. El dolor, el sufrimiento, la pena, el lamento, todo ello toma color, y es el color rojo, el negro... No consigo explicar con palabras lo que quiero decirte, pero créeme que ese lugar existe y si no hacemos algo, llegará hasta nosotros.

Nate comprendió cada palabra que su hermano le había dicho, pero no entendía el motivo de que fueran ellos precisamente el vehículo que Patrick necesitaba para conseguir lo que quería.

—¿Por qué nosotros? —dijo confundido.

—Ninguno lo sabemos —le contestó James—. Lo que sí es cierto es que somos nosotros y no otros los que necesita para conseguirlo. En el agujero donde estábamos encerrados hay dos cadáveres que demuestran lo que estoy diciendo.

Un segundo después, los ventanales dejaron caer sobre sus cristales unas enormes telas negras que hicieron que la sala oscureciera al instante. Unas velas iluminaron tímidamente la amplia estancia. Del mismo modo, la cúpula fue cubierta por algún tipo de tela que provocó que todos quedaran inmersos en aquella oscuridad. Los colores vivos y llamativos de las cristaleras desaparecieron y el baile de las pequeñas llamas de las velas era la única fuente de luz en el lugar.

De repente se abrió una gran puerta junto al escenario, y el salmo que hasta entonces sonaba, calló al instante. Las llamas de las velas siguieron temblando al son de la respiración de los allí presentes.

Aún más velas se fueron encendiendo al fondo de la sala como si un fantasma lo estuviera haciendo, ya que no se distinguía a nadie prendiéndolas. Se oyeron los pasos de una persona entrando en el lugar. Ninguno de los tres podía ver nada ya que sus ojos aún no se habían acostumbrado a la oscuridad, pero pasados unos segundos lograron atisbar más claramente que en el atril donde antes no había nadie ahora se encontraba, como ellos mismos habían supuesto, Patrick, también ataviado con la misma túnica que el resto, aunque no llevaba la capucha sobre la cabeza.

—Ha llegado el gran día —dijo levantando los brazos mientras el resto de personas murmuraba—. Hoy lograremos demostrar al mundo entero que otro orden es posible. Lograremos hacerlo después de años de búsqueda en los que no sabíamos si íbamos en la dirección correcta. Años en los que nuestra fe jamás se desvaneció... y por lo que hoy seremos recompensados.

Las veinte personas que estaban detrás de él apenas se movieron. Parecían totalmente mimetizadas con el entorno aunque podían oírse sus gemidos de placer y excitación ante lo que estaba por venir.

—Están todos locos... —murmuró Nate.

Patrick se percató de que el joven había dicho algo, aunque no pudo oír exactamente el qué.

—¿Quieres decir algo a la Orden, Nate? —dijo Patrick.

El eco de sus palabras sonó profundamente en todo el lugar haciendo que pareciese un ente superior o algún tipo de deidad. Nate levantó la mirada y no dudó en contestar.

—Por supuesto que sí. Estáis todos locos. ¿Pensáis que matándome a mí y a ellos dos vais a invocar a Lucifer? ¡Já! No me hagais reír...

Patrick calló durante unos segundos mientras le miraba con misericordia.

—Me das mucha pena Nate. Eres parte fundamental de algo grande. Eres parte esencial de un plan que va más allá de ti o de mí. Lo que queremos hacer hoy es historia.

Nate soltó una risa cargada de sarcasmo.

—Soy perfectamente consciente de que somos nosotros y nadie más las personas que necesitas, pero no alcanzo a entender el motivo. Yo me he criado en Natchez, junto a mi hermano Stefan. Siempre hemos vivido una vida muy normal a excepción de su trágica muerte hace diez años. James vivía muy tranquilo en Greek Hill junto a su familia, y la vida también le golpeó duro hace cinco años. No somos especiales más allá del hecho de que tanto James como mi hermano Stefan hayan vuelto tras morir... —al acabar de decir sus palabras, Nate se dio cuenta de lo contradictorio que estaba siendo en su defensa.

—Tú mismo acabas de decirlo, Nate —le respondió Patrick mientras bajaba del escenario y se dirigía a ellos—. Sois especiales, vosotros tres. Desde vuestro nacimiento estabais destinados a serlo. Decidme, ¿qué sabéis de vuestros orígenes?

James no supo qué contestar. Siempre supo que era un niño adoptado, pero jamás sintió el más mínimo interés por conocer algo sobre sus padres biológicos ni nada parecido. Nate y Carlos se miraron y tampoco supieron qué contestar. Patrick continuó hablando.

—Mientras esperamos a que llegue la Ejecutora, os informaré, como os prometí, de la situación. Ustedes tres vienen del mismo lugar. Los tres sois hermanos.

Aquellas palabras hicieron que instantáneamente, Carlos y Nate miraran a James. Ninguno lograba expresar su sorpresa con palabras.

—¿¿Cómo es eso posible?! —gritó Carlos—. Nate y yo sí somos hermanos. Nos criamos juntos. James es hijo único.

—Veo que ya has recordado... Stefan —Patrick miró cara a cara a Carlos.

Carlos le observó fijamente, cargado de rabia, apretó sus puños y se retorció en la silla totalmente en vano. Patrick estaba disfrutando cada segundo de aquello. Adoraba ser portador de buenas nuevas. Una sonrisa de placer se dibujó en su rostro.

—Vaya... me siento tan bien en este momento... Soy el causante de que la familia feliz vuelva a reunirse. ¡Y lo mejor de todo es que aún hay más!

Se acercó a James y le tocó la cara con su áspera mano.

—Pequeño James, o Hugo, o como quieras que te llame. A ti te tengo un cariño muy especial por haber sido el primero. Fue relativamente fácil hacernos contigo y siempre supe que serías el primer paso hacia el gran acontecimiento que viviremos hoy. Fuiste adoptado tú solo y creciste sin hermanos. Siempre anhelaste alguien con quien compartir tus momentos de alegría y felicidad. Yo te he reunido con ellos y juntos seréis los responsables de que este mundo conozca al verdadero Portador de Luz. No tengas rencor por cómo el destino se portó contigo o porqué la vida trató mejor a ellos dos que a ti.

—¿Cómo te atreves a decir que no tuve suerte! ¡Mis padres me quisieron más de

lo que a ti jamás te ha querido nadie! —gritó James casi escupiéndole a la cara.

—Nunca me atrevería, pequeño James, a cuestionar el amor que tu familia te ha dado. Solo quería referirme al hecho de que ellos han estado juntos y tú has estado sin hermanos. De todos modos eso ya no importa. Tus hermanos indudablemente también tuvieron mucha suerte ya que una familia bien posicionada se hizo cargo de ambos dos. Los Stinson, gente de dinero. Sí, señor.

Nate gritó todo lo alto que pudo.

—¡Ni te atrevas a referirte a ellos! ¡Te juro que te mataré si lo haces!

Patrick, sorprendido ante la reacción del joven, se apartó de James y se situó frente a Carlos.

—Como decía, vosotros dos fuisteis más afortunados al ser adoptados por *los innombrables* —soltó una carcajada maliciosa—. Un buen día, celebrabais vuestro cumpleaños y el pobre Stefan cayó a la piscina y murió —hizo una mueca infantil de pena—. El desvalido Nate quedó solo en la vida y maldijo al resto del mundo. Afortunadamente el destino hizo que Stefan, o Carlos, como ahora se llama, viniese a los Estados Unidos de vacaciones y terminara atropellando a James, matándolo en el acto —miró de reojo a James— ¡La vida es tan... caprichosa!

—Todo eso ya lo sabemos —dijo Carlos—. Cuéntanos algo nuevo, hombre...

—Tranquilo, solo os refrescaba la memoria —caminó hacia atrás unos pasos—. No te preocupes que os voy a contar algo que seguro que no sabíais.

Patrick se apartó y subió al escenario con paso lento. Se posicionó frente a ellos y les dijo lenta y suavemente.

—Señores, os presento a la Ejecutora Simone Preston, es decir, vuestra madre.

Tras decir esas palabras, el salmo comenzó de nuevo a ser entonado por aquellas personas casi invisibles detrás de Patrick. Los tres se miraron sin entender nada.

—¿Nuestra madre? ¿De qué coño hablas? —exclamó Nate— ¿¡Qué narices estás diciendo Patrick!?

—Simone... Finalmente puedo verte... —dijo James tristemente y en voz muy baja—. Así que este es tu papel en todo esto...

La puerta por donde antes entró Patrick se abrió de nuevo y dos personas vestidas con las mismas túnicas, pero con la cabeza descubierta, accedieron acompañando a una mujer vestida con largas telas blancas de seda que bailaban a cada paso que daba. Eran Matt y Nerea, y ambos llevaban la mano posada sobre el hombro de la mujer de blanco. A paso lento pero firme, los tres fueron acercándose poco a poco al escenario hasta que se encontraron arriba. Los acompañantes retrocedieron unos pasos hasta fundirse con el resto, Nerea se acercó a Patrick y le dijo muy sutilmente algo en el oído. Patrick asintió sonriente y luego le indicó que se reuniera con el resto. Los tres jóvenes no podían creer lo que estaba sucediendo.

—¿De qué va todo esto?! —preguntaron Carlos y Nate casi a la vez. Patrick se acercó a la mujer, le tomó de las dos manos y se las besó. Tras esto, volvió a dirigirse a su público.

—Hace veinticinco años esta mujer fue tocada por la mano de Dios, por la mano de aquel que ha permitido que, durante tanto tiempo, la humanidad sufra y se mate a sí misma sin hacer nada al respecto. Hace veinticinco años esta mujer fue bendecida con el don del alumbramiento divino, como en su día lo hiciera María, madre de Jesús —sus palabras resonaban con potencia en el lugar—. Esta mujer fue la encargada de tomar el destino del mundo en su vientre para salvar a la humanidad tras la muerte de Dios... Pero la humanidad la traicionó, la humanidad la golpeó, la humanidad la humilló y la obligó a soportar las burlas y el escarnio del mundo moderno.

El salmo continuó sonando y los tres jóvenes cada vez estaban más nerviosos. Incluso James, que hasta entonces había demostrado tranquilidad y sosiego para dominar la situación, estaba comenzando a inquietarse. Aquello cada vez tomaba tintes más dementes y delirantes. Se miraban unos a otros pero ninguno era capaz de hacer nada por solucionar la situación. Cuando no pudo más, James gritó.

—¡No me importa nada de lo que digas! —dirigió su mirada hacia Simone—. Dice este hombre que eres mi madre... ¡TÚ! ¡Mírame! —dijo gritándole— ¡Mírame a la cara y dime cómo una madre consiente esto para sus hijos!

Su respiración cada vez se aceleró más y los nervios fueron cada vez más difíciles de contener. Casi temblaba en su asiento pero nada podía hacer. Simone ni siquiera se inmutó y continuó mirando hacia el suelo con la mirada perdida. Patrick continuó hablando.

—Respétale, por favor —dijo mirando a James con furia—. Esta mujer recibió un importante mensaje para el mundo... Dios ha muerto y ella es la única esperanza de que la barrera entre este mundo y el mundo de Lucifer se mantenga en pie. Ella recibió esta misión y supo que eran sus hijos los encargados de que se pudiera ejecutar. Como buena madre decidió tener y criar a sus hijos, pero cuando anunció el mensaje divino al mundo, fue tachada de loca... Nadie la creyó y todos la repudiaron. Fue expulsada de numerosos hogares y comunidades, y no encontró consuelo ni refugio en ninguna de las iglesias a las que visitó. Nadie creía a la «Madre de la Esperanza» —se volvió y caminó hacia ella—. Esta pobre mujer no pudo ser capaz de seguir adelante con sus planes así que decidió dar en adopción a sus hijos para que estuvieran separados, y así la barrera entre mundos permaneciera en pie. Es por eso que fuisteis adoptados y James quedó separado de sus dos hermanos.

Ninguno entendía muy bien el porqué, pero todo lo que ese hombre les dijo, les resultó creíble. Debía ser esa la razón por la cual James y Carlos habían vuelto tras morir. Si realmente eran niños tocados por la mano de Dios, debían ser especiales. Pocos segundos después, Patrick despejó las dudas que aún quedaban en ellos.

—Me preguntáis el motivo de que estéis aquí sentados. Yo os responderé a todo —se separó un poco de Simone y volvió a acercarse a los jóvenes—. Cuando uno de vosotros muere, la barrera sigue en pie pero se debilita. Desafortunadamente, esa debilidad dura muy poco ya que la persona que fallece vuelve a la vida poco después

de abandonar este mundo y lo hace en un cuerpo diferente al que habitaba en su anterior vida. De esa forma se restablece la barrera y todo sigue como estaba. Si dos de vosotros morís, la barrera será aún más débil, facilitando que la verdadera luz llegue a este lado de la Creación. Finalmente, si los tres a la vez dejáis este mundo, la barrera no lo soportará y se derrumbará, haciendo que finalmente se demuestre que, si Dios existió, efectivamente Lucifer también existe.

James sabía que todo lo que contaba era totalmente cierto. Sabía dentro de sí mismo que ni una sola palabra de las que Patrick estaba diciendo faltaba a la verdad. Tuvo el impulso de hablar, pero decidió no hacerlo. Patrick continuó su alegato.

—El mundo que habéis visto vosotros dos —señaló a James y a Carlos— es el mundo que nos espera. Es lo que permanece oprimido tras la barrera. Es la fuerza de una luz que desea viajar entre nosotros.

—¡Esa luz no es más que sufrimiento! —gritó Carlos—. Esa luz es la destrucción de todos. No pienses que si haces lo que tienes pensado vas a vivir en armonía con tu señor. ¡No! Si sigues adelante, acabarás con todo, incluyéndote a ti.

—Veo que tienes miedo —respondió Patrick—. Sé muy bien qué es esa luz, pequeño Carlos, y estoy dispuesto a lo que sea para que nos ilumine a todos. Quien ustedes llamáis *Dios* fue el responsable de que Lucifer cayera en la oscuridad. Lucifer fue el primero de los ángeles en retar a Dios, en cuestionar sus métodos, en plantearse un simple por qué, y solo por eso fue enviado al más profundo de los pozos, al más absoluto de los destierros. Dios oprime, Dios anula, Dios mata... —calló durante unos segundos, miró al cielo y casi en súplica continuó hablando— ¿Cuántas guerras se han librado en nombre de Dios? ¿Cuántos muertos en nombre de Dios? ¿Cuánta corrupción en la *Casa del Señor*? Este mundo está podrido y siempre la mano de Dios está detrás. Solo un reinicio puede solucionarlo. Dime ahora —dijo señalando a Nate— ¿cuántas guerras se han librado en nombre de Lucifer? ¿Cuántas inquisiciones se han ejecutado bajo la doctrina de Lucifer? Me encantaría que me dieras una respuesta cuando la encuentres...

Nate no dudó en contestar a Patrick.

—Todo ello, todo este discurso que nos sueltas, no justifica tus acciones. Has matado, has hecho daño, has secuestrado... ¡Esta es una guerra que libras y, efectivamente, es en nombre de Lucifer!

Patrick quedó callado. Escrutó con su mirada la mirada de Nate. Sonrió y le contestó.

—No es una guerra por Lucifer... es una guerra para Lucifer...

Se giró y retrocedió dos pasos. Carlos habló.

—Simone... madre... no entiendo nada... —miró a la mujer con los ojos empañados—. Si todo lo que cuenta este criminal es cierto, ¿por qué has traicionado la palabra de Dios? ¿Por qué dejas que todo lo que se te ha encomendado se destruya?

Simone le miraba de la misma forma a la que miraría cualquier otra cosa o

persona. Carlos se percató de que los ojos de esa mujer bailaban por la estancia en un completo desorden, como si de un ciego se tratase. De vez en cuando detenía su mirada sobre alguien de los allí presentes o sobre un objeto o haz de luz que alguna vela despedía, pero sin terminar de reconocer de qué se trataba exactamente. Carlos, lleno de resignación, habló.

—¿Qué coño le has hecho a esta mujer?

—Simone fue capaz de ver la luz, de ver cómo el mundo la había tratado tras darle el mensaje que recibió. Fue capaz de reconocer que la humanidad que trataba de proteger, y a la que intentaba avisar, no merecía esa atención. Fue consciente de que la corrupción y la superficialidad que habita en todas las personas les hacía incapaces de valorar la misión que Simone debía llevar a cabo. Igual que Jesucristo fue crucificado al ser considerado un impostor y un infiel, Simone fue condenada al olvido, a la ignorancia, a ser repudiada por todo el mundo, que la tachaba de loca y demente. Simone se dio cuenta de que este mundo no merecía ser salvado. Cuando nos conoció estaba confusa, perdida y muy sola. Nosotros le abrimos los ojos. Yo creí en su historia. La Orden creyó en lo que contaba al mundo y fue gracias a nuestro amor y cariño que consiguió salir de la oscuridad que la había envuelto y fue capaz de avanzar hacia el destino al que todos caminamos: conseguir que se revele la verdadera Luz.

Los tres callaron. Ninguno fue capaz de comprender cómo Patrick tuvo la capacidad de convertir a la persona que supuestamente velaba por el mundo, para que colaborara con sus planes de acabar con todo. Lo que sí era notorio era que Simone parecía estar en un mundo paralelo al del resto. Aparentemente, la cordura en ella brillaba por su ausencia y su comportamiento más bien obedecía a los de una persona con graves problemas mentales que a los de una persona a punto de hacer lo que pretendía hacer.

Carlos volvió a hablar.

—Te aprovechaste de la debilidad de una persona que estaba sufriendo. La has machacado durante años. La has anulado como persona y la has convertido en una marioneta para conseguir tus objetivos. Esa que está ahí delante no es Simone, ni es mi madre, ni nada de eso. Eres un gran hijo de puta, Patrick...

—No cargues contra mí. Ella está aquí porque quiere. Nadie la obliga.

—¡Deja de mentir! —volvió a responder Carlos— ¡Nadie en su sano juicio estaría de acuerdo en ejecutar a sus tres hijos para que tú te salgas con la tuya y vuestro puto Lucifer venga a tocarnos las pelotas a todos!

Patrick sonrió ampliamente, pero decidió no responder. De repente, una voz fina y delicada rompió el silencio. Simone habló por primera vez.

—Cuando todo acabe... todo volverá a comenzar. Cuando las luces que traje al mundo dejen de brillar, la Luz verdadera nos iluminará y el mundo comprobará que se equivocó al no creer en mis palabras.

Simone miró a sus tres hijos y a cada uno les dedicó una expresión de felicidad

tan plena que rozó lo perturbador. Patrick se acercó a ella y, tomándola de la mano, le dijo al oído.

—Bien dicho Simone...

Los tres jóvenes se retorcieron una vez más en sus sillas. Estas crujían con cada convulsión que recibían, pero ninguna se resintió, ni parecía que eso fuera a ocurrir.

Patrick levantó la mano y habló dirigiéndose a Nerea, que permanecía oculta con el resto de fieles que entonaban el salmo.

—Vamos a comenzar. Trae a nuestros invitados de excepción. Nerea asintió y salió de la estancia. Patrick se dirigió a su público.

—Esta ceremonia iba a ser íntima y secreta. Se pretendía mostrar los resultados al resto del mundo una vez concluyéramos con la misma, pero parece ser que teníamos unos ratones en la bodega que no querían perderse lo que aquí se estaba preparando. Es por ello que muy gentilmente les hemos preparado unos asientos en primera fila. Incluso creo que les conocéis —soltó una carcajada enfermiza.

La puerta por la que antes entraron todos anteriormente volvió a abrirse, y a la luz de las velas comenzó a entrar Nerea, apuntando con su pistola a dos personas delante de ella. A medida que fueron accediendo a la estancia, sus siluetas fueron siendo más reconocibles. Los tres jóvenes les miraron y todos se estremecieron. Claire y Ted se encontraban de pie delante de dos sillas que esperaban ser ocupadas por ellos. Nadie dijo nada hasta que un grito agónico, casi gutural, rompió el silencio en mil pedazos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —James gritó desgarradamente— ¡Mírame... estoy aquí! ¡Soy James mamá!

Los ojos de Claire, aún sin acostumbrarse a la oscuridad, se abrieron completamente. Esa voz le era totalmente desconocida, pero algo había en ella que le hizo estremecerse por completo. Creyó caer al suelo tras oír esas palabras puesto que no estaba preparada para ello. Buscó con los ojos entre todas aquellas personas hasta que se percató de que había tres personas atadas en unas sillas a unos diez metros de distancia. Reconoció a Nate, a la izquierda de los tres, reconoció también a Carlos, justo en medio, y miró al tercer chico. Sabía quién era, ya que le vio en el vídeo que Patrick le envió. No veía nada conocido en él, salvo esos ojos, que sí les eran familiares. Era la mirada de su pequeño James. Lo supo en el mismo instante en el que pestañeó y volvió a mirarlos. No lo podía creer, y todo su mundo comenzó a tener sentido de nuevo. Se agachó, perdiendo el equilibrio mientras gritaba.

—¡James! ¡Hijo mío!

Nate y Carlos quedaron boquiabiertos. No esperaban ver a Claire y a Ted en aquel lugar. En el momento en el que la reconocieron, ambos supieron que habían salido a buscarles pero que habían sido atrapados por Patrick. Carlos gritó.

—¿Por qué has venido? ¡Debiste quedarte al margen!

Nate reaccionó y también se dirigió a ellos dos.

—¿Estáis bien? ¿Os han hecho daño?

Patrick decidió intervenir al ver tanto alboroto en la sala.

—Están perfectamente. Más bien es al contrario. Estos dos listos se han cargado a dos de los míos. No han sufrido daños, ni los sufrirán, pero serán testigos de excepción de todo lo que va a ocurrir a partir de ahora.

Patrick ordenó a callar a todos en la sala. La ceremonia debía comenzar, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a hacerle caso. El *shock* fue demasiado grande para todos y nadie podía asumir esa situación.

Claire permanecía en la silla, casi sin conocimiento tras la enorme impresión de ver a James. Nate preguntó a Ted cómo se encontraba y le pidió explicaciones sobre lo que había ocurrido. Carlos gritaba intentando que Claire recobrarla la conciencia mientras le decía cosas desde la distancia. Unos segundos después, logró incorporarse y alzó la vista lentamente. Volvió a mirar a James, y comenzando a llorar en un llanto desconsolado le preguntó.

—¿Dónde has estado hijo mío? ¿De verdad eres tú? Vi el video que me enviaron pero me negué a pensar que se trataba de ti, aunque ahora que te veo... Ahora no me cabe la menor duda de que eres mi hijo James... ¿Qué te ha hecho esta gente hijo mío?

El llanto de la mujer retumbaba en el lugar. Entre lágrimas, James le respondió ante la atenta mirada de todos.

—Llevo aquí cuatro años, mamá... Llevo todo este tiempo encerrado y maltratado... Quería ir a Greek Hill, pero esta gente me atrapó y me metió aquí... ¡Cuánto te he pensado!

Patrick interrumpió la escena, pues se comenzaba a impacientar.

—Bueno, ya están las presentaciones hechas. Todos contentos y la familia feliz se ha terminado de reunir. Ahora tenemos que terminar lo que hemos comenzado — volvió a girarse y habló esta vez dirigiéndose a Nerea—. Trae la daga.

Nerea asintió y se dirigió hacia un lateral del escenario para coger algo con las dos manos. Volvió donde se encontraba Patrick y le entregó el objeto. Tras eso, volvió a fundirse por última vez entre los fieles. Patrick se acercó a Simone y le entregó el objeto que Nerea acababa de darle. Ella, con sus delicadas manos, abrió el envoltorio de terciopelo violeta que lo cubría y dejó al descubierto una espada de veinticinco centímetros de hoja con una empuñadura de metal bordado de color negro. La hoja tenía dibujada una estrella de cinco puntas en cada uno de sus lados. Observó la daga con ansiosa alegría y miró a los jóvenes esperando recibir alguna reacción por parte de ellos.

El ambiente en la sala quedó congelado ante la revelación de la espada. Aunque todos sabían qué iba a ocurrir, nadie quería asumirlo realmente. Claire apenas podía emitir ningún sonido, únicamente dejaba brotar las lágrimas por sus mejillas. Ted, perplejo ante la figura de Simone frente a él sujetando el acero, solamente podía pensar en su padre, en los meses que empleó intentando encontrarla y salvarla, en todo lo que arriesgó al introducirse en la Orden para saber qué había ocurrido con ella. La rabia inundó su cuerpo, pero fue incapaz de exteriorizarlo. Quedó en silencio

sufriendo la impotencia de ver cómo iba a terminar todo. Nate, Carlos y James miraban a esa mujer que decía ser su madre biológica. Observaron el disfrute que para ella estaba significando ese momento.

Ninguno dijo nada, ni siquiera fueron capaces de buscar consuelo en la mirada de sus hermanos. El brillo de las llamas de las velas en la hoja afilada hacía que todos quedaran casi hipnotizados. Patrick rompió el ensimismamiento de los presentes.

—Esta daga irá acabando con vosotros uno a uno. Simone, al igual que os trajo al mundo, os llevará de él. Será ella quien, por derecho, irá debilitando la barrera entre mundos hasta que nada quede de ella y todo termine. O más bien, comience.

Todos, sin excepción, retomaron las convulsiones en las sillas sin conseguir infligir en ellas ni un solo ápice de debilitamiento. Todos hablaban a la vez en una siniestra danza de lamentos y llantos. Claire quedó desconsolada y únicamente podía gritar.

—¡Por favor! ¡No lo hagas Simone! ¡Son tus hijos por Dios!

Ella, lentamente y paso a paso fue descendiendo del escenario mientras ya tenía pensado quién sería el primero de ellos en saborear la hoja.

Los jóvenes apenas podían moverse. El final estaba cerca y nadie podía hacer nada. Contemplaban a su madre, que ya estaba muy cerca de Nate, y no fueron capaces de creer que todo aquello estuviera pasando realmente.

Carlos deseó más que nunca estar en la cárcel, en Cádiz, o incluso en aquella piscina donde se ahogó. En cualquier sitio menos allí. James recordó de repente aquel día en que cumplió diez años y le preguntó a su madre por qué no se parecía ni a papá ni a mamá. Recordó lo que Claire le respondió: «Porque yo soy tu mamá de amor, y tú quizá te parezcas a tu mamá de sangre, que es otra mujer que está en otro lugar». Ahora, recordando aquel razonamiento que Claire le dio, le parecía irónico que la persona que fuera a derramar su sangre fuera, precisamente, su madre de sangre.

Nate observó cómo Simone se acercaba lentamente a él. Estaba claro que iba a ser el primero y no había ninguna opción de evitarlo. No tenía a nadie en quien pensar. Por fin se había reencontrado con su hermano, pero tristemente iba a separarse de él nuevamente en poco tiempo. Súbitamente, Sarah copó todos sus pensamientos. Ella estaba con Claire y Ted cuando todo comenzó, pero ahora no se encontraba en aquel lugar. Pensó que, efectivamente y tal y como él deseaba, abandonó el barco a tiempo para no sufrir daños. Al menos ella estaba bien y no contemplaría semejante escena.

Mientras Simone avanzaba, Patrick decidió hablar.

—A partir de ahora, uno a uno, iréis debilitando la barrera con vuestra muerte. Seréis mis tres Jinetes del Apocalipsis. El sonido de vuestra trompeta irá marcando el compás del fin de la existencia y el comienzo de la nueva era. Durante mucho tiempo pensé que todo lo que hoy está ocurriendo, ya había sido avisado a los tres niños portugueses en el año 1917, pero tras investigar sobre el contenido original de los Secretos de Fátima, supe que nada de aquello podía prever lo que iba a ocurrir. Aquello fueron meras ráfagas de lo que hoy estamos provocando nosotros —miró

fijamente a Carlos y a James—. Vuestro Mundo

Rojo, el que contemplasteis al morir, no es más que aquello que desea venir hasta aquí. Ese lugar ya fue visto por Lucía dos Santos y sus primos Jacinta y Francisco Marto cuando les fue revelada la visión que tantos años tardó en conocerse públicamente. Queda poco para que sus visiones lleguen a nuestros ojos en forma de realidad.

Simone frenó en sus pasos, situándose frente a Nate. Le sonrió tiernamente.

—Esto no es por ti, hijo mío. Tenemos que hacerlo para que el mundo sea como debe ser.

La mirada de la mujer aterró a Nate y a los otros, más incluso que el propio hecho de que iban a morir allí mismo. La locura brotaba por cada poro de su piel y el delirio podía observarse en sus ojos vacíos de vida. Patrick intervino.

—Nate Stinson. Contigo comienza el cambio. Contigo damos el primer paso al nuevo mundo. Tras más de veinticinco años luchando, y miles de servidumbre, lograremos hacer justicia divina. Simone Preston... procede.

Nate sintió el terror en su cuerpo. Su alma se volvió negra de miedo y los temblores dominaron todo su ser. Sin poder controlarlo comenzó a llorar como un bebé. Quería encogerse pero no podía, quería escapar de allí, pero le era imposible. Viendo que nada impediría aquello solo fue capaz de decir una sola frase.

—Por favor... mamá...

Simone alzó la daga sobre su propia cabeza con determinación y tras soltar una pequeña lágrima, la dejó caer con toda su fuerza sobre el pecho de Nate. James, Carlos, Claire y Ted gritaron ante el espanto que estaban contemplando.

Llanto, desesperación, impotencia se mezclaron mientras los ojos de Nate, abiertos por el dolor y la decepción, vieron por última vez la luz de las velas, que continuaban iluminando suavemente el rostro de su madre.

Patrick sintió el placer por la espina dorsal. El mundo debería comenzar a quebrarse de un momento a otro según sus planes, tal y como ocurrió anteriormente cuando observó lo ocurrido en las fechas de las muertes de James y Stefan. No podían perder tiempo y debían continuar con el ritual antes de que Nate pudiera volver en otro cuerpo.

—¡Simone! —gritó Patrick— ¡Continúa!

La mujer, presa aún de su locura y ausentismo, sacó del pecho de Nate la daga, haciendo que la sangre cayera sobre las ropas del joven. Con la espada empuñada, se giró y anduvo dos pasos hacia Carlos. Claire continuaba con su llanto. Ted consiguió en ese momento hablar.

—¡Qué clase de madre eres que permites esto! ¡Todos aquí hemos sufrido por culpa de los demás, pero jamás hemos reaccionado matando a nuestros seres queridos! ¡Simone, por favor! ¡Por venir a buscarte, mi padre y mi madre perdieron la vida! ¡Nuestra amiga Sarah perdió también la vida! ¡Para con esto de una vez!

Al oír a Ted, Carlos se giró y miró a Ted ignorando por un instante a Simone.

—No me digas que Sarah... ¿Por qué Sarah? —preguntó casi sin volumen en su voz. Patrick volvió a hablar.

—Stefan Stinson o Carlos Guerrero. Contigo el cambio estará más cerca. Gracias a ti descubrimos que Simone no mentía. Gracias a ti comprobamos que James era importante. Simone Preston... procede.

El miedo no hizo acto de presencia en Carlos. Saber sobre la muerte de Sarah le había dejado sin forma alguna de reaccionar incluso ante su propia muerte. Únicamente fue capaz de traer a su cabeza el recuerdo de su familia en Cádiz. No sabía qué iba a ser de aquellos que le esperaban en España, pero de algún modo consideró que así era mejor. No merecían saber nada de todo lo ocurrido.

En esta ocasión Simone no alzó el brazo para apuñalar a Carlos como había hecho antes con Nate. Se acercó a Carlos y posó la fría y fina hoja de acero sobre la garganta de su segundo hijo. Carlos no esperó eso, ya que pensaba que actuaría como hacía un minuto. Sorprendido, solo pudo cerrar los ojos y decir un solo nombre.

—Nate...

Simone, tras dejar caer sobre su rostro una lágrima, deslizo rápidamente la daga sobre la garganta de Carlos haciendo que se abriera en canal. La sangre salió brotando acorde con los latidos de su corazón. Los sonidos guturales y desgarradores por intentar respirar, llenaron la estancia. Los demás no podían creer lo que veían y reaccionaron de forma idéntica. Gritaban y se removían en sus asientos.

—¡Joder! ¡Para esto de una vez por favor! —dijo James casi sin fuerzas en la voz al saber que él sería el siguiente.

Patrick le ignoró. Sonreía al ver que casi tocaba con sus dedos el final de todo aquello. Soñaba con lo que estaba por venir mientras la pena inundó el lugar.

Ninguno de los fieles, que tras Patrick se encontraban, dejó de entonar el salmo en ningún momento. Más bien parecía una grabación que se reproducía una y otra vez.

James supo que su turno era el siguiente. Simone se fue acercando lentamente hasta que terminó por situarse frente a él. James alzó la vista y la miró con ojos de súplica. Simone no dijo nada. Observó a un lado y a otro y sonrió al aire como si todo aquello se tratara de un juego. Claire, que no pudo más y explotó gritando con una fuerza hasta entonces no usada.

—¡Deja a mi hijo en paz! ¡¿Cómo puedes llamarte a ti misma madre mientras haces estas atrocidades?! ¡Te exijo que dejes a mi hijo maldita hija de puta!

Simone ni se inmutó. Patrick tampoco lo hizo. Ted quería hablar pero no encontraba las palabras para hacerlo. James vio cerca su final y la única forma que encontró para aliviar el miedo y terror que sentía fue girar la cabeza y mirar a su madre, a su verdadera madre. Aquella que le crio, que le dio amor, que le enseñó a amar y a ser mejor persona cada día. Claire le devolvió la mirada y él supo qué decirle.

—Mamá. No es mi cuerpo el que ves. No es mi voz la que oyes, pero créeme si te

digo que te quiero. Si verte un solo segundo significa que tengo que morir, que así sea. Doy mi vida encantado. Me iré feliz.

Claire ya ni siquiera lograba que sus lágrimas cayeran. La voz no le salía de la garganta. Los gritos previos habían hecho que las fuerzas casi la abandonaran, sin embargo, supo cómo responder a su hijo. Arrugó un poco la nariz y le lanzó un beso. James reconoció el gesto que le hacía su madre cuando le dejaba en el bus que le llevaba al colegio y sintió que era la última imagen que quería conservar de este mundo, tras lo cual cerró sus ojos. Patrick volvió a hablar.

—James Peterson. Hugo Frost. Contigo comenzó todo y contigo acabará. Fuiste el primero en llegar y quien nos proporcionó la ilusión que muchas veces habíamos perdido. Contigo supimos que las palabras de Simone eran ciertas. Contigo reforzamos nuestras ideas de conseguir un nuevo orden y así será. En nombre de la Orden te damos las gracias. En el mío propio, te reconozco el haber despertado en mí un sentimiento parecido al que siente un padre por un hijo. Simone Preston... procede.

Mientras Simone empuñaba con fuerza la daga, Ted sintió que debía intervenir antes de que la mujer terminara su orden.

—¡Qué sabrás tú de lo que siente un padre! ¡Por tu culpa mi padre murió, así como mi madre! ¡Fuiste tú quien mataste a Sarah, que se encontraba con tu padre y tu madre! ¡Ni te atrevas a hablar de amor de padre porque no tienes derecho a hacerlo, maldito animal!

Patrick ignoró cada palabra de Ted. Solo quería contemplar cada segundo de lo que estaba por venir. La muerte de James significaría que había cumplido el plan al completo. La muerte de James era el fin de una era y el comienzo de una nueva, con él junto a quien lo gobernaría todo.

Simone acercó el puñal al pecho de James. Posó la punta sobre la ropa del joven, que fue capaz de sentir lo afilado de la daga. James permaneció con los ojos cerrados. Aún conservaba la visión de su madre lanzándole un beso en la distancia, e inevitablemente, esa visión le hacía feliz. Simone, de nuevo, derramó una lágrima y antes de actuar habló.

—Hijo... perdóname... espero que algún día lo hagas.

James se dio cuenta de lo que significaban esas palabras y abrió los ojos. Perdió la imagen de Claire y su beso y sintió la hoja cortando cada capa de su piel hasta que llegó a su corazón.

El estremecimiento de la Tierra se sintió en todas partes del mundo. Cada persona, en cada rincón del planeta, supo en aquel instante que algo estaba por suceder. No importaba la religión, la raza, el idioma o las riquezas, todos sintieron que algo cercano al fin estaba por llegar. El cielo se quebró y se tornó rojo sangre. De las entrañas del planeta se elevaron columnas de fuego y los volcanes escupían humo y rocas candentes.

Efectivamente, Simone Preston no mintió sobre su mensaje y ahora el mundo entero lamentaba no haberla creído en su momento. El odio, el más mortal de los venenos, se había adueñado de su alma a raíz del trato recibido por parte de toda la sociedad y, debido a ello, terminó enloqueciendo y sirviendo a los poderes más oscuros.

La mujer del sur de Mississippi y el joven que perdió a sus padres por culpa de la Orden, fueron testigos, en aquel rincón de Texas, en aquella mansión en medio del bosque, de la ejecución de tres jóvenes a manos de una organización de la cual no se sabía casi nada, pero que en un instante, se hizo dueña del mundo. Tuvieron la desgraciada oportunidad de asistir impotentes a la ejecución de lo que en su día, Simone llamó «los pilares que salvarán este mundo», esos pilares que ya no existían y que eran la causa de que todo se estuviera derrumbando.

Dentro de la sala, ahora bañada en sangre como si de un matadero se tratase, tanto Patrick como los demás asistentes gritaban de alegría al ver que todo estaba resultando tal y como ellos esperaron. Los temblores del suelo y el rugir de las entrañas de la tierra les indicaban que la operación había terminado satisfactoriamente.

Simone, tras acabar su macabra labor, se dirigió a un lateral, quedó agazapada en el suelo mientras con las manos sujetaba su propia cabeza y el cuchillo bañado en sangre. Acompañando a un leve balanceo, propio de personas con cierto grado de autismo, no paraba de susurrar repetidamente dos únicas palabras: «Mis hijos... mis hijos...».

Claire se retorció en la silla mientras intentaba zafarse de sus ataduras. Sus lágrimas habían bañado su rostro por completo y las fuerzas comenzaron a abandonarla de nuevo.

Ted apenas se movía. Sentía que todo había acabado y hacía rato que decidió rendirse en su intento de frenar todo aquello. Sobre el escenario, Patrick sonreía triunfante. Miraba con ojos de loco los cadáveres frente a él y pocos segundos después se giró para observar a Claire y a Ted.

—No os preocupéis. No vais a morir. Seréis testigos de que la muerte de tu hijo James —dijo mirando a Claire— y de tu padre —dijo mirando a Ted— no habrán sido en vano. Ellos han contribuido a nuestro éxito de una u otra forma y no puedo

hacer más que agradecerse. Hoy comienza una nueva era. Hoy comienza el nuevo mundo y seréis testigo de ello.

Los temblores se sucedían y, tras hacer un gesto con la mano, Patrick indicó a dos de los que aún entonaban el salmo, que desataran a Claire y a Ted. Justo en el momento de sentirse libres, Claire corrió hacia su hijo para abrazarle, ignorando incluso a Patrick que se encontraba a muy poca distancia de ella. Le temblaban las manos. Un dolor abrasador recorría el interior de la mujer, que por segunda vez se vio obligada a sostener el cuerpo sin vida de su hijo. No le cabían dudas de que efectivamente esa persona era su amado James. Podía sentirlo en cada rincón de su alma. Esos ojos, en otro cuerpo, eran los de su pequeño, que aunque ya sin vida, la miraban con ternura. Patrick, al ver la escena, decidió acercarse a ella.

—Siéntete orgullosa. Tu hijo es responsable de todo lo que está por llegar. Nuestra purificación y entrada al verdadero Paraíso es gracias a él.

Claire, rebosante de odio, se volvió hacia él y le atacó sin miramientos. Rápidamente comenzó a golpear la cara de Patrick con una fuerza que no sabía de dónde sacaba. Él casi no se defendió pues no había otra cosa en él que felicidad. Apenas esquivaba algún que otro puñetazo deteniendo el puño de la rabiosa mujer.

Los demás fieles de la Orden reaccionaron y se dirigieron hacia ella para separarla de su líder. Tras un intenso forcejeo, lograron apartarla, permitiendo que Patrick se incorporara y se limpiara la sangre del rostro. Miró a sus súbditos y con semblante serio se dirigió a ellos.

—Vamos, salgamos fuera y contemplemos la nueva obra que ya ha comenzado a hacerse presente. No merece la pena perder el tiempo con esta mujer.

Tras eso, la soltaron haciendo que cayera derrumbada al suelo. Todos los fieles siguieron a Patrick en sus pasos hacia la salida mientras la tierra continuaba temblando. En su marcha hacia el exterior, el líder de la Orden se acercó a Simone y le tendió la mano.

—Vamos, eres tan merecedora como yo de saborear esto. Ven conmigo y contempla lo que hemos conseguido. Contempla el nuevo mundo en el que ocuparás un lugar privilegiado.

Ella levantó la mirada y, tras unos segundos, le sonrió con la inocencia de un loco, con la admiración y devoción de alguien que perdió la cordura mucho tiempo atrás. Soltó el cuchillo, le agarró la mano y juntos, seguidos de aquel siniestro séquito, salieron al exterior. Mientras, Ted se acercó a Claire, que continuaba con la cabeza de su hijo sobre sus piernas. Seguía llorando, sabiendo que ya no le quedaban lágrimas por derramar.

—Vamos Claire —dijo Ted—. Tenemos que marcharnos cuanto antes de aquí. Todo esto se va a derrumbar. Estas personas podrían habernos matado pero no lo han hecho. Aprovechemos eso y salgamos para buscar ayuda por favor.

La mujer era incapaz de escuchar lo que Ted le estaba diciendo. En su interior sentía que todo aquello era culpa suya. Si nunca hubiera accedido a entrar en el juego

de Patrick, jamás habría sacado a Carlos de la cárcel y su hijo, seguiría vivo, aunque se llamase Hugo Frost. También se culpaba por la muerte de Nate. Si ella hubiera dejado las cosas como estaban, Nate hubiera podido encontrar a Carlos en aquella prisión fácilmente y no se habría visto envuelto en todo lo ocurrido. Apenas podía prestar atención a la petición de Ted de salir de allí. Era incapaz de marcharse y dejar a esas tres personas allí después de tan horrible muerte.

—¡No! ¡No me marcharé de aquí! ¡Pienso matar al cabrón de Patrick aunque me vaya la vida en ello!

Acto seguido soltó suavemente la cabeza de su hijo sobre el suelo y con determinación se incorporó para ir directamente al lugar donde Simone había dejado caer la daga con la que había sesgado la vida de los tres jóvenes. La cogió y corrió rauda hacia la salida. Todos se encontraban en el jardín exterior, sentados sobre el césped y mirando hacia el cielo con avidez como quien ve una cometa volar. Claire buscó rápidamente a Patrick con la mirada. Cuando lo tuvo localizado se dirigió hacia él, pero de repente paró en seco y, como el resto, quedó atónita al ver el espectáculo infernal y apocalíptico que presentaba el firmamento.

El azul claro del cielo y las nubes desaparecieron por completo. El color rojo tiñó todo lo que los ojos alcanzaban a ver. La tierra tomó así mismo el color de madera quemada y la temperatura comenzó a subir rápidamente. De repente, unas nubes negras aparecieron sobre sus cabezas y una tormenta seca hizo que el fuerte sonido de los rayos retumbara por toda el área. Los allí presentes comenzaron de nuevo a cantar el salmo, ahora con más volumen que antes.

Estaban excitados pues Lucifer estaba por llegar y el mundo que conocían comenzaba a fundirse con el Reino de la Luz de Lucifer. Estaban tan extasiados ante el espectáculo, que ninguno reparó en que Claire y Ted habían llegado al mismo lugar en el que se encontraban. Tampoco nadie advirtió que la mujer empuñaba la daga usada anteriormente y que la apretaba con fuerza en su mano derecha. Ted se acercó a ella y la zarandeó para despertarla de su ensimismamiento.

—Claire, tenemos que irnos por favor. Hazme caso y vámonos de aquí ¡Ahora!

Ella ni siquiera le miró. No esperaba que las palabras de Patrick o las de Simone tuvieran un mínimo de coherencia. Jamás creyó en aquel cuento del fin del mundo, pero al ver que el cielo se resquebrajaba, la tierra se calentaba y la naturaleza comenzaba a enloquecer, tuvo que asumir que todo estaba cargado de verdad, una verdad terrible que estaba por concluir su acto final. Cuando recobró mínimamente la consciencia pudo contestar a Ted.

—No. No me iré de aquí mientras ese hombre siga respirando. Si van a acabar con el mundo, que así sea, pero no serán sus ojos los que vean el resultado de sus abominables actos.

Tras decir esas palabras, miró a Ted con una cierta dulzura que pilló desprevenido al joven. Alzó su mano y tocó su mejilla sonrojada y tímida, la cual se contrajo lentamente hasta acabar entre lágrimas descontroladas. Ted, que ya no pudo soportar

más aquello, la miró y sin emitir sonido alguno, dijo con el único movimiento de sus labios: «Gracias».

Acto seguido y aprovechando que todos los allí presentes se encontraban sumidos en una suerte de éxtasis divino, Claire se dirigió con paso firme y decidido al lugar en donde se encontraba Patrick, pero antes, observó que a pocos pasos de donde ella se encontraba, una atemorizada Simone yacía en el suelo sin prestar atención a los fenómenos que estaban ocurriendo. Miraba fijamente al suelo y apenas realizaba ningún tipo de movimiento. Claire pudo sentir que el control que tenía sobre su mente se iba debilitando poco a poco y que una parte salvaje dentro de ella comenzaba a brotar sin control alguno. No podía entender cómo una madre podía ser capaz de hacer lo que ella había hecho unos minutos antes.

Esa mujer no merecía estar viva y así lo sentía Claire en su interior.

Debido a la fuerza con la que sujetaba la daga, su mano comenzó a sangrar. Sin pensarlo un solo segundo, desvió su camino. Ya no se dirigía a Patrick sino que avanzaba algunos pasos hacia Simone. Quedó de pie junto a ella apenas un segundo hasta que rápidamente se agachó y la agarró por el pelo, levantándola bruscamente. El grito de dolor que emitió no sirvió para nada, ya que nadie, ni siquiera Patrick, tenía ya la conciencia en este mundo. Acercó su cara a la de Simone y mirándole a los ojos muy de cerca le dijo.

—¿Cómo has sido capaz? ¿Cómo es posible que hayas matado a tus hijos y contribuido a... esto? ¡Se está viniendo todo abajo! La zarandeó como si fuera un muñeco de trapo, y aun así, la mujer no hizo nada por defenderse.

Claire acercó la daga al cuello de la mujer y apoyó la fina hoja sobre el mismo, apretando levemente. La sangre comenzó a brotar tímidamente pues el corte no fue profundo. Simone se asustó y comenzó a balbucear algo que Claire no alcanzó a entender. Ted, desde la lejanía, corrió hacia ella dispuesto a detenerla sin importar la forma, para apartarla de aquella locura cuanto antes.

Cuando llegó, la tomó por el hombro e intentó tirar de ella para hacerla reaccionar, pero Claire se giró, y miró con ira a Ted sin soltar la cabeza de Simone.

—¡¡¡No me toques!!! ¡Si te atreves a detenerme te juro por mi hijo que te mato!

Ted, asustado, retrocedió unos pasos pero no dejó de hablarle.

—¡Claire! ¡Por Dios! ¡Vas a conseguir que te maten si sigues con esto! Ya está todo perdido, vámonos de aquí por favor. ¡¡Hazlo al menos por ti, por tu futuro!!

Claire, que volvió a centrar su mirada en los ojos de Simone, contestó a Ted.

—Ya no hay futuro. Al menos para mí. He vuelto a perder lo que más quería y soy tan responsable de ello como esta zorra.

Súbitamente se detuvo y se percató de que la mirada de Simone había cambiado. Ya no tenía la orientación y la conciencia perdida. Parecía que por un segundo había recobrado la compostura y era más consciente de lo que estaba ocurriendo. Claire se dio cuenta de ello y supo que estaba teniendo un momento de lucidez dentro de aquella locura que duraba ya más de veinticinco años. Aprovechó esto para hablarle

de nuevo antes de deslizar la daga por todo su cuello.

—Has matado a tus hijos... Parece ser que también has acabado con todo lo que conocíamos... y quiero que sepas algo antes de matarte. No culpes al mundo de cómo te trataron. No responsabilices al resto de cómo unos pocos te hicieron la vida imposible y te llevaron a la locura. Hoy has cometido el peor acto que un ser humano puede cometer, y si es cierto que Dios ha muerto y depositó el peso de toda la Creación sobre los hombros de tus hijos... qué necio fue al elegirte a ti... Tu Dios no pudo haberlo hecho peor.

Tras pronunciar sus palabras, Claire comenzó a apretar más aún la daga sobre el cuello de Simone y fue deslizando muy lentamente la hoja por su piel. Esta, aterrada e inmóvil, seguía en aquella cordura que parecía haber vuelto tras todo lo sucedido. Supo que debía morir, pero antes de hacerlo quiso decir algo a Claire en su último aliento. Le aguantó la mano impidiéndole así que terminara de matarla y abrió la boca para hablarle.

—Espera... antes de que lo hagas... quiero que me hagas un favor... —dijo mirando a los ojos de Claire con gesto de súplica mientras la sangre brotaba de su cuello.

—No te preocupes, no va a doler. Será rápido, de la misma forma que has matado a tus propios hijos.

Simone encogió más su rostro al recordar lo que había hecho. Logró sacar sus últimas fuerzas y se acercó un poco más a Claire para decirle casi al oído.

—Cuida de Eva... la hermana Marie es ya muy mayor... pronto morirá y... quedará sola... Ella me creyó y decidió asegurarse de que... jamás ocurriera... esto... —dejó de hablar mientras tosía sangre e intentaba respirar un poco—. Por eso decidí no darla a ella en adopción y se la entregué a esa... amable monja canadiense...

El corazón de Claire se detuvo por un instante. ¿Eva? No sabía quién era esa persona ni por qué le había dicho Simone eso justo en ese instante. Ted se acercó a Claire tras oír lo que Simone acababa de decirle y volvió a tocarle el hombro.

—No Claire. No hagas esto. Ha matado a sus hijos pero... es víctima de ella misma. Por favor, déjala con vida. Lo que acaba de decirte debería ser motivo suficiente para soltarla y dejarla vivir con la desgracia y el tormento de haber apuñalado a sus propios hijos. No sabe ni lo que está diciendo.

Claire reaccionó lentamente y soltó a Simone, dejándola caer sobre el césped. Sus ojos miraban al vacío sin encontrar respuestas, hasta que todo tomó forma en su cabeza. Miró a Ted y únicamente dijo.

—Eva...

Esperó algunos segundos y sintió que el cielo tronaba como si fuese a partirse de un momento a otro, y que la tierra comenzaba a transformarse. Cada vez todo era más rojo e intenso, y la temperatura había subido ya varios grados. Comenzaron a oírse lamentos y gritos guturales que nadie sabía de dónde exactamente provenían. Los fieles aún no habían dejado de entonar el salmo y Patrick se encontraba en ese momento en el césped, de pie y con los brazos abiertos. Se quitó la túnica que llevaba, dejando ver un atuendo blanco como el que usa el Papa. Comenzó a vociferar a la nada en un idioma que Claire no supo identificar.

Ni siquiera sabía si era un idioma en sí.

Claire decidió entonces dejar a Simone tirada junto a Ted mientras lloraba sin consuelo hasta que poco a poco fue volviendo a la locura de la que fue presa durante tanto tiempo. Después, continuó mirando al suelo y dejó de moverse.

Claire se situó a la espalda de Patrick dispuesta a clavarle el puñal sin ningún tipo de miramiento, pero cuando le faltaban únicamente dos pasos para llegar, decidió que no quería hacerlo así. Siguió caminando y se situó frente al hombre para hablarle cara a cara.

—No vas a conseguirlo Patrick.

El hombre, más pendiente de cómo el cielo se seguía tiñendo de rojo que de las palabras de la mujer, volvió su mirada, y cuando la reconoció le dijo.

—Ya nada importa Claire. Ya está hecho. Cuando Él venga, nosotros seremos sus pastores, sus apóstoles, sus más fieles siervos.

—Nadie va a venir Patrick. Es imposible que lo haga —dijo mientras fue acercándose lentamente hacia él—. Todo esto ha sido para nada. El sufrimiento que has causado a tantas personas no ha tenido sentido...

El hombre continuó mirándola hasta que súbitamente su semblante cambió y su sonrisa desapareció. Una pequeña pero intensa punzada en su pecho hizo que el cielo, Lucifer y todo el esfuerzo durante aquellos años, dejara de importarle. Bajó su mirada

y vio cómo Claire hundía en su pecho el puñal con el que antes murieron James, Carlos y Nate. El semblante de Patrick se encogió bruscamente y cayó de rodillas sobre la tierra ardiente. Lo único que fue capaz de hacer fue clavar su mirada en los ojos llenos de rabia de aquella mujer del sur de Mississippi.

Quería sonreír pero no lo consiguió. Quería hablar pero había quedado completamente mudo. La mujer se acercó lentamente a su oído izquierdo y le dijo.

—Esta va por mi hijo y sus hermanos... Disfruta el tiempo que puedas de tu nuevo mundo Patrick...

Lentamente sacó el puñal del pecho, lo desplazó unos centímetros más a la derecha y volvió a presionar sobre él hasta que se hundió por completo en la carne de Patrick. Repitió su gesto y volvió a dirigirse a su oído izquierdo.

—Esta es por Sarah... ¿Dónde está tu amado Lucifer?...

Se separó con una sonrisa dibujada en el rostro y volvió a sacar el puñal del pecho del hombre. Patrick no podía creer lo que estaba ocurriendo, pero aun así era incapaz de reaccionar. No estaba preparado para todo aquello. Su protocolo de actuación quedó finalizado en cuanto acabó con la vida de James, el tercero de los hermanos. Nada de eso debía estar ocurriendo.

Claire, esta vez con el cuchillo en la mano y sin intención de atacarle de nuevo, volvió a acercarse al oído de Patrick.

—Voy a contarte algo que no sabes... grandioso y glorioso Patrick. Tres eran los que buscabas y tres has matado. Tres hijos tuvo Simone y tres has matado. Tres pilares tiene este mundo... —sonrió— y todo era falso. Incorrecto...

Los ojos de Patrick se abrieron como platos. De su boca manaba sangre a borbotones y el ruido que hacía al salir era camuflado por el salmo que los fieles continuaban entonando y también por los gritos de júbilo demente que otros emitían, además de los lamentos agónicos que llegaban desde algún lugar de tinieblas. Sintió que su vida se le escapaba por los ojos, pero aquella revelación por parte de Claire hizo que todo el dolor desapareciera.

Continuó mirando a la mujer hasta que volvió a acercarse para continuar hablándole.

—Jamás fueron tres los hijos que tuvo Simone. Hubo un cuarto bebé que nadie supo que existía —Claire sonreía como si fuera a perder la cordura—. Ese cuarto hijo ha estado a salvo de todo esto, a salvo de ti, gracias a una persona que, antes de que tú lo hicieras, creyó en las palabras de Simone.

Patrick no podía asimilar aquellas palabras y comenzó a revolverse con toda sus fuerzas mientras su cuerpo caía de espaldas sobre el césped calcinado. No conseguía apartar la mirada de Claire y se dio cuenta de que todo había sido en vano. Si existía un cuarto hijo, había perdido más de veinte años de su vida en algo que no estaba completo. Supo entonces que Simone había estado mintiéndole todo ese tiempo y que sabía que el plan de acabar con la Creación jamás podía realizarse por completo.

—¿Cómo sabes eso? —dijo alzando la mano para intentar tocar a Claire.

—Eva. Se llama Eva y Simone acaba de decírmelo. Durante todos estos años has conseguido que se volviera contra todo el mundo, y tu veneno consiguió teñir de oscuridad su corazón y su alma, pero justo en el momento en que iba a matarla, ha tenido un instante de lucidez y me ha contado que existe una criatura llamada Eva, que salvará al mundo... Has estado a punto de lograrlo Patrick pero finalmente has descubierto que el control que tenías sobre la situación era algo tan infundado que ni siquiera te preocupaste por saber si había algo más allá de lo que ya sabías o te contaban.

Patrick, mientras oía a Claire, no paraba de vomitar sangre por la boca. Al respirar, los sonidos que emitía hacían muy complicado entender qué estaba diciendo, pero logró tras varios intentos que sus palabras fueran entendibles.

—Todos mis progresos han quedado... guardados. Alguien tomará mi testigo y terminará lo que he empezado... Hasta entonces, te espero en el infierno

Claire... Peterson...

Las manos de Patrick, que presionaban con fuerza su agujereado pecho, cayeron sin vida sobre el césped y la cabeza hizo lo propio, haciendo que quedara mirando al cielo, aún en llamas, con los ojos bien abiertos. Claire permaneció en esa posición algunos minutos más. Necesitaba asegurarse de que efectivamente había muerto. Necesitaba grabar esa imagen en su mente, la imagen de la persona que le había causado tanto sufrimiento; muerta frente a ella, con la mirada de terror al saberse derrotado desde sus propias filas.

Las lágrimas volvieron a los ojos de Claire, que volvió a recordar a su hijo fallecido y también a Carlos y a Nate. Abatida, cayó sobre el suelo sin fuerzas, ni siquiera para acercarse a Ted y volver a casa.

Los temblores provenientes de las entrañas de la tierra comenzaron a disminuir su intensidad y el rojo fuego del cielo dio paso a un azul puro y cristalino, tan intenso que jamás se había visto otro igual en el lugar. La temperatura comenzó a descender hasta alcanzar un nivel normal y los estruendos desaparecieron por completo, acompañados de aquellas voces y lamentos de ultratumba. Ted corrió hacia Claire y le cogió la cara con sus dos manos.

—Ya está. No ha venido nadie, ningún *portador* de nada. Patrick estaba equivocado y no había ningún Lucifer a quien traer. ¿No te das cuenta? ¡Era todo un farol!

—No. No era ninguna mentira. Efectivamente ha estado a punto de acabar con todo pero no ha contado con algo: el amor de una madre por sus hijos. Simone ha sido quien ha salvado la situación.

—¿De qué hablas Claire? Simone ha matado con sus propias manos a sus tres hijos. ¿Por qué dices que ha sido ella quien ha detenido los planes de Patrick?

—Ted... necesito ir a algún lugar donde descansar. Por el camino te lo explicaré todo...

El joven la agarró por el hombro y le ayudó a levantarse. Juntos comenzaron a

caminar en dirección a la salida del recinto de la mansión. Atrás dejaban a una horda de maníacos que continuaban mirando al cielo como si nada más ocurriese a su alrededor. Pasados unos segundos más, los fieles de la Orden dejaron de entonar el salmo y se dieron cuenta de que Patrick yacía muerto en el césped, por lo que todos corrieron hacia él. Cuando vieron que el color del cielo era de nuevo azul, que la tierra volvía a ser verde y ya nada temblaba como antes, asimilaron que el plan de Patrick no había resultado y, desorientados, comenzaron a lamentarse frente al cadáver de su líder.

Nerea y Matt también se encontraban junto a ellos, pero decidieron actuar y no quedarse sin hacer nada, así, cada uno sacó de debajo de su túnica, una pistola que llevaban guardada y apuntaron a Claire y a Ted.

—¡Cómo has sido capaz de hacer esto! ¡Era él quien debía cambiar el orden mundial y ser el faro del soberano en el nuevo mundo! ¡Pagarás por esto maldita zorra!

Claire los miró aterrorizada, sabiendo que estaban a merced de esos dos locos. En cuestión de un segundo asumió que si todo acababa en ese momento, al menos había hecho lo que debía. Al menos se aseguraría de que su hijo y sus hermanos seguirían manteniendo este mundo a salvo.

Justo en el instante en el que ambos comenzaron a apretar el gatillo, una voz de mujer sonó fuerte y se interpuso en la trayectoria de los disparos. Recibió una numerosa ráfaga de balas sobre su cuerpo.

Simone se cruzó entre ellos y cayó abatida. Una vez dejó de rodar sobre el césped, giró su cabeza y miró a Claire y a Ted. Sonrió y de sus labios mudos pudo leerse: «Búscala». Tras esto, cerró los ojos, muriendo con gesto placentero. Nerea y Matt, sorprendidos, tardaron algunos segundos en reaccionar, pero en cuanto lo hicieron volvieron a levantar las armas y de nuevo apuntaron a los culpables de la muerte de Patrick. Un solo segundo después, comenzaron a llegar coches de la policía local de Gatesville, y nada más bajarse de ellos, los agentes de policía gritaron a los dos fieles de la Orden que soltaran las armas y se tumbaran en el suelo como el resto de los allí presentes. Matt así lo hizo y lanzó al suelo su pistola. Nerea se dispuso a hacerlo pero en el último momento gritó de rabia y volvió a levantar la mano para apretar el gatillo. El disparo impactó sobre Ted, haciéndole caer instantáneamente. Los policías dispararon contra Nerea y Matt, que murieron en el acto.

Claire, asustada, agarró a Ted de los hombros y se aseguró de que estuviera bien. El disparo impactó en el hombro derecho del muchacho, que dolorido, no paraba de quejarse. Afortunadamente tenía orificio de salida. Claire intentó tranquilizarle mientras miraba a su alrededor. El panorama que sus ojos veían era demencial. El resto de seguidores de la Orden estaban atemorizados y todos se encontraban tumbados en el suelo boca abajo, llorando, pataleando, mientras los policías se acercaban rápidamente al lugar para detenerlos.

Dos de los agentes se acercaron a Claire y a Ted para atenderles. Con su ayuda consiguieron llegar a un coche patrulla no muy lejos de allí el cual puso rumbo de vuelta al pueblo. Mientras se dirigían en dirección a Gatesville, Claire y otro agente consiguieron detener la hemorragia, y pocos minutos después se encontraron entrando por la puerta del Coryell Memorial Healthcare System de Gatesville. Una vez allí dejaron a Claire fuera, en la sala de espera, y pasaron con Ted a una sala donde le intervendrían de urgencia para detener la hemorragia y coserle la herida.

Claire se sentó en uno de esos bancos de piel negra fríos como el acero y esperó sin moverse de allí. Tardaron alrededor de una hora en volver a salir de la sala de curas con buenas noticias sobre Ted. Durante ese tiempo, Claire pudo, a duras penas, asimilar todo lo que había ocurrido en aquella mansión. Sonrió a los médicos y entró en la habitación donde se encontraba su amigo. Cuando le vio, sintió un gran alivio pues estaba incorporado en la cama y con una amplia sonrisa en su rostro. Lentamente, ella se acercó y se sentó junto al herido.

—Vaya... deberías cambiar tu círculo de amigos —le dijo sonriendo mientras tomaba la mano de Ted.

—Sí, bueno... me va lo intenso —apretó su puño con la mano de Claire debajo.

—Ted, quería decirte que siento mucho lo que ha ocurrido. He sido yo quien más ha actuado de forma temerosa y quien ha resultado herido has sido tú.

—No tienes la culpa. Hemos tratado con locos fanáticos que pretendían acabar con todo ejecutando esa especie de invocación de Lucifer. Antes te dije que todo había sido un farol pero me respondiste que Simone había salvado la situación. Explícame qué quisiste decir exactamente con tus palabras Claire.

Antes de contestar, giró la mirada y observó durante un instante el cielo desde la ventana de la habitación. El azul intenso le parecía más bonito que antes de que ocurriera todo. Pensó que cuando algo desaparece, lo das por perdido, pero si finalmente acaba volviendo, aunque haya cambiado, te parece más hermoso que nunca: los pájaros volando frente a sus ojos, el canto de sus polluelos, el viento soplando entre las hojas de los árboles... Todo ahora era mucho más bello que antes y Claire se dio cuenta de ello.

—Simone fue sometida durante años al influjo negativo de Patrick —comenzó a

hablar la mujer—. Al contrario de lo que pensamos cuando leímos el diario de tu padre, y al contrario de lo que él mismo pensó, Simone sí que fue secuestrada, al menos en un principio. Fue forzada a permanecer junto a esas personas y poco a poco fueron envenenándola hasta hacerla creer que el mundo se había portado mal con ella, que el mundo no merecía existir, que el mundo debía desaparecer y que ella era la clave para todo. Su personalidad débil y su indefensión para actuar contra esas personas hicieron que terminara por unirse a sus filas, enloqueciendo en el proceso y perdiendo cualquier rastro de su identidad junto a cualquier valor ético o moral que pudiera tener.

—Y tanto. Terminó por matar a sus tres hijos, en presencia de toda esa gente, instigada por Patrick y su creencia en el advenimiento de Lucifer.

—Sí. Ella mató a sus tres hijos pero sabía lo que estaba haciendo en todo momento.

—¿Qué dices Claire?

Claire tomó con su otra mano, la otra mano de Ted y también apretó fuerte.

—Ted, ella sabía exactamente lo que hacía. Sí, estaba completamente loca pero aún conservaba algo de cordura. Creo que antes de ser totalmente destruida mentalmente por Patrick, supo lo que iba a ocurrir y consiguió guardar cierta información que no facilitó a nadie. Cuando estuve a punto de matarla —cerró los ojos arrepentida de haber querido hacerlo— me dijo algo que me hizo ver que no todo estaba perdido. Me confesó que existía alguien, un cuarto hijo, que jamás nadie supo de su existencia.

Ted se sorprendió tanto que quiso incorporarse más en la cama. El dolor de la herida le hizo volver a su postura original pero no le impidió exclamar su sorpresa.

—¿¿Cómo?! ¿Me estás diciendo que Simone no tuvo tres hijos?

—Exacto. Hubo un cuarto bebé que ni siquiera ella llegó a sostener en sus brazos. Un bebé llamado Eva que se llevó una monja canadiense llamada Sor Marie que creyó en lo que Simone contó al mundo, y que consideró que algo como lo que acaba de ocurrir podría pasar. Seguramente habló con la propia Simone y entre las dos acordaron actuar así. Simone me pidió que la cuidara tras su muerte y fue por eso que entendí lo que había hecho. Ella sabía lo que ocurriría si mataba a sus tres hijos. Siempre quedaría Eva, quien con su simple existencia impediría que gente como Patrick lograra destruir todo lo que conocemos. Para Simone debió ser un enorme sacrificio desprenderse de su hija sin siquiera verle la cara y tampoco quiero imaginar lo que debió significar para ella matar a sus hijos, aún dentro de su locura, para terminar de complacer a Patrick.

—Ahora entiendo —dijo Ted pensativo—. Aunque sus hijos murieran, sería imposible que la invocación fuera ejecutada correctamente porque quedaría ella. Claro... no era un farol...

—Todo lo que hemos visto en el cielo y en la tierra ha sido una muestra de lo que vendría si se llegara a cumplir el plan original de la Orden, pero afortunadamente no

ha sido así. Hemos estado cerca pero finalmente no ha ocurrido nada.

—Espera Claire... —dijo Ted lentamente—. Si ella ha sido quien ha impedido que todo se vaya a la mierda... según las palabras de Patrick, eso quiere decir que sus hermanos no...

—Sí —dijo Claire con lágrimas en los ojos—. Volveré a ver a mi hijo James. También volveremos a ver a Carlos y a Nate...

Ambos sonrieron de felicidad. Ted se sintió pleno por primera vez desde la muerte de sus padres al ver a aquella mujer con tanta pureza frente a sus ojos. Finalmente todo había salido bien. Claire se secó las lágrimas de sus ojos y volvió a hablar mirando a Ted.

—Lo primero que haremos después de tu recuperación será ir al lugar donde se encuentra Eva y Sor Marie. Simone me pidió que las cuidara y eso haré, aunque todavía no sé dónde están. Una vez me reúna con ellas, comenzaré la búsqueda de James y la de sus hermanos, para que juntos formemos una familia en la que tú también tendrás cabida, Ted.

El muchacho sonrió. Realmente necesitaba algo así. Tras la pérdida de sus padres, encontrar a esas maravillosas personas era lo que su alma necesitaba para recuperarse.

—Claro que sí. Pero, ¿tendré que llamarte mamá? —dijo sonriendo.

—Madre no hay más que una, y la tuya es la que te parió y te crio, aunque también pienso que la familia no la marca la sangre, sino el calor que recibe el alma.

Ted, emocionado, se incorporó suavemente y abrazó a Claire con delicadeza.

—Vamos, recuéstate que tienes que descansar. Más tarde volveré y veremos lo que hacemos a partir de ahora.

Al salir del hospital, Claire buscó inmediatamente al *sheriff* de Gatesville para hacerle algunas preguntas sobre todo lo sucedido. Se dirigió a la comisaría, que no quedaba muy lejos del hospital y preguntó por él. Tras las indicaciones de la chica de recepción, tomó un largo pasillo que finalizaba en una puerta de madera oscura, muy robusta y con un cartel en la puerta: «*Sheriff Carl Dixon*».

Llamó dos veces con los nudillos y un segundo después la puerta se abrió. Un hombre alto, fornido y de piel oscura la recibió en el despacho y, tras una sonrisa, le indicó con la cabeza que pasara.

—Buenos días Claire. Se nos ha adelantado —dijo sonriendo—. Pensábamos acercarnos al hospital en un rato para interrogarles sobre lo sucedido.

Una vez sentados cómodamente, el *sheriff* se dispuso a escuchar a Claire.

—Buenos días. Antes que nada quisiera agradecerles vuestra actuación de esta mañana en el bosque. También me gustaría saber quién fue la persona que les alertó para que fueran allí. Nadie sabía que estábamos dentro de esa mansión.

—Señorita, tanto usted como su amigo son personas con mucha suerte. Recibimos la llamada de un niño de aquí, de Gatesville, que siempre anda metido en líos. Fernando Pacheco, creo que ya le conoce.

Claire sonrió con ternura pero sorprendida.

—¿Cómo les convenció de que fueran a allí? —preguntó ella.

—En un principio no creímos una palabra de lo que nos decía, ya estamos acostumbrados a que sus fantasías nos hagan trabajar para nada, pero esta vez fue diferente. Su voz y su forma de hablarnos nos indicaron que algo de verdad había en sus palabras. Después de recibir la llamada de Fernandito, recibimos una segunda. Esta vez era el pastor de la iglesia, y nos contó exactamente lo mismo que el niño. Nos dijo que dos forasteros habían venido al pueblo con ánimos de detener a Patrick y todo su séquito. Dijo que estuvieron en la iglesia hablando con él y le contaron su intención de arruinar no sé qué plan que ese miserable iba a ejecutar. También nos fue difícil creerle ya que no imaginábamos que nadie fuera capaz de plantarle cara a esa gentuza, cosa que nos avergüenza muchísimo reconocer, ya que nadie de nosotros ha sabido nunca actuar contra ellos aun habiendo sufrido en nuestras familias la desaparición de varios jóvenes y su posterior reclutamiento o muerte, en el peor de los casos. En ese sentido, somos nosotros, la gente de Gatesville, los que os damos las gracias por todo lo que habéis hecho.

Claire estuvo a punto de suscribir las palabras de aquel hombre, y estaba deseando llamarles incompetentes y sobre todo cobardes, pero se contuvo y decidió centrarse en que al final todo salió bien.

—En ese caso, creo que debería ir a la iglesia para agradecerle al pastor la preocupación y la llamada. De no haberla hecho creo que no lo hubiésemos contado.

—No olvide hacer lo mismo con Fernando. Se ha comportado como un auténtico héroe.

—Sí, claro. Descuide —sonrió al *sheriff* Carl y salió del despacho. Mientras caminaba por la calle en dirección a la iglesia, Claire se dio cuenta

de que ahora percibía el mundo de forma diferente. Todo estaba tranquilo. Ya no había presiones ni preocupaciones y sabía que todo se solucionaría únicamente con paciencia y trabajo duro.

Unos minutos después, se encontró en la puerta de la iglesia, y con una mezcla de alegría y alivio fue a buscar inmediatamente al pastor. Dentro del despacho, como si supieran que Claire iba a dirigirse allí, le esperaban tanto el pastor como el pequeño Fernando.

—¡Hola Claire! —dijo el niño corriendo raudo hacia la mujer y abrazándola fuerte por la cintura.

—Hola, pequeño... Gracias, muchas gracias Agente Secreto Fher —dijo sonriéndole y devolviéndole el abrazo.

Levantó la vista y con los ojos húmedos miró al pastor al que también sonrió con afecto. El pastor se acercó a ella y le habló.

—He oído que tu amigo está en el hospital. Espero que esté bien y no haya ningún peligro.

—Sí. Recibió un disparo en el hombro de uno de los fieles de la Orden. Ya le han

cerrado la herida y ahora ya se está recuperando. Creo que nos quedaremos aquí algunos días hasta que esté del todo bien.

—Habéis hecho más de lo que pensáis. Pude sentir cómo temblaba la tierra. Vi que el cielo se teñía de rojo sangre y la tierra ardía bajo nuestros pies. Esa gente casi acaba con todo y vosotros dos lo habéis impedido.

—No hemos sido nosotros. Realmente fue la mujer que estaba con ellos: Simone. Fue ella quien desde hace veinticinco años planeó una forma de proteger todo lo que conocemos.

El pastor, algo desconcertado decidió creer a Claire. Volvió a hablar lentamente y de forma pausada.

—Además de todo eso, habéis salvado a este pueblo. Durante años, como te dije anteriormente, hemos sufrido los abusos de la Orden y hemos visto sin opción a actuar cómo desaparecía gente joven. Ahora todo se ha acabado y ese estigma que sobrevolaba a cada uno de nosotros ha desaparecido. Os debemos mucho Claire.

—Todo esto comenzó por salvar a unos amigos y a quien yo pensaba que era mi hijo. Nada ha terminado como lo teníamos planeado, pero al menos sabemos que hemos actuado de la mejor forma que pudimos.

El pastor, alegre por ver a la mujer tan decidida y contenta, no pudo evitar sentirse algo desconcertado.

—No entiendo... Según me ha contado la policía, dentro de la mansión han aparecido los cuerpos sin vida de tres jóvenes. ¿Alguno de ellos es tu hijo?

Claire, al oír esas palabras, apartó lentamente al pequeño Fernando y miró a los ojos del pastor.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué estás tan... contenta?

La mujer no pudo más que sonreír ante la pregunta del pastor.

—No estoy contenta. Solo estoy esperanzada. Todo irá bien y, de alguna u otra forma, volveré a ver a mi hijo y a sus hermanos —sonrió.

Más desconcertado aún, el pastor no pudo más que devolverle la sonrisa y abrazar a aquella mujer que le inspiraba tanta fuerza y voluntad.

Cuatro días después, Claire se encontraba en la habitación del hospital junto a Ted, que ya tenía todo preparado para recibir el alta y salir de allí. Tenían ganas de salir ya de aquel lugar y comenzar la búsqueda. Poco más tarde, el doctor ratificó el buen estado de Ted.

Ya en la calle, el sol brillaba de forma única. Ambos podían sentir cómo su piel absorbía toda la vitamina D que le era posible y se llenaban de vida poco a poco.

Sonreían y a paso firme se dirigieron al coche en el que días antes llegaron a Gatesville. Empacaron todo en el maletero y se dispusieron a montarse para partir pero, antes de hacerlo, oyeron voces a unos metros de distancia. Levantaron la vista y observaron cómo decenas de personas se dirigían al lugar en donde se encontraban. Por un instante pensaron que algunos de los seguidores de la Orden habían

sobrevivido o escapado del lugar en el que estaban presos, pero inmediatamente después se esfumó el miedo al ver al pastor encabezar aquella pequeña manifestación, claramente improvisada.

Lentamente, pero sin vacilar, aquella cantidad de personas se fue acercando a ellos hasta que quedaron a unos diez metros de distancia. Se hizo el silencio y nadie hizo nada. De repente, el pequeño Fernando que estaba junto al pastor, levantó sus dos diminutas manos y comenzó un tímido pero significativo aplauso, al que todos los allí presentes se sumaron, convirtiendo aquello en una gran ovación a aquellas dos personas que habían cambiado el presente y futuro de aquel pueblo sin pretenderlo.

Claire sonrió efusivamente y Ted hizo lo propio. Se sumaron a los aplausos devolviéndoles el respeto que les estaban demostrando.

Minutos después subieron al automóvil y al más puro estilo *Bienvenido Mr. Marshall* fueron despedidos los salvadores de Gatesville.

—Jamás pude imaginar que esto acabaría así... —dijo Ted mientras cambiaba de marcha.

—Ted. Todo ha acabado bien. Hemos conseguido terminar con la Orden. Hemos recibido la ayuda de todo un pueblo que sufría por culpa de aquellos miserables. Hemos evitado que cumplan sus planes —tocó suavemente la mano del conductor.

—Sí, tienes razón. Creo que incluso hemos salvado el mundo.

Ambos sonrieron. Podía parecer cosa de superhéroes, pero efectivamente, habían salvado toda la Creación. Claire volvió a hablar pasados unos minutos.

—Lo que más miedo me da de todo esto no es ser conscientes de que la Orden casi acaba con todo. Lo que verdaderamente me aterra es saber que si asumimos que lo que hemos presenciado era la casi extinción de todo, debemos también asumir que, efectivamente, Dios murió hace veinticinco años y ya no existe.

Ted no pudo decir nada. Miró a la carretera y pisó a fondo el acelerador.

# EPÍLOGO

Lucía el sol brillante aquella mañana de domingo en San Gimignano, localidad amurallada, con vistas sorprendentes y casas bajas. Cualquier pueblo de la Toscana italiana, en aquel mes del año, junio, se convertía en un lugar para perderse. Las calles estaban llenas de turistas y las terrazas se encontraban llenas por completo. Apenas dos nubes paseaban solitarias sobre el pueblo de poco más de siete mil habitantes. Todo allí era muy tranquilo y la amabilidad y el buen hacer era parte del día a día de la gente del lugar.

La iglesia de Sant'Agostino, en la Piazza Sant'Agostino, era un lugar referente para el turismo. Era muy pequeña y sencilla en su forma, y por dentro más parecía un lugar familiar y acogedor que la típica iglesia voluptuosa y con derroches de riqueza.

En ese pequeño pueblo puede disfrutarse de un museo ornitológico, un museo de la tortura y la pena de muerte, poco apropiado para que Carlos lo hubiera visitado alguna vez, y también se puede acceder a un museo arqueológico. Sus calles, estrechas y llenas de flores, hacen que pasear por él sea una aventura íntima al interior de cada uno.

En ese pacífico e idílico lugar, en la calle delle Fonti, una familia prepara el almuerzo con ganas de vivir y de disfrutar cada segundo que la vida les regala. Un grupo de personas que, tras reunirse, decidieron no separarse jamás.

La última casa de la calle, la última casa del pequeño pueblo casi a las afueras del lugar, acoge a cinco personas, que lo último que desean es salir de ahí, exponerse al mundo exterior. Cinco personas que desde hacía un mes habían comenzado una nueva vida alejada de todo aquello que significara dolor, pena, tristeza o inquietud.

Una mujer, de mediana edad, con pelo oscuro y suelto sobre sus hombros, bebe lentamente una copa de un exquisito vino de la zona. Orgullosa, observa cómo todos ríen y disfrutan de la vida.

Cinco días después de lo ocurrido en la mansión en Gatesville, Claire y Ted lograron contactar con el primero de los tres. Carlos, antes Stefan, se encontraba en Madrid. El destino quería que siempre volviera a España. Fue el propio Carlos quien llamó a Claire y Ted en el primer momento en que pudo hacerlo. Recordaba todo lo ocurrido respecto a Simone, Patrick y la Orden, y supo que por algún motivo, habían fracasado. Volvió como Óscar, aunque quiso seguir llamándose Carlos de ahí en adelante. Su aspecto era diferente, cosa que ya sabían que iba a ocurrir, pero no importaba. Sus ojos eran los suyos y su forma de hablar también. Inevitablemente, era él.

La mujer, tras otro sorbo de vino, siguió paseando la mirada por la estancia hasta detenerse en un chico rubio, algo delgado y con ojos azules como el más puro y despejado de los cielos. Su pelo corto y rizado le daban un aire de emperador romano, y su sonrisa blanca como la seda, hacían de él una belleza digna de plasmar en

cualquier lienzo. Cuando Nate regresó, lo hizo en tierras marroquíes y dado su aspecto, le trataron como turista desde el primer momento en que despertó desorientado en una carpa rodeado de gente llorando a su alrededor. Poco tiempo pasó hasta que consiguió contactar con Ted y terminar reuniéndose en aquel mismo lugar, ya que fue el propio Ted quien se desplazó para recogerle. Nate, ahora Kyle, sonreía ampliamente ante las bromas de sus hermanos. A pesar de todo, la mujer con la copa de vino, pudo ver en sus ojos tristeza y resignación. La chica a la que había comenzado a amar ya no estaba. No volvería como ellos habían hecho. Aun así, debía continuar con su nueva vida y, ahora sí, vivirla plenamente. Poco a poco el alivio llegaría.

Por último, la mirada de aquella elegante mujer se posó sobre el último de los tres jóvenes, un chico muy alto, con media melena sobre los hombros y pelo castaño. El roce del viento sobre su piel y cabellos le daban un aspecto lleno de vitalidad. Los chistes de Carlos hacían que sus carcajadas se oyeran por toda la Toscana, y sus ganas de bromas provocaban que en más de una ocasión terminara riéndose de sus hermanos. James, su pequeño James, estaba ahí y ella no lo podía creer por más que le mirara. Sonriendo, bebió otro sorbo de aquel delicioso vino y los ojos comenzaron a empañarse ante tanta felicidad. Ted la vio y se acercó a ella, sentándose a su lado.

—Bueno... ahí están. Juntos de nuevo. Debes estar muy contenta.

—Mucho. Solo deseo que esto no termine nunca —dijo mirándole con un cariño infinito.

—No lo hará. Sabes que todo ha terminado. Claire sonrió y se acercó a su oído.

—No. Aún falta algo que puede mejorar más todavía el día.

Ted le respondió con otra sonrisa tímida y se levantó. Claire le imitó y se dirigió a lo que ella ya llamaba, sus hijos.

—Chicos. Hoy es un día especial. Desde hace un mes estamos todos juntos. Desde hace un mes, que fue cuando encontramos a James, mi vida, y la vuestra está completa, pero falta algo. Mejor dicho, alguien.

Los chicos ya sabían de qué se trataba.

Claire empeñó muchas horas y noches de insomnio para conseguirlo. Sonó el teléfono de la mujer y tras leer el mensaje saltó de alegría.

—¡Ya están aquí!

Todos se reunieron frente a la puerta de entrada y la abrieron para recibir a su visita. Ante sus ojos apareció una señora mayor, con atuendo de monja, acompañada de una joven de aspecto delicado. La anciana iba del brazo de la joven y nada más abrir la puerta alzó la vista y miró a Claire. Con voz frágil pero firme habló.

—Buenos días. ¿Claire Peterson?

—Sí, soy yo. Es usted la hermana Marie ¿verdad?

—Efectivamente —dijo la mujer sonriendo—. Veo que hemos llegado un poco tarde.

—No se preocupe señora. No hay ninguna prisa.

Se hizo el silencio durante un breve instante hasta que la joven dio un paso al frente y se presentó.

—Buenos días a todos. Mi nombre es Eva. Encantada de conoceros.

Su voz, fina como la más bella nota musical, inundó los sentidos de los allí presentes. Claire quedó sorprendida con el gran parecido físico que esa muchacha guardaba con su pequeño James cuando vivía en Greek Hill.

Poco después de lo sucedido en la mansión, conoció el motivo de que no pudiera darse cuenta antes de la relación de hermanos entre Nate y James, ya que ambos eran hijos de Simone y todos gemelos. Todo fue debido a que los cuatro fueron gemelos pero en dos óvulos diferentes. Nate y Stefan eran iguales físicamente en su primera vida, y James y la desconocida Eva lo eran del mismo modo. El destino quiso que fuera en ese preciso instante cuando toda duda quedara despejada.

Todos sonrieron, pero nadie fue capaz de hablar. Finalmente Claire rompió el silencio.

—Eva... me alegro tanto de verte —se acercó a la chica y le abrazó como si quisiera fundirse con ella—. Al fin podemos conocerte.

La anciana habló.

—Hemos viajado muchas horas desde Francia. La verdad es que estamos algo hambrientas —sonrió con picardía.

Todos rieron. La anciana dejó a la joven con Claire y pasó a sentarse en un banco, ya que estaba muy cansada. Claire volvió a hablar a la muchacha.

—Hemos estado mucho tiempo buscándote, pero al fin estamos todos juntos.

—La hermana Marie me ha contado todo sobre mí, sobre mis orígenes y sobre vosotros. Os estoy muy agradecida por haberme buscado y sobre todo por haber cuidado unos de otros. Tenía ganas de... conoceros.

Todos se emocionaron al oírla hablar. Nadie quiso esperar más y todos pasaron a presentarse. La joven se vio abrumada ante tantas personas nuevas. Estaba acostumbrada a una vida en soledad con la hermana Marie y a tener poco contacto con el exterior. Su vida en el monasterio de Sant Joan el Vell, en Perpiñán, en la región francesa de Languedoc-Rosellón había sido aburrida y monótona, así que ardía en deseos de hacer cosas nuevas y tener una familia más amplia, ya que hasta entonces, la anciana monja había sido la única persona a la que había considerado familia.

Allí se encontraron todos, por fin, reunidos.

Ted se fijó mientras hablaban, en un detalle que la joven portaba alrededor de su delgado cuello. Intrigado al ver la forma que tenía y con un presentimiento muy fuerte, le preguntó.

—Eso que llevas ahí en el collar... ¿Qué es?

Eva se tocó el pecho y palpó una especie de llave pequeña con forma cuadrada en su punta.

—Me lo regaló la hermana Marie cuando cumplí diez años. Me dijo que era algo

que le dio mi madre y que quería que lo mantuviera conmigo.

Al instante, Ted y los demás recordaron la extraña caja que encontró dentro de la caja fuerte en el Bay Bank que jamás pudieron abrir. En su superficie había un hueco cuadrado destinado a introducir algo que no poseían.

Raudos, fueron a buscarla ante el asombro de Claire y la anciana, y cuando la encontraron, la colocaron en las manos de Eva. Ted le habló.

—La Orden quería esto a toda costa, pero no lo consiguieron. Mi padre consiguió sacarla del lugar en el que se encontraba y la puso a buen recaudo. Acabo de darme cuenta de que no pudieron abrirla, o no se atrevieron a hacerlo por la fuerza, pero aun así, querían seguir teniéndola entre sus posesiones —miró sonriendo a la joven—. Creo que tú podrás desvelar el misterio.

La joven sintió que se excitaba al ver que esa minúscula llave iba a servir de algo después de tantos años. Se quitó el collar y acercó la llave a la pequeña caja que Ted le dio. Sintió cómo fácilmente se introducía la base en el agujero de la caja y al girar a la derecha oyó un clic que hizo que se separara en dos piezas.

Ante los ojos de todos, envuelto en un paño de seda, el retrato de un bebé se descubrió. Nadie dijo nada, a excepción de la anciana Marie que comenzó a sollozar de la alegría.

—Es mi pequeña Eva. Jamás podría confundirla... No puedo creer que esa foto siga ahí después de tanto tiempo...

La hermana les contó entonces que Simone había escondido esa foto de su bebé dentro de la caja. La única foto que conservaba de ella, justo después de su nacimiento, que le fue entregada por la monja antes de marcharse con ella. Simone la guardó en esa caja, sabiendo que la llave para abrirla la tenía la anciana. Protegió así el hecho de que la Orden descubriera nunca que existía otro bebé.

Todos se asombraron y descubrieron entonces que Simone Preston, dentro de su locura, de su demencia, y de su debilidad, siempre tuvo presente el poder que sus hijos tenían, y supo en todo momento la forma de que nunca nadie pudiera doblegar la que fue la última voluntad del Creador.

Pasó el tiempo y Claire, llena de felicidad, se llenó otra copa de vino y volvió a contemplar la situación. A su derecha, la anciana hermana Marie dormía en el sillón, producto de un viaje largo y de su avanzada edad. Frente a ella, cinco personas que, cada uno bajo sus propias circunstancias, habían tenido una vida complicada y que debía ser recompensada con un buen presente.

Cuatro hermanos al fin juntos y Ted Hamasaki con ellos. Cinco hermanos que no volverían a separarse jamás.

A la izquierda de Claire, había una preciosa mesilla de mimbre. Sobre ella, un libro y detrás de él un retrato. Sarah Wallace y su primera novela publicada.

Esa chica que, sin ser la persona más valiente del mundo, actuó como tal y dio su vida por hacer realidad aquella estampa que los ojos de Claire contemplaban con orgullo.



JOSE CALLADO. Nacido en Cádiz el 20 de abril de 1984. Ha vivido toda su vida en Barbate, localidad que tuvo que abandonar por motivos laborales.

Estudió Información y Comercialización Turísticas en Cádiz y Gestión de Viajes combinados y Eventos en Barbate.

Gran amante del cine, ha guionizado, dirigido y producido cuatro cortometrajes así como un documental. Apasionado de los videojuegos así como de las series televisivas, recibe constantes influencias que transforma para las historias y tramas que crea. Con su primera novela, El cuarto Jinete, pretende dar a conocer una historia llena de enigmas y acción que hará vibrar al lector.